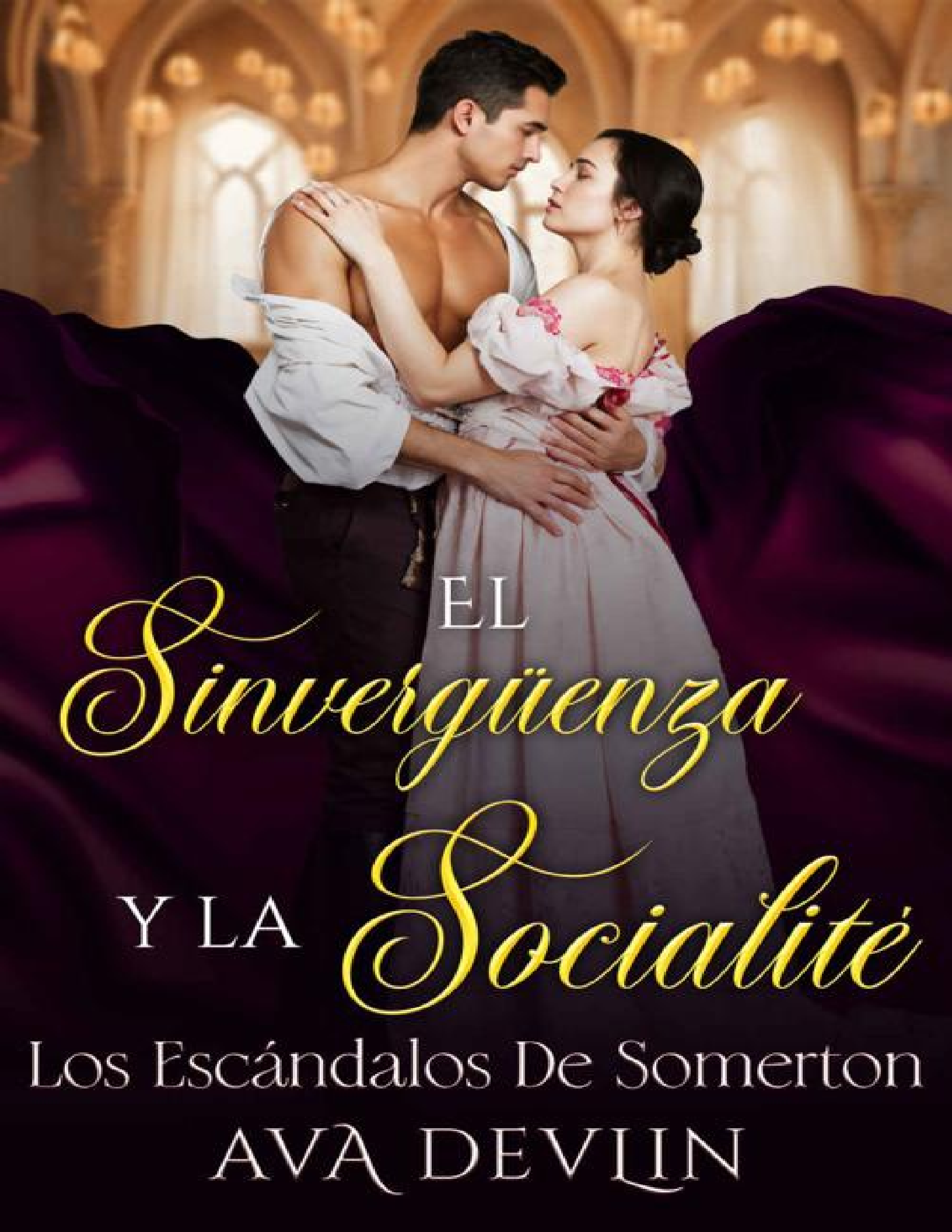




EL
Sinvergüenza

Y LA *Socialité*

Los Escándalos De Somerton

AVA DEVLIN

El Sinvergüenza y la Socialité

Los Escándalos de Somerton - Libro 2

Ava Devlin

Contenido

[El Sinvergüenza y la Socialité](#)

[Copyright](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Nota de la Autora](#)

Copyright

Copyright © 2019 por Ava Devlin

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducido ni utilizado de ninguna forma

sin el permiso expreso por escrito del editor,

excepto en el caso de citas breves en una reseña literaria.

Impreso en los Estados Unidos de América.

Capítulo Uno

Gloriana Blakely se había prometido que no lloraría. Detestaba romper promesas, especialmente las que se hacía a sí misma.

Su reflejo en la ventana del carruaje mostraba una imagen compuesta y serena, con sus fríos rizos rubios recogidos bajo un elegante sombrero y su mejor vestido de viaje, que en un encantador tono lila resaltaba la porcelana de su piel. Pero ella sabía que las lágrimas se acercaban. El ardor cálido en la esquina de uno de sus hermosos ojos azules la obligó a girar el rostro hacia un lado, para que nadie viera cómo esa lágrima se escapaba, deslizándose por su mejilla, brillando como los candelabros de cristal sobre el último baile de la temporada.

Esta era su parte menos favorita del año. Siempre. Y este año era mucho peor que los anteriores. ¿Por qué la vida tenía que dividirse entre las vibrantes y emocionantes temporadas y la lenta y lúgubre miseria de los meses intermedios?

—Te perdonarán antes de llegar a Devonshire —la tranquilizó su prima Rose desde el otro lado del carruaje, con una voz tierna, como si pudiera intuir la lágrima rebelde que se ocultaba en el otro lado del rostro de Gloriana—. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Cuándo adquiriste el poder de leer mis pensamientos, prima? —preguntó Gloriana, esbozando una sonrisa sin alegría. Se limpió la mejilla y miró a Rose, dejando escapar un suspiro profundo que le apretaba el torso bajo el corsé—. Y ¿cómo he sobrevivido sin ti todos estos años?

Rose inclinó la cabeza con aire pensativo, acomodando al niño que tenía en el regazo. Era la misma Rose de siempre, aunque se hubiera convertido en vizcondesa desde la última vez que compartieron un carruaje. Sus rizos dorados habían sido cortados con estilo, apenas rozando la parte superior de los hombros en cuidadas ondas. Su figura, más llena y propia de la maternidad, le sentaba demasiado bien, y, como siempre, hacía que Gloriana se sintiera aún más consciente de lo aninada que era su propia silueta en comparación.

El hijo de Rose, el pequeño lord Reggie Somers, tenía un año y rebosaba encanto angelical. Sus largas pestañas rozaban unas mejillas rosadas mientras suaves ronquidos escapaban de sus labios entreabiertos.

El profundo sueño había apaciguado su espíritu travieso y exigente, el mismo que Gloriana había presenciado en sus horas de vigilia. Era una treta digna del más taimado tirano, pensaba ella. El pequeño diablillo atraía a todos con su apariencia angelical, batiendo sus enormes ojos y arrullando con esa dulce vocecita. Nadie con corazón podría resistirse, y una vez conquistados, el niño revelaba su verdadera naturaleza: salvaje, exigente y terriblemente ruidoso.

En verdad, Gloriana tenía que admirarlo, aunque el niño le había hecho cuestionarse seriamente

la idea de la maternidad.

—Te he escrito con frecuencia —comentó Rose con suavidad—. Aunque también te he extrañado mucho. Sé que este viaje no fue tu elección ni tu deseo, pero no puedo evitar sentirme feliz de que estemos juntas de nuevo. No debes preocuparte por tus padres. Sabes que su enojo nunca dura.

—Lo sé —repitió Gloriana, con un vacío en la voz que no le agradó en absoluto—. Pero es difícil pedir perdón por una ofensa que no tengo intención de corregir.

Rose rio, sacudiendo la cabeza. —Eres una criatura terca, eso es innegable.

—¡Viste al hombre! ¿Te habrías casado tú con él?

—Me casé con Gideon —respondió Rose, alzando las cejas—. Otro de tus descartes.

Gloriana chasqueó la lengua y agitó la mano. —Eso fue distinto.

Era cierto, y Rose lo sabía bien. Gideon Somers era apuesto y digno, un vizconde cuya posición en la sociedad habría sido una bendición para cualquier joven. Pero Gloriana no tenía ningún deseo de ser arrastrada al matrimonio y encerrada en Yorkshire antes siquiera de asistir a su primer baile de presentación. Y menos con un Somers.

No era la intención de Rose, pero la mención de Gideon le recordó a Gloriana lo injustas y horribles que habían sido las situaciones en las que sus padres la habían puesto antes.

La sangre le hervía en las venas. Se removió en su asiento, imaginando las frases furiosas que podría escribirle a su padre cuando llegaran a la posada. ¡¿Cómo se atrevían a hacerle esto más de una vez?! ¿Cómo podían unos padres amorosos querer que su hija se casara con un hombre tan corpulento, grosero y apenas alfabetizado? ¡Alguien que tenía el doble de su edad y la mitad de su refinamiento!

—Glory —la voz de su prima la sacó de sus pensamientos, tranquila y alentadora—. Sé que crees que te esperan meses de aburrimiento y miseria, pero te aseguro que Yorkshire te dejará sin aliento. Hay una belleza salvaje en el norte como nunca has visto entre Devon y Londres. Y en Somerton hay mucho por hacer.

—¿Mucho por hacer? —repitió, con evidente escepticismo en la voz—. Me imagino que pasaré la mayor parte del tiempo evitando lo que sea que tu querida cuñada haya preparado para mí.

—Heloise no sabe que vas —confesó Rose, con un tono de incomodidad filtrándose en su voz—. Ella reside en la casa de dote con su madre y su prima, y pasa gran parte de su tiempo trabajando en el municipio. No me sorprendería que pasaras todo el otoño sin verla en absoluto.

—¿Trabajando? —Eso sí que era una sorpresa. En la escuela, Heloise Somers había sido una holgazana inútil cuya arrogancia por sus buenos resultados naturales en materias académicas compensaba, de algún modo, su abismal desempeño en las artes de la cortesía. Esta intolerabilidad se amplificaba con su malvada racha de crueles travesuras, la mayoría de las

cuales había estado dirigida directamente a Gloriana. No era sorpresa que la desgraciada estuviera soltera, eso era seguro, pero ¿quién habría esperado que alguien como ella buscara una vocación?

—Mm —asintió Rose, acariciando el fino cabello castaño del niño—. Se ha formado con la partera que atendió a Reggie. Asiste a algunas de las futuras madres en el municipio y a menudo ayuda en la clínica parroquial para los pobres.

—¡Para los pobres! —exclamó Gloriana, encogiéndose de inmediato al ver que las pestañas de Reggie se movían.

Ambas mujeres se quedaron paralizadas, observando cómo el pequeño fruncía el ceño en su sueño, como si decidiera entre continuar su siesta o castigarlas por el ruido. Tras un momento, giró el rostro hacia el costado de su madre y se hundió de nuevo en los sueños, lo que hizo que ambas soltaran un suspiro de alivio.

—Te pido disculpas —susurró Gloriana—. Simplemente fue una revelación inesperada.

—Han pasado años desde tus travesuras infantiles en casa de la señora Arlington —murmuró Rose entre dientes—. Tal vez descubras que Heloise ha madurado en los años que han pasado, así como tú.

—Lo dudo sinceramente —replicó Gloriana, poniendo los ojos en blanco ante el optimismo ingenuo de su prima—. Claramente te ha engañado.

Rose suspiró, apretando los ojos por un momento mientras avanzaban, balanceándose al compás del movimiento del carruaje. Cuando los abrió de nuevo, claros y de un marrón dorado, asumió un tono que no permitiría discusión. —Te sugiero que dejes de pensar en Heloise, Glory. La cosecha de otoño comenzará en unas pocas semanas, lo que traerá festines, prensado de sidra y un pequeño festival en el municipio al que podrías querer asistir. Estoy en medio de rediseñar algunas de las habitaciones de la mansión, si deseas ayudar con eso. Si no, al menos podrías colaborar en la planificación de una pequeña celebración para mi cuñado, que regresa de Oxford.

—¿Celebración? —preguntó Gloriana, sintiendo que la palabra atravesaba su nebulosa de miseria como un dardo afilado volando hacia un blanco—. ¿Estás organizando una fiesta campestre? ¿A quién has invitado? ¿Cuáles son las actividades?

Rose parpadeó ante ella. —No había pensado mucho en ello. Una pequeña soiree con algunos de los gentiles locales debería ser suficiente. Alex no es mucho de fanfarrias.

—¡Una pequeña soiree! —se burló Gloriana—. No seas ridícula. ¿Quién es este Alex? ¿Cuáles son sus aspiraciones ahora que se ha graduado? ¿Está buscando convertirse en administrador? ¿Servir en el Parlamento? ¿Unirse al clero? ¡Estas cosas determinarán a quién invitamos!

Rose rio suavemente, levantando una mano enguantada a los labios. —No podría decirlo —decidió tras un momento—. Si Alex tiene alguna aspiración, las mantiene muy en secreto.

—Ah —dijo Gloriana, asintiendo con conocimiento—. Entonces está esperando la oferta más

conveniente. Esa es la jugada inteligente. ¡Rosie, deberías haber dicho algo *antes* de que dejáramos Londres! ¡Ni siquiera tengo mi buen papel de carta a mano!

—¿Por qué debería importar eso?

Gloriana hizo callar a su prima, revisando su retículo en busca de su tarjetero. —Tendré que pensar en esto —reflexionó—. ¿Cuántos deberíamos acomodar? ¿Quizás once damas y once caballeros? ¿Está casado Alex Somers? Si no, debemos incluir a jóvenes solteras de buena posición junto con hombres de la ocupación adecuada.

—Glory, no creo que eso sea necesario —insistió Rose—. Por supuesto que Somerton puede acomodar a un gran número de invitados, pero no creo que Alex espere que nosotros...

—¡Pero debes hacerlo! —interrumpió Gloriana, con los ojos brillando de súbita emoción—. ¡Debes hacerlo! Una familia noble no envía simplemente a un hijo a Oxford y no anuncia su exitosa finalización de los estudios al mundo. Déjame hacer esto, Rosie. Es lo apropiado, y además, es algo en lo que soy muy, muy buena. Esto cambia todo el panorama de un otoño en el campo. ¡Podría ser maravilloso!

Rose no respondió, pero a juzgar por la forma en que exhaló su aliento y el renuente giro de sus labios, Gloriana supo que había salido victoriosa. Sofocó un pequeño grito para no molestar al pequeño y miró por la ventana los vestigios de las afueras de Londres. A medida que las últimas tabernas y establos pasaban, recorrió con el pulgar la pila de tarjetas en su regazo, con su mente girando con posibilidades.

Capítulo Dos

Alex Somers llevaba los zapatos equivocados.

Por supuesto, como la mayoría de las cosas, no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde para remediarlo. Bessie Corden le dio un rápido beso en los labios, sus adorables y sonrosadas mejillas brillaban de emoción mientras lo empujaba el resto del camino por la ventana de su habitación y cerraba las cortinas sobre su rostro sonriente.

Se quedó quieto un momento, lo suficiente como para escuchar a su esposo, el honorable juez Corden, irrumpir en la habitación. El hombre era excitable en el mejor de los casos, pero Bessie hizo su magia habitual, haciéndolo entrar en su dormitorio y animándolo a descansar después de un largo día en los tribunales. Solo cuando Alex estuvo seguro de que no había atisbo de sospecha sobre el juez, se permitió escalar la hiedra de la casa y aterrizar en la suave tierra de un jardín de Oxford a menudo descuidado.

Había sido imprudente pasar y despedirse adecuadamente de Bessie, pero Alex nunca había sido muy bueno resistiendo las tentaciones. Además, era su última noche en Oxford y realmente iba a extrañar las suaves caderas y dulces sonrisas de la respetable señora Corden. Sonrió para sí mismo, agachándose bajo las ramas de los árboles que bordeaban el patio de la casa y encontrando su paso en las bulliciosas calles adoquinadas de la ciudad con zapatos que al menos eran dos números más grandes.

Bessie se había preocupado, se había agitado y había alisado su cabello de la frente en un esfuerzo fútil por hacerlo lucir menos desarreglado mientras se ponía la ropa. Debió de saber, bajo toda esa encantadora feminidad y buenas intenciones, que había lucido desarreglado desde el principio. Su propia madre había dejado de intentar convertirlo en un joven ordenado y presentable hacía muchos años, lo cual era irrelevante cuando tenías a Gideon en la familia.

Se rio para sí mismo mientras se arrastraba, la brisa de la tarde comenzaba a levantarse a medida que el sol descendía. Si Alex había nacido con las rodillas raspadas y barro en las mejillas, entonces su hermano mayor, Gideon, había nacido con una corbata planchada, con un presupuesto en una mano y un libro de cuentas en la otra. Su hermana, Heloise, había nacido al revés y de cabeza, rompiendo reglas antes de que pudiera respirar.

Había una dulzura amarga en dejar Oxford. No es que esto hubiera sido alguna vez un verdadero hogar, pero mientras continuaba esforzándose a medias en su interminable educación, había sentido una especie de seguridad aquí. Mientras siguiera estudiando, no estaría sin rumbo. ¿No era así? Nadie desaprobaba a un estudiante sin vocación ni inclinación hacia la ambición, pero ¿un *graduado*? Realmente había metido la pata al lograr ese maldito título, ¿no? Ahora tendría que lograr algo de verdad para mantener cualquier grado de respetabilidad.

Aun así, sería agradable regresar a Somerton. Había extrañado a su hermano y su hermana, y también a los pequeños. La última vez que había visto al pequeño Reggie, aún era un ser rosado

que se retorció en su pañal, tan lindo como ruidoso. ¡Ahora, Gideon le escribió que ya estaba caminando sin ayuda! En cuanto a Callie, tan preciosa y seria, ya había celebrado su segundo cumpleaños sin él, y si se podía confiar en las cartas de Heloise, ahora era lo suficientemente grande como para que él pudiera lanzarla al aire a su antojo.

Giró en la Plaza Wellington, tarareando suavemente entre dientes. A la mañana siguiente, cargaría lo último de sus cosas y se dirigiría al norte, de regreso a casa por un tiempo mientras averiguaba qué demonios debía venir después. Por ahora, aún había muchas horas por delante para celebrar y despedirse de sus compañeros.

La taberna Lion's Tooth brillaba a lo lejos mientras la esposa del posadero iba alrededor de la cerca, encendiendo los faroles. El cielo brillaba en púrpura y naranja, con el más leve destello de las primeras estrellas escondiéndose bajo el velo de las nubes de finales de verano.

Alex inhaló profundamente, prometiéndose que recordaría este momento, incluso si la fiesta y los tragos borraban el resto de la noche de su memoria. Se metió las manos en los bolsillos, arqueó los dedos de los pies en sus zapatos demasiado grandes y se dirigió a su propia fiesta de despedida, esperando contra toda esperanza que esa noche no fuera la última de su juventud.

La resaca no fue tan mala como esperaba. Imaginó que si no estuviera apretado en una diligencia al amanecer mientras esta temblaba y rebotaba sobre los baches del camino, estaría en perfectas condiciones. También estaría todavía dormido, lo cual sería encantador.

Aun así, había tenido un desayuno abundante y dos tazas de té fuerte, y aunque el dolor de cabeza no se había ido del todo, ciertamente había experimentado peores mañanas. Valió la pena, de todos modos, haber disfrutado de una despedida tan épica. Su bolsa había engordado con varias rondas de cartas, y había hecho llorar a una de las camareras cuando confesó que era su última noche en la ciudad.

Si no fuera por nada más, al menos había dejado Oxford con algunos nuevos amigos y el conocimiento de los mejores lugares de la ciudad. La educación estaba bien, supuso, por lo que era. La actitud de la mayoría de sus compañeros había sido que todo el asunto no era más que una formalidad, y como tal, no requería ninguna verdadera pasión o devoción por las lecciones en sí.

Por supuesto, había habido uno o dos verdaderos académicos. Un tipo escurridizo llamado Peter Applegate había requerido casi tres periodos de esfuerzo para convencerlo de salir a divertirse un poco. Incluso borracho, el hombre hablaba sin cesar con fervor sobre el orgulloso legado británico y sus sueños de publicar volúmenes sobre las emocionantes hazañas de la historia nacional. Afortunadamente, la cerveza ofrecía la lubricación justa para darle a su torrente de hechos un tono un poco más lascivo de lo habitual. Además, llevarlo siempre proporcionaba algún momento inesperado de entretenimiento.

Le divertía el reto que suponía alguien como Applegate. Sacar a alguien así de su caparazón era siempre un rompecabezas fascinante, seguido de una fuente inagotable de momentos sorprendentes una vez logrado el objetivo. Por eso había decidido tomar un transporte local de

regreso a Yorkshire.

Gideon le daría un sermón cuando descubriera que había optado por una diligencia en lugar de enviar a Graham a recogerlo. Aun así, a Alex le encantaba este tipo de aventuras. Siempre encontraba gente interesante en los coches, y disfrutaba creando un ambiente alegre y sociable en el trayecto. Sin embargo, este viaje en particular no parecía muy prometedor.

Frente a él, una institutriz de mediana edad había caído de nuevo en el mundo de los sueños, con la cabeza inclinada hacia atrás sobre los cojines del asiento y la boca abierta al compás de sus ronquidos. A ambos lados, dos niños aburridos se lanzaban miradas cada vez más incendiarias.

A su lado, un hombre corpulento, vestido con tweed, hacía su mejor esfuerzo por ocupar el menor espacio posible. Tenía la cara prácticamente pegada a la ventana, como si el paisaje matutino fuera de extrema importancia, y sus piernas estaban recogidas hacia la puerta.

Entre las opciones de compañía, Alex pensó que los niños tenían el mayor potencial para entretenerlo. Les dedicó una sonrisa y levantó las cejas en dirección a la institutriz. Curiosos, los pequeños dejaron de molestarse entre sí para concentrarse en el extraño hombre frente a ellos, quien no tardó en imitar a la mujer dormida.

Con su mano, fingió que la gran pluma del sombrero de la institutriz se agitaba violentamente cada vez que ella respiraba. Las risitas resultantes de sus jóvenes compañeros fueron un resultado satisfactorio, y los tres se instalaron rápidamente en una camaradería alegre.

El hombre corpulento los miró, la curiosidad luchaba contra lo que parecía ser una timidez paralizante, y sus ojos marrones encontraron los verdes chispeantes de Alex.

—Oigan —susurró Alex a los niños—, si logramos convencer a este señor tan formal de unirse, podríamos jugar a las charadas. El viaje se haría mucho más corto.

—¡Oh! —jadeó el más pequeño de los niños, mirando esperanzado al hombre robusto—. ¿Lo haría, señor? ¿Lo consideraría?

—Yo... —El hombre carraspeó, dejando escapar una sonrisa tímida—. Claro que sí, aunque no prometo ser muy bueno.

—Está bien —respondió el mayor de los niños—. Eso solo significa que tenemos más posibilidades de ganar.

—Oh —contestó Alex, frotándose las manos—, eso es un desafío si alguna vez escuché uno.

La institutriz resopló en su sueño. Era imposible saber a qué equipo estaba apoyando con semejante comentario.

Capítulo Tres

Gloriana no lo admitiría, pero la finca Somerton era mucho más impresionante de lo que había anticipado.

Era cierto que la tierra se había vuelto progresivamente más salvaje a medida que avanzaban hacia el norte. Los ordenados horizontes esmeralda de las tierras medias habían dado paso a colinas caóticas, con afloramientos rocosos que producían algunas de las flores silvestres más impresionantes que había visto en su vida.

El aire había adquirido una calidad fresca y crujiente casi tan pronto como Rose anunció que habían pasado a Yorkshire, y las aldeas y pueblos que habían cruzado eran mucho más rústicos que cualquier cosa que Gloriana hubiera visto en la parte sur del país. Sí, tenía su encanto, pero cuanto más avanzaban, más preocupada se sentía sobre la impresión que un lugar así podría causar en las personas gentiles que había elegido tan cuidadosamente para invitar a esta fiesta campestre.

Era hermoso aquí, sí, pero en la misma forma en que una criatura salvaje es hermosa, con encantos que es mejor admirar desde la distancia, no sea que ese atractivo se transforme en imprevisibilidad y peligro.

Sabía que Gideon Somers era un vizconde y, como tal, probablemente no vivía en una de esas chozas de piedra y tierra que parecían ser la norma en el campo, pero la verdad era que nunca había preguntado. La finca podría ser tan lujosa como una de las posadas públicas donde habían pasado sus noches en el camino. Un título no significaba una fortuna, como cualquier buena debutante sabía.

De hecho, lo único que realmente sabía sobre la familia Somers era que había producido a Heloise Somers. La infernal Heloise, cuyas maneras salvajes y total falta de refinamiento podrían muy bien ser el resultado de vivir en alguna choza prehistórica en los confines de la Tierra toda su vida.

Pero luego llegó Somerton. Oh, pero casi hizo que Gloriana lamentara las decisiones que había tomado la noche de su debut.

En otra vida, esta vasta mansión, esta extensa finca que se extendía por los páramos de Yorkshire con tanta elegancia, podría haber sido su propio hogar. Sus ojos azul pálido se abrieron como platos al pasar por las puertas y acercarse al camino de entrada. Era un diseño encantador, moderno y clásico a la vez. Todas las preocupaciones que había albergado sobre la impresión que causaría en sus conexiones de la sociedad se evaporaron como la niebla de Yorkshire.

Sus dedos estaban manchados de tinta bajo sus guantes de muselina, ya que había sacrificado una buena cantidad de sueño en las noches anteriores, inclinada sobre escritorios en posadas a lo

largo de su ruta y apresurándose a enviar los mensajes antes de salir de nuevo al amanecer. Nunca había asistido a una fiesta campestre, pero había oído hablar de muchas. Estaba decidida a sobresalir en la organización de tal evento, incluso si toda la empresa era en nombre de un hombre que nunca había conocido ni el que había pensado antes de subir al carruaje de su primo.

Sí, este era un lugar perfecto. Estaba segura de que todo sería ejemplar al celebrarse en un sitio así. Mentalmente, ya estaba duplicando su lista de invitados, asombrada de cuántas cosas podrían ser posibles bajo un techo tan grande y elegante.

La carroza disminuyó la velocidad en el camino circular de la mansión, donde Lord Somers aguardaba el regreso de su esposa e hijo con la rígida formalidad de un hombre en los asuntos más graves. Era alto y apuesto, con cabello castaño ardiente y un porte indudablemente refinado. Estaba flanqueado a ambos lados por miembros del personal de la casa, pero no esperó a un lacayo cuando la carroza se detuvo.

En cambio, avanzó, con una sonrisa floreciendo en su rostro pétreo que reflejaba la de Rose.

—¡Mira, es papá! —dijo al pequeño Reggie, con sus ojos centelleando a la luz de la tarde mientras Lord Somers abría la puerta y extendía los brazos justo a tiempo para atrapar a su entusiasta hijo y heredero.

El conductor murmuró mientras se acercaba a la puerta, extendiendo la mano de una manera que Gloriana consideró muy impertinente. Sin embargo, eso solo hizo reír a su prima.

—Me temo que Lord Somers no pudo esperar a que hiciera su deber, señor Graham —suspiró, aceptando su mano callosa mientras se bajaba delicadamente de su perchero—. No debe tomarlo a pecho. Solo tiene muchas ganas de ver a su hijo.

—¿A pecho? —respondió el hombre, encontrando la mirada de su ama, audaz como siempre—. El día aún no ha llegado en el que mi corazón se vea afectado por algún lord.

—Mm —respondió Rose sin comentar, alejándose del conductor para darle un besito a su esposo en la mejilla.

Gloriana se sobresaltó cuando el conductor se volvió hacia ella, mirándola con considerable menos malhumor. —¿Puedo ayudarle a bajar? —preguntó, su voz más suave.

—Sí, por favor —respondió, esperando que el alivio por su cambio de actitud no fuera demasiado evidente en su rostro.

El suave cuero de sus botas de viaje se hundió en la gravilla del camino, con las piernas adoloridas por las horas de inactividad bajo su vestido. Puso una sonrisa amable en su rostro y apoyó las manos frente a ella, esperando un reconocimiento de un hombre que había pensado alguna vez que estaría obligada a casarse. —Lord Somers —dijo con una cortés reverencia—. Muchas gracias por esta generosa invitación a su finca. Espero con ansias mi tiempo aquí.

—¿Realmente? —respondió Gideon, con la comisura de su boca temblando—. Nos complace tenerla, señorita Blakely. Espero que considere a Somerton su hogar mientras esté aquí.

—Oh, lo hará —rio Rose, entrelazando sus manos alrededor del brazo de su esposo con un apretón afectuoso—. Gloriana ya se ha tomado la libertad de ofrecer Somerton a la alta sociedad en sus esfuerzos por organizar una celebración para Alex.

—¿Para Alex? —repitió Gideon, con confusión evidente en su rostro.

—Para celebrar la finalización de su carrera —respondió Rose, inclinando la cabeza de manera significativa—. Glory tiene razón en que esta es una oportunidad para mostrar su logro a las personas adecuadas, para que pueda perseguir la vocación que sus ambiciones prefieran.

—Ah —respondió Gideon, su tono enigmático—. Estoy ansioso por conocer exactamente cuáles son esas ambiciones.

—La desalenté de invitar al clero —susurró Rose, provocando una risa de su esposo.

Él se dio la vuelta y gesticuló a su personal, enviándolos a moverse. —Retirémonos al interior para que ustedes, damas, puedan descansar, y discutiremos los planes para este evento durante la cena, ¿hm?

—Oh, sí, por favor —suspiró Rose, apoyándose en el cuerpo de su esposo mientras la niñera se acercaba para recoger a Reggie. Con el brazo libre, hizo señas para que Gloriana los siguiera mientras los sirvientes pasaban con su equipaje.

Las grandes puertas dobles se abrieron a un vestíbulo de mármol y dorado, con una gran escalera que se curvaba por el lado derecho de la habitación. Había mucho que Gloriana pensaba que podría interesarle examinar en algún momento, pero por el momento, se sintió atrapada en el lugar por un enredo de horror que había brotado en su estómago y se había trasladado rápidamente a su pecho.

No esperaba ser confrontada con tal incomodidad tan inmediatamente.

Lo primero que uno veía al entrar a Somerton era un gran retrato colgado justo frente a la entrada. Un retrato de Heloise Somers, como sucedía, la chica que había atormentado a Gloriana durante sus tiernos años como joven en la escuela de terminación. La infernal Heloise, que había sido la más incomprensible de las acosadoras, la más inefable de las miserables.

El retrato era una obra magnífica, tenía que admitirlo, claramente hecho por un maestro del oficio. Representaba una gloriosa percepción de Heloise, sentada en una habitación iluminada por el sol, con el cabello suelto y vibrante alrededor de los hombros mientras acariciaba la cabeza de un pequeño gatito naranja. Sus ojos eran tan reales, tan agudos y calculadores, mirando desde el lienzo en ese veneno verde tan maligno que, por un breve momento, Gloriana sintió como si estuviera de regreso en casa de la señora Arlington. Captar la mirada de Heloise Somers siempre significaba que algo no estaba como debía, a menudo a un gran costo para su dignidad personal.

Se estremeció, sabiendo que estaba siendo tonta, y apartó la mirada. Habían pasado años, después de todo. Ya no era el blanco fácil que había sido antes. Si Heloise intentaba atormentarla ahora, encontraría una oponente mucho más formidable en una Gloriana Blakely adulta y presentada en sociedad.

Para su alivio, Lord y Lady Somers estaban tan absortos el uno en el otro que ninguno había notado su reacción al retrato. Tuvo tiempo de dar la espalda, negándose a otorgar poder a tal cosa, antes de hablar.

—Podría tomar una siesta, si hay tiempo —dijo dulcemente, dejando claro que necesitaba un dormitorio—. Tengo mucho que deseo discutir con ustedes muy pronto, por supuesto. ¿Estaremos, eh... —vaciló, aclarando su garganta en su guante—, ¿seremos solo los tres en la cena?

—Así será —respondió Gideon, con un tono que denotaba complicidad—. No la someteré a mis hermanos hasta que haya tenido tiempo de acomodarse.

Sonrió con su sonrisa más suave y ensayada. —No puedo imaginar a qué se refiere —replicó, complacida con lo convincente que sonaba la mentira en sus labios.

Sir Reginald Blakely, el estimado padre de Gloriana siempre había insistido en que, si uno se dedicaba a una tarea, el tiempo aceleraría su ritmo, pasando en un abrir y cerrar de ojos. Por supuesto, como la mayoría de las frases de Sir Reginald, Gloriana encontraba que la sabiduría de su padre era acertada. De alguna manera, ya había pasado casi una semana en Somerton, a pesar de estar segura de que apenas había bajado del carruaje.

Había pasado días sumida en la planificación de la fiesta, y, sin embargo, sentía que apenas había comenzado los verdaderos preparativos.

En su segunda noche, Rose había irrumpido en su habitación en medio de un torbellino de autoridad y desaprobación. Traía consigo una lámpara extra, un delgado pero resistente libro de cuentas de cuero, y duras instrucciones de que Gloriana no sacrificara la integridad de su vista ni encorvara su espalda en una postura de abuela por causa de la planificación de la fiesta.

Era imposible resistir a Rose cuando se proponía resolver un problema que ella percibía. Durante la mayor parte de la vida de Gloriana, esto había sido un regalo delicioso, un brillante caballero de gasa y encaje que siempre hacía desaparecer las cosas malas. Siempre estaba agradecida por el cariño y la capacidad de su prima, pero una pequeña parte de ella se molestaba al no ser aún lo suficientemente adulta como para no necesitar rescate.

No es que deseara dejar de depender de Rose, sino que esperaba ser su igual para ahora, socias en lugar de leona y cachorro. Aun así, sabía que Rose tenía razón, y era honestamente un alivio ser llevada a una pequeña sala de lectura, completa con un escritorio y una silla de respaldo resistente en la que continuar con sus asuntos. La pequeña biblioteca estaba convenientemente ubicada en el mismo piso que su habitación, y le dijeron que la considerara su estudio privado durante el resto de su estancia en Somerton.

El libro de cuentas contenía notas ordenadas en las primeras páginas, escritas por el mismo Gideon Somers, expresando con delicada táctica un límite en el gasto. Por supuesto, parecía estar al tanto de que tales eventos no eran gratuitos y que sería un perjuicio para su nombre familiar y para su hermano escatimar en comodidades. De hecho, Gloriana tenía la impresión de que estaba

interesado en el prestigio y la positividad que vendrían al albergar a un grupo de invitados de renombre.

Aunque no había hablado directamente con él, el vizconde Somers había asignado fondos para añadir sirvientes temporales al personal, así como un estipendio para la comida y otro para entretenimiento limitado. Gloriana notó que, aunque esto no sería el derroche desenfrenado que podría haber imaginado, había cierto placer en el desafío creativo de mantenerse dentro del presupuesto.

Mientras que el propio vizconde había dejado únicamente notas escritas, la ama de llaves de Somerton, la señora Laughlin, había ofrecido una abundancia de consejos y asistencia durante el proceso de planificación, a menudo acompañados de algún bocado o una taza de té para asegurarse de que Gloriana no se desvaneciera en medio de su trabajo.

La ama de llaves era una mujer alegre, con una energía estimulante a su alrededor, y una vez más Gloriana se sorprendía confiando en la autoridad de una mujer más experimentada y hallando consuelo en esa seguridad. Ambas acordaron contratar personal adicional del pueblo cercano y, por supuesto, revisaron las cuentas respecto a las propinas esperadas para el personal actual, ya que este tendría que asumir tareas adicionales.

Gloriana no quería atribuirse demasiado mérito, pero tenía la impresión de que el entusiasmo de la señora Laughlin por la fiesta se debía, al menos en parte, a su habilidad para organizar un evento verdaderamente agradable.

Finalmente, comenzaron a llegar cartas de aquellos a quienes había escrito durante su viaje desde Londres. Sus queridas amigas de la escuela enviaron respuestas llenas de entusiasmo. Ambas viajarían desde Oxfordshire bajo la tutela del hermano de Eleanor. Las dos jóvenes eran solteras y serían excelentes prospectos para Lord Alex, si él era lo bastante sensato como para considerarlas.

Otra pronta respuesta vino de parte del señor Nathaniel Atlas, un favorito de la alta sociedad, conocido por sus encendidos discursos en la Cámara de los Comunes, sus tratos diplomáticos en las Indias Occidentales y un innegable encanto que había deslumbrado a Almack's durante la última temporada. Además de ser especialmente apuesto, el señor Atlas era joven y soltero. De hecho, Gloriana albergaba la esperanza de que sus atenciones se dirigieran a ella, más que a Tia o Nell, por muy querida que fuesen sus amigas. Después de todo, había reunido un número equilibrado de damas y caballeros elegibles, ¿no? ¿Por qué no aprovechar la oportunidad para mejorar sus propias perspectivas? ¿Acaso una anfitriona dedicada no merecía eso?

Rose, por supuesto, no dejó pasar la oportunidad de burlarse de su lista de invitados.

—¿De quién es esta fiesta realmente, Glory? —rió desde un rincón de la pequeña biblioteca, donde bordaba con tranquila destreza—. Dime, ¿qué otros jóvenes apuestos estarán presentes?

—De todos, Rosie —respondió Gloriana con una sonrisa evidente en su voz.

Aún no lo había confirmado, pero su lista estaba compuesta principalmente por jóvenes sin compromisos. El hermano de Nell aún estaba estudiando y, según todas las versiones, era tan introvertido como su hermana, si es que los hombres podían ser introvertidos. Sin embargo,

provenía de una buena familia y era necesario para asegurar la presencia de sus compañeras de escuela. Nell sospechaba que jamás abandonaría la universidad y que, con el tiempo, pasaría de estudiante a profesor sin esfuerzo alguno. Al lado de su nombre en el registro, Gloriana había anotado: "posible prospecto – académico?"

También invitó a Sheldon Bywater, marqués de Moorvale, a quien había conocido en Londres años atrás. Era el invitado ideal, pues ya era un conocido cercano de la familia Somers. Moorvale era un coqueto incorregible y muy divertido en reuniones sociales, aunque Gloriana no podía imaginarse casada con un hombre tan imponente. Si Alexander Somers tenía interés en una carrera militar, Lord Moorvale sería un excelente contacto, ya que había vendido su comisión la última temporada tras regresar del continente, cubierto de medallas y honores.

Gloriana solo podía esperar que el número de damas y caballeros que aceptaran sus invitaciones fuese equilibrado. Mientras repasaba las listas, se dio cuenta de que había más hombres que mujeres, y su prima le recordó suavemente que Heloise Somers también vivía en Somerton y probablemente asistiría a la celebración de su hermano.

—Ninguno de estos jóvenes sería adecuado para Heloise —respondió Gloriana con la barbilla en alto—. No conozco domadores de leones ni aventureros capaces de enfrentar semejante desafío.

—No creo que a Heloise le preocupe demasiado el matrimonio —rio Rose—. Es muy independiente, y tendrás que verla pronto. Tal vez sea hora de dejar atrás esas rencillas tontas del pasado.

Gloriana siseó al recordar, levantándose del escritorio. ¿Rencillas tontas? ¡Heloise había puesto tinta en su té la noche antes de su presentación ante una duquesa visitante! ¡Una duquesa con hijos jóvenes y elegibles! Tuvo que esconderse en su habitación casi dos semanas, esperando a que sus dientes pasaran de un morado oscuro a su blanco habitual.

Maldita Heloise. Ni en sueños dejaría eso en el pasado. Una víbora sigue siendo una víbora, aunque lleve tiempo sin morder.

Suspiró, sacudiendo la cabeza para apartar esos pensamientos y reprimiendo un largo bostezo.

Había dejado sus zapatillas hacía rato, y ahora reposaban de forma desordenada junto a un bonito otomán azul. Inhaló profundamente y estiró los brazos sobre su cabeza, intentando alinear su columna mientras sus dedos se hundían en las suaves fibras de la alfombra. Su cabello seguía firmemente recogido, pero estaba ansiosa por cambiarse y disfrutar de la libertad de su camión, soltando sus rizos y masajeándolos con gusto. Nada le resultaba más tentador en ese momento que meterse entre las sábanas frescas de su mullida cama y hundirse en un sueño profundo y sin sueños.

No tenía idea de qué hora era, solo que ya había caído la noche. Había algo más agresivo en la oscuridad del campo, algo más salvaje e intimidante. En su hogar en Devonshire, siempre se escuchaba la actividad humana alrededor de la casa familiar a cualquier hora, ya fuera el bullicio del mercado por las mañanas o la campana del alguacil y el aroma del pan horneándose por la noche.

Aquí, fuera de los muros de la mansión, no había rastro de vida humana, por millas a la redonda. Solo se oía el viento rasgando entre los árboles y los lamentos de búhos y halcones que descendían sobre criaturas desprevenidas en la oscuridad. La naturaleza dominaba aquí sobre el poder de los hombres. Las estrellas brillaban con una intensidad ligeramente perturbadora, y la luna parecía estar peligrosamente cerca del suelo. Imaginaba toda clase de bestias míticas merodeando entre los altos pastizales y los bosques brumosos, y se preguntaba cómo alguien podía sentirse seguro aventurándose solo.

Quizás por eso la caza era un deporte tan popular en esta parte del norte, reflexionó. Tal vez salir a caballo con sabuesos pisándote los talones y mosquetes en las manos ofrecía una emoción que no se podía experimentar en un lugar más civilizado. Se imaginó que la incertidumbre brumosa del bosque debía despertar una fuerza primitiva en los hombres, recordándoles que los humanos también provenían de la naturaleza salvaje.

Guardó las cartas que había recibido dentro del registro, cerrando la tapa con un satisfactorio golpe, y lo apretó contra su pecho. La lámpara apenas brillaba, y temía que al moverla se extinguiera por completo. Tenía que dejar de olvidar reponer el aceite.

¿Podría encontrar el camino de vuelta a su habitación a oscuras? ¿Qué podría encontrarse sin la protección de la vista para guiarla? ¿Habría fantasmas en los pasillos de Somerton?

Se rio para sí, sacudiendo la cabeza, y cruzó la habitación en busca de sus zapatos. ¿Estaba siendo una niña tonta, verdad? Las damas adultas que organizaban fiestas campestres no temían caminar por los pasillos de noche. No existían los fantasmas.

Entonces se quedó helada, con los vellos de la nuca erizándose, cuando la lámpara chisporroteó, proyectando sombras inquietantes alrededor de la pequeña estancia. Cada sombra danzaba de forma amenazante, acercándose a medida que el círculo de luz se reducía.

Madura, Glory, la reprendió una voz en su mente, desconectada del modo en que su corazón se aceleraba al escuchar la madera crujir más allá de la ventana, seguida de un misterioso golpeteo que se acercaba poco a poco.

¡Toma la lámpara y sal! La voz chilló, dejándose vencer por el pánico, incluso sobre sus instintos más adultos.

Se dijo a sí misma que se iría en un momento, hundiéndose de rodillas junto a la otomana. La llama estaba a punto de apagarse, y se quedaría allí, quieta y segura, hasta que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Se estremeció al escuchar otro golpe, mientras sus dedos se aferraban al borde del libro encuadernado en cuero. Intentó no temblar ante los aullidos del viento, aunque se sentía como una niña con el libro apretado contra el pecho y los dientes castañeando bajo la presión de su mandíbula. Contuvo el aliento mientras la habitación se sumía en la oscuridad total, dejando apenas el tenue resplandor de la mecha y el suave sonido de su propia respiración.

Capítulo Cuatro

El problema con las hazañas de un borracho, descubrió Alex, era que si tomaban demasiado tiempo, uno empezaba a recobrar la sobriedad antes de completar la tarea. Tal era el caso esta noche, mientras avanzaba por el camino de tierra desde la taberna más cercana hacia Somerton, un paseo lo bastante largo como para transformar el andar seguro y fanfarrón de un borracho en el paso torpe de un hombre cuyas funciones superiores regresaban demasiado pronto.

No era la primera vez que hacía ese trayecto. Lo había recorrido muchas veces, a menudo en plena noche. ¿Sería que estaba envejeciendo? No, no podía ser eso. Debía de ser que estaba privado de sueño y adolorido por tantos días encerrado en la diligencia. Además, había omitido la cena en favor de la cerveza, y a medida que la alegre estupidez de la embriaguez nublaba sus sentidos, se había dejado llevar por la nostalgia de cuando tenía que escabullirse de la mansión para divertirse en el pueblo.

Nadie debería verse obligado a experimentar este tipo de doloroso arrepentimiento y auto-reproche hasta que saliera el sol. ¿En qué estaba pensando?

Echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos hacia la luna, gorda y brillante esta noche; una luna de cosecha anunciando el otoño. No tenía idea de qué tan tarde era, pero aparecer desaliñado y oliendo a alcohol en plena madrugada no era una perspectiva que le entusiasmara. Tendría que soportar las reprimendas de la señora Laughlin, luego de Gideon, después de Rose y, probablemente, también del maldito Reggie. Las primeras palabras del muchacho seguramente serían: "¡Por el amor de Dios, Alex! ¿Qué has hecho ahora?"

No, lo mejor sería entregarse a la nostalgia de aquellas escapadas juveniles y entrar a escondidas de la misma manera que solía salir. Ya se preocuparía al día siguiente por despertar sin pertenencias ni ropa limpia, si es que llegaba a tanto.

Las grandes puertas de hierro forjado de Somerton aparecieron a lo lejos, lo que lo animó lo suficiente como para acelerar el paso. Quizá no se estaba volviendo viejo, después de todo. ¿Acaso no hacía solo unos instantes que empezaba a sentirse cansado? ¡Sí, seguía en su absoluta plenitud!

Se deslizó entre las barras de hierro y avanzó con calma por el sendero de grava hacia la casa. Como era de esperar, todo estaba oscuro en la distancia, salvo por las luces del porche junto a las caballerizas y a ambos lados de la entrada principal. Eso significaba que, sin duda, era bastante tarde.

La hierba había crecido alta y frondosa bajo el sol del verano, y pudo sentir el rocío de la noche empapando los bajos de sus pantalones mientras rodeaba la casa hacia el lado derecho, donde no había establos ni cabañas iluminadas que revelaran sus intenciones.

Dios, cómo esperaba tener suficiente tiempo para dormir y recuperarse de todo esto. Quizá

podría esconderse en una de las habitaciones todo el día siguiente y escabullirse de nuevo al caer la noche. Tendría hambre, sin duda, pero eso era mejor que ser humillado, ¿verdad?

Fijó la vista en la ventana con la bisagra suelta y respiró hondo. Con suerte, la fiel ventana habría pasado desapercibida para el personal y los habitantes de la casa desde la última vez que la había usado.

Solo estaba a un piso de altura. ¿Acaso no había practicado recientemente escalando paredes exteriores? Sonrió para sí, recordando con cariño a la señora Bessie Corden, y apoyó las manos en las piedras salientes de la fachada, buscando un buen punto de apoyo.

Intentó sofocar los gruñidos de esfuerzo, por si alguien andaba cerca y lo escuchaba, pero escalar su propio peso era más difícil de lo que recordaba. La casa bien podría ser una montaña, traicionera e imponente, mientras él ascendía por sus picos rocosos.

Sus dedos encontraron el borde de la repisa de la ventana. Al empujar hacia adentro, la ventana crujió al abrirse ligeramente por la bisagra defectuosa. Empujó una, dos, tres veces, cada vez con más fuerza, hasta que escuchó el satisfactorio clic del pestillo al soltarse. Un empujón final abrió la ventana lo suficiente como para que pudiera abrirla del todo.

Ahora solo quedaba impulsarse a través del pequeño portal hacia la seguridad y, tal vez, echarse una breve siesta sobre la alfombra de la biblioteca antes de intentar llegar a su dormitorio. Oh, pero qué bien sonaba la cama en ese momento, ¿verdad?

Contuvo un bostezo y sacudió la cabeza. Un esfuerzo más y todo habría terminado. Los músculos de sus brazos y espalda protestaron mientras se levantaba y superaba ese último obstáculo. Fiel a su plan, se dejó caer hacia adelante en un montón exhausto sobre la alfombra.

El viento silbó a través de la ventana abierta, despeinándolo y enviando una ráfaga refrescante, aunque ruidosa, sobre la nuca. Suspiró, rodando hacia un costado, y usó la poca fuerza que le quedaba en los brazos para impulsarse hasta quedar de rodillas.

Estaba a punto de ponerse en pie cuando un golpe explosivo de puro dolor impactó en su pómulo, haciéndolo caer de espaldas de nuevo. No supo con qué lo habían golpeado, pero sí sabía que lo había hecho otro ser humano.

Reaccionó por puro instinto, alargando el brazo y agarrando lo primero que tuvo a su alcance— en este caso, el delicado tobillo de su agresora—, quien cayó al suelo dando un grito de terror tan desgarrador que anuló por completo el dolor y la confusión, reemplazándolos por pánico puro.

—¡No! —jadeó, incorporándose sobre las manos y rodillas mientras ella caía al suelo—. ¡No! Vivo aquí —dijo sin ningún sentido—. ¡Vivo aquí!

Ella se arrastraba hacia adelante, estirando la mano para alcanzar la silla del escritorio con la clara intención de usarla como arma, quizá para lanzársela directamente encima en su defensa. Por mucho que él lamentara haber asustado a esta mujer misteriosa, no creía poder soportar otro golpe mientras el dolor seguía punzando en su ojo y su pómulo.

—¡Señorita! —exclamó, aferrando su pie descalzo otra vez y arrastrándola hacia atrás mientras ella trataba de alcanzar la silla—. ¡Señorita, por favor! No quiero hacerle daño.

Ella gritó de nuevo, abandonando la silla para alzarse y arañarlo.

—¡Atrás! —gimió, un sonido ahogado y desesperado escapó de su garganta justo cuando él atrapó sus muñecas a escasos centímetros de su rostro—. ¡Atrás!

A la luz de la luna que entraba por la ventana, pudo distinguir sus rasgos. No era una doncella, no con aquel vestido de fina seda blanca, ni con lo que parecían rizos plateados enmarcando un rostro deslumbrantemente hermoso. ¿Quién era esta chica que se escondía en Somerton en plena oscuridad? ¿Acaso se había topado con un fantasma?

Ella quedó inmóvil, con las manos aún tensas, lista para desgarrarlo en pedazos si no fuera porque sus delicadas muñecas seguían atrapadas entre sus manos.

Abrió la boca con toda la intención de explicarse de nuevo, pero una explosión de luz y ruido lo interrumpió cuando las puertas se abrieron de golpe, revelando a cada persona que él esperaba evitar.

—¿Qué demonios?! —rugió Gideon, alzando su lámpara hacia la habitación. Se plantó en el centro del círculo de luz de las velas, vestido únicamente con un par de ridículos pantalones de pijama a rayas. —¡Suéltala de inmediato!

—¡Oh, por el amor de Dios! —repitió Rose desde detrás de él, apenas unos segundos antes de que la señora Laughlin exclamara, aún más exaltada— ¡Oh, por el amor de Dios!

En situaciones así, cuando todo parecía mucho, mucho peor de lo que realmente era, Alex había aprendido que la mejor táctica era cerrar la boca y, si correspondía, soltar a la doncella. Así que hizo ambas cosas, viendo cómo todas sus fantasías de una cama cálida y blanda se desvanecían junto con sus esperanzas de pasar desapercibido.

Ella retrocedió de inmediato, frotándose las muñecas mientras se deslizaba hacia atrás por el suelo, con los ojos abiertos de par en par, de un helado azul glaciar, clavados en él con la mirada acusatoria más feroz que Alex hubiera visto jamás. Se arrastró hasta que su espalda topó con una de las patas del escritorio, forzándola a detenerse.

Gideon se apresuró a ofrecerle la mano y una disculpa en voz baja. Ella pareció vacilar antes de aceptarla, lanzando una mirada fugaz a su salvador antes de volver a fijar sus pestañas espesas sobre Alex. Se puso de pie sin dejar de observarlo con esa misma intensidad, como si apartar la vista de él por un segundo pudiera volverla vulnerable al ataque.

Quienquiera que fuese esa joven, bajo la luz de las velas era incluso más exquisita que en la penumbra. Y, para colmo de su mala suerte, ahora estaba aterrorizada de él.

Por desgracia, su identidad estaba destinada a seguir siendo un misterio, pues Rose avanzó flotando hacia ella, la rodeó con un abrazo y la sacó de la habitación, con la señora Laughlin trotando detrás.

Alex intentó esbozar una sonrisa hacia su hermano, pero solo logró una mueca de dolor por el latido punzante en su rostro. El libro encuadernado en cuero que yacía boca abajo a un brazo de distancia parecía ser el arma más probable que había golpeado su cara con tanta fuerza. Levantó los dedos hacia la zona adolorida, pero los retiró de inmediato al sentir lo sensible que estaba.

Durante todo ese tiempo, Gideon permanecía inmóvil como una maldita estatua de juicio, fulminándolo con la mirada.

—Vamos—graznó Alex, intentando parecer lo suficientemente arrepentido—, ¿podrías echarme una mano para levantarme también?

Gideon entrecerró los ojos, con la furia acumulándose a su alrededor como nubes de tormenta, pero al final le tendió la mano y ayudó a su hermano menor a ponerse de pie.

Ahora que había luz en la habitación, Alex pudo apreciar que el lugar había cambiado un poco desde la última vez que se coló por allí. Todo parecía más ordenado, más cuidadosamente dispuesto, aunque tal vez solo lo percibía así porque estaba medio ciego. Un ojo examinaba el entorno mientras el otro permanecía cubierto por un paño fresco y húmedo que Rose le había puesto en la cara con la delicadeza de una pescadera ablandando el pescado del día.

Ni siquiera se quedó para reprenderlo. Le dio un beso sorprendentemente firme en la mejilla no herida y se retiró para atender a la joven que él había traumatizado, dejándolo solo con Gideon. Al menos tuvo la consideración de traerle una bata a su hermano, que este había anudado meticulosamente alrededor de su cintura.

Alex no era muy aficionado a las reprimendas en las mejores circunstancias, pero si debía recibir una, prefería que su hermano no estuviera semidesnudo para la ocasión. También hubiera preferido tener ambos ojos en pleno funcionamiento y no sufrir las primeras etapas de una resaca monumental.

Gideon había recogido el libro que había golpeado los frágiles huesos de su cara y lo hojeaba con genuino interés, ignorando deliberadamente a Alex y la conversación que ambos sabían que debía ocurrir a continuación.

Alex nunca había sido paciente ni le agradaba la perspectiva de permanecer despierto mucho más tiempo. Ya había sido una noche espectacularmente larga, ¿no? Sin embargo, cuando abrió la boca para instigar la inevitable reprimenda, lo que salió de sus labios fue:

—¿Quién es ella?

—¿Mmm? —respondió Gideon, levantando la vista del libro peligrosamente pesado—. ¿Quién? ¿La chica que te derrotó en combate clandestino?

—¡Oh, no diría que me derrotó! —bufó Alex—. Tenía la ventaja cuando irrumpiste por la puerta. Estaba a punto de explicarme ante la damisela.

Gideon suspiró, cerrando el libro con un golpe seco.

—Es prima de Rose. Ha venido a quedarse con nosotros durante la temporada de otoño. ¿Sabes qué es esto?

—¿Un arma homicida?

—Este libro es el registro que la joven con la que acabas de enfrentarte ha estado usando durante horas para planear una celebración. Una celebración en tu honor, por tu graduación de Oxford.

Alex arqueó la única ceja visible.

—¿Una fiesta para mí? Interesante concepto. ¿Quién vendrá?

—Me inclino a dejar que ella te revele sus planes si así lo desea —respondió Gideon—. Aunque imagino que en este momento se está arrepintiendo de su generoso esfuerzo.

Observó a Alex por un instante, con un destello de diversión cruzando su habitual expresión severa.

—Nunca se lo diría a la chica, pero siempre he esperado que algún día la realidad de los gastos que se han hecho en tu nombre te golpeará de lleno en la cara.

—Oh, qué agudo eres —replicó Alex con sequedad, ignorando la carcajada que escapó de su hermano. Se recostó en el diván, colocando el paño sobre el dolor palpitante de su ojo y contemplando el techo—. La prima de Rose —murmuró con nostalgia—. No se parecen mucho, ¿verdad?

—¿No? Yo creo que tienen bastantes similitudes —replicó Gideon con naturalidad—. Tal vez, si la ves a la luz del día y con una expresión que no sea de puro terror, lo notes también.

El tono relajado de su hermano y la facilidad con la que se reía en estos días solo aumentaban el desconcierto de Alex. Gideon ya debería estar lanzando un sermón monumental, despotricando sobre cómo Alex debería ser más responsable, comportarse mejor y pensar antes de actuar. No es que un Gideon casado no fuera una mejora bienvenida, pero resultaba complicado prepararse para la batalla cuando el oponente había cambiado tanto.

—¿Podrías, por favor, gritarme para que pueda irme a dormir? —dijo, sonando infantil incluso a sus propios oídos.

—¿Quieres que te grite? —respondió Gideon, alzando las cejas—. Es algo tarde para armar un escándalo, aunque ya todos estén despiertos. Además, sospecho que, incluso si lograra reunir energía para darte un buen sermón, ya sabes todo lo que diría.

—¿En qué estabas pensando, Alex? Tenemos una puerta principal, Alex. ¿De dónde vienes? ¿Dónde están tus cosas? ¿Es que siempre tienes que causar problemas, Alex? —recitó Alex con sarcasmo en cada palabra.

—Interesante. ¿Y?

—No quería despertarte. De la posada. También en la posada. Y sí, evidentemente.

Los dos hermanos guardaron silencio por un momento, hasta que Gideon soltó una leve risa y Alex dejó escapar un suspiro de resignación divertida.

—Mañana mandaremos a Graham a buscar tus cosas —dijo Gideon, poniéndose de pie—. Deberías descansar y pensar bien cómo y cuándo vas a disculparte con la señorita Blakely antes de que lleguen tus invitados. Has dejado una impresión inicial bastante desastrosa.

—¿Blakely? ¿No d'Aubrey? —preguntó Alex con curiosidad. Señorita Blakely. ¿Por qué ese nombre le resultaba familiar?

—Son parientes por parte de la madre de Rose —explicó Gideon—. Tal vez también deberías preparar una disculpa para Rose, ya que estamos.

—¿Y una para ti? —sugirió Alex, girándose de lado—. ¿Y quizá otra para la señora Laughlin?

—De acuerdo, cuidado con eso —comentó Gideon, levantando una lámpara y señalando otra para que Alex la tomara—. Si empiezas a disculparte por cada vez que has hecho el ridículo, eso consumirá el resto de tu vida.

—También es bueno verte, hermano —dijo Alex al ver cómo Gideon se alejaba, con una sonrisa afectuosa asomando en su rostro, a pesar de sí mismo.

Estaba en casa.

Capítulo Cinco

Gloriana no se levantó hasta que el sol estuvo bien alto en el cielo, y lo hizo con gran dificultad, forcejeando para desprenderse de las mantas. Estaba convencida de que no podría dormir nada después del susto que había pasado, pero al parecer se había sumido en el sueño más profundo y silencioso de su vida tras beber una infusión caliente de leche con miel que le había preparado la ama de llaves.

Había dormido tan profundamente que incluso mover los párpados le parecía un acto de fuerza. Sus extremidades pesaban como troncos, y la bruma de la inconsciencia seguía asentada sobre su cuerpo.

Se obligó a parpadear, y los rayos de luz que se filtraban por las esquinas de las cortinas pasaron de ser amplias manchas doradas a delgadas líneas dispersas sobre la alfombra. Llevó una mano a su cabeza, apartando el cabello suelto sobre su hombro, y se forzó a incorporarse.

En el pie de la cama se encontraba otro intruso, observándola con la mirada fija y juiciosa de una criatura nacida para cosas más elevadas. Gloriana había visto antes a ese gato merodear por los rincones de la mansión, pero era la primera vez que él la consideraba digna de su atención directa. Sus grandes ojos amarillos se encontraron con los de ella con una firmeza imperturbable y sin disculpa alguna, lo que a Gloriana le pareció una oferta de amistad.

—Creo que el ama de llaves me drogó —le dijo al gato—. ¿A qué sabe el láudano?

El gato bostezó, con su larga lengua rosada curvándose entre sus afilados dientes, pero no respondió.

—Sí, supongo que sabe a sueño —concedió Gloriana con un suspiro—. Quizás debería estar agradecida en lugar de escandalizada. Ven aquí, engreído.

Se arrastró hacia adelante, extendiendo la mano con cautela hasta que el gato, con un suspiro impaciente, empujó su cabeza contra los dedos de ella, permitiéndole acariciarlo. No pudo evitar sonreír y lo levantó para colocarlo en su regazo, recostándose contra el cabezal mientras él se desplomaba, ronroneando en su abrazo. Tal vez podría quedarse así, envuelta en sus sábanas con ese apuesto gato naranja, hasta que llegara el invierno y fuera hora de regresar a Devon.

Sí, eso sería preferible a enfrentarse con la familia Somers después de lo que había hecho anoche.

¿Cómo iba a saber ella que ese hombre extraño que entraba por la ventana no era un bandido o un ladrón? ¡Y había hecho todo lo posible por someterlo, ¿no?! Aunque toda la humillante experiencia le había recordado bruscamente las desventajas físicas de su sexo. Quizás debería pedirle a Papá que le diera clases de esgrima, por si alguna vez se encontraba en una situación similar.

Alex Somers había sido tan fuerte, con esas grandes manos sujetando sus muñecas, su atractivo rostro iluminado por las sombras de la luz de la luna y esos ojos alarmados fijos en los suyos. Ella había sido incapaz de luchar contra él, y sin duda habría sucumbido a la ruina si él hubiera tenido malas intenciones. Su cabello revuelto y su cuello de camisa abierto no eran los de un caballero, ¿verdad? Un caballero no la habría derribado ni retenido. Los caballeros no entraban por ventanas a la luz de la luna para someter a jovencitas indefensas.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, y sus recuerdos enviaron una extraña sensación de emoción a su vientre.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su ensoñación, haciendo que esa chispa desconocida se desvaneciera ante la necesidad ineludible del día. Rose no esperó una respuesta, sino que se deslizó por una rendija de la puerta, cerrándola tras de sí.

—Buenos días —saludó Gloriana, sin moverse de su sitio junto a su nuevo aliado.

—Buenas tardes —corrigió Rose, cruzando la habitación con pasos decididos para correr las cortinas.

Gloriana alzó una mano para protegerse de la luz intensa mientras el gato bufaba indignado y saltaba de la cama para esconderse debajo.

—¡Oh, Rosie, mira lo que has hecho! —se quejó Gloriana, haciendo un puchero—. Justo cuando estaba avanzando.

—Se recuperará —dijo Rose, haciendo un gesto despreocupado con la mano. Resplandecía bajo el sol de la tarde, un halo parecía formarse alrededor de sus pulcros rizos dorados. Le dedicó a Gloriana una sonrisa alentadora y se sentó en la esquina de la cama—. Nero nunca podría resistirse a una chica bonita.

—¿Nero? —Gloriana arrugó la nariz—. ¡Qué nombre tan horrendo! ¿Quién llamaría a una criatura tan dulce Nero?

Rose inclinó la cabeza y mordió su labio, volviendo sus grandes ojos marrones hacia su prima con una chispa de diversión.

—Ah —dijo Gloriana—. Claro, ella tenía que ser.

—Te perdiste el desayuno —anunció Rose—, pero deberías aparecer para el almuerzo. Será mejor despejar el aire cuanto antes, especialmente con los invitados a punto de llegar.

—No puedo —susurró Gloriana, con la mortificación evidente en su voz—. No puedo enfrentarme a él después de lo de anoche.

—Claro que puedes —la corrigió Rose—. Él es quien debería estar avergonzado, no tú.

—¡Lo agredí! —chilló Gloriana—. ¡Me escondí en una habitación oscura en plena noche e hice daño físico a un miembro de la nobleza! Además, si alguien más aparte de ti nos hubiera

encontrado así, mi reputación habría quedado completamente arruinada.

—Tu reputación está intacta, te lo aseguro —dijo Rose, dándole unas palmaditas en la mano—. Alex dista mucho de ser un caballero intachable, en cualquier caso. Estoy segura de que desea disculparse contigo lo más pronto posible para que podamos dejar este desastre atrás. Ahora, levántate.

Rose se puso de pie, caminó hacia el armario y lo abrió de golpe.

—Vamos a ponerte algo angelical para que su sentido de arrepentimiento caballeresco se intensifique, ¿eh? Anda, no aceptaré ninguna objeción.

Gloriana soltó un gemido, deseando más que nada dejarse caer de nuevo en sus almohadas por el resto de su vida, pero hacía tiempo que había aprendido que discutir con su prima cuando estaba en ese estado de ánimo era una batalla perdida.

—¿Blanco, entonces? —dijo de mala gana—. Y tendrás que recogerme el pelo. No tengo tiempo de rizarlo.

—Por supuesto —respondió Rose, eligiendo un vestido del armario y extendiéndoselo—. ¿Y quizá perlas en las orejas?

Gloriana se levantó con desgana de la comodidad de su cama y cruzó la habitación para tomar el vestido.

—¿Qué dijo? Después de todo, quiero decir —preguntó mientras colocaba el vestido sobre el pie de la cama y se dirigía al baúl para buscar la ropa interior. Mantuvo el rostro vuelto hacia el baúl, sin querer que su prima viera el rubor que subía a sus mejillas—. ¿Preguntó por mí? ¿O estaba muy indignado?

—No sabría decir —replicó Rose con indiferencia, eligiendo horquillas y un peine del tocador—. Le puse una compresa fría en el moretón que le estaba brotando en la mejilla y me despedí de ambos Somers. Puedo asegurarte, sin embargo, que en lo que a Gideon respecta, toda la culpa recae completamente en Alex.

—¿Un moretón? —gimió Gloriana, girándose para mirar a su prima, con una selección de ropa interior apretada contra su pecho—. ¿Es horrible? ¡Debe odiarme! ¿Tengo que enfrentarme a él, Rosie?

—Sí —suspiró Rose—. Me temo que sí.

Las revitalizantes brisas de estas mañanas de principios de otoño habían puesto a toda la casa de buen humor. Las ventanas de la planta baja habían sido abiertas para permitir que la atmósfera templada se deslizara por la casa, recordándoles a todos, desde el vizconde hasta la pinche de cocina, que el brutal calor del verano ya había quedado atrás.

Sin embargo, Gloriana no sentía el aire fresco como un gran alivio para sus nervios, aunque al menos le proporcionaba una excusa plausible para el vello erizado en la nuca. Estaba paseando por el pasillo cerca del comedor, pasándose los pulgares por el interior de sus dedos mientras intentaba calmar su corazón acelerado.

Un gran espejo captaba su ritual ansioso, con los hilos plateados en su vestido reluciendo como pequeños destellos de relámpago cada vez que pasaba. Se obligó a detenerse, apoyando las manos sobre la mesita y mirándose fijamente en el espejo. No estaría tan alterada si Rosie se hubiese quedado para acompañarla a la guarida del león. Pero no, ahora tenía un hijo que cuidar y quería ir a buscar al pequeño Reggie para un almuerzo en familia con todos de tan buen humor.

Glory hizo una mueca. Una pequeña parte de ella susurraba que extrañaba ser la única preocupación de Rosie, pero sabía que no estaba bien envidiar a un niño, especialmente por la atención de su propia madre. Al menos la había ayudado a lograr una presentación atractiva antes de salir corriendo a cumplir sus deberes maternos.

El fino cabello rubio platino de Gloriana estaba recogido en un moño suelto, con mechones enmarcando su rostro en forma de corazón. En blanco, plata y perlas, pensaba que se veía bastante angelical. Se pellizcó las mejillas para sonrojarlas y se mordió los labios para hacer que la sangre subiera. Sí, se veía bien, y ¿qué más podía hacer sino ajustar su apariencia para retrasar lo inevitable?

Podía oír sus voces desde donde estaba, llevadas por las ráfagas frescas de viento a través de la puerta abierta del comedor y por los pasillos alrededor. Había risas y el tintineo de la plata sobre la cerámica, y suficiente conversación como para que las palabras individuales fueran difíciles de distinguir.

Miró sus manos aferradas a la mesa y se obligó a aflojar el agarre, permitiendo que la sangre volviera a sus nudillos. Se dio una última mirada, obligando a una sonrisa en sus labios, y salió hacia las puertas abiertas donde la familia Somers estaba reunida para su comida.

No estaba segura de sí sentirse aliviada porque nadie la notara de inmediato. Gideon y Rose tenían sus cabezas juntas, inmersos en alguna conversación secreta con sus platos olvidados frente a ellos y Reggie durmiendo plácidamente contra el pecho de Gideon. En el otro extremo de la mesa había una amalgama de todas las cosas que Gloriana temía.

Por supuesto que esta sería la primera vez que vería a Heloise en desventaja. Estaba sosteniendo una mora en el aire, provocando a otra niña, esta vez una niña, que estaba de pie en la silla con una expresión de concentración mientras intentaba alcanzar la fruta.

—Vamos, Hel —rio Alex, junto a ella. Estaba en el extremo de la mesa, observando el espectáculo con diversión. Esta mañana se veía terriblemente noble y bien arreglado, sin rastro del pícaro desaliñado que la había derribado al suelo la noche anterior. Estaba ligeramente girado en la dirección contraria a donde ella estaba, por lo que no podía ver si su rostro estaba marcado o no por el mal concebido golpe que le había dado.

—¡Ahí estás! —dijo Rose, con su voz alegre y brillante atrayendo de inmediato la atención de todos en la mesa hacia la puerta.

La pequeña aprovechó la oportunidad para arrebatarse la mora y se dejó caer en su silla mientras se metía la fruta en la boca con la palma de la mano. Ella era la única que parecía desinteresada en la llegada de Gloriana.

Alex empujó su silla hacia atrás de inmediato y se puso de pie, girándose para enfrentarla por completo.

Hizo su mejor esfuerzo por no hacer una mueca al verlo; tenía muy claramente un moretón brillante y púrpura alrededor de la curva de su ojo. Ella había hecho eso. Había marcado ese hermoso rostro. Nunca habría predicho que algo pudiera distraerla de un reencuentro con Heloise Somers, pero no podía apartar los ojos del rostro de Alex.

—Señorita Blakely —dijo él, con la voz algo ronca—. Esperaba que se uniera a nosotros. Debe permitirme disculparme extensamente por nuestro último encuentro.

—Oh —replicó ella, sonando tímida incluso para sí misma—. No es necesario. Soy yo quien debería disculparse.

—Sí, sí —dijo Gideon con impaciencia—. Todos siéntense y ya nos ocuparemos de las disculpas como corresponde. Gracias por acompañarnos, señorita Blakely.

Gloriana apartó la mirada de Alex, quien seguía allí de pie, inmóvil, como si estuviera ante un oficial al mando, y asintió hacia el dueño de la casa.

—Lord Somers.

Imaginaba que el viento la empujaba hacia el interior, enredándose alrededor de su cuerpo, jugueteando con el fino dobladillo de su falda y tirando de ella hacia la silla frente a Heloise. No había alternativa. Tendría que saludar a su enemiga.

Heloise Somers parecía un gato que acababa de arrebatarse el canario favorito de su dueño directamente de la jaula. Lucía una curiosa media sonrisa mientras Gloriana se acercaba y no había cambiado en absoluto su postura.

Para consternación de Gloriana, Heloise se veía muy bien. Su larga melena roja como el rubí le caía sobre el hombro en una trenza, y llevaba un corte de algodón azul oscuro, casual y a la moda. Parecía haber dejado atrás la figura espigada y huesuda que tenía en su adolescencia, y ahora lucía una silueta moderadamente femenina, lo cual hizo que Gloriana se sintiera aún más resentida de su propia figura esbelta.

—Lady Heloise —dijo con rigidez mientras un lacayo le retiraba la silla—. Te ves bien.

—Gloriana —respondió Heloise con ese tono de diversión exasperante. Era típico de ella no utilizar el trato formal—. Te ves igual que siempre.

Sin querer morder el anzuelo, Glory dirigió la mirada a la pequeña que estaba sentada entre los dos hermanos Somers. Parecía ser un poco mayor que Reggie, con el cabello castaño rojizo y grandes ojos oscuros.

—Soy Gloriana —dijo a la niña—. Es un placer conocerte, señorita... ¿?

La pequeña se mordió el labio y miró rápidamente a Heloise en busca de orientación.

—Vamos —dijo Heloise con una voz tan dulce y suave que Gloriana casi no podía creer su origen—. Dile tu nombre a la señorita Blakely.

La niña no parecía tener ningún deseo de hacer tal cosa, pero bajo la mirada firme de la dama mayor, finalmente se retorció hasta balbucear "¡Callie!" y de inmediato escondió la cara en el costado de Heloise.

—Oh, por Dios —dijo Gloriana, mirando a su prima—. No quería asustar a la niña.

—Está bien —respondió Rose—. Caroline está aprendiendo a no ser tan tímida, ¿verdad, cariño?

Una afirmación inaudible salió del rostro enterrado de la niña.

—Es nuestra prima, de América —explicó Alex, y sus brillantes ojos verdes captaron la atención de Gloriana al otro lado de la mesa mientras él se sentaba de nuevo—. Trágicamente quedó huérfana siendo un bebé y fue acogida como pupila de la familia Somers.

—Oh, ¿tienen familia en América? —preguntó Gloriana con cortesía, aunque su corazón latía rápido en su pecho.

—Nuestra madre es americana —contestó Heloise por él, todavía sonriendo como una esfinge—. La heredera de Cunningham Steel. Seguramente recuerdas haber comentado sobre esa conexión en más de una ocasión, ¿verdad?

Un bocado de huevos fue justo lo necesario para evitar tener que formular una respuesta. Gloriana asintió de forma ambigua mientras se concentraba en su comida. La incomodidad al recordar sus propias burlas de colegiala le subía por la garganta. ¿Cómo iba a sobrevivir a esto? Si Heloise les contaba a sus hermanos sobre los dardos que le había lanzado, seguramente ellos también la odiarían tanto como su hermana. De repente, esa perspectiva le molestaba mucho.

Debía encontrar la forma de hablar con Alex Somers en privado y explicarle por qué había estado merodeando en la oscuridad. Era humillante que lo hubiera herido justo antes de una fiesta en su honor. Toda esa gente vendría a ver ese llamativo ojo negro y... bueno, alguien tendría que dar una explicación. ¡Seguramente no sería la verdad!

—¡Gloriana Blakely! —exclamó de repente Alex, como si fuera la solución a un enigma y no su nombre.

La exclamación atrajo la atención de todos en la mesa hacia él. En lugar de amedrentarse, sonrió ampliamente, mostrando una fila de dientes blancos y uniformes, y golpeó la mesa con alegría.

—Alex —suspiró Gideon.

—¡Por eso su nombre me resultaba familiar! —dijo, sin importarle en absoluto el desaprobador

tono de su hermano ni los parpadeos somnolientos de Reggie—. ¡Gloriana Blakely! ¡Eres la que atormentó a Hel en la escuela! ¡Gloriana la Espantosa!

—¡Alex! —exclamaron al unísono Gideon y Heloise.

—¿Yo? —exclamó Gloriana, indignada—. ¿Yo la atormenté a *ella*?

Hubo un momento de silencio mientras los presentes intercambiaban miradas. Rose suspiró, presionándose dos dedos en la sien, como si de repente le hubiera empezado a doler.

Heloise carraspeó, colocando una mano sobre la cabeza de la pequeña Caroline.

—Quizás no deberíamos...

—Estoy de acuerdo —dijo Gloriana rápidamente.

La sonrisa de Alex solo se ensanchó mientras miraba a las dos damas.

—Oh, esto va a ser encantador —decidió, tomando su tenedor de nuevo para regresar a su almuerzo—. Simplemente encantador.

—Te odio —murmuró Heloise.

—No es cierto —respondió Alex, aun sonriendo.

Capítulo Seis

Las frescas brisas del día se transformaron en un atardecer cálido y lleno de color, agitando los pastizales de finales de verano que florecían entre la casa solariega y los acantilados al norte.

Alex había dejado su chaqueta para este paseo al anochecer. El calor de su sobrina dormida acurrucada a su lado bastaba para mantener a raya el ligero frío en el aire. Ella se aferraba a su cuello, con las piernas rodeándole la cintura y su preciosa cabecita acurrucada en su hombro. Presentarla a Gloriana había sido la primera vez en que había tenido que contar la mentira sobre sus orígenes, e incluso al decirlo, había sentido que sonaba falso.

Era antinatural negarle la verdad sobre su lugar en la familia, pero ¿qué otra opción tenían?

—Te dije que era peligrosa —suspiró Heloise, rozándose los dedos en el rostro en el lugar que reflejaba su propio moretón en el pómulos—. Aunque con esta luz apenas se nota el daño.

Su andar fácil a su lado, con el viento soltando algunos mechones de sus rizos rubio-rojizos de su trenza, lo sorprendía de una manera que no esperaba. Ella sonreía como si no tuviera una sola preocupación en el mundo, como si su futuro no le hubiera sido arrebatado y como si hubiera encontrado la sabiduría de la adultez escondida en algún rincón secreto de Somerton mientras él estaba ausente.

Parecía imposible, pero de algún modo, mientras él terminaba su maldito título en Oxford, su hermana menor se había convertido en una mujer hecha y derecha. Claro que convertirse en madre, aunque en secreto, probablemente tenía ese efecto en muchas jóvenes. Aun así, caminaba con la confianza serena de una dama destinada a andar por tierras de Yorkshire, con el viento jugueteando con ella de forma cariñosa, como si formara parte del páramo mismo.

Encogió el hombro que no servía de almohada para la pequeña niña y le lanzó una mirada de reojo.

—Quizás han estado exagerando desde el inicio cuán mal se ve, ¿eh? Mi honor no podría mantenerse si realmente me hubiera puesto morado a manos de una cosita tan pequeña.

—Francamente —rio—, estoy algo impresionada. Nunca habría imaginado que tuviera esa clase de fuerza.

—Mmm, ¿entonces es mejor que su enemistad nunca llegara a los golpes, no?

Heloise resopló, lanzando su trenza sobre el hombro.

—Estoy impresionada solo como mujer cuya fuerza es evidente. Iría bien armada en una confrontación así. Mejor que tú, me atrevería a decir.

—¡Hel, me hieres! —respondió con su habitual jovialidad—. Después de todo, me tomó totalmente por sorpresa en plena noche.

Ella emitió un sonido no comprometido, negando con la cabeza con afecto.

—Aún digo que debimos traer a Boudicea —dijo, estirando los brazos sobre su cabeza—. Es un paseo encantador, pero largo a esta hora del día. Tendrás que llevar una lámpara para el regreso.

Aun con el primer indicio de frescura otoñal, Alex encontraba el paseo entre Somerton y la casa de la viuda un esfuerzo agradable. La yegua baya de Heloise era completamente inadecuada para un viaje tan rápido y banal, de todos modos. Los largos paseos sin rumbo sobre los terrenos eran característicos de las horas del crepúsculo, en opinión de Alex, y que lo condenaran si ese altivo caballo le iba a quitar esa experiencia.

—La luna estará lo suficientemente brillante —le aseguró—. Estaba grande y llena anoche, y logré caminar desde la entrada hasta la casa con una vista tan clara como la de cualquier tarde de verano.

—Hmm —respondió Heloise—, llegar con la luz de la luna llena solo para encontrarse en un abrazo apasionado con una hermosa doncella. Sabes lo que diría Tatiana Everstead sobre eso.

—¿Quién demonios es Tatiana Everstead?

—Oh, la conocerás pronto. Apostaría mi vida a que está en la lista de invitados —suspiró Heloise—. Es la sombra de Gloriana, oscura y misteriosa donde Glory es clara y angelical. La señora Arlington solía decir que eran el accesorio más atractivo de la otra.

—Ya veo —dijo Alex, con la curiosidad evidente en su tono—. ¿Y tiene creencias sobre la luna llena, acaso?

—Oh, sí —rió Heloise—. Y la luna nueva, y la luna creciente, y por derramar sal en la mesa o encender una vela de la forma equivocada. No es más que superstición sin sentido, envuelta en un paquete bonito. El rumor en la escuela era que su abuela era gitana.

—Fascinante —dijo Alex, incapaz de imaginar a esa tentadora oscura que pudiera igualar el brillo angelical de la señorita Blakely.

La llegada de algunas jóvenes atractivas podría ser justo lo que necesitaba para romper la incomodidad que había provocado en la casa. La realidad de las mujeres hermosas era mucho más poderosa que su imaginación fallida, de cualquier manera.

—Sin duda la ha invitado como una tentación para ti, dado que estás soltero —continuó Hel—. Esa chica no hace nada sin alguna clase de artimaña detrás, y Tia es justo tu tipo de mujer.

—¿Casada? —rió Alex—. ¿Qué sabes tú de mi tipo de mujer?

—Solo lo que escucho en el pueblo —respondió ella con rigidez—. Y créeme, es demasiada información para que la escuche una hermana.

—No me meto con debutantes —le aseguró, con un tono sincero que contrastaba con el brillo travieso en sus ojos—. Las mujeres casadas hacen mucho menos escándalo y suelen conocer

mejor el dormitorio. Son muy superiores, si me lo preguntas.

—Pues no lo he hecho —replicó ella con sequedad, provocando una carcajada en Alex.

—¿Por qué querría la señorita Blakely tentarme con otras mujeres? —preguntó, ajustando el peso de Callie en su cadera—. Ella misma está soltera. Seguramente aspira a atrapar a un hombre como yo en matrimonio.

Heloise lo fulminó con la mirada, como si pudiera partir madera con ella.

—Ni siquiera bromees con eso. ¿Sabes que originalmente iba a casarse con Gideon? Pero no lo quiso.

—Por supuesto —respondió Alex sin pensar, aligerando la tensión en los hombros de su hermana con su tono jocoso—. Espera, ¿de qué hablas? Él ha estado enamorado de Rosie desde el principio.

Ella se encogió de hombros.

—No sé cómo se desarrolló la historia, solo que él salió dispuesto a casarse con Gloriana y volvió con Rose. Por lo que entiendo, la señorita Blakely ya ha rechazado muchas propuestas, y, si me permites decirlo, de hombres con mucho más estatus y rumbo que tú, querido hermano.

—¡Qué atrevimiento! —exclamó teatralmente, sonriendo al ver cómo ella ponía los ojos en blanco—. Entonces, ¿cuál es su juego? ¿Ser una solterona de por vida?

—¿Y cómo voy a saberlo? —espetó ella—. ¿Crees que esa desgraciada me confía sus secretos? Si tanto te interesa, ve a preguntárselo tú mismo.

—Tal vez lo haga —contestó él, solo para fastidiarla.

Ella respondió con un silencio glacial, era más una afectación que verdadera molestia.

Los grillos cantaban más bajo esta noche que en las semanas anteriores. Pronto se esconderían bajo tierra, y el verde se convertiría en naranja, rojo y amarillo. La suave hierba que crujía bajo sus botas esta noche pronto se convertiría en el crujido del follaje otoñal, y el susurro de un aire fresco se transformaría en un gélido vendaval robusto.

La casa de la viuda se alzaba a lo lejos, con solo unas pocas luces encendidas mientras el personal realizaba sus labores vespertinas. Siempre lo había inquietado esa casa, quizá porque siempre había estado vacía. Su abuela paterna nunca la había usado, prefiriendo pasar sus últimos años en la mansión principal. Por lo que, incluso en los días del mandato de su padre, no había habido ninguna viuda para iluminar sus pasillos. En su lugar, la casa se había mantenido como una carcasa amenazante, como podría imaginarse a una vizcondesa sin su señor, observando con ojos vacíos los terrenos que llevaban de vuelta a la mansión, la sede de Somerton.

Cuando su padre murió, nadie esperaba que Ruthie Somers, de soltera Cunningham, cambiara su

mansión en Filadelfia por una casa de la viuda en el campo. Ni siquiera se molestó en regresar a Yorkshire para el funeral de su esposo. Qué sorpresa que, al final, hubiera decidido instalarse allí, años más tarde y a petición de un nieto bastardo en lugar de por el fallecimiento de su cónyuge.

Alex se estremeció, sin saber si por el frío o por los pensamientos sobre su madre, y se detuvo justo antes del camino de grava.

Heloise se volvió hacia él con un ceño impaciente. La severidad era nueva en ella, una necesidad adquirida al criar a una pequeña. Cuando regañaba a Callie, Alex había notado que una pequeña línea aparecía entre sus cejas enrojecidas, como un signo de exclamación que subrayaba su autoridad. Esa misma línea se había formado ahora mientras su hermana lo observaba con desaprobación ante su vacilación.

—No está en casa —dijo con brusquedad, colocando las manos en sus caderas—. Lleva semanas en York, ocupándose de sus asuntos personales. ¿Cuándo vas a dejar de lado esta tontería?

—No sé a qué te refieres —respondió con naturalidad, adelantándose para entregar a la niña dormida a su madre.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —siseó Hel en voz baja, cuidando no alzar demasiado el tono. Acunó a Callie en sus brazos y le lanzó a Alex una mirada dura por encima de los rizos de su hija—. Deberías entrar. Puedo darte un farol y una taza de té antes de que vuelvas a caminar en el frío.

—Prefiero que no —dijo él, metiendo las manos en los bolsillos. Quizás había sido un error dejar su chaqueta atrás, después de todo. El viento giraba a su alrededor, despeinándole el cabello corto y levantando un escalofrío que recorrió su nuca.

—Muy bien —contestó Hel con los ojos en blanco—. Ten cuidado al volver. Odiaría que te golpearan de nuevo hasta dejarte inconsciente.

—¿Realmente lo odiarías? —murmuró él mientras ella se daba la vuelta para dirigirse hacia la puerta principal.

Ella lo miró por encima del hombro con una pequeña sonrisa, su figura recortada por la cálida luz interior.

—Odiaría perderme otra vez el espectáculo, hermano —respondió dulcemente. Con un susurro de faldas y un chasquido de puerta, desapareció en la casa, dejando a Alex solo con la noche y sus pensamientos.

Cuando Alex volvió a entrar en la mansión, sus dedos y pies ya habían reconocido el repentino poder del otoño de Yorkshire. ¿Siempre había llegado así? ¿Con unas ráfagas de aire fresco seguidas de un robo absoluto de calor?

Frunció el ceño. Solo los viejos refunfuñaban por el clima. El frío nunca le había molestado antes. Debía de ser otra cosa lo que hacía frágil su ánimo. No estaba acostumbrado a este constante revoloteo de ansiedad en el pecho, ni a sentirse incómodo por una mujer.

Las mujeres lo adoraban, ¿no? Y él las correspondía con gusto.

Esta en particular era, sin duda, una de las más hermosas que había conocido, y mejor aún, una excelente manera de fastidiar a Heloise. Sin embargo, allí estaba él, desorientado como una doncella nerviosa por esa maldita vergüenza del primer encuentro.

Subió las escaleras con un suspiro. Había pasado la mañana ensayando un discurso de disculpa elocuente, pero cuando ella apareció como un rayo de luz pura en el umbral del comedor, apenas logró articular una súplica monosilábica antes de que los demás captaran su atención.

Había ideado una excusa para sus travesuras nocturnas que sonaba respetable y plausible, incluso hilando un cumplido humorístico sobre su fuerza. Todo el discurso había fluido hacia un agradecimiento elegante por los esfuerzos de ella al celebrar sus logros y la anticipación de las festividades por venir.

Pero no, lo había echado todo a perder. Ni siquiera recordaba qué le había dicho, solo que ella lo interrumpió después de tres palabras. Maldita sea. ¡Qué desperdicio de su talento oratorio! ¿Había algo peor que componer un discurso que jamás se pronunciaría?

Sin pensar mucho en ello, se encontró caminando hacia la biblioteca del segundo piso. Esa habitación había sido mayormente ignorada durante su vida, salvo en días lluviosos para leer un poco. ¿Qué le ocurría a esa chica para que, de repente, decidiera usarla?

Se detuvo ante la puerta, una sólida plancha de madera laqueada, y dudó entre llamar a una habitación posiblemente vacía o irrumpir por segunda vez ante la señorita Blakely. Suspiró, con sus instintos rebeldes aun lamiéndose las heridas, y golpeó la puerta con decisión.

—¡Adelante! —llamó una melodiosa voz desde dentro.

De acuerdo, ya no había vuelta atrás, ¿verdad? Enderezó los hombros y giró el pomo, empujando la puerta suavemente mientras la tenue luz de la lámpara se derramaba hacia el pasillo cuando entró.

Ella estaba inclinada sobre el pequeño escritorio junto a la chimenea, su pluma raspando el papel en ese cuaderno. Su elegante cuello estaba al descubierto, y su cabello caía en desordenados rizos de platino sobre un hombro. Desde su posición, el resplandor del fuego parecía envolverla, dando la ilusión de que era ella, y no las llamas, la fuente de luz en la habitación.

Sintió una punzada peligrosa en el estómago al notar que ella estaba descalza, con los pies asomando bajo el borde de su vestido. Las pantuflas descansaban de lado junto a una otomana cercana. Había algo increíblemente íntimo en estar en una habitación con una mujer cuyos pies estaban desnudos.

—Señora Laughlin —dijo ella con una sonrisa sin levantar la cabeza—. Le dije que estaría bien.

Dudo que me embosquen de nuevo.

—Nunca se puede estar seguro —replicó Alex. Se apoyó contra el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho y reprimiendo una risa al ver cómo ella se sobresaltaba, como un conejo blanco sorprendido por un zorro.

—Lord Alex —dijo ella con tono frío, dejando la pluma en el centro del cuaderno y girando hacia él sus ojos de un azul sobrenatural—. Le pido disculpas por mi suposición. ¿En qué puedo ayudarle?

—No hace falta que haga nada en particular —respondió él, más despreocupado de lo que realmente se sentía—. Solo quería ofrecerle una disculpa adecuada, sin la audiencia de mi hermano y hermana generando una atmósfera de cortesía fingida.

Ella arqueó las cejas, pero no dijo nada más, con su cuerpo todavía medio torcido hacia el cuaderno.

Alex inhaló profundamente, evitando suspirar al exhalar.

—No sé si Rosie le ha contado algo sobre mí, pero temo tener cierta fama de ser el imprudente de la familia Somers. Anoche fue una muestra desafortunada de esa reputación. Jamás imaginé que habría alguien en esta habitación, y cuando me di cuenta de que la había asustado, lo último que debí hacer fue intentar retenerla.

—¿Realmente? —murmuró ella, con una expresión indescifrable.

Él asintió.

—Estoy acostumbrado a hacer el ridículo en familia, pero me incomoda profundamente haberla sometido a mis tonterías siendo usted una invitada. Lamento mucho haberla asustado. Solo espero que pueda perdonarme y, quizá con el tiempo, permitirme causarle una mejor impresión.

Ella apretó los labios y lo evaluó con la mirada. Tras unos instantes, suspiró, girándose completamente hacia él.

—No soy del todo inocente, ¿sabe? Al fin y al cabo, fui yo quien le dejó ese llamativo moretón que lleva.

—¿Llamativo, dice? —rio él, llevándose los dedos a la carne hinchada—. Entonces no es del todo malo, ¿eh?

—Quizá no —respondió ella, con una ligera sonrisa.

Alex comprendía por qué esta joven inquietaba a Heloise. Alguien que mantenía sus emociones cuidadosamente ocultas era peligrosa, más aún si poseía la clase de belleza que hacía que las personas quisieran hablar sin cesar.

Carraspeó, sintiendo que su corazón latía más rápido de lo esperado. Había cumplido con su

disculpa, ¿no? Y ahora ella lo miraba con calma expectante, como si aguardara alguna actuación divertida para su entretenimiento.

—También quería agradecerle por eso —dijo él, señalando el cuaderno—. Gideon mencionó que ha trabajado mucho para organizar la celebración. No sabe cuánto lo aprecio.

—Oh. —Ella se sonrojó, su fachada resquebrajándose apenas al apartarse un rizo tras la oreja—. No es nada. Me esperaban unos meses largos sin actividad, y esto me dio la oportunidad de ser útil.

¿Inactividad? ¿Eso significaba que ella no estaba allí por voluntad propia? Tenía sentido, ¿verdad? ¿Por qué, si no, aceptaría pasar tanto tiempo tan cerca de Heloise?

—¿Puedo preguntar a quién ha invitado? —dijo él, sin atreverse a acercarse para mirar el cuaderno por sí mismo.

—Una variedad de contactos de diferentes ámbitos —respondió ella, frunciendo levemente el ceño—. Su hermano no fue muy claro al explicarme sus ambiciones particulares, así que temí no acertar y opté por elaborar una lista diversa en lugar de enfocada. Incluí a Lord Moorvale, por cierto. Tengo entendido que es un íntimo de la familia Somers.

—¿Sheldon vendrá? —Alex sonrió, gratamente sorprendido—. No sabía que había regresado del continente.

—Hace poco tiempo —respondió ella, señalando una pila de cartas en el escritorio—. Fue amigo mío durante mi primera temporada, y me hace ilusión volver a verlo.

Un relámpago de incomodidad recorrió a Alex. A Sheldon siempre le habían gustado las mujeres bonitas y se las ingeniaba muy bien en sus conquistas. ¿Había intentado cortejar a la encantadora señorita Blakely en su momento? ¿Y había tenido éxito?

Ella se levantó del escritorio con un pequeño gemido de alivio, hundiendo los pies descalzos en la suave alfombra.

—Oh —murmuró, cerrando los ojos un instante mientras se masajeaba la nuca con una mano pequeña—. He estado sentada demasiado tiempo. Rose dice que me voy a encorvar como una erudita.

Alex abrió la boca para responder, pero las palabras no salieron. De pie frente al resplandor del fuego, el vaporoso vestido blanco que llevaba dejaba entrever sus piernas bien formadas. Se las veía claramente a través de la tela mientras ella se ponía de puntillas y estiraba su cuerpo con languidez.

¿Qué sería lo adecuado decir? Si ella se lo permitía, con gusto le aliviaría la tensión de cuello y hombros, aunque suponía que eso no haría más que agravar los problemas que había venido a resolver.

—Parece cansada —dijo al fin, aunque tenía la boca seca—. ¿Le gustaría que la acompañe a su

habitación?

Sus ojos se abrieron, enfocándolo desde el otro lado de la estancia con una mirada perezosamente familiar.

—No creo que eso sea lo más apropiado, mi lord —respondió ella, con una sonrisa burlona—. Deberíamos agradecer que nuestra pequeña escapada anoche no me comprometió por completo.

Él no había pensado en eso, pero comprendió al instante lo cierto que era. Haber sido sorprendidos revolcándose en el suelo en plena noche habría puesto fin a su futuro. Sacudió la cabeza y soltó una risa nerviosa.

—Imagino que está tan aliviada como yo de que eso no ocurriera —dijo—. A menos que prefiriera haberse asegurado un segundo hijo sin perspectivas, claro. Si es así, siempre podemos intentarlo de nuevo.

Ella lo miró sorprendida, y él se apresuró a sonreír de manera tranquilizadora, levantando las manos para indicar que bromeaba. ¿Por qué había dicho eso? Había venido a disculparse, no a seguir demostrando su falta de decoro. Era simplemente difícil pensar con claridad mientras ella se mantenía allí, tan tranquila como una reina, luciendo como lo hacía.

—Es un poco injusto, ¿no le parece? —musitó ella, volviendo a ordenar el escritorio, ajena a cómo su figura se revelaba entre sombras y luz del fuego—. Parece injusto que un incidente así pueda costarle a una chica su virtud. Es decir, todo el castigo de una ruina sin ninguna diversión.

—¿Diversión? —graznó, dolorosamente consciente de que necesitaba huir de esa habitación antes de que sus impulsos más bajos tomaran el control. ¡¿Diversión?!—

—Mmm —respondió ella, mordiéndose el labio mientras organizaba sus papeles en prolijas pilas. Levantó la mirada hacia él con un brillo travieso en los ojos y añadió—: Si una chica ha de ser arruinada, espera que sea por un apasionado abrazo, no por un trágico malentendido.

—Ah, claro —replicó con cautela. ¿Habría sido una tragedia entonces? ¿Quedarse atrapada con él? O quizá la tragedia era que sus manos habían estado sobre ella en defensa y no en seducción. Ese detalle, en efecto, comenzaba a parecerle cada vez más trágico.

Ella sonrió para sí misma, como si pudiera escuchar sus pensamientos, y volvió a su tarea. Mantuvo la vista fija en su ordenado trabajo, con sus elegantes manos blancas ajustando todo con precisión.

—Es bastante fuerte, ¿sabe? —murmuró suavemente—. Si anoche hubiera *tenido* intenciones pícaras, soy muy consciente de que no habría podido escaparme.

Toda la sangre en el cuerpo de Alex pareció drenar directamente hacia su entrepierna con ese comentario. Era demasiado, y la ingenua probablemente pensaba que le estaba haciendo un cumplido por su caballerosidad en lugar de llenar su mente de escenas indecorosas.

—Entonces, le deseo buenas noches —dijo con rigidez, agarrando la perilla de la puerta y

abriéndola con fuerza para escapar.

Vio que ella alzaba la cabeza sorprendida, e imaginó que escuchaba el inicio de su despedida. Pero para cuando ella habló, él ya se había alejado, huyendo a su habitación como un hombre perseguido por los más voraces demonios.

Capítulo Siete

—¿Dónde diablos está Alex Somers?

No había visto ni rastro de ese tonto ni de su cabello rojo desde la cena de hace dos noches. Y eso sin contar que en las últimas dos semanas apenas se había dignado a hablarle más allá de las formalidades más frías. Si lo había ofendido aquella noche en la biblioteca, ya había tenido tiempo de sobra para superarlo o exigir compensación. ¡Su ausencia en este momento era la más cruel de las venganzas!

Era una tarde de otoño perfecta. El sol brillaba con un dorado glorioso sobre Somerton, adornado por algunas nubes redondeadas. Brisas ligeras arremolinaban las hojas de colores por toda la propiedad. De no ser por la ausencia del invitado de honor, sería casi el día ideal para comenzar las festividades.

Varios invitados ya habían llegado. En compañía de Rose y Gideon, habían recibido primero al Lord Félix Benton, su esposa y sus dos hijas, quienes llegaron temprano esta mañana, lo que permitió invitar a toda la familia a desayunar. Los Benton eran una familia prodigiosa, con una influencia social que incluso el Regente envidiaría. Por supuesto, notaron la ausencia del anfitrión, aunque eran demasiado refinados para mencionarlo.

Unas horas más tarde, llegó una carroza desde la localidad con algunas figuras importantes que el propio vizconde Somers había añadido a la lista de invitados: el párroco y su coadjutor, un médico distinguido y un hombre que, según entendía Gloriana, cumplía funciones similares a las de un alcalde.

La inclusión de esos cuatro alteraba el equilibrio entre caballeros y damas que Gloriana había calculado con tanto cuidado. Como solución, Rose ofreció invitar a algunas jóvenes elegibles de estatus medio de las áreas cercanas para los eventos organizados. Era lo mejor que podían hacer, pero el hecho de que su evento ahora incluyera a la *demi-monde* no la entusiasmaba demasiado.

Faltaban solo unas horas para su primera celebración, un antiguo baile campestre, ¡y aún no había señales del pródigo, enigmático e *irritante* Lord Alex Somers! ¿Por quién iban a brindar si no a él? ¿Qué clase de ingrato era?

Gloriana nunca había sido una chica nerviosa. Nunca había paseado inquieta ni se había angustiado antes de grandes eventos. Ni siquiera de niña se quedaba despierta la noche anterior a la Navidad ni temblaba en presentaciones o pruebas. Sin embargo, hoy se frotaba las manos como una matrona angustiada y apretaba los dientes para no mover la pierna mientras esperaba, mirando por los grandes ventanales soleados que daban al camino.

Rose, con su eterna tranquilidad, estaba sentada junto a ella, avanzando con calma en un bordado, como si nada le preocupara en absoluto. Tarareaba suavemente para sí, alguna especie de canción de cuna, perdida en su tarea mientras la aguja brillaba en un ritmo constante.

Gloriana no estaba segura de si quería sacudir a su prima o suplicarle tranquilidad. Su propio bordado yacía abandonado sobre el cojín a su lado, ocupado ahora por Nero, que había aparecido solo para acurrucarse en su regazo y quedarse profundamente dormido. Por lo general, acariciar el suave pelaje del dulce felino mejoraba su ánimo, pero estaba segura de que su corazón iba a saltarle del pecho si ese tonto no aparecía pronto.

—Probablemente está con Heloise —dijo Rose, en voz baja para no asustar ni a la chica ni al gato—. Ella ha estado en la casa de la viuda estas últimas semanas, y allí hay espacio de sobra.

—Ya veo —respondió Gloriana, con la tensión en su voz reflejándose en su postura—. Hubiera sido útil que nos informara de eso.

Rose soltó una risita, dejando su proyecto a un lado y ladeando la cabeza para observar a su prima.

—Nunca te había visto tan alterada, Glory. Es un poco impropio.

—¡Estoy de acuerdo!

Rose suspiró con afecto y extendió la mano para rascarle las orejas a Nero.

—Alex tiene esa habilidad de meterse bajo la piel de la gente sin quererlo. Te aseguro que no tiene la menor idea de las implicaciones de su ausencia esta mañana. Es un tonto, sin duda, pero inofensivo.

Gloriana entrecerró los ojos ante esa minimización. ¿Cómo podía no darse cuenta de que debía estar aquí?

—Sabes que me hizo una proposición —espetó.

Se decía a sí misma que estaba desesperada por canalizar su propia indignación en Rose, pero la verdad era que se moría por contarle a alguien sobre aquel encuentro desde hacía semanas. No había podido dejar de darle vueltas en la cabeza desde que ocurrió.

—La noche después del incidente —continuó—. Entró al estudio para disculparse y me dijo que, si yo estaba disgustada por no haber sido arruinada, ¡estaría dispuesto a intentarlo de nuevo!

—Oh, a mí también me ha hecho una proposición —dijo Rose con un ademán desinteresado—. No lo dice en serio.

—¡Rosie!

Las carcajadas de Rose ahogaron la sorpresa de Gloriana. Había cambiado mucho desde que se convirtió en una mujer casada. La antigua Rose habría fruncido el ceño y tomado las manos de Gloriana entre las suyas, decidida a arreglarlo todo. Al menos, así era como Glory creía que debía haber sido este intercambio.

Ni siquiera tuvo tiempo de formular una respuesta, ya que el sonido de cascos de caballos sobre

la tierra y el crujido de las ruedas de carruajes sobre la grava les advirtieron que habían llegado más invitados. No quedaba más que revisar su apariencia en el espejo del pasillo y apresurarse tras su prima hacia las grandes puertas dobles para recibir al siguiente grupo de visitantes, todos bien intencionados, aunque el invitado de honor brillaba por su ausencia.

Habían llegado dos carruajes. El primero era modesto y práctico, tirado por un par de caballos castrados que parecían más resistentes que bien criados. El otro era una elegante y reluciente carroza negra con un escudo de armas pintado en cada puerta y unos caballos que no habrían desentonado en un desfile real.

Aparentemente, el cochero de Somerton, aquel escocés malhumorado, tenía serios problemas con uno de esos dos carruajes. Cruzaba el jardín a grandes zancadas con el dedo apuntando en su dirección, gritando algo ininteligible a una mujer pequeña que corría tras él, sonriendo de oreja a oreja.

Gloriana pensó que, si ese hombre se comportara así en su compañía, no estaría tan complacida.

Su asombro ante el espectáculo hizo que solo escuchara su nombre cuando lo llamaron por segunda vez, con más insistencia, desde una voz familiar detrás de ella.

Giró sobre sus talones, con su vestido azul celeste ondeando alrededor de sus piernas y, aparentemente por puro instinto, se encontró corriendo hacia Tatiana Everstead, con los brazos extendidos y una chispa de emoción en el pecho.

Las dos se fundieron en un cálido abrazo, sus chillidos de emoción tan entrelazados como sus brazos. El cabello azulado de Tia y su atuendo de viaje carmesí se mezclaban en un hermoso caos con los colores de Gloriana y su vestido. Había pasado poco más de un mes desde la última vez que se vieron, pero para Glory, se sentía como una eternidad. No había nada que necesitara más que un pedazo de su propio mundo en esta vida extraña y ajena en Somerton.

—¡Oh, Tia, qué alegría verte! —suspiró, retrocediendo para apreciar el rostro encantador de su amiga más cercana, quien le devolvió una sonrisa radiante, claramente compartiendo el sentimiento.

—Habríamos llegado antes —respondió Tatiana con un pequeño suspiro—, pero Lady Literata y su gemela insistieron en detenernos en York para ver un montón de rocas durante medio día.

—Es un fuerte —corrigió la voz primorosa de Eleanor Applegate mientras bajaba delicadamente del carruaje, su pequeña figura era casi una cabeza más baja que las otras dos chicas—. ¡Y tiene mil años, Tia! ¿Cómo es que no te emociona eso?

Nell fruncía los labios cuando desaprobaba algo de sus amigas, arrugando su cara de duendecillo en una expresión que nunca lograba parecer severa. Gloriana siempre pensaba que cuanto más se alteraba Nell, más ganas daban de darle una palmadita en la cabeza y ofrecerle galletas, lo que solo inflamaba su temperamento y la hacía aún más adorable. Era un ciclo vicioso, realmente.

Su cabello castaño, normalmente modesto, se había salido visiblemente del moño, cayendo demasiado hacia el lado derecho de su cabeza. Llevaba sus gafas de montura de alambre, lo que

significaba que debía haber estado enterrada en un libro hasta que se abrió la puerta del carruaje. Gloriana suspiró. Realmente era un caso perdido.

Su hermano gemelo estaba mucho mejor adaptado a sus intereses literarios, habiendo tenido el buen sentido de nacer hombre. Era un joven alto y delgado que salió del carruaje tras su hermana, entrecerrando los ojos contra la luz del sol, con el cabello también desordenado por el viaje. Si tuviera que adivinar, Glory asumiría que ambos se habían quedado dormidos con la cabeza golpeando las ventanas del carruaje mientras Tatiana los miraba con rencor, atrapada en un silencio tortuoso.

—¡Señorita Blakely! —dijo Peter con una tímida sonrisa—. Es un placer verla de nuevo.

—Y a usted—respondió ella cálidamente—. Lo hemos echado de menos esta temporada en Londres.

Se sonrojó, rascándose el cabello despeinado.

—Estoy seguro de que fue más festivo sin mí —dijo con una sonrisa torcida—. ¡Sin embargo, estoy ansioso por las festividades aquí! Conozco a Lord Alex de Oxford, por cierto. Lo considero un amigo.

—¿Realmente? —dijo ella, levantando las cejas.

¿Qué podían tener en común Peter Applegate y Alex Somers en este mundo verde? El impulso de tomar a Peter del brazo, arrastrarlo de vuelta al carruaje e interrogarlo fue más fuerte de lo que ella podría haber anticipado, si es que se puede anticipar una amistad tan poco probable.

El estruendo de un perro ladrando atrajo la atención de su pequeño grupo, haciéndolos voltear para ver a un gran sabueso marrón saltar junto al cochero del carruaje mejor equipado y venir hacia ellos a una velocidad aterradora. Incluso si hubiera habido un momento para reaccionar—y no lo hubo—el súbito movimiento del perro habría eclipsado cualquier acción que pudieran haber tomado.

Sin embargo, el perro no estaba interesado en ellos y corrió directamente hacia el cochero escocés en el césped y la pequeña mujer que estaba con él, ambos de rodillas, entusiasmados por recibir lo que parecía ser un saludo muy desaliñado por parte de dicho canino.

—No recuerdo haber invitado a un perro —murmuró Gloriana, observando la escena con curiosidad. El malhumorado escocés permitía que el perro lamiera su cara con lo que parecía ser un placer genuino, mientras la mujer se había agachado para acariciarlo en la cabeza. Nunca hubiera imaginado que el hombre tuviera un lado tan tierno, particularmente hacia una criatura tan común como un sabueso.

Giró por encima de su hombro para ver qué más podría emerger del misterioso carruaje y presenció cómo unas relucientes botas negras de un hombre excepcionalmente grande aterrizaban en la grava con un chapoteo mientras maniobraba su cuerpo fuera de un vehículo que parecía totalmente demasiado pequeño para él.

Era un tipo sorprendentemente apuesto, con un cabello oscuro y un rastro de barba en la mandíbula. Suspiró con aparente alivio al liberarse de su confinamiento y fijó su mirada en Rose, una brillante sonrisa brotando en su rostro.

—¡Mi Lady Somers! —exclamó, marchando hacia ella para saludarla—. ¡Se ve muy bien!

—Es el marqués de Moorvale —suspiró Gloriana, aliviada—. Lo que significa *que* —señaló con el pulgar sobre su hombro—, es su aclamada mascota, Echo.

—Es un tipo bastante grande, ¿no? —comentó Peter, observando cómo Moorvale plantaba cálidos besos en cada una de las mejillas de Rose.

—Moorvale —repitió Tatiana, con los ojos oscuros entrecerrados y aún fijos en el carruaje en lugar de en sus ocupantes. Levantó el brazo para señalar el escudo pintado que adornaba la puerta lateral aún abierta—. ¿Qué es eso en su blasón? —demandó, obligando a todos a mirar—. ¿Un cuervo?

—Es un murciélago —dijeron los dos hermanos Applegate al unísono.

El rostro de Tia pareció perder color. Se mordió el labio inferior y, de repente, se dio la vuelta, con las faldas rojas oscuras recogidas en sus puños, y salió corriendo hacia la casa de campo sin que ninguno de sus acompañantes la siguiera, con sus rizos negros rebotando al compás de su prisa.

Nell y Gloriana intercambiaron una mirada. Cualesquiera que fueran los augurios que predecía un murciélago en una puerta de carruaje, probablemente se les revelarían a su debido tiempo, pero uno a menudo esperaba que Tatiana pudiera ocultar sus excentricidades, al menos por pequeños momentos de obligación social.

Sin embargo, no había tiempo para reflexionar sobre eso, ya que el marqués de Moorvale las había notado allí de pie y se acercaba emocionado a presentarse.

—¡Señorita Blakely! —gritó—. ¡Se ve tan hermosa como siempre!

Gloriana puso su sonrisa más brillante, adoptando una postura adecuada, mientras las presentaciones iban surgiendo en su mente. En algún lugar profundo de su alma, una chispa voló, encendiendo un fuego que las maquinaciones de la Sociedad podían inspirar dentro de ella. La fiesta había comenzado, se dio cuenta, con o sin Alex Somers.

—¿No crees que este color me hace ver pálida? —frunció el ceño Gloriana. Estaba tirando de su vestido, que colgaba en un gancho de la puerta, moviendo la falda de un lado a otro bajo la luz, opuesta a la palidez de su antebrazo—. Se veía tan glorioso en la tienda, pero a la luz de las velas, no sé.

Tatiana simplemente puso los ojos en blanco a través del espejo de su tocador, negándose a participar en tales tonterías, mientras Nell murmuraba las aseguraciones necesarias de que el

color le sentaba muy bien a la piel de Gloriana, hasta que esta se rindió en su evaluación y dejó caer la tela con un suspiro.

Las tres se habían retirado a la habitación que Tia y Nell compartirían durante su estancia para prepararse para el baile de esa noche. Como resultado, tuvieron que observar desde la ventana cómo llegaba el devastadoramente apuesto Nathaniel Atlas, justo al atardecer. Aunque era todo desde una distancia considerable y solo con la tenue luz de la tarde iluminando la escena, nadie podría argumentar que sus modales y gracia eran excepcionales al saludar a Lord y Lady Somers en el umbral. Las tres suspiraron melancólicamente mientras se quitaba el sombrero y se adentraba en la mansión con el impecable porte de un hombre verdaderamente refinado.

Nell ya estaba vestida y arreglada como pretendía, acurrucada en la cama, revisando las cosas de su maleta. Había empacado lo que parecía ser una cantidad igual de libros y ropa, y estaba sosteniendo uno de sus libros en su regazo, considerándolo con bastante intensidad.

—Deberías quitarte las gafas ahora —le dijo Gloriana—, así no tendrás una marca roja en la nariz durante el baile.

Nell arrugó la nariz con molestia.

—Apuesto a que Peter llevará sus gafas al baile.

—Es verdad —suspiró Gloriana, acercándose a la cama y arrastrándose hacia su amiga, con sus rizos sueltos cayendo alrededor de sus codos—. Y también se saltará las corseteras y las enaguas, apuesto. Vamos, solo me preocupo por ti. ¿Qué es eso que te tiene tan embelesada, de todos modos?

—Oh, no es mío —dijo Nell, mirando a Gloriana, con los ojos amplificados tras los marcos de sus gafas—. Llegó para Heloise poco después de que se fue de casa de la señora Arlington. Siempre tuve la intención de enviárselo y nunca lo hice. Esperaba verla esta noche antes del baile. —

Dame eso —soltó Glory, arrebatando el volumen con curiosidad. No parecía nada caro a simple vista, con unas tapas hechas de un material hueco y una superficie áspera. El título estaba impreso al frente en letras negras y puntiagudas: *Caesar et Cleopatra: Un Histoire d'Amour*.

—Mmm —bufó Gloriana, levantando la mirada hacia Nell, quien fruncía el ceño—. ¿Estás segura de que esto le pertenece a Heloise? Parece más bien... escandaloso.

—Llegó de Francia. Un regalo —respondió Nell—, y te agradecería que me lo devolvieras.

—Un momento —rio Glory, abriendo la tapa con cuidado. En el interior había una dedicatoria escrita con una letra claramente masculina, aunque no especialmente elegante.

Pensando siempre en ti...

Por siempre tuyo. —C.L.

—Fascinante —murmuró Glory, pasando el libro por detrás para que Tatiana lo inspeccionara.

—¡Oh, ustedes dos! —exclamó Nell, mientras Tia se alejaba para hacer su propia investigación—. ¡Estoy segura de que eso es privado!

Nell nunca había sido blanco de las travesuras de Heloise, y aunque había presenciado muchas, parecía carecer del instinto natural de solidaridad entre hermanas que debería evitar cualquier buena relación con la arpía. Sin embargo, ambas habían sido cordiales, incluso amistosas, en casa de la señora Arlington, a pesar de la hostilidad manifiesta entre las demás. La facilidad de Nell para moverse entre círculos sociales opuestos nunca dejaba de irritar a Gloriana.

—Vaya, vaya —canturreó Tatiana, hojeando las primeras páginas—, ¡es de un enamorado! ¡Heloise Somers tiene un amante! ¿Te lo puedes imaginar? Debe de ser un oficial, viniendo desde Francia.

Gloriana soltó un bufido. —Apuesto a que es algún marinero sin la menor pizca de refinamiento.

—¡No importa! —resopló Nell, levantándose de la cama para recuperar el libro. Lo abrazó contra su pecho, fulminando a sus amigas con la mirada—. No es asunto nuestro, ni para saber ni para especular. Lo traje simplemente porque pensé que finalmente podría dárselo.

—Muy curioso, de verdad —se burló Tia, con los ojos brillando de diversión—. ¿Has tenido que verla mucho, Glory? Debe de ser espantoso. Yo temería cada comida en esta casa si ella estuviera presente.

—Ugh, no tienes idea —gimió Gloriana, dejándose caer sobre los almohadones ahora desocupados—. Afortunadamente, no vive en la mansión, sino en la casa solariega con su madre... ya sabes, la americana.

—Ah, es cierto —asintió Tia—. ¿Será por eso por lo que nunca debutó? ¿Tal vez cuida de un padre anciano?

—No tengo ni idea —se encogió de hombros Gloriana—. La viuda está en York desde antes de que yo llegara. Es posible que la hayas visto tú antes, ya que vienes de allí. Siempre asumí que le parecía una empresa demasiado vulgar.

—Oh, ¿a quién le importa Heloise? —rio Tia, empujando a Nell de nuevo sobre la cama y trepando a su lado—. Cuéntanos sobre el hermano. Alexander, ¿no es así? ¿Es muy apuesto?

—Peter dice que es un poco canalla —comentó Nell—. Al parecer, se ha ganado fama de ser todo un galán en Oxford.

—De acuerdo, si es un canalla, tiene que ser guapo —decidió Tia, enrollando un rizo negro y brillante en su dedo—. ¿Y sigue sin compromiso? —le preguntó a Glory.

—Completamente —respondió Gloriana, sin entender por qué su tono había adoptado de repente un matiz helado.

¿Un canalla? Bueno, no debería sorprenderle, especialmente después de lo que Rose había dicho

antes.

—Y el marqués también sigue soltero —añadió Nell, observando a Tia con atención—. Ese grandullón con el murciélago en la puerta de su carruaje. ¿Lo recuerdas, verdad?

Tatiana se encogió de hombros, como si no pudiera recordar su arretrato anterior. —¿Y qué hay de Mr. Atlas? —preguntó rápidamente, tomando la mano de Gloriana—. Al final de la temporada estaba tan evidentemente prendado de ti.

Gloriana se ruborizó delicadamente, dejando escapar un leve suspiro. Era la reacción adecuada, lo sabía, pero la verdad era que, en ese momento, no lograba evocar el rostro de Mr. Atlas. De hecho, su mente parecía estar completamente ocupada con Alex Somers, esbozando aquella condenada y encantadora sonrisa en la biblioteca, y con las palabras *un poco canalla* resonando en el aire.

Capítulo Ocho

—No puedo creer que te hayas pasado todo el día escondido en la guardería —se burló Heloise, dejándose caer en uno de los sillones de Gideon con un susurro de chifón—. Aún estarías allí, vestido como un campesino, si no hubiera pasado a ver a Callie.

—No me estaba *escondiendo* —replicó Alex, sonando culpable incluso para sus propios oídos—. ¿Es un crimen querer pasar el día con mi sobrino y mi sobrina?

—Tu sobrino y tu *prima* —corrigió Gideon, ajustándose la corbata frente al espejo—. Debes tener cuidado de no decir algo comprometedor, especialmente con toda esta gente en la mansión.

Gideon siguió de espaldas, ocupado con la tela almidonada, aunque Alex tuvo la clara impresión de que su hermano era perfectamente consciente de las miradas de disgusto que le lanzaban sus hermanos por semejante reprimenda.

Alex bajó la vista a su propia corbata con resignación. Podría haberse pasado el día entero doblando esa maldita cosa y aun así no quedaría tan perfecta como la de Gideon. Sospechaba que esa habilidad era algo con lo que se nacía, y no algo que pudiera adquirirse. Claro que uno esperaba que, en ausencia de un talento, otro diferente estuviera esperando en las sombras, listo para revelarse como una especie de compensación. En su caso, lo que fuera que ocultara ese misterioso talento parecía estar demasiado bien escondido.

Heloise se acomodó bajo su amplia falda de satén, observando a su hermano con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Buscabas pasar tiempo con los niños —preguntó—, o con alguna de las jóvenes niñeras?

—Alex, por favor no comprometas al personal —suspiró Gideon, girándose con el ceño fruncido—. Nos llevó mucho tiempo encontrar las cuidadoras adecuadas para los niños.

—¡No lo hice! —dijo Alex, más alto de lo necesario. El suspiro de Gideon y la risita de Heloise solo aumentaron su irritación—. ¡No iba a hacerlo!

—¿Recuerdas a la doncella del salón? —rio Heloise—. La que se llevó una botella de ginebra al marcharse. ¿Cómo se llamaba? ¿Gemma?

—Emma —respondió Gideon secamente—. Realmente, Alex, ya deberías saber comportarte.

—¡Sí, ya lo sé! —protestó Alex, y luego corrigió—. Lo sé *ahora*.

La verdad era que apenas había notado a las niñeras, o bien podría haberse interesado. ¿Qué presagio sería no haber reparado en dos muchachas bonitas en una habitación desatendida durante varias horas? Sin duda, las había visto cuidando a los pequeños y, sí, eran bastante atractivas, pero no recordaba ahora ningún rasgo en particular ni sus nombres. Posiblemente no les había dicho más que un saludo rápido.

Quizá lo alarmante era no haber sentido ni el más leve interés. Frunció el ceño, cruzando los brazos y girándose hacia la ventana. Se preguntó si se estaba volviendo uno de esos viejos gruñones que refunfuñan por el clima y se enfadan con las muchachas bonitas. ¡Dios no lo permitiera!

El césped de Somerton parecía arder, resplandeciente como una hoguera navideña con antorchas dispuestas a lo largo del camino empedrado. Carruajes de las localidades vecinas se deslizaban por el sendero iluminado por faroles, y los flancos de los caballos brillaban con los reflejos de las llamas danzantes en el suelo. No recordaba que Somerton hubiera sido escenario de una fiesta como esa, ni que hubiera lucido tan alegre y acogedor para los forasteros. En realidad, no podía recordar que hubiera habido visitantes alguna vez en esta casa durante su vida.

No estaba seguro de que le gustara.

Somerton, al fin y al cabo, era un santuario. Un lugar que te recibía en paz después de una noche de festejos. Un sitio al que el instinto te llevaba cuando te metías en problemas. Una cama fresca y silenciosa para descansar cuando te hartabas de la música, la conversación y el movimiento. ¿Dónde demonios se suponía que debía ir si esos festejos empezaban a celebrarse aquí sin descanso?

—Solo bromeaba —murmuró Heloise, claramente decepcionada por la falta de reacción de su hermano—. La verdad es que, cuando llegué, nuestro querido Alexander dormía plácidamente en un sillón mecedora. Los niños hacía rato que lo habían olvidado y jugaban con sus juguetes al otro lado de la habitación, mientras Alex pasaba la tarde dormitando. Ningún indicio de lascivia.

—Hmm —gruñó Gideon, aun frunciendo el ceño—. Quizá podrían llevar sus bromas y peleas a otro lado en lugar de ponerme de los nervios. ¿Por qué se han reunido aquí, de todas formas? Seguramente mi dormitorio no es un sitio de particular interés.

—Oh, no estoy de acuerdo con eso —canturreó Rose, entrando en la habitación envuelta en seda de tonos joya y ajustándose un pendiente de granate al caminar—. Esta es mi habitación favorita de todas.

—Vaya, vaya —sonrió Gideon, dejando atrás su semblante severo para revelar a un hombre extrañamente feliz, algo que Alex aún encontraba desconcertante. ¿Quién era este Gideon relajado y alegre, que tomaba a su esposa y le daba un rápido beso familiar en los labios como saludo, *delante de otras personas*? Y, además, ¿qué había hecho él para merecer a una mujer como Rose d'Aubrey?

—Reconozco ese vestido —dijo Gideon suavemente, mirándola con admiración.

—Sí, nunca se lo devolví a Glory —rio Rose, dando una pequeña vuelta con su vestido de seda color ciruela—. Me sorprende que aún me quede tan bien. Y, entre nosotros, creo que podría traerme buena suerte.

Se giró con una radiante sonrisa hacia los demás hermanos Somers y juntó las manos.

—¡Oh, Heloise, te ves preciosa en ese verde menta! Apenas te reconozco con el cabello

recogido.

—Ni yo misma me reconozco —murmuró Heloise, sacudiendo la cabeza para dar énfasis, haciendo que un par de rizos rojos le rozaran las mejillas—. Pero servirá por unas horas.

Realmente se veía diferente, pensó Alex, toda arreglada y elegante como una dama de sociedad. Hace unos años, quizá se habría reído al verla así. Sin duda, la habría molestado al respecto. Esta noche, sin embargo, no se sentía con ánimos. Había un malestar indefinible instalándose en su estómago que no lograba sacudirse, y estaba seguro de que eso había apagado su habitual buen humor.

—Vi a mi gato de camino aquí —dijo Heloise—. Al menos, creo que era mi gato. Alguien le ha atado una cinta azul bastante lujosa al cuello. ¿Quién en su sano juicio haría algo tan extraño?

Rose rio suavemente, bajando las pestañas.

—Ah —suspiró Heloise—. Por supuesto que ella lo haría.

—Tal vez deberías llevarte a Nero a la casa de la viuda durante la fiesta —sugirió Rose—. No sé qué podría pasar si se encuentra con Echo en los pasillos.

—¿Echo va a quedarse en la casa? —dijo Gideon, intentando contener su desaprobación—. Supongo que ya debería haberlo imaginado. No me sorprendería que le pusiera un corsé y la trajera al baile.

—*Esa* sí sería una invitada verdaderamente digna —rio Heloise—. Y quizá la única mujer lo bastante valiente para pasar toda la velada con Sheldon Bywater.

—La lista de invitados ya es bastante digna —comentó Gideon pensativo—. Estoy bastante impresionado de que una debutante soltera haya conseguido reunir a semejante grupo de élites.

—¿Ah, sí? —dijo Alex, sintiendo de repente un destello de interés atravesar la niebla de su mente, aunque sabía muy bien que no se debía tanto a las posibilidades de esa maldita fiesta como al hecho de escuchar el nombre de Gloriana mencionado.

Durante las últimas semanas había intentado con todas sus fuerzas comportarse como una copia adecuada, respetuosa y educada de su hermano mayor, desde aquella vez en que tuvo que salir huyendo de la biblioteca para no perder la cabeza por completo. Las comidas, en particular, habían sido una tortura, con ella sentada a su lado, siempre iluminando la estancia con alguna fascinante historia o alegrándola con su sonrisa y su ingenio.

En lugar de intentar conquistarla, una parte terrible de él —la parte que sin duda heredaba de su hermano— lo había congelado de pies a cabeza en una formalidad fría y un silencio torpe. No era de extrañar que prefiriera estar en la guardería.

—Sí —dijo Gideon, observándolo de una manera que hizo que Alex deseara escabullirse bajo la alfombra—. Lo sabrías si te hubieras presentado para recibir a los invitados.

—De acuerdo, ¿de quién estamos hablando entonces? —respondió Alex con impaciencia—. Ya me han reprendido bastante.

Gideon asintió, volviendo a revisar su aspecto una última vez mientras hablaba.

—Imagino que la señorita Blakely estaba compitiendo con muchas otras invitaciones tanto de Atlas como de Benton, siendo ya casi el final de la temporada. Atlas es un soltero codiciado y un político destacado, lo que lo convierte en alguien muy solicitado. Benton... bueno, está bien conectado, pero no puedo imaginar que sea del tipo que hace amistad con jovencitas de moda.

—Tiene hijas solteras —apuntó Rose—. Glory probablemente buscó ganarse su favor en lugar del de su padre. Alex, sé que todo esto puede parecer abrumador, pero es una oportunidad única para que explores opciones prometedoras para tu futuro.

—¿Qué opciones? —se burló Alex—. ¿Alguna vocación misteriosa para la que he tenido talento latente toda mi vida? ¿U opciones para casarme con una de las hijas de un hombre aterrador y enigmático que probablemente tenga el poder de hacer desaparecer discretamente a los yernos que no le agraden?

—Qué dramático —refunfuñó Heloise, poniendo los ojos en blanco—. ¿Y quién dice que alguna de las hijas de Benton siquiera te aceptaría?

—Hel, sabes tan bien como yo que soy irresistiblemente atractivo —entonó gravemente—. Una vez que me vean, estoy prácticamente marcado para morir.

Gideon suspiró con fuerza, ofreciéndole la mano a su esposa y señalando hacia la puerta.

—Vayamos hacia abajo antes de que me arroje por la ventana —dijo, provocando una risita ahogada de Rose y una mirada de resignación divertida entre Hel y Alex, quienes obedecieron la orden, de todos modos.

Gloriana era muy consciente de que estaba bebiendo demasiado champán.

Era una copa demasiado llena, consumida demasiado rápido tras un baile tan animado. Podía oír la parte racional de su cerebro gritando "no, Glory, te emborracharás", y, sin embargo, ahí estaba el burbujeante, deslizándose por sus bonitos labios rosas y danzando sobre su lengua, enviando calidez y consuelo a su vientre en lugar de esa inquietante irritación.

Finalmente había aparecido, aparentemente por orden del señor de la mansión, y lo había hecho con nada menos que su hermana, una arpía infernal, en su brazo, luciendo más elegante y hermosa de lo que ambos tenían derecho a estar.

¿Cómo había logrado Heloise evitar cada una de las exigencias esperadas de una chica moderna y bien educada? Además, ¿cómo había conseguido adquirir una figura más voluptuosa, con senos, tan tarde en la vida, eh? Glory siempre había resentido su propia falta de busto.

—Estás mirando con furia —susurró Tatiana, apartando la copa de champán con un agarre juguetón pero firme—. La levantó hacia sus propios labios, estudiando el rostro de su amiga—. Él es muy apuesto.

—¿Quién? —replicó Gloriana, parpadeando a Tia con una inocencia repentina y exagerada—. El Sr. Atlas es, sin duda, un muy buen bailarín.

—Oh, olvida al Sr. Atlas. Te estoy viendo mirar a Somers —susurró su amiga con una sonrisa cómplice—. No te culpo.

—Si estoy mirando, es solo porque deseo golpearlo en la cabeza con un objeto pesado —murmuró Gloriana, y luego añadió— otra vez.

Tia levantó las cejas, pero no inquirió sobre el significado de ese comentario sugestivo.

Gloriana sabía que estaba siendo ridícula. Esta era *su* fiesta, creada por el trabajo de su propia imaginación. Las parejas que giraban en la pista de baile estaban allí solo por su voluntad. Los músicos habían sido elegidos por su oído finamente ajustado. Incluso las flores y las velas habían sido dispuestas bajo su supervisión.

El resplandor dorado de esta perfectamente elegante velada debería haberla puesto en un estado de euforia. ¡Dejarle a una Somers arruinar absolutamente todo! Ni siquiera había podido disfrutar de poner las bases de su trampa para Nathaniel Atlas, quien parecía muy dispuesto a ser atrapado, por decirlo de alguna manera. Pensó que, en efecto, parecía dispuesto, aunque quién podía asegurarlo cuando su mente estaba en otro lugar.

—¿Debemos persuadirlo para que baile? —musitó Tatiana, inclinando lo último de champán a su boca mientras observaba a Alex reírse de algún comentario lamentable de su hermana. —Parece que podría moverse tan elegantemente como el Sr. Atlas.

—Haz lo que desees —dijo Gloriana con un encogimiento de hombros—. Tengo otras aspiraciones para esta noche.

—¿Oh? ¿Como ponerte a llorar y desmayarte frente a toda la congregación? —replicó Tia—. ¡No! ¡Mírame!

Glory hizo una mueca, permitiendo que su amiga le agarrara los hombros y la girara.

—¿Qué? —se quejó, incapaz de resistir mirar directamente a la perturbadora mirada intensa de Tatiana.

—Te ves hermosa esta noche, *radiante* —dijo Tia con seriedad, sus ojos oscuros brillando con emoción—. Te ajustamos ese vestido color lila de ensueño por una razón. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras lo desperdicias por estar molesta por algún hombre ingrato, sin importar lo guapo que sea. Si deseas castigarlo, hazlo presentando la versión más deseable e inalcanzable de la señorita Gloriana Blakely que jamás haya pisado una pista de baile.

Glory sabía que estaba haciendo puchero. No quería nada más que pisotear el suelo pulido con su

pie descalzo y retirarse a su habitación para acurrucarse en paz. Todo este tormento por la ausencia del invitado de honor había arruinado por completo su entusiasmo por todo. No le importaba bailar. No le importaban los invitados. Ni siquiera le importaba perseguir a Nathaniel Atlas y el futuro maravilloso que un hombre así podría proporcionarle como esposo. Quería acurrucarse en la cama, comer pastel y tener un buen llanto lleno de rabia.

Sí, por supuesto que había bailado con el Sr. Atlas, pero de alguna manera había sentido una desconexión, como si faltara algo. Había pasado todo el baile mirando hacia la puerta, esperando la llegada de Alex Somers, y ahora que estaba aquí, se esforzaba por no mirarlo.

¿No podía Tia verlo? La noche ya se sentía perdida.

La realidad era que ambas chicas conocían las reglas no escritas de la sociedad, y Tatiana tenía razón. No había forma aceptable de avanzar más allá de disfrutar agresivamente las festividades de la noche. Suspiró y asintió con resignación, extrañamente reconfortada por los dedos afilados que sostenían sus brazos con firmeza.

¡Qué suerte tenía de tener amigas tan sensatas!

—¡Bien! —sonrió Tia, aflojando su agarre—. Pero apúrate a recomponerte, porque él viene hacia aquí.

Los mecanismos bien practicados de una buena educación en la escuela de señoritas parecieron apoderarse de Gloriana, suavizando sus rasgos, iluminando sus ojos y aligerando su espíritu. Cuando se giró para saludar al objeto de su eterna inquietud, lo hizo con toda la gracia de una mujer que saluda a su amigo más querido.

—¡Lord Alex! —dijo alegremente—. ¡Estoy tan feliz de que haya llegado! Permítame presentarle a mi querida amiga, la señorita Tatiana Everstead, quien nos visita desde Norwich.

—Un placer —respondió Tia, realizando una exquisita reverencia y esbozando una deslumbrante sonrisa—. Lord Alex, me encantaría conversar con usted a fondo, pero temo haber prometido el próximo baile al Sr. Applegate y debo apresurarme a mi lugar. ¡Debe llevar a nuestra Glory a bailar el vals antes de que alguien más pueda reclamarla!

—Oh, eso no es... —Gloriana se quedó en silencio, sabiendo que estaba atrapada mientras Tia se alejaba rápidamente y Alex le extendía la mano en una invitación silenciosa—. Gracias —decidió, colocando sus delicados dedos enguantados en los grandes y cálidos de él—. Por supuesto que bailaré con usted.

—¿No se refiere a Mr. Peter Applegate, de Oxford? —le preguntó mientras se dirigían al centro de la pista. Sus brillantes ojos verdes exploraron la cabeza de Gloriana hasta que se posaron en Tatiana, probablemente informando a un ajeno Peter sobre su inminente vals. Miró de nuevo a su compañera con ojos llenos de asombro—. ¡Lo conozco! ¿Cómo pudo saber eso?

—No lo sabía—rio ella, sorprendida al encontrarse sintiéndose divertida entre todos los complejos sentimientos de angustia—. Por mucho que me gustaría abrazar el aire misterioso de la socialité omnisciente, debo confesar que es simplemente una de esas divertidas coincidencias

de la vida. Sucede que soy íntima de su hermana, Eleanor, quien asistió a la escuela de la señora Arlington. ¿Es un gran amigo del Sr. Applegate?

—Sí, creo que sí —respondió Alex con una pequeña sonrisa, acomodándolos en su lugar y deslizándoles su mano alrededor de su cintura ceñida por el corsé—. Nunca se puede estar completamente seguro con el tipo de los libros. Aun así, estoy bastante contento de verlo entre todos estos desconocidos. Un rostro familiar alivia un poco la ansiedad de nadar en un mar desconocido.

—¿Ansiedad? —susurró ella en respuesta, con su voz llevada por el aumento de la música al comenzar el vals. No tuvo la oportunidad de repetirlo, ya que de repente fue atraída muy cerca de Alex Somers, sus cuerpos estaban cálidos y vibrantes de energía mientras los primeros pasos del vals los hacían girar.

Se encontró momentáneamente sin palabras ante la elegancia con la que se movía. Claro, no debería ser sorprendente. Era un hombre de buena crianza, después de todo. Solo había algo en Alex Somers que insinuaba rebeldía, supuso, y, por lo tanto, su impecable adhesión a este ritual social era inesperada.

—Se ve aturdida —dijo él con una sonrisa—. ¿Esperaba que estuviera contando los pasos en voz alta mientras bailábamos?

—¡Por supuesto que no! —balbuceó ella, sintiendo el calor inundar sus mejillas—. Me sorprendió su confesión de ansiedad. No se me había ocurrido que su ausencia hoy pudiera explicarse por los nervios.

La mirada que él le dio era indescifrable, como si él mismo no estuviera seguro de cómo se sentía acerca de esa información. Aprovechó la pausa en la conversación para girarla en la pista de baile, con sus faldas lila floreciendo a su alrededor como una gloria matutina en la enredadera, estallando en flor, y la atrajo de nuevo contra su pecho en un solo tirón sin aliento de sus fuertes brazos.

Ella parpadeó para deshacerse del mareo que la atrapaba, un recordatorio de ese dulce y traicionero champán, y se permitió ser absorbida por la música y su danza. Los pasos eran un instinto para ella, después de todo. Las soirees más exclusivas de la Temporada le otorgaban eso a una chica.

De repente, se sintió reconfortada. Su acto de desaparecer no había sido en absoluto inspirado por un desagrado hacia ella como persona, ni por ofensa a su torpe intento de coqueteo esa noche en la biblioteca.

Era humillante, casi ofensivo, en realidad, que él hubiera reaccionado con tal desdén a su pequeña e inofensiva referencia al tema. Después de todo, ¿no había sugerido él una segunda oportunidad para comprometer su virtud? Y, de todos modos, su comentario podría haber sido convincentemente descartado como una simple observación en lugar de un coqueteo, ¿no? Esa era la marca de una coquetería bien elaborada.

Ningún hombre había reaccionado así ante la atención de Gloriana Blakely. No, de hecho, la

mayoría de los hombres recibían cualquier favor que ella se dignara a otorgarles como si fuera una delicadeza gourmet en una cuchara dorada. Por supuesto, seducir hombres no era un truco. Las propuestas eran lo difícil. Los matrimonios eran una cuestión de fría burocracia, y los únicos hombres que alguna vez le habían ofrecido realmente un anillo a Gloriana habían sido... deficientes.

Eso, por supuesto, excluía a Gideon Somers, a quien se había asegurado de que nunca se le diera la oportunidad de pedirle la mano en persona. Bueno, tenía a Rose para asegurarse de eso, de todos modos, y había salido maravillosamente, ¿no? Para Rose, al menos.

El hermano menor de Somers realmente era un tipo de diablo guapo, pensó ella, mirándolo mientras la llevaba por la habitación. Su cabello era más corto de lo que era estrictamente de moda, lo que al menos minimizaba su color rojo impactante. Sus ojos eran de un verde brillante y travieso, y sus labios estaban tan bien esculpidos.

Eso, por supuesto, era solo su cara. Había experimentado su fuerza de primera mano, esa noche en la oscuridad. Miró su propia mano, enguantada en satén blanco, sostenida tan suavemente en su gran y fuerte agarre. Sus manos que la habían mantenido en su lugar por las muñecas sin necesidad de un verdadero esfuerzo.

Se estremeció, forzando el pensamiento fuera de su cabeza, pero cuando miró hacia arriba nuevamente para encontrar sus ojos, pensó, por un momento aterrador, que él había podido leer cada pensamiento lascivo que había pasado por su mente.

Se encontró incapaz de apartar la mirada, atrapada en el hechizo de su mirada de repente ardiente mientras su mano se apretaba alrededor de la suya y sus cuerpos parecían acercarse más a medida que giraban hacia el crescendo del vals.

Sus ojos recorrían su rostro, deteniéndose en la curva de sus labios endulzados con champán antes de elevarse para encontrar su amplia mirada azul. Seguramente no lo estaba imaginando. Él se veía tan atrapado por recuerdos y escenarios inapropiados como ella.

¿Estaba pensando en esa noche? ¿Era posible que hubiera tenido las mismas fantasías vergonzosas tras su estela que ella? Quería mucho tocar la mejilla que había golpeado con sus yemas de los dedos, aunque esa noche parecía como si nada hubiera pasado. Se había curado sin dejar rastro en las últimas semanas.

Sus labios se separaron, su respiración volviéndose superficial mientras la música bajaba a un silencio, sus cuerpos quietos en una pista de baile que de repente parecía tan grande y vasta como el mundo entero.

—Señorita Blakely —dijo él con voz ronca, y una mano aún envuelta alrededor de la suya mientras se separaban del vals.

—Gloriana —corrigió ella sin aliento, sin pensar—. Llámeme Gloriana.

Él sonrió entonces, una sonrisa genuina de felicidad. Era más suave, más sincera de alguna manera que la forma en que sonreía a sus propias bromas ese día durante el almuerzo.

—Gloriana —dijo suavemente, de una manera que le envió un escalofrío de pura sensación por el cuerpo.

Abrió la boca, listo para compartir cualquier pensamiento que hubiera descendido sobre él durante ese baile, pero las palabras nunca salieron. Su cuerpo se tensó, su mano cayendo de la suya como si de repente fuera ofensivo tocarla, y su sonrisa se disolvió en esa máscara de formalidad en blanco que había estado soportando en cada comida durante semanas.

—¿Alex? —dijo ella, pero él sacudió ligeramente la cabeza, con sus ojos fijos detrás de ella.

Se giró, esperando algo atroz a su espalda, pero en su lugar encontró solo a una mujer delgada de mediana edad, con una mandíbula tan afilada como la de Heloise y ojos que brillaban con un verde travieso familiar.

—Ruthie Cunningham Somers —anunció la mujer con un acento amplio y plano, extendiendo una mano desnuda para ser estrechada—. ¿Y usted quién es?

—Oh, eh —tartamudeó Gloriana, adelantándose, agarrando la mano de la dama y dándole un apretón rápido, aunque débil—. Soy Gloriana Blakely. Prima de Lady Somers. Prima materna. Mi padre es Sir Reginald Blakely.

Ruthie suspiró pesadamente, como si esto fuera una gran decepción.

—De acuerdo —dijo—, es un placer conocerla, señorita Blakely, pero me temo que no vine aquí para conocerla a usted. Al hacerlo, parece que han expirado mis esperanzas de robar a mi segundo hijo para un baile.

Gloriana miró hacia el lugar donde estaba segura de que Alex Somers se encontraba y descubrió nada más que aire vacío. Debió haber girado sobre sus talones en el momento en que llegó su madre y salió corriendo hacia la salida.

Todos los suaves y sensuales sentimientos que había estado albergando hacia el hombre durante ese baile se endurecieron en crueles y pequeñas púas que la pinchaban por dentro. En un instante, la dulzura del vals se había convertido en amargura.

¡Cómo se atrevió! ¡Cómo se atrevió a huir de su propio baile!

Se volvió hacia Ruthie Somers con la expresión más de disculpa que pudo reunir, tratando de pensar en una manera de explicar ese comportamiento.

—Señora, debe aceptar mis disculpas —comenzó.

—Oh, no piense en ello, querida —la interrumpió la viuda con un impaciente giro de ojos—. El chico es propenso a huir. No deje que eso estropee su fiesta.

—Pero es *su* fiesta —dijo Gloriana suavemente—. No la mía.

—¿Lo es, querida? —La viuda le dio una palmadita comprensiva en las manos. Cualquier

molestia por el comportamiento de su hijo parecía ser nada más que una decepción momentánea, rápidamente remediada al agarrar una copa de champán de una bandeja que pasaba y marchar resueltamente hacia la multitud, con sus rizos castaños rebotando al compás de sus pasos. Actuó como si este flagrante acto de grosería no la hubiera impactado en lo más mínimo, y en cuestión de momentos ya estaba teniendo una animada y aparentemente alegre conversación con Lady Benton.

Bueno. Puede que no molestara a su madre, pero ¡Gloriana no lo permitiría! Había tenido suficiente de los confusos altibajos y de las inexplicables desavenencias con Alexander Somers. ¡Esta sería la última vez que lo permitiría!

Reunió sus bonitos faldas moradas en sus manos y se abrió paso a través de la multitud, evitando las miradas de los invitados, entrelazándose y zigzagueando hasta el vestíbulo. No iba a dejar que él le hiciera esto toda la primavera. No, señor.

Como siempre decía su padre, el mal comportamiento debe ser cortado de raíz antes de que florezca.

Vio el destello de sus solapas girando la esquina al salir del salón de baile. Estaba dirigiéndose hacia la escalera, apostó, lo que significaba que ella también.

Esta tontería tenía que parar.

Capítulo Nueve

Alex consideró brevemente bajar el último tramo de escaleras hasta la planta baja, dirigiéndose hacia las puertas dobles y huir a la noche. Podría ensillar a Boudicea y estar en el pueblo en menos de una hora, apostó. El posadero local sabía que él era bueno para el crédito. Podría mantenerse al margen, embriagarse hasta el punto de la euforia, quedarse dormido en un duro catre sobre el pub y olvidar que alguna vez había intentado jugar en la Sociedad.

Claro, Gideon inmediatamente sabría a dónde había ido y probablemente vendría a arrastrarlo por la oreja a primera hora de la mañana. Por supuesto. Pero ¿qué era una humillación más en este momento? Se había comportado como un completo idiota, *nuevamente*, frente a quizás la primera persona a la que realmente había querido impresionar en su vida.

Así funcionaba el universo, ¿no? Ser un tonto toda tu vida y cuando crees que has terminado con el acto, las estrellas se alinean para recordarte lo que dejaste de pretender hace mucho tiempo y que eras un tonto, ahora y para siempre.

¿Por qué le importaba tanto lo que ella pensara de él, después de todo? No era la primera chica hermosa que había conocido. Diablos, había llevado a la cama a chicas igual de bonitas, ¿o no? Aunque ninguna de ellas había pasado tanto tiempo dedicada a proyectar confianza en su futuro. Ni ninguna lo había dejado casi inconsciente en su presentación.

Quizás era ese recuerdo grabado en los huesos de su primer humillación lo que lo condujo más allá de las escaleras y hacia la pequeña biblioteca con la ventana rota. Ciertamente, no había pensado hacer de esa habitación su destino. Si se hubiera detenido a pensarlo, sus propios aposentos habrían sido un refugio más atractivo. Alex nunca había sido de detenerse a pensar antes de actuar.

A esa hora, el cuarto estaba oscuro, solo iluminado por el resplandor de las antorchas en el jardín que proyectaban sombras a través de las ventanas. La chimenea estaba fría y las lámparas apagadas, pues todos los que deseaban experimentar esa gloriosa noche estaban en el salón de baile. Ese salón había permanecido vacío toda su vida, pero esa noche estaba puro oro y destellos, vivo con risas, conversaciones y el susurro de las telas bailando al ritmo de los músicos.

Ella había hecho que eso sucediera. Era una hechicera dorada, capaz de conjurar lo divino y lo imposible, de reunir una multitud y obligarlos a bailar, y él acababa de destrozar el primer momento de verdadera afinidad actuando por instinto ante la aparición de su despreciable madre.

Cualquiera pensaría que haber sido evitada durante más de tres años sería una indicación suficiente de que no era bien recibida. Su madre seguramente no creía que presentarse en un baile en su honor desharía de algún modo los años de abandono y decepción. ¿Se había mantenido alejado de ella por una razón, ¿no es así?! ¿Qué necesidad había de comunicar expresamente su desinterés en una relación en esta etapa? Sabía muy bien que él no quería nada

con ella, y ahora había vuelto a arruinar algo especial, una vez más. Casi era impresionante lo increíblemente destructiva que podía ser esa mujer.

Se encontró desplomado en la alfombra, con la ventana que había usado para meterse en este lío a su espalda y los codos apoyados en las rodillas mientras miraba la oscuridad vacía de la habitación frente a él. ¿Debería regresar? ¿Podría regresar ahora?

La señorita Blakely debía pensar que era un patán total por comportarse como lo había hecho. ¿Le importaría entender sus razones, si él tuviera el valor de regresar, con el rabo entre las piernas, y tomarse el tiempo de explicarlas? No, probablemente no. Para chicas como Gloriana, la decencia y el comportamiento adecuado eran más importantes que el aire que se respira.

Estiró los pies con una mueca y dejó caer la cabeza contra la pared, mirando hacia el techo.

Quizás debió haber desposado a Gideon, después de todo. Gideon habría soportado la indignidad de esa interrupción tan ciertamente como una montaña permanece impassible ante una tormenta de viento. Quizás ella se arrepentía de haber rechazado al siempre apropiado Lord Somers ahora, pensó con amargura. Quizás veía toda la rígida respetabilidad de su hermano mayor y pensaba: “Sí, eso es lo que un hombre debería ser.”

Frunció el ceño, clavando los dedos en la alfombra. ¿Por qué estaba sumando celos fantasmas a una ya horrenda oleada de vergüenza?

Un sonido agudo y la puerta abriéndose de golpe lo hicieron alzar la cabeza, alarmado. Por un brevísimo momento, estuvo seguro de estar imaginándosela allí, envuelta en luz del vestíbulo. Sin embargo, ciertamente si fuera a invocar el espectro de Gloriana Blakely, lo haría con una expresión en su hermoso rostro que no presagiara asesinato.

—Usted—susurró ella, empujando la puerta con la cadera mientras avanzaba hacia él.

Iluminada por la corriente de luz de las velas del exterior, parecía brillar con el mismo halo angelical que la había acompañado la última vez que estuvieron juntos en esa habitación, aunque él no estaba en el estado de ánimo adecuado para admirarlo como debía.

Se levantó para recibirla, su cabeza daba vueltas con las emociones rápidas y sucesivas que había experimentado en el último cuarto de hora. Al menos, de pie, ella no lo superaría en altura. Al menos podría conservar esa pequeña dignidad.

—¿Qué se propone, huyendo de esa forma? —exigió ella, acercándose a él hasta quedar a un respiro de distancia, su sombra cruzando la alfombra para encontrarse con la de él—. ¿Por qué haría algo así?

—Gloriana —comenzó, sin siquiera saber por dónde empezar, pero ella lo interrumpió con un movimiento brusco de la mano entre ellos.

—Estaba dispuesta a pasar por alto la forma en que me ha tratado —dijo, enderezando los delicados hombros mientras levantaba los ojos para encontrarse con los de él—. La forma en que nos conocimos fue una locura para ambos, pero ¿dejarme a media frase la noche siguiente?

¿Negarse a mirarme o a hablar conmigo durante semanas? ¿*Desaparecer* todo el día en vísperas de los festejos que he pasado más de un *mes* planeando, hasta bien entrada la medianoche, noche tras noche, para *usted*?

Exhaló bruscamente, girando el rostro como si le doliera mirarlo. Cuando volvió a hablar, fue en un tono más suave, pero no menos condenatorio.

—Simplemente no lo entiendo —murmuró.

—¡No le pedí que hiciera nada de eso! —replicó, con su propia voz apagada ante la furia de ella. No sabía por qué reaccionaba de una manera que no fuera una disculpa abyecta, pero a medida que hablaba, sentía que el calor en su rostro aumentaba por la verdad de sus palabras, que parecían formularse por sí solas—. ¡Ni siquiera sabía que existía cuando comenzó a moldear mi regreso a Somerton! ¡Quizás deseaba volver a casa y disfrutar de la paz y la soledad antes de lanzarme al mundo con ambos pies!

—¡Oh, qué horrible para usted! —se burló ella—. ¿Cómo se atreve su rica familia con título a asegurarle todas las ventajas? ¡La lucha que debe soportar para ser atendido así! Dios mío, debe ser un horror, pues incluso la vista de su propia madre lo hace huir a la oscuridad, como si todos tuviéramos la suerte de tener padres que desean lanzarnos a la vida con lo mejor.

—¡No sabe nada de mi madre! —replicó él, dando un paso adelante—. ¡Es una forastera en mi hogar!

Ella no titubeó ni se echó atrás, levantando la barbilla en acogida a su desafío.

Eso lo humilló de inmediato, y en lugar de avanzar, se dio la vuelta y se dejó caer en el sofá, donde se había recuperado de su última mala comunicación. Se dejó caer la cabeza en las manos y suspiró pesadamente, deseando con todas sus fuerzas haber tomado su primera elección instintiva y haber huido al pueblo.

—Y a pesar de esas dos cosas, tiene razón —suspiró, maldiciendo por sonar como un niño reprendido cuando deseaba ser nada menos que apuesto e impresionante para esta mujer en particular—. No sé cómo disculparme con usted.

—Bueno, podría intentar de la manera habitual —sugirió ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

Él levantó la vista hacia ella, tocando sus codos con los dedos enguantados, y casi se echó a reír. Sí, decir las palabras sería un buen comienzo.

—Señorita Blakely —comenzó.

—Gloriana —corrigió ella de inmediato.

—Gloriana —dijo él, sintiéndose de alguna manera reconfortado al saber que aún tenía permiso para usar su nombre de pila—. Lamento mucho mi comportamiento. Me encantaría tener la oportunidad, algún día, de explicarle las motivaciones detrás de cada cosa estúpida que he hecho

en el último mes, aunque temo que tal hazaña puede tomar bastante tiempo. Por favor, si puede, permíname y permítame comenzar de nuevo.

Ella guardó silencio, mirándolo con esos ojos encantadores y su boca de labios carnosos dibujada en una línea horizontal y grave.

—No creo en comenzar de nuevo —dijo, después de un momento—. Quizás podríamos hacerlo mejor a partir de este momento, ¿eh?

Ella dudó, una expresión de angustia parpadeando en su rostro, y levantó la mano para detener su respuesta.

—Oh no —suspiró—. Soné igual a mi madre. Buen cielo.

Dio un paso tembloroso hacia adelante y giró sobre sus talones, sentándose en el sofá junto a él mientras sus faldas se desplegaban sobre los dos. Imitó su postura anterior, poniendo la cabeza en las manos, y se rió entrecortadamente.

—Olvide lo que acabo de decir —decidió, mirándolo a través de sus dedos—. Comenzar de nuevo está muy bien.

Sintió un pequeño alivio permeando la gran bola de ansiedad en su pecho. Abrió la boca, listo para aligerar el ambiente con alguna broma y quizás sugerir que regresaran a la fiesta, pero el sonido de voces que se acercaban lo congeló en su lugar.

La cabeza de Gloriana se alzó de inmediato, con sus ojos abiertos de par en par ante el alarmante murmullo de conversación que se acercaba. A ninguno de los dos se les había ocurrido que se habían puesto en una posición comprometida, una vez más, en la misma habitación donde ocurrió la primera vez. Esta vez, no serían Gideon y Rose quienes los encontrarían. Esta vez, habría consecuencias.

—Esta puerta está abierta. Hablemos aquí —sugirió una voz masculina desde el pasillo a su compañero, haciendo que Glory siseara alarmada.

—Hay un armario de lino —dijo Alex rápidamente, ofreciéndole la mano mientras se levantaba de un salto—. ¡Rápido, ahora!

Ella se apresuró tras él, levantando la falda con una mano libre, con lo que pudo ver de su rostro marcado por el pánico.

La tiró hacia el armario de lino, apretando su espalda contra la presión aguda de los estantes, y atascó la puerta justo cuando los intrusos entraban en la biblioteca, la luz inundando repentinamente las grietas alrededor del marco de la puerta.

Ella se aferró a las solapas de su chaqueta, intentando hacerse lo más pequeña posible en el espacio reducido mientras los pasos se acercaban. El clic de la puerta al cerrarse dejaba claro que estas otras personas podrían estar usando la habitación durante bastante tiempo.

—¿Nadie nos siguió? —preguntó una voz femenina, entrecortada y ansiosa.

—Por supuesto que no —replicó bruscamente la voz masculina de antes—. ¿Por qué deberían? Seguro que no somos las únicas personas que se han escapado para tener un poco de privacidad.

—Esa no es la razón por la que estamos aquí, señor —jadeó la voz femenina, aparentemente ofendida por la sugerencia.

Gloriana levantó la cabeza para encontrar los ojos de Alex, con una expresión tan inquisitiva como la de él. Ciertamente, no todos los pares de sexo opuesto que se escabullían a habitaciones vacías durante un baile buscaban un encuentro, como ellos dos, apiñados en el armario de lino, podían atestiguar, pero cualquier otra razón era una maldita rareza.

Realmente, debería sentirse aliviado. No estaba seguro de cómo manejaría los sonidos de un encuentro amoroso a través de la delgada puerta del armario con Gloriana tan firmemente pegada a él. Sería o increíblemente incómodo o muy, muy sugestivo, y no podía confiar en su cuerpo para evitar reaccionar a la segunda opción en un espacio tan cerrado.

—Ciertamente, espero que no —comentó un *tercer* caballero.

¿Qué demonios estaba sucediendo aquí? Si no fuera por el comentario que especificaba lo contrario, Alex habría pensado que se trataba de algo muy lascivo. Le dio un pequeño encogimiento de hombros a Gloriana, encontrando sus ojos en una expresión compartida de desconcierto. Al menos, pensó, el misterio de todo esto era una distracción del hecho de que la tenía muy firmemente abrazada.

Ella se mordió el labio, quizás pensando algo en la misma línea, aunque sin duda con una connotación más inocente. Era un desafío casi cruel no mover sus manos en absoluto, estando entrelazadas en la ligera curva donde su cintura se unía a sus caderas. Podía sentir las cuerdas de su corsé bajo la fina y suave tela de ese vestido morado, y el aroma de su perfume se enroscaba a su alrededor como la sogá de un ahorcado.

Por alguna razón incomprensible, se tomó la libertad de explorar el corte de su solapa con sus manos enguantadas, deslizando sus pulgares bajo el pliegue, con el hermoso labio inferior aún atrapado entre sus dientes perlados. Parecía haber perdido su curiosidad por lo que sucedía afuera, eligiendo en su lugar estudiarlo con esos ojos azul pálido, que lograban brillar incluso aquí en el oscuro y estrecho escondite.

Se dio cuenta de las líneas de su cuerpo, de sus caderas presionándose contra las suyas en la forma en que estaban apretados, del dulce olor a champán en su cálido aliento, y de la suave extensión de sus hombros perfectamente pálidos que emergían del atrevido escote de su vestido de baile.

Cristo, necesitaba controlarse. Podía sentir la prueba condenatoria de su interés por estar tan cerca de la señorita Gloriana Blakely despertando a una velocidad alarmantemente rápida. Deslizó sus manos desde su cintura hasta las muñecas, separándolas suavemente de sus solapas.

Deslizó sus pulgares en las palmas de sus manos, recordando la última vez que la había sostenido

de esta manera.

Si hubiera albergado intenciones de pícaro anoche, soy bien consciente de que no habría escapado de ellas.

Tragó. Con dificultad.

¿Había sabido ella cómo sonaba cuando dijo eso? Justo después de referirse a perder la virtud como algo *divertido*. Debía. Una chica que navegaba los juegos sociales de la alta sociedad con tanta facilidad no habría pasado una sola Temporada sin que los hombres hicieran su mayor esfuerzo por comprometerla en un rincón sombrío muy parecido a este.

¿Se lo había permitido alguna vez? ¿Había dejado que algún libertino de la alta sociedad la besara? ¿La tocara? No estaba seguro de si la idea de que ella lo hubiera hecho le llenaba de celos o emoción. Tampoco estaba seguro de que mover sus manos de su cintura a sus muñecas hubiera hecho algo para calmar la intensidad de su deseo en ese espacio cerrado.

Ella estudió la forma en que su mano se veía alrededor de su muñeca, mucho más grande y de alguna manera más primitiva que los delicados huesos de la muñeca de una dama. El contraste se acentuaba por el hecho de que dicha muñeca estaba envuelta en satén marfil. Ella enroscó sus dedos alrededor de sus pulgares y levantó sus ojos del espectáculo de su suave restricción para volver a encontrar su mirada.

Esta vez su curiosidad había tomado un matiz mucho más peligroso. Sus pestañas parpadearon contra sus mejillas, con su respiración acelerándose dentro de los confines de su vestido, y sus pechos menudos hinchándose sobre su escote. Se puso de puntillas, inclinando la cabeza hacia atrás para rozar sus labios contra su mandíbula.

Él se congeló, completamente aturdido por este desarrollo. Su agarre en sus muñecas se apretó, pero no la empujó lejos. El roce de su boca suave como una flor envió descargas de shock tembloroso a través de su cuerpo de una manera que no estaba del todo seguro de haber experimentado antes, incluso desnudo y disfrutando a una dama en toda su plenitud.

¿Se esperaba que simplemente se quedara ahí y controlara sus impulsos más primitivos mientras ella lo provocaba así? ¿Ese era el problema con las debutantes! Nunca se sabía con certeza qué mensajes pretendían enviar. Aun así, labios sobre piel eran difíciles de malinterpretar. ¿Verdad?

—Alex —susurró ella, con una voz lo suficientemente entrecortada para llegar solo a sus oídos. Cualquier cosa más lejos se perdía bajo el zumbido de lo que esos malditos invitados entrometidos estaban hablando en la biblioteca. Hablaba solo para él, y respiró nuevamente, impotente—. Oh, Alex.

No estaba seguro de si ella quería una respuesta verbal, pero estaba bastante convencido de que, a estas alturas, no era particularmente capaz de darle una. Le levantó las muñecas, rodeándolas con su propio cuello sin que ella pusiera resistencia alguna.

Ella recuperó el aliento con gracia, descansando su mejilla contra la suya mientras él deslizaba los dedos a lo largo de sus brazos. No pudo resistir el impulso de acercarla más, aprovechando

por completo las confines actuales para abrazarla de una manera inaceptable para un primer beso. Aun así, hay que aprovechar cuando la vida ofrece un regalo raro e inesperado.

La verdad era que había sido un absoluto fracaso al tratar de luchar contra las fantasías de hacer precisamente esto. Noche tras noche se revolvió en la cama, diciéndose a sí mismo que pensara en otra persona, intentando imaginarse las curvas exuberantes y el oscuro cabello de Bessie Corden. Una y otra vez, las mujeres que imaginaba se desvanecían lentamente, con sus cuerpos difuminándose como humo, para dar paso a las facciones angelicales y la figura esbelta y elegante de la mujer que realmente deseaba, la que rondaba al borde de cada fantasía, tanto despierto como en sueños.

Por eso no le había hablado en semanas, por eso mantenía una fría formalidad durante las comidas. No se atrevía a mirarla, a escuchar su risa. Solo le daría más material a su imaginación perversa para torturarlo.

Noche tras noche, sufría en el retorcido abrazo de sus sábanas, despertando de sueños febriles en los que revivía aquella noche en la alfombra, imaginando que el encuentro llegaba a una conclusión mucho más placentera, con faldas levantadas y donde la única colisión era la de sus cuerpos.

Sentía el calor de aquella fantasía nadando en su cabeza, encendiendo un fuego en su vientre. Cuando habían estado bailando hace tan poco, solo había pensado en su belleza y en el placer de su sonrisa. Había logrado contener la bestia dentro de él tan bien. Pero al final, ¿no era humano? Un hombre. Y ella era todo lo que una mujer podía ser. La tentación definitiva, cálida y dispuesta en sus brazos.

Mantuvo una mano en su cintura, tal como había hecho durante el vals, y con la otra, le rodeó la nuca, acariciando con el pulgar la suave línea de su mandíbula mientras acercaba su boca a la de ella.

Ella era dócil y, sin duda, dispuesta. El primer momento de contacto, lleno de asombro, la dejó tan atónita como él se había sentido momentos antes, pero solo necesitó el sabor de sus labios para disipar cualquier duda. Se derritió en sus brazos, aferrándose a él en ese rincón oscuro y oculto, inclinando la cabeza, aparentemente explorando el roce y la fricción de sus labios contra los de él.

Le costaba no gemir de placer, con la satisfacción de tenerla por fin así, de saborearla así, surgiendo en él con una fuerza casi aterradora. Permitió que sus dedos acariciaran apenas la base de su peinado, sin deshacer el estilo, solo para darse el lujo de descubrir, con desesperación, cómo se sentiría aquella riqueza dorada entre sus dedos.

De alguna manera, a pesar de la embriagadora intensidad del momento, sabía que debía contenerse. Tal como estaban las cosas, la escasa libertad de movimiento en aquel armario diminuto, con apenas espacio para sus cuerpos entre las estanterías, le recordaba que, por más deliciosa que supiera, llevarla a la cama no era una posibilidad en ese momento.

Rozó su lengua con la de ella, complacido con la forma en que ella jadeó, cómo lo rodeó con sus brazos para acercarse más. Sí, aquella mujer había sido besada antes. Los celos podrían venir

después, pensó, pero la travesura en su destreza y el misterio de cómo había adquirido esa habilidad solo avivaban las llamas dentro de él.

Quería sujetar su cabello y echarle la cabeza hacia atrás. Quería besar la columna de su cuello. Quería sujetarla contra la alfombra como podría haber hecho aquella primera noche y convertirlo esta vez en el encuentro de fantasía que haría que toda esa ruina y compromiso valieran la pena. *Divertido*, había dicho ella. Estaba mareado por ello.

Ella se apartó tan repentinamente que él casi pierde el equilibrio, con el ceño fruncido en una expresión de preocupación.

¿Acababa de recuperar la sensatez? Por favor, Dios, no. No estaba satisfecho todavía. Si acaso, esta pequeña muestra solo había agudizado su ansia.

Él acarició la nuca de ella, inhalando el aroma de su cabello con la esperanza de que esta pausa en su fervor fuera solo temporal. Abrió la boca para decir su nombre, para rogarle que volviera a caer en la locura con él.

Sus ojos se alzaron para encontrarse con los de él, sus manos se soltaron de su cuello y subieron hasta cubrirle la boca en una clara orden de silencio. Tan tentador como era morderle los dedos juguetonamente, comprendió que había sentido un súbito temor a ser descubierta y, como tal, obedeció a esa demanda de silencio firme e inesperada.

Le llevó un momento, pero las voces afuera se hicieron más claras. Comenzaron a sonar como palabras en lugar de un zumbido sordo, y estaban diciendo su nombre.

—Como he dicho antes, no puedo aprobar tanto alboroto y gasto por alguien como Alex Somers. Podría haberlo matado hace semanas —dijo uno de los hombres casualmente—. Esa es la manera en que uno debería lidiar con los traidores, ¿no es cierto?

Capítulo Diez

La sangre de Gloriana pareció congelarse en sus venas. Lo cual era todo un logro, ya que momentos antes se había sentido tan cálida que podría haber estallado en llamas. Su palma se aflojó sobre la boca de Alex Somers, aunque no podría decir si estaba reaccionando a la acusación de traición o a la forma despreocupada en que el hombre detrás de la puerta del armario acababa de sugerir un asesinato a sangre fría.

Se estremeció, apoyándose en Alex en lugar de alejarse, como si él pudiera protegerla de las amenazas contra su persona. Absurdo, pero él parecía dispuesto a hacerlo, con sus manos cálidas y fuertes rodeándola y acariciándole la espalda de una manera tranquilizadora más que seductora. Si se desmayaba en ese instante, confiaba en que él la sostendría.

—Ya sabes que no aprobamos tus métodos —dijo con dureza la segunda voz masculina—. No es necesario reaccionar con la última medida cuando ni siquiera sabemos cómo consiguió los documentos.

—Hasta donde yo sé —intervino la mujer—, ni siquiera estamos seguros de que los tenga. ¿Qué tan confiable es tu contacto?

—Tengo más fe en mi contacto que en cualquiera de ustedes —respondió fríamente la voz asesina—. No veo cómo Alex Somers podría haber salido de Oxford con una carga tan sensible si no fuera un agente del enemigo. Sabes tan bien como yo que tiene un historial extenso de viajes al continente por razones que siempre han sido vagas, en el mejor de los casos. La fachada de calavera y granuja es muy astuta para un hombre que recoge monedas a cambio de traición.

—No es buena señal —admitió la mujer a regañadientes—. Pero hasta que tengamos pruebas de que es un espía o un traidor, no voto por una represalia letal.

—Si está muerto —dijo el otro hombre—, le será difícil devolver lo que fue tomado, y tengo entendido que la carga sigue siendo extremadamente valiosa.

—Tampoco podrá venderla si está muerto —gruñó el asesino—. Las vidas de los batallones británicos están en peligro aquí. ¿Qué es la vida de un tonto frente a la de doscientos héroes, eh? Estamos perdiendo el tiempo aquí, jugando en una fiesta campestre mientras la guerra avanza hacia el sur.

—Estamos manteniendo una cobertura responsable, recopilando información y trabajando hacia una solución —respondió la mujer—. Durante la cacería de urogallos en dos días, haré una búsqueda exhaustiva en su habitación, tarea que *podría* estar realizando ahora mismo si tuvieras un poco de paciencia. Si puedo recuperar el paquete con una simple búsqueda, podrás ocultarlo y nos iremos de esta reunión antes de que él se dé cuenta de que ha desaparecido.

—Estoy de acuerdo —dijo el segundo hombre—. Observaremos de cerca a Somers en adelante,

hasta estar seguros de que no es un activo enemigo. Si lo es, lo entregaremos a la Corona, *no* realizaremos una justicia de bandoleros.

La habitación quedó en silencio mientras las campanadas del reloj de pie anunciaban la hora, y cada gong vibraba en el pecho de Gloriana de la manera más aterradora. Ella se aferró a Alex, descansando la mejilla contra su pecho y cerrando los ojos con fuerza, rezando a Dios que aquello terminara pronto.

—Pronto se notará nuestra ausencia —dijo la mujer—. Sugiero que ustedes dos regresen juntos. Yo me retiraré por separado.

—Si no encuentras ese paquete —dijo el hombre frío, su voz profundizándose con impaciencia—, tendremos pocas opciones en el asunto.

—Vete —respondió ella en voz baja—. Vete. Discutiremos ese asunto si se hace necesario.

Se oyó un leve movimiento, el chirrido de la puerta al abrirse y luego un largo y pesado silencio. Gloriana supuso que podían haber dejado la puerta entreabierta, tal como estaba cuando entraron, lo cual era una maldita inconveniencia al tratar de saber con certeza si se habían ido.

Miró hacia sus pies, buscando el resplandor de sus faroles bajo la puerta. Solo había una luz tenue, aunque no podría asegurar con certeza si estaba tal como había estado antes. Levantó la mejilla del pecho de Alex y lo miró hacia arriba. Sí, ahora estaba oscuro. Apenas podía distinguir aquella boca tan increíble.

—Creo que ya se fueron —susurró tan suavemente como pudo—. ¿Alex?

Él asintió brevemente, inclinándose hacia un lado con el brazo aún alrededor de ella y girando el pomo de la puerta con una lentitud exasperante, permitiendo que la puerta del armario se abriera poco a poco, solo por si acaso. Suspiró de alivio al ver la habitación vacía y abrió la puerta por completo, brindándoles una vía de escape hacia el aire libre.

Gloriana inhaló el aire de la noche como una mujer que acababa de salir a la superficie del mar. Su cabeza daba vueltas por todo lo que había ocurrido. Caminó hasta el sofá y se agarró del respaldo, respirando profundamente y de forma deliberada, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

Alex se acercó a la puerta y echó un vistazo al pasillo. Maldijo en voz baja y, volviéndose hacia ella, dijo:

—Quienquiera que fuera, ya se ha ido.

—¿Quienquiera que fuera? —repitió ella con voz temblorosa—. ¡Era un asesino y dos agentes de la Corona! ¡Piensan que eres un espía extranjero!

Él frunció el ceño, frotándose la nuca.

—Sí, lo sé. Gloriana, debes creerme cuando te digo que no tengo la menor idea de qué podría

haberles hecho pensar eso. Debería ofenderme por su descripción de mi reputación de granuja atolondrado, pero en verdad, eso es todo lo que soy. A veces soy inquieto e imprudente, ¡pero no traidor!

—Debo regresar —replicó ella, apenas dejándolo terminar su discurso—. ¡Alex, he estado ausente demasiado tiempo!

Él asintió, haciéndole un gesto para que se acercara a la puerta con una mano extendida. Cuando llegó y puso su mano en la de él, él cerró sus dedos y la miró desesperado a los ojos.

—Dime que me crees —suplicó con voz ronca y urgente—. No soy un traidor, Gloriana. Te lo juro.

—Te creo —dijo ella, sabiendo que era una tontería decirlo y aún más creerlo. Debía ser una tonta, entonces, pues hacía ambas cosas de buena gana—. Debo irme.

Él asintió, suspirando pesadamente mientras soltaba su mano.

Por razones que ni ella misma podía justificar, se inclinó y le dio otro beso suave y dulce en los labios. Quizás era la única forma de asegurarle que hablaba con sinceridad. Parpadeó al separarse, con la angustia en el pecho reflejada en la confusión de su rostro. Luego, se deslizó bajo su brazo y salió de la pequeña biblioteca, apresurándose lo más rápido que sus pies en zapatillas le permitían para regresar a la sencilla alegría del baile.

Gloriana se preguntó brevemente si la ama de llaves consideraría volver a drogarla si se lo pedía amablemente. ¿De qué otra forma podría conseguir siquiera un parpadeo de sueño después de la noche que había tenido?

Echó las sábanas hacia atrás y apretó los puños a los costados mientras miraba el techo. La segunda mitad del baile le parecía casi irreal tras el melodrama de novela de folletín en que se había visto envuelta esa misma noche. Fue casi una hazaña hercúlea la forma en que logró superar el resto de la velada.

Rosie, sin duda, no tenía idea alguna. Tía y Nell se habían detenido solo para intercambiar un par de chismes en medio de su propia vorágine nocturna. Incluso el señor Atlas estaba felizmente ajeno, pues Gloriana había adoptado su pose más plácida y misteriosa para su segundo vals. No recordaba una sola palabra de lo que él había dicho, siendo sincera, pero estaba segura de que no había despertado ninguna sospecha en él.

No, nadie sabía que había desaparecido por un tiempo. Nadie sospechaba que se había encontrado en el fuerte abrazo de Alex Somers, con sus muñecas atrapadas una vez más en el firme círculo de su agarre. Nadie sabía que él la había besado tan profundamente. Para ellos, resultaría absurdo pensar que él estaba sospechado de traición y en peligro de ser asesinado.

No. Todo estaba como debía estar para todos aquellos que lograron bailar toda la noche sin visitar la pequeña biblioteca en el segundo piso.

Era un poco decepcionante, de algún modo, que la noche más emocionante de su vida hubiera pasado sin ninguna prueba de ello. Nadie estaría hablando emocionado al amanecer sobre el misterio y el romance de todo aquello. Nadie sabría cuán tensa había sido la situación antes de desmoronarse en una discusión encendida seguida de una ráfaga de besos apasionados.

Supuso que era lo mejor. De todos modos, era un pensamiento extraño. ¿Había querido alguna vez que alguien supiera de sus pequeños besos robados? No, comprometerse antes de estar realmente preparada era un desastre que debía evitarse a toda costa.

¿Qué era diferente esta vez, además de lo obvio? No era el primer baile al que asistía donde unos momentos robados en un rincón oscuro añadían un poco de emoción a la velada.

La única conclusión sensata era que no era el fervor ni la intensidad de las atenciones de Alex Somers lo que le impedía dormir, sino las aterradoras implicaciones de la conversación que habían escuchado. Después de todo, un par de besos no podían ser la causa de esta inquietud, ¿no para una chica como Gloriana! Nunca.

Bufó, volteándose de costado. Ni siquiera tenía a Nero con ella esa noche para brindarle un poco de consuelo. Heloise se lo había llevado mientras ella pasaba la noche en la mansión. ¡Malvada muchacha, siempre complicando las cosas para quienes dejaba atrás!

Alex había regresado al salón de baile casi media hora después que ella, luciendo un poco desaliñado, como si se hubiera escapado a tomar algo y a descansar tras su dramática experiencia. ¿Le había desordenado el cabello y el cuello de la chaqueta? Ciertamente, en la estrechez del armario, eso era posible, pero... ¡no! Sacudió la cabeza, obligándose a recordar solo el salón de baile.

Le había costado un autocontrol increíble no acercarse a él en cuanto regresó al salón, tomarle del brazo y arrastrarlo a un rincón tranquilo donde pudiera exigirle respuestas.

¿Es respuestas lo que quieres de él? se burló una vocecita en su cabeza.

Suspiró, permitiéndose por un momento recordar la deliciosa ferocidad de sus besos, la fuerza de sus brazos alrededor de ella. Él le había acariciado la nuca, soltando pequeños rizos de su moño mientras la sostenía tan cerca que pensó que podría derretirse. ¡Oh, pero qué derecho tenía un hombre tan tonto de besar tan hábilmente!

Dobló la almohada sobre sus oídos y cerró los ojos, gimiendo dramáticamente. ¡Seguro que el sueño nunca llegaría! ¿Por qué deben los humanos vivir una sola tortura y luego revivirla una y otra vez una vez que el sol ha huido y solo queda la noche y la sombra para hacerles compañía? Debía de haber algún éter maligno, algo innombrable en la oscuridad que le susurraba a la mente, que les hablaba a los pensamientos en la voz secreta de las sombras y decía: “Hola, por favor, comparte conmigo todas las cosas que te causan angustia”.

Había entrado a la biblioteca esa noche para reprender a Alex Somers, ¡no para hacerle el amor! Todo era culpa de él, ¿no es cierto? Sabía que ella tenía pensamientos impropios sobre la forma en que la había cautivado esa primera noche. ¿En qué estaba pensando, al repetir el gesto? Apenas podía respirar cuando él hacía eso y se había contentado simplemente con inhalar su

aroma, con rozar sus mejillas.

Por supuesto, esas cosas nunca eran suficientes para los hombres. ¿Hasta dónde podría haber llegado aquello si no los hubieran interrumpido tan bruscamente?

Mañana, Alex debía encontrar una forma razonable de informar a Gideon lo que habían escuchado. Si su propia participación en aquella escucha furtiva no fuera tan moralmente condenatoria, ella misma se habría encargado de eso de inmediato al regresar al salón de baile. Había tenido la intención de ir a contárselo a Rosie enseguida, sin importar las consecuencias, pero algo la había detenido.

Sí, algo —rió la voz burlona en su cabeza—. *¿Qué podría ser?*

Capítulo Once

Para Alex, las opciones se reducían a beber hasta quedar inconsciente con lo que pudiera saquear del ahora vacío salón de baile o quedarse con los ojos bien abiertos, mirando por la ventana de su dormitorio hasta el amanecer, mientras contemplaba su propia frágil mortalidad.

Aunque ninguna opción resultaba particularmente atractiva, la fatiga sería más fácil de mitigar que una intoxicación alcohólica al día siguiente, y así que decidió permanecer despierto, al menos a ratos. Debió haber cabeceado aquí y allá mientras intentaba ser solemne y melancólico, porque, antes de darse cuenta, el sol ya se asomaba descaradamente por el cristal frente a su ojo favorito.

¿Acaso no había cerrado las malditas cortinas? ¿Tenía que arruinar *todo* en su vida? En medio del caos, había sido un regalo quedarse dormido, solo para ser despertado de forma tan grosera. Además, había estado teniendo un sueño encantador en el que un vestido de satén lila yacía en el suelo de su habitación, mientras largos cabellos rubio-platinados adornaban la almohada a su lado, coronando la silueta de un cuerpo pálido como la luna, respirando pacíficamente en el abrazo de un sueño satisfecho.

Pero, por desgracia, en la cama con él solo estaban sus propias desdichas, y con esas, ya estaba bastante abarrotada, ¿no es así?

Rezaba al cielo para que la chica no hubiera dicho nada a Rosie o Gideon aún. Necesitaba más información antes de decidir cómo actuar. Tenía que estar absolutamente seguro de que todo era real y no alguna broma elaborada a su costa. ¿Podría ser solo una broma?

Sonaba como tal, ciertamente. ¡Como si él tuviera la fortaleza mental y emocional necesaria para el espionaje! ¡Por el amor de Dios, apenas podía salir airoso de una partida de hazard con Rose sin perderlo todo!

Es verdad que había pasado un buen tiempo deambulando por el continente. Le gustaba comprar objetos inusuales, especialmente para darle algo a Heloise al regresar. Nada de valor sustancial, claro. Prefería las curiosidades locales a las joyas costosas o inversiones artísticas.

¿Era posible que hubiera comprado algo de valor encubierto la última vez que estuvo en el extranjero? Si fuera así, seguramente alguien ya habría venido por él. Después de todo, había estado en Inglaterra desde que nació Callie, decidido a terminar ese maldito título para complacer a Gideon.

¡Quizás había estado paseando por Oxford durante tres años con algún secreto de estado infernal tirado en la mesa de sus habitaciones!

Por un breve momento, pensó que tal vez habría sido mejor salir del armario y confrontar directamente al trío misterioso. Era potencialmente la única oportunidad que habría tenido para

hacerlo. Pero eso habría puesto a Gloriana en peligro también, y aunque con frecuencia era un estúpido, nunca la pondría en peligro.

Bueno. Nunca la pondría en peligro conscientemente. Al menos, no mucho. ¿Acaso besarla era peligroso? Incluso si los atraparan, lo peor que podría pasar sería un compromiso arruinado, lo que llevaría a un matrimonio apresurado, ergo una vida a su lado.

Tal vez eso sí era peligroso, después de todo.

¿Acaso una chica como ella lo aceptaría?

Bufó, arrojándose fuera de la cama y avanzando hacia el armario. Ella había estado *horrorizada* ante la idea de verse comprometida aquella primera noche. Nada había cambiado, ¿verdad? Lo había besado, pero, por la habilidad de ese beso, no parecía que estuviera reservándolo para su único y verdadero amor.

Esbozó una media sonrisa a regañadientes, despeinándose el cabello corto. Implicaciones aparte, había sido un beso muy bueno.

La disposición del comedor dificultaba saber con certeza quiénes se habían congregado allí antes de presentarse.

El único medio de Alex para asegurarse de que su madre no estaba en la mesa del comedor como un halcón en su percha, lista para lanzarse sobre él y clavarle las garras, era escuchar un poco desde el pasillo antes de hacerse notar.

La mayoría de los invitados tomarían el desayuno en sus habitaciones tras el baile, si es que comían algo. No le sorprendió oír a su hermano y su cuñada en la mesa, supervisando la comida, a pesar de la excusa que podrían haber usado para quedarse en cama. Gideon habría insistido en ser un buen anfitrión.

El resto de las voces murmuraban tan bajo que no podía identificarlas con certeza. El hecho de que ninguna de esas voces fuera la de algún estadounidense ruidoso y atrevido fue suficiente para que se sintiera seguro al entrar a desayunar con la cabeza en alto.

Claro, uno o más de los allí reunidos podía estar planeando matarlo, pero eso era genuinamente preferible a un desayuno de confrontación frente a Ruthie Somers.

Alex hizo contacto visual rápido con Gloriana Blakely, quien mordisqueaba de forma bastante conspicua un bollo mientras una muchacha menuda y algo ratonil le susurraba al oído. Ella le hizo una leve inclinación de cabeza antes de volverse hacia su amiga, fingiendo de repente un fuerte desinterés en su presencia.

—¡Alex! —exclamó Rose con un tono de agradable sorpresa, y su tenedor a medio camino hacia su boca—. ¡Buenos días! Justamente estábamos hablando de ti.

—¿Debería desaparecer entonces? —bromeó él, sacando una silla para disgusto de un lacayo que no había actuado lo suficientemente rápido—. No quisiera interrumpir una buena sesión de críticas.

—Mi hermano es todo ingenio —le explicó Gideon al vicario sentado a su izquierda—. Cuando Rose estaba investigando la línea de la familia Somers, dijo que esperaba encontrar al famoso Will Somers, bufón de Enrique Octavo, dentro de nuestro linaje. Lamentablemente, no hay prueba de que Alex descienda de aquel hombre.

—Si fuera así, eso significaría que tú también lo serías —respondió Alex con soltura, repasando con la vista las opciones de la mesa—. Todavía hay esperanza.

Lord Benton resopló con desaprobación, alzando sus penetrantes ojos grises para encontrarse con los de Alex. Habló con el tono monocorde de alguien que está seguro de que todo lo que dice es verdad infalible.

—¿Acaso estaría orgulloso de semejante parentesco? ¿Un bufón en la familia?

—El bufón sobrevivió al rey Enrique y a ambas hijas —replicó Alex con lo que esperaba fuera una sonrisa amistosa hacia un hombre realmente aterrador—. No es una hazaña que logran muchos, ni siquiera gigantes como Cromwell, Neville y More. Diría que es motivo de orgullo, si realmente somos parientes.

Una de las hijas soltó una risita en su taza de té, profundizando el ceño de Benton.

—Como diga —concedió, aunque Alex pensó que su comentario había quedado grabado rápida y permanentemente en algún registro mental que el hombre llevaba de quienes se cruzaban en su camino.

—Si comes rápido, puedes acompañarnos a caminar por los terrenos —añadió Rose, doblando su servilleta sobre un plato vacío—. El clima es fresco, pero no desagradable, y el follaje otoñal está espectacular.

La joven ratonil junto a Gloriana se animó con esta idea.

—Oh, he oído que la botánica tan al norte rivaliza con los jardines de Chelsea —murmuró—. ¿Mantiene usted un jardín, Lady Somers?

—Solo en el lienzo, me temo —respondió Rose con una carcajada—. No tengo talento con la tierra y las semillas, pero sí cierta habilidad con las acuarelas.

Gideon dio una palmadita afectuosa en la mano de su esposa.

—Mi madre mantiene un rosal en la casa de la Viuda, aunque estoy seguro de que ya no está en temporada. Preguntaré a Heloise cómo está.

—Sí, tenía la esperanza de verla esta mañana —contestó la ratonil, mirando a Gideon con una confianza calmada que no se solía ver en las debutantes, y menos en las tímidas—. Heloise y yo

fuimos amigas en casa de la señora Arlington.

—¿Realmente? —respondió Gideon, genuinamente sorprendido.

Gloriana hizo un sonido molesto y dejó caer su servilleta sobre el plato.

Alex resistió la tentación de reír al verla hacer pucheros. Realmente estaba enojada por Heloise, incluso después de todos estos años. Era difícil creer que esta era la chica que había causado tanta mezcla de admiración y rabia en su pequeña hermana. Daría lo que fuera por haber presenciado los intercambios entre ellas en esa escuela para señoritas. No debería decirlo en voz alta, pero pensaba que la idea de Gloriana con dientes manchados de tinta era bastante encantadora.

Siguió al grupo hacia los terrenos, refrescado por la brisa otoñal que agitaba la hierba alrededor de la mansión.

Su instinto, por supuesto, era dirigirse directo a Gloriana y encontrar un espacio para hablar sobre los acontecimientos de la noche anterior antes de que ella compartiera los detalles de su aventura con alguien más, *especialmente* con su cuñada, quien, sin pensarlo dos veces, se lo contaría a su hermano mayor.

Oh, cómo quería hundir su cara en una almohada por el resto de la eternidad. Pero no, ahí estaba, paseando por un sendero de grava, escuchando a las damas suspirar por las hojas que morían en bonitos colores. Quizá era bastante bonito, pensó a regañadientes, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo mientras el viento le acariciaba el cabello.

En ese momento, Gloriana estaba con su amiga ratonil, aunque le lanzó una mirada por encima del hombro, probablemente alentándolo a acelerar el paso.

Resistió la tentación de regresar a la casa y olvidar todo el asunto, y trotó hacia las damas, mostrando su sonrisa más encantadora.

—No creo que nos hayamos presentado —dijo a la ratonil—. Soy Alex Somers.

—Eleanor Applegate —respondió ella con serenidad, aunque no hizo movimiento alguno para estrechar su mano ni para cimentar su presentación de ninguna otra forma—. Creo que es amigo íntimo de mi hermano.

—Es un placer, señorita Applegate —sonrió Alex—. Le tengo mucho cariño a su hermano. ¿Sabía que me tomó casi tres trimestres sacarlo de la biblioteca para ir al pub?

—¿Era muy distinto en un sitio y en el otro? —preguntó ella, ladeando la cabeza—. No puedo imaginarlo así.

—Unos cuantos tragos de cerveza pueden revelar partes de nosotros que jamás habríamos conocido —rió Alex—. Sí, lo encuentro bastante diferente en el pub que en la biblioteca.

—Nell —dijo Gloriana suavemente, entrelazando su brazo con el de su amiga—. ¿Sabías que

Lord Benton estudió horticultura en los Países Bajos? Imagino que su experiencia enriquecería tus deseos particulares para este paseo.

—¿Realmente? —preguntó ella, volviendo sus claros ojos grises hacia Gloriana—. ¿Me disculparías si me alejo un momento, entonces? Solo quiero preguntarle si está dispuesto a compartir sus observaciones. ¿O me acompañarías?

—Oh, yo no soy botánica —rió Gloriana—. Estaré bien con Lord Alex a mi lado. Si aprendes algo especialmente interesante, guárdalo para el recital de esta noche.

—Claro, por supuesto —respondió la joven distraídamente, ya alejándose en dirección a Lord Benton.

A Alex le parecía impresionante que una cosita así le pidiera al imponente Lord Benton un recorrido botánico por los setos.

—Es toda una ratona de biblioteca, ¿no? —comentó con curiosidad mientras la joven alcanzaba a Benton y a su hija.

—Es muy lista, sí —suspiró Gloriana al observar a su amiga—, y valiente también. Mira cómo comanda a un hombre que influye sobre reyes y ejércitos. Siempre es algo sorprendente.

—Es más audaz que el hermano —observó Alex, ofreciéndole el brazo a Gloriana. No se detuvo a pensar en el calor que lo recorrió cuando ella lo tomó ni en la forma en que su fragancia lo envolvía mientras caminaban juntos.

—Peter es un hombre —respondió Gloriana, haciendo un gesto con su mano libre—. Las reglas del mundo le permiten sus caprichos. Nell no es tan afortunada y debe exigir cualquier experiencia que desee tener, no sea que se le pase de largo.

—Ese Lord Benton, sin embargo —dijo Alex suavemente—. Es un hombre peligroso y bien conectado. A Gideon le sorprendió notablemente que aceptara la invitación a nuestra pequeña reunión campestre. Quizá lo hizo porque le convenía por alguna otra razón.

Gloriana mordió su labio, reflexionando.

—Ciertamente parece tener la disposición para tales asuntos —admitió—. Aunque me resulta sorprendente cualquier sorpresa ante su aceptación a mi invitación. Intervine para salvar a una de sus hijas de una situación comprometedor en Almack's esta primavera. Me ha expresado un agradecimiento personal, y la joven me considera una especie de modelo a seguir ahora. No me sorprende en absoluto que aceptara mi invitación, independiente de cualquier potencial deseo de borrarle del mapa.

—¿Borrarle del mapa? —rió Alex—. Veo que no te afectan en absoluto las amenazas a mi persona, hablando de ellas tan a la ligera.

—Tonterías —dijo, sacudiendo la cabeza—. Apenas he dormido de lo en serio que he tomado lo que escuchamos.

—¿Cómo puedes no pensar que Benton es el más probable miembro de nuestro trío? Los rumores sobre él son prácticamente una implicación en espionaje. Influye sobre los poderosos y se mueve en los círculos de élite tras bambalinas, ¿no?

—Lo hace —admitió ella, alzando sus claros ojos azules hacia él—. Por eso mismo me resulta extraño que esté involucrado en algo tan mezquino como recuperar algún paquete que ni siquiera sabes que tienes.

—¿Y qué hay de ese tal Atlas? —sugirió Alex—. Gideon también mencionó que era una adición impresionante a nuestra lista de invitados. Es diplomático, ¿no? Con intereses en el extranjero.

—El señor Atlas ha asistido porque yo lo invité —replicó ella rígidamente—. ¿No has notado cómo me atiende? Estamos cortejando.

Alex entrecerró los ojos, sintiendo un súbito malestar en el estómago.

—No he notado tal cosa.

—Quizá deberías ser más observador —replicó, levantando el mentón—. Además, los invitados de la nobleza no son los únicos extraños en la mansión en este momento. ¿Quién dice que no escuchamos anoche a miembros del personal? La señora Laughlin contrató a varios empleados temporales con la promesa de propinas generosas. Parece un lugar bastante oportuno para que un espía se esconda a plena vista, ¿no?

No lo había considerado. Le parecía inmediatamente absurdo sospechar del servicio cuando jugadores políticos establecidos y talentosos estaban ocupando las salas de Somerton, pero quizá eso sería la mejor cobertura para alguien con intenciones nefastas.

—Si yo fuera espía —dijo pensativo—, estaría muy decepcionado si me asignaran como sirviente y no como invitado a la fiesta. Sería un desastre avivando el fuego y sirviendo el almuerzo.

Ella rió, dándole un codazo de reprimenda juguetona por bromear sobre algo así.

Por un momento, la tensión que le oprimía el pecho aflojó. Inhaló profundamente, tomando la libertad de acercarla un poco más a su lado. Disfrutaba la sensación de su cálida y pequeña mano en su codo y el elegante ritmo de su andar al compás del suyo.

—Alex —dijo ella suavemente—. No debemos tomar esto a la ligera. ¿Has hablado ya con tu hermano?

—No —respondió él, sintiendo cómo la preocupación volvía a apretarle el pecho—. Y no pienso hacerlo hasta saber exactamente con qué estamos tratando. Gideon tiene fama de reaccionar exageradamente, y sus planes para mitigar desastres no suelen estar muy bien pensados.

—Oh —dijo ella, parpadeando al mirarlo.

—Tampoco debes decirle nada a Rosie —añadió él—. No todavía. Al menos, todo este maldito

asunto me da una excusa para saltarme la dichosa cacería de urogallos.

—¿Saltártela? —repitió ella, frunciendo el ceño pálido—. No debes hacer eso.

—Fingiré un resfriado o algo por el estilo —se encogió de hombros—. No puedo pensar en una actividad para la que esté peor preparado que en estar tumbado entre los setos, planeando dispararle a un pobre pájaro. Si me quedo en mi habitación todo el día, la villana no podrá registrar.

—¡Exactamente! —exclamó ella, deteniéndose en seco y obligándolo a detenerse también al aferrarse a su brazo.

Miró al grupo, que se había reunido alrededor de Lord Benton, quien señalaba diversos árboles a lo largo del camino, aparentemente preocupado de que alguien los escuchara.

—Si no puede registrar tus habitaciones, la asesina podría tomar medidas contra ti —le susurró ella—. ¡Déjala que registre! Si encuentra lo que sea que está buscando, todo este asunto podría concluir en silencio.

Alex frunció el ceño.

—Pero ¿cómo lo sabremos?

—¿Y si —consideró ella, apartándose de él por un momento—, y si hablamos con la señora Laughlin? ¿Nos ayudaría a investigar al personal temporal?

—Le contaría a Gideon en lo que tardas en respirar —respondió Alex—. Considérala al mismo nivel que el vizconde.

—¡Maldita sea! —refunfuñó ella, regresando a su lado, tomando su brazo y asintiendo en dirección al grupo, que se había alejado bastante—. Debemos mantener las apariencias —murmuró, con una frustración en su tono que Alex sentía hasta en la planta de sus pies.

Él la atrajo de nuevo hacia sí, adaptando su paso al de ella para acortar la distancia entre ellos y los demás. Su presencia allí era reconfortante. De alguna manera, a pesar del tema de su conversación, su corazón no estaba latiendo con pánico. Hablar de ello con ella hacía que se sintiera más como un enigma intrigante, un acertijo divertido en lugar de una amenaza a su vida.

Sin embargo, parecía que este efecto calmante no era mutuo. Lógicamente, pensó. Su propia tranquilidad era tan irracional como podía serlo.

—Revisé mis cosas anoche —la tranquilizó—. No encontré nada que pudiera ser de interés para las sombras de la Corona.

Ella ladeó la cabeza pensativamente, y un rizo dorado cayó sobre la manga de su abrigo.

—Quizás necesitas una nueva perspectiva para ayudarte en la búsqueda —sugirió—. Quizás la familiaridad te ciega.

Quizás, pensó él en silencio mientras caminaban por el sendero otoñal. Quizás invitar a Gloriana Blakely a su dormitorio abriría una serie de posibilidades muy, muy interesantes.

Capítulo Doce

Si alguna vez Gloriana tuvo motivos para dudar de su habilidad como mujer talentosa en las artes de la gracia social, se dijo que debía recordar el recital de esa noche como prueba de sus capacidades. Su tiempo en casa de la señora Arlington le había servido bien, tal como le había dicho a Papá hace tantos años. ¿De qué otra forma podría haber ejecutado un evento tan espectacularmente normal, con una sonrisa y calma, mientras en su interior todo bullía justo detrás de su máscara de placidez?

Se reunieron en la sala de música para una velada de entretenimiento proporcionado por los invitados mientras el sol se hundía en el horizonte, iluminando la habitación con destellos de luz anaranjada que realzaban los adornos de las damas en un resplandor espectacular.

Como anfitriona de facto, Rose presentó su talento como algo que se podría disfrutar después del recital, cuando los invitados se mezclaran con sus bebidas. Había bajado su confiable cuaderno de bocetos y una variedad de carboncillos, con la promesa de retratar a cualquiera que se atreviera a ser immortalizado por su mano. Gloriana siempre había encontrado temible el talento de Rose para captar rostros y evitaba mirar sus propios retratos por miedo a que Rose hubiera captado algún defecto que el espejo no revelaba.

Gloriana y Tia inauguraron las presentaciones activas, con Tia al piano y Gloriana prestando su voz. Era un conjunto que habían interpretado muchas veces ese año en diversas casas londinenses, y aunque la actuación ya estaba grabada en sus huesos a estas alturas, todavía sentía un temor de que su distracción esa noche pudiera afectar su interpretación.

Sin embargo, su voz fue tan clara y dulce como siempre. Notó la admiración fija del señor Atlas mientras cantaba y se esforzó en no buscar una cabellera roja en la multitud. ¿Qué importaba lo que Alex Somers pensara de su voz, después de todo? Era secundario para las necesidades de la velada.

Las hijas de Lord Benton ofrecieron una divertida interpretación de una escena de *Noche de reyes*, ganando varias risas de los presentes. El verdadero talento musical de Nell residía en el arpa, pero al no haber una en la mansión, se conformó con el piano, interpretando un sombrío réquiem en registros graves que cambió marcadamente el ánimo después de la escena cómica anterior.

Como era de esperar, Heloise Somers declinó participar en cualquier tipo de actuación.

Muchos de los caballeros también tenían inclinaciones musicales, aunque sus presentaciones fueron más reservadas, como suelen ser los hombres. La única chispa de algo inesperado fue el propio Alex, quien presentó un truco de ilusión que, según él, había aprendido de un mago ibérico, en el cual la sala se oscureció, salvo por una lámpara. Con ella, creó las sombras más divertidas en la pared opuesta con sus manos, contando la fábula del escorpión y la rana.

Fue el cierre perfecto para las actuaciones de los invitados. Las luces se encendieron y se sirvieron aperitivos, mientras todos parpadeaban para disipar la impresión de su historia y encontraban motivo para moverse por la sala.

Tatiana estaba acomodando una manta en el rincón más alejado de la sala y colocando sus objetos de adivinación sobre ella. No había anunciado que leería la fortuna esa noche, pero cualquiera que mirara en su dirección podría deducir fácilmente a qué se dedicaba.

Gloriana apretó los labios, sin saber si aprobaba la inclusión de una superstición que rozaba el paganismo en su reunión, pero, en última instancia, quizás una buena mirada al futuro sería beneficiosa en estos momentos, en el gran esquema de las cosas.

Esperaba que el vicario y el párroco presentes optaran por mirar hacia otro lado.

—Canta usted hermosamente —dijo una voz profunda a su oído, enviando un escalofrío de puro placer a través de su cuerpo. Se giró, dispuesta a agradecer al señor Atlas por su admiración, solo para encontrarse con Alex Somers a su lado, cuyos ojos verdes brillaban sobre ella con una intensidad de lo más inapropiada—. No sabía que la música estaba entre sus talentos, aunque supongo que no debería sorprenderme que una boca tan encantadora pueda producir un canto tan hermoso.

Dudó en su respuesta, su fachada de calma vacilando peligrosamente por primera vez en la noche. Su corazón sintió la necesidad de acelerar al resistir la intensa urgencia de acercarse a la cálida aura que emanaba de su cuerpo. No ayudaba que sus ojos estuvieran fijos en sus labios con un brillo de predador. El recuerdo de su beso robado la noche anterior parecía resonar en el aire como si lo gritara directamente.

Detrás de él, envuelto de alguna manera en las sombras de la luz de la lámpara, el señor Atlas parecía nada más que un fantasma brillante, cuya figura no lograba tomar forma al lado de la vibrante presencia de Alex Somers.

—Se me ocurrió —dijo otra voz con fuerza, mientras el marqués de Moorvale se hacía espacio en la conversación con su imponente figura—, que podría haber traído a Echo y hacerla realizar algunos trucos. Me atrevo a decir que tiene mucho más talento que usted, Somers.

Alex sonrió, con esa actitud seductora desvaneciéndose en menos que un parpadeo, y se rascó la nuca mientras miraba a su amigo. "Trae a tu chica y se irá de mi brazo, Moorvale. Sabes cómo le gusto."

—Ah, tú pequeño bribón. No empieces duelos durante tu fiesta. Es de mala educación, ¿no es así, señorita Blakely?

—Ciertamente lo es —respondió ella, divertida de que los hombres bromeaban de esta manera sobre un perro—. Lord Moorvale, su vínculo con su mascota es realmente notable. Hay un gato aquí en la mansión que también me ha encantado, pero no puedo imaginar tener una sombra a mi lado con el grado de intimidad que comparte con tu sabueso.

Moorvale suspiró, vertiendo el resto de su bebida en su boca. —No creció con perros, ¿verdad,

niña? Quizás le regale un cachorro uno de estos días y aprenda lo superior que es una criatura sobre la otra.

—Oh, en realidad me gustan mucho los gatos —protestó ella, sorprendida por el sentimiento detrás de la afirmación.

—Sheldon no aprecia su refinamiento —dijo Heloise, tomando el brazo de su hermano al unirse a su pequeño grupo—. Admito, Glory, que no me sorprende que seas una mujer de buen gusto en este sentido, aunque no puedo decir que sancione decorar a mi Nero con lazos de terciopelo.

Gloriana entrecerró los ojos ante el uso de su apodo por parte de Heloise Somers. Esta noche parecía casi una dama, con su cabello arreglado de forma conservadora, aunque nunca podría ocultar su color atrevido ni la generosa cantidad de pecas que cubrían su rostro y brazos.

Era realmente extraño cómo esas características eran tan atractivas en su hermano y tan irritantes en ella. Aun así, claramente estaba haciendo un punto de cortesía, aunque tal comportamiento siempre venía con un atisbo de un truco oculto justo debajo de la superficie.

—Pensé que se veía bastante apuesto —respondió Gloriana, con lo que esperaba no fuera una sonrisa rígida—. En Devon, siempre les ponemos collar a nuestros gatos para que los aldeanos no los confundan con gatos callejeros. Pensé que quizás tal precaución le quedaría bien a Nero, ya que le gusta desaparecer en la naturaleza por su cuenta.

Heloise hizo una pausa, sus ojos se agrandaron un poco por sorpresa. —No lo había considerado —confesó, aunque un poco a regañadientes—. Quizás le quede bien después de todo.

—¿Dónde está ese médico travieso? —se preguntó Alex, mirando a su alrededor—. Me sorprende que te haya dejado fuera de su vista ni siquiera un momento.

—Deja eso —susurró ella, dándole un codazo a su hermano—. Es simplemente un colega.

Tanto Lord Moorvale como Alex hicieron un ruido de incredulidad ante esa afirmación.

Gloriana no pudo evitar mirar a su alrededor. Apenas había mostrado interés en el médico del pueblo, más allá de un saludo superficial, pero si estaba cortejando a Heloise, eso explicaría la insistencia de Gideon en incluirlo en la lista de invitados.

—Oh, mira lo que has hecho —suspiró Heloise, rápidamente perceptiva ante la curiosidad de Gloriana—. Deje eso, señorita Blakely, es solo la eterna tontería de mi hermano. Vamos, veamos qué está haciendo la hermosa Tia, ¿le parece?

Antes de que pudiera resistirse o reaccionar verdaderamente, sintió que su brazo era tomado por su enemiga y su cuerpo era tirado lejos de la confusa electricidad que sentía tras la presencia de Alex Somers. Por encima de su hombro, él solo le dio una leve inclinación de cabeza, sus ojos fijos en los de ella, y luego volvió a su conversación con Lord Moorvale, presumiblemente sobre los méritos de los gatos y los perros.

—¿Alguna vez te detienes, Gloriana, y agradeces a Dios que no tienes hermanos? —murmuró

Heloise, quizás en la primera dirección privada que alguna vez le había dado que no era un dardo.

Solo le tomó un momento a Gloriana recuperar el control de su sorpresa, el pensamiento persistente de que quizás esta era una elaborada trampa lista para activarse más tarde aun retorciéndose en el fondo de sus pensamientos.

—Bueno, no —confesó—. A menudo he pensado con cierta melancolía en cómo sería tener hermanos robustos que protegieran mi honor y me mimaran.

Heloise soltó un resoplido poco femenino mientras se acercaban a la manta de Tia. —Por supuesto que sí. Hola, Tatiana.

Tatiana se sobresaltó visiblemente, mirando a Heloise y Gloriana brazo a brazo con incredulidad manifiesta. —¡Lady Heloise! —dijo, levantándose e inclinándose ligeramente para aplicar un mínimo beso en el aire a la mejilla de Heloise—. No pensé que tendríamos la oportunidad de... eh, ¡conversar! Por favor, siéntense.

—Está bien. —Heloise sonrió, enviando todas las señales de advertencia a la cabeza de Glory en un frenético zumbido. La miserable claramente estaba disfrutando de su incomodidad.

Aun así, las dos se acomodaron en la manta de Tia, el charco de satén azul cielo de Gloriana mezclándose con el encaje desgastado de gris y rojo de Heloise. Heloise parecía tan cómoda como podría estar, como si conspirara con viejos amigos, mientras Gloriana estaba segura de que todos sus huesos se habían vuelto de roble y su postura era la más correcta que jamás tendría en su vida.

—De acuerdo, ¿qué es esto? —preguntó Nell mientras se desplomaba en el suelo junto a ellas, sin tomarse el tiempo de acomodarse cuidadosamente. —¿Voy a presenciar un armisticio?

Heloise sonrió, pero Tia apretó la boca en una línea sin humor y agarró su mazo de cartas viejas y polvorientas. Las había mostrado muchas noches en casa de Mrs. Arlington, entreteniéndolas a las chicas con historias de cartomancia y su misteriosa abuela, que adquirió el mazo en Marsella antes de la guerra.

Sus dedos pálidos se deslizaron sobre los bordes desgastados de las cartas pintadas, volteándolas y barajándolas rápidamente antes de dejarlas caer en su regazo.

—Tenemos tres de ustedes —declaró—, y todas mujeres aquí, jóvenes y solteras. ¿Deberíamos preguntar a los espíritus la sabiduría de la diosa?

—Oh, herejía —dijo Heloise con un pequeño aplauso, lo que provocó una risita de Nell y un rodar de ojos de Gloriana—. Sí, hagámoslo.

—Mmm —asintió Tatiana, levantando el mazo y dándose un golpecito en la barbilla—. Las mujeres sabias dicen que hay tres etapas de la feminidad, y tres fuentes de sabiduría de las que todas debemos extraer en diferentes momentos de nuestras vidas, para ser fieles a la diosa que llevamos dentro. Estas son las tres caras de Hécate, y cada mujer comparte el destino.

—Vaya —murmuró Nell, entrelazando las manos en su regazo.

—Esta noche las tres están con nosotras a través de ustedes tres —dijo Tia de manera misteriosa, volteando una carta boca abajo frente a cada una de ellas. A Nell le dijo "Doncella", mientras la carta salía de sus dedos y caía sobre la alfombra. A Heloise le dijo "Madre", repitiendo el mismo movimiento, y a Gloriana le dijo "Vieja".

—¡Vieja! —repitió Gloriana con horror—. ¿Por qué soy yo la vieja?

—Silencio —se rió Nell—. Heloise es la Madre y no se está quejando.

—La Vieja es mi favorita de todos modos —suspiró Tia, sacudiendo la cabeza como si fuera su más solemne carga educar a sus amigas en lo arcano—. Ella habla de aprender del camino que ya has recorrido y recordar cómo evitar los peligros en el camino.

—Hmm —logró decir Glory, lanzando una mirada nada sutil al peligro histórico que tenía a su derecha.

—La Doncella —continuó Tia— es un símbolo de inocencia e intuición, de curiosidad y autodescubrimiento. Habla de confiar en el instinto sobre la razón.

—Entonces, ¿por qué demonios está frente a mí? —se burló Nell—. Aparte de recordarme que seré doncella hasta el día de mi muerte.

—La Madre —gruñó Tia, un poco más alto de lo estrictamente necesario— es un espíritu de abundancia y crecimiento nutritivo. Nos recuerda ser agradecidos por lo que tenemos, amables con quienes vemos y, sobre todo, pacientes.

Heloise solo asintió, aceptando su asignación con una gracia tranquila que de inmediato hizo que Glory se sintiera culpable por su propio arrebató. ¡Seguramente la Anciana era mejor que la Madre de todos modos!

—Ahora, si voltean sus cartas, encontrarán el consejo que cada uno de estos espíritus tiene para ustedes esta noche —dijo Tia, mirando de reojo mientras las hijas de Lord Benton se acercaban a observar la lectura de las fortunas—. ¿Para la Doncella?

Nell volteó su carta con marcada falta de entusiasmo, quizás algo más dolida de lo que pretendía por su propio comentario sobre su estatus como doncella.

—El Diablo —dijo Tia, con lo que pareció una genuina sorpresa—. ¿Tienes vicios, Nell, niña reservada?

Nell se encogió de hombros—. ¿Quizás un poco? Me gustan los dulces más de lo que debería.

—No —negó Tia con un movimiento de sus rizados cabellos negros—. Este es un verdadero vicio. Lujuria, mentiras y lujo. Piensa en amantes secretos o fumaderos de opio. Una carta mucho más salaz de lo que esperaría para usted, señorita Applegate.

—Pamplinas —se burló Nell—. ¿Y qué, la doncella diosa cree que debo comportarme?

—No. —Tia rió—. Cree que debes entregarte a los placeres.

—Vaya, vaya —murmuró Heloise, levantando las cejas—. Espero que mi carta sea la mitad de emocionante.

Sin esperar indicaciones, le dio la vuelta, revelando una mujer desnuda, arrodillada a orillas de un río, con el cabello suelto sobre los hombros. Sus senos estaban dibujados en un detalle sorprendentemente atrevido.

—Maravilloso —sonrió.

—La Estrella —dijo Tatiana en voz baja, frunciendo el ceño mientras sus grandes ojos brillantes se fijaban en Heloise—. Has pasado recientemente por una gran sacudida. Algo que destruyó el mundo en el que vivías.

Heloise alzó la barbilla, casi en desafío.

—No sé a qué te refieres.

—No tienes que decírmelo —respondió Tia con tono suave, casi conciliador—. La Madre te aconseja descansar y reflexionar, estar en calma y paz después de la batalla. Mirar dentro de ti y decidir qué quieres cuando regrese la tormenta.

—Aquí hay tormentas cada verano —dijo Heloise despreocupadamente, empujando la carta hacia la repartidora.

Gloriana puso dos dedos en su propia carta, la impaciencia se revolvía en su pecho. Era casi demasiado escuchar a su amiga más cercana hablarle a Heloise con tal dulzura y preocupación. No debía estar celosa; después de todo, solo era una actuación.

Volteó la carta y contuvo el impulso de soltar una maldición de frustración cuando las otras tres chicas dijeron al unísono —El Loco.

—Es solo mi hermano Alex —rió Heloise—, aquí para decirte qué desperdicio tan espectacular fueron tus esfuerzos para lanzar su futuro.

—O soy yo —murmuró Glory—. Una tonta y una anciana.

—Es una carta inesperada para que la Anciana elija —admitió Tia, ladeando la cabeza pensativamente—. El Loco camina su sendero a ciegas, guiado solo por la intuición y el impulso. Verás, está a punto de dar un paso al borde de un precipicio mientras mira sobre su hombro a lo que ya dejó atrás.

—Es porque un gato le está arañando las bolas —dijo Heloise con calma—. Yo también estaría mirando hacia atrás.

Las hijas de Lord Benton estallaron en risitas sorprendidas. Incluso Tatiana sonrió con un

pequeño encogimiento de hombros. La carta era vieja y desteñida, pero parecía que el gato que seguía al Loco estaba atacando una zona bastante delicada.

—Entonces, ¿qué significa? —preguntó Glory con impaciencia—. ¿Seguir al Loco? ¿Ser el Loco? ¿Evitar al Loco?

—No... no sabría decirlo con certeza —confesó Tatiana, frunciendo el ceño—. La Anciana promueve recordar lo que has aprendido en tus viajes mientras trazas el camino adelante. El Loco dice que sigas tu corazón y que al diablo las consecuencias. Supongo que debe haber una forma en que puedas hacer ambas cosas.

—Naturalmente —suspiró Gloriana, el tic-tac de los relojes en toda la mansión resonaba al ritmo de su pulso—. ¿Cómo más se supone que una debe ser una mujer en la Sociedad sin mirar hacia adelante y hacia atrás a la vez?

—¿Cómo, en efecto? —respondió Heloise, dándole una mirada de reojo que, horas después, aún no podía interpretar.

Capítulo Trece

No fue hasta que regresó a sus habitaciones, supuestamente retirada por la noche, que Gloriana sintió que podía respirar nuevamente. Era una ironía, suponía, ya que la parte peligrosa de su noche apenas estaba comenzando.

Aun así, prefería mil veces desentrañar misterios mortales y soportar las miradas seductoras de hombres peligrosos a sentarse junto a Heloise Somers durante casi una hora, escuchando una inquietante predicción del futuro para que todos la oyeran, mientras mantenía la compostura.

Realmente, había sido demasiado. La necesidad que tuvo de agarrar esa maldita carta del Loco y desgarrarla en mil pedazos psíquicos había sido fuerte. Una vez más, se felicitó por una educación bien aprendida y el verdadero control de una dama de cuna y crianza.

Ahora, solo tenía que cambiarse a algo modesto pero cómodo y... bueno, colarse en la habitación de un hombre en plena noche. Era por una causa pura, se dijo. No era ni de lejos tan escandaloso como sonaba.

Aun así, una pequeña parte de ella deseaba haber sacado esa carta del Diablo. Una señal del más allá que le invitara a entregarse a sus deseos más perversos sería algo muy bienvenido en ese momento.

Suspiró, dándole un manotazo molesto a los vestidos colgados en su armario. ¿Cómo era posible que no tuviera ni un solo vestido sencillo y práctico? Seguramente lo habría necesitado en algún momento antes de esa noche. A estas alturas, casi pensaba que su camisón era más sensato que cualquiera de las cosas que había traído de Londres, pero claro, eso era totalmente inapropiado, ¿verdad?

Iba a los aposentos de Alex para ayudar a salvar su vida y su reputación, no para un encuentro amoroso ni una seducción. Por supuesto que lo sabía. Él también debía saberlo. Seguro que sí, ¡Dios sabía que no podía estar todavía obsesionado con su beso en el armario de la ropa blanca con una amenaza como esa colgando sobre su cabeza!

Suspiró, sacando un vaporoso vestido de paseo color crema que había dejado relegado al fondo desde que llegó. Era mucho más adecuado para pasear por los cálidos jardines de mayo en su casa de Mayfair que para los fríos vientos otoñales de Yorkshire. De hecho, estaba cortado tan alto en el tobillo que debía usarse con unos pantalones de encaje, una moda atrevida que le sorprendía que su madre hubiese permitido, pero no tan atrevida como para usarlos sin los pantalones y dejar una gran parte de la pierna al descubierto.

Soltó una risa irónica, extendiendo el vestido sobre las sábanas de su cama. Su madre nunca debía saber nada sobre sus interacciones con Alexander Somers. Si estuviera al tanto de la mitad de las travesuras en las que Gloriana se había metido desde que llegó a Somerton, sin duda se

desmayaría, tal como lo hizo la madre de Rose al enterarse de la fuga.

Después de todo, había invitado a Nathaniel Atlas a esa casa con la esperanza de que se le declarara antes de que regresara a Londres. Una propuesta aceptada seguramente calmaría la ruptura que sus padres habían causado entre ellos tras el último escándalo. Sabía que no podían entender realmente la importancia de hacer la elección correcta, ya que ninguno de los dos se había involucrado jamás en el gran juego de la sociedad londinense como lo había hecho su hija. Aquel corpulento y flatulento pretendiente que tan desagradablemente le habían impuesto nunca, jamás serviría. Especialmente cuando existían hombres como Atlas, cuya posición en el tablero de juego ofrecía un futuro ilimitado de estrategia, intriga y emoción.

Sabía, por supuesto, que debería estar besando a Mr. Atlas en armarios de lino, sentando las bases para el resto de su vida. Y, sin embargo, ahí estaba, repitiendo una y otra vez en su cabeza el recuerdo de un beso tan efímero con un hombre que alegremente se describía como sin perspectivas, como una tonta.

Se puso el vestido sobre una combinación limpia, sin molestarse en usar corsé ni otras formalidades, salvo asegurar la cinta bajo el busto que hacía que el vestido resultara medianamente presentable. Había permitido que una doncella le soltara el cabello después de las diversiones de la noche, por lo que no tenía más remedio que recogerlo todo con una cinta en la nuca y esperar que algo así pasara por decente.

Frunció el ceño al ver su reflejo, parpadeando en la tenue luz del farol. Parecía una campesina a punto de ordeñar una vaca, pensó. Los rizos de su cabello, tan cuidadosamente hechos con la varita caliente, se habían vuelto desiguales y desordenados al estar sujetos y arreglados a lo largo del cuero cabelludo, por lo que, en lugar de una caída de perfectos bucles, tenía un revoltijo de ondas y mechones rubios alrededor del rostro.

Sin el corsé, no había ilusión de curvas femeninas, con su piel tan directamente contra el corpiño del vestido, y temía tener círculos bajo los ojos a esas horas de la noche. Comenzó a pellizcarse las mejillas para darles color, pero se detuvo a mitad del proceso, bufando por lo absurdo de tal cosa. ¿Qué importaba si se veía curvilínea, bien arreglada o con las mejillas rosadas? ¡Esto era un asunto serio, no una visita social!

Giró sobre sus talones, levantando el farol de su mesita de noche y deslizando los pies en un par de pantuflas gastadas.

Esa mañana, mientras recorrían el perímetro de los terrenos, ella le había sugerido a Alex que se encontraran en la pequeña biblioteca y que la guiara hasta sus aposentos. Él señaló que era un plan demasiado peligroso, ya que no podrían justificar que los vieran deambulando juntos por los pasillos en plena noche, mientras que Gloriana, sola, podría inventar cualquier cantidad de explicaciones plausibles.

—Seguramente tiene más práctica en encuentros clandestinos de la que deja ver —le había dicho él en tono de broma, con esos traviesos ojos verdes recorriéndola, tan atrevidos como quisieran.

Ella no respondió, eligiendo en su lugar alzar una ceja de manera enigmática y exigirle una estrategia mejor, si la suya era tan superior. Aún no había decidido qué impresión deseaba que

Alex Somers tuviera de ella después de su beso en la oscuridad. Claramente, él la consideraba una seductora consumada, experta en el arte de la intriga y la pasión.

Por un lado, le gustaba la idea de parecer confiada y experimentada ante un hombre como Alex, que sin duda respetaba mucho más a una mujer aventurera que a una casta. Por otro lado, la realidad de su propia castidad la incomodaba con la implicancia de que podría ser algo menos que pura. Además, sería un desastre total si su reputación adquiriera la mancha de una joven conocida por escabullirse en rincones ocultos con hombres pícaros.

Hombres como Alex Somers, se recordó. Nell había dicho que él tenía, después de todo, bastante fama.

Contó las puertas desde la suya tal como él le había indicado, manteniéndose alerta para encontrar la que estaba entreabierta. Su pulso se aceleraba con el riesgo de todo aquello, con sus instintos instándola a regresar corriendo a la seguridad de sus propios aposentos cada vez que el viejo madero que formaba las paredes de Somerton crujía.

Curiosamente, ver la puerta que buscaba no hizo nada para calmar sus nervios. En cambio, un torbellino de mariposas le brotó en el pecho al saber que, una vez que empujara la puerta, estaría sola en los aposentos de un hombre que la miraba como un lobo mira a un conejo.

Sin embargo, dudaba que algún conejo hubiese sido tan tonto como para entrar en la guarida de un lobo.

Puso la mano sobre la madera de roble de la puerta, justo encima del pomo, armándose de valor para empujarla. Se mordió el labio y se inclinó hacia adelante, intentando mirar a través de la rendija donde la puerta estaba entreabierta, solo para asegurarse, más allá de toda duda posible, de que estaba en el lugar correcto.

Se le cortó la respiración. Ahí, justo más allá de la entrada, estaba Alex Somers, de espaldas a ella, desnudo de la cintura para arriba.

Se quedó inmóvil, con sus dedos posados sobre el frío latón del pomo. Se descubrió incapaz de apartar la mirada mientras él sacaba una camisa de un cajón abierto y la sacudía frente a él.

Él se giró ligeramente, pasando una mano por su corto cabello rojo, revelando un perfil deslumbrante lleno de músculo esbelto y firme. Expuesto así, era verdaderamente una obra de belleza, con una generosa salpicadura de pecas que se extendía por las líneas tonificadas de su espalda y hombros, sobre la ancha extensión de su pecho, y, al girarse hacia la puerta, descendiendo sobre su abdomen y desapareciendo bajo la cintura de sus pantalones.

Sinceramente esperaba que él no pudiera verla, inmóvil como estaba con el rayo de luz de su habitación iluminando sus ojos azules muy abiertos y sus labios entreabiertos. Incluso si él la descubriera en ese momento, no estaba del todo segura de tener la presencia de ánimo para reaccionar o huir.

No podía estar segura de que nunca hubiese visto a un hombre tan desvestido antes. Después de todo, había toda clase de mendigos y trabajadores entre Londres y Devon que pasaban sus días

en un estado de desorden variado. Sin embargo, estaba segura de que nunca había visto tanto de un hombre de buena cuna, y mucho menos uno tan maravillosamente esculpido. Se preguntó, distraídamente, mientras sus ojos recorrían las formas de esa piel desnuda tan atractiva, qué tipo de actividades haría un caballero para resultar en una complexión tan fuerte. Era casi anticuado lo musculoso que era, y, sin embargo, ese pensamiento hizo poco por enfriar su sangre mientras lo contemplaba.

Él suspiró, pareciendo perdido en sus pensamientos, y se puso la holgada camisa blanca sobre la cabeza, el tejido deslizándose para ocultar la revelación increíble de su cuerpo expuesto bajo la modestia de las vestimentas. Cerró el cajón con el pie y se volvió hacia la cama, alargando la mano para ajustar la posición de uno de los cojines contra el cabecero.

Era una cosa tan absurda para él de hacer, tan completamente ajeno a la forma en que le había robado el aliento, que tuvo el más bienvenido efecto de traerla de regreso al presente.

Rápidamente se apartó de la rendija de luz que entraba por la puerta, apoyando la espalda contra la fría pared justo fuera del marco mientras recuperaba el aliento. Colocó una mano sobre su corazón, tratando de calmar su respiración y de apaciguar su corazón.

Se recordó a sí misma, por quizás la centésima vez en la última hora, que estaba allí para asistir a un hombre que temía por su vida, no para verse envuelta en una apasionada aventura. Además, se recordó que una dama de su linaje y reputación no necesitaba fantasear con cosas tan ridículas cuando tantos hombres saltarían ante la oportunidad de hacerlas realidad, aunque este en particular estuviera actualmente ocupado con un emocionante espionaje y un peligroso misterio.

Bien, entonces. Se apartó de la pared y se acercó a la puerta de nuevo, dándole un suave golpe antes de empujarla y entrar en la propia guarida del lobo.

Capítulo Catorce

Gloriana se había puesto a trabajar tan rápido como había aparecido. Alex apenas había tenido tiempo de saludarla antes de que ella se acurrucara al pie de su cama, revisando la última valija que tenía con cosas de Oxford. Estaba actualmente arrodillada en la alfombra, con sus delicados deditos curvados contra las suaves fibras del suelo, mientras hojeaba una variada colección de libros de texto y cuadernos en busca de secretos que pudieran esconderse entre sus páginas.

Por su parte, Alex estaba paralizado, temeroso de dar siquiera un paso hacia ella, quizás aún en shock de que realmente hubiese aparecido como habían planeado.

¿Qué demonios pretendía al vestirse así? Especialmente si su verdadera misión aquí era simplemente ayudarlo a repasar sus cosas de Oxford una vez más.

No era como si Alex fuera un novato que nunca hubiese visto a una mujer en paños menores. De hecho, había visto algunos negligés de novia de lo más provocadores en su tiempo, gracias a su predilección por las damas que ya habían atrapado a un hombre y dejaban un ajuar trágicamente desaprovechado.

Jamás había visto algo como Gloriana Blakely, semidesnuda en esa delgada y corta bata que se ceñía tanto a su piel que inmediatamente se dio cuenta de sus pezones endurecidos tensando la tela. Había llegado con el cabello revuelto y suelto, apenas atado en la nuca con un lazo de terciopelo, mientras esos rizos platinos casi irreales caían libres alrededor de sus brazos y rostro, enredándose hasta sus caderas.

Se le había secado la boca por completo cuando ella entró en su habitación, y para colmo, se quitó los zapatos enseguida, llevándolo de vuelta a aquella noche en la biblioteca cuando reflexionó sobre lo íntimo que era estar cerca de una mujer descalza. La chiquilla tampoco llevaba medias, y el dobladillo de la bata que llevaba estaba muy por encima del tobillo, dejando sus bien formadas pantorrillas completamente expuestas a su lasciva mirada.

Llevaba ya un buen rato paseándose de un lado a otro, convenciéndose de que ella se habría dado cuenta de lo ridículo de su plan para esa noche. Sí, él había sacado la valija, y se había cambiado de sus formales galas a algo casual, en lugar de simplemente desnudarse y dejarse caer en la cama. Alguna parte de él, obviamente, tenía la esperanza de estar equivocado, lo había impulsado a dejar la puerta de su dormitorio entreabierta. Pero, sea lo que fuere, esa parte de él no estaba preparada para que Gloriana Blakely apareciera vestida como estaba y despeinada, como debería estar una chica como ella, si el mundo fuera un lugar justo.

Incluso aquella noche en que le había dado un golpe con el libro de contabilidad, había estado impecable y correcta. No importaba lo bien que besara, Gloriana Blakely era siempre la debutante. Quizás era incorrecto, pero el estatus de una señorita de la Sociedad, inmaculada e ingenua, de alguna manera la elevaba a un lugar por encima de las sirvientas y las casadas

traviesas con las que él había compartido la cama a lo largo de los años. La absoluta incongruencia de poder discernir, tan claramente, la forma de sus pequeños y firmes pechos chocaba tanto con quién era ella que parecía como si no hubiera sentido alguno en el mundo.

Así que se quedó completamente quieto, temeroso de dar siquiera un paso hacia ella, no fuera que sucumbiera a su siempre dominante instinto de estupidez irreflexiva.

—¿Va a ayudarme o se quedará ahí mirando? —preguntó ella sin mirarlo por encima del hombro. Había una frialdad en su tono que hacía que la pregunta fuera menos una opción y más una orden.

No podía apartar la vista de los suaves rizos en la nuca de su delicado cuello, ni de la forma en que el escote de la bata caía apenas, revelando la cremosa extensión de sus hombros. Sacudió la cabeza, obligando su mirada hacia el techo.

—Le dije que ya revisé todo —respondió, irritado por la insolencia que parecía siempre asomarse en su tono—. ¿No dijo que lo que necesitaba era un par de ojos frescos?

Ella suspiró. —Quizás, pero me sentiría mejor si participara, o al menos hiciera algo de conversación, en lugar de quedarse ahí detrás de mí como una estatua embrujada.

Se rió, parpadeando para despejar el ardor en sus ojos al sentir cómo sus hombros se relajaban. —¿Las estatuas suelen estar embrujadas, entonces? —bromeó, caminando hasta el lado opuesto de su valija para mirarla desde arriba—. ¿Un miedo particular de la intrépida señorita Blakely?

Ella le dedicó una sonrisa resignada y le hizo una seña para que se sentara, esperando a responder hasta que él estuvo sentado frente a ella con las piernas cruzadas, con solo la valija entre ambos.

—Las estatuas de nuestra iglesia en Devon solían aterrorizarme cuando era niña —confesó—. Estaba convencida de que, en cuanto les diera la espalda, sus cabezas se girarían y seguirían mis movimientos.

—Bueno, confieso que es un pensamiento verdaderamente aterrador —rió él—. Debe haber sido una tortura para usted ir a la iglesia.

Ella negó con la cabeza ligeramente, y esa sonrisa irónica se transformó en algo más genuino.

—Le conté a Rosie sobre mis miedos, y primero se ofreció a vigilar las estatuas por mí cuando me alejaba. Siempre fue la valiente, incluso cuando éramos pequeñas. Le dije que, obviamente, no se moverían si ella las estaba mirando, lo cual sigo considerando un punto válido. Ese domingo, después del servicio, se adelantó corriendo a la familia, subió a la plataforma de mármol de San Sebastián, se metió entre las flechas y ¡lo besó en la boca!

—Quizás su prima simplemente se siente atraída por hombres muy pétreos —sugirió Alex—. Eso encajaría con sus elecciones actuales, después de todo.

Ella soltó una risita, dejando caer el libro que estaba revisando en su regazo y recostándose

contra el pie de la cama con un suspiro.

—Su madre la regañó tanto por hacer eso, pero se convirtió en nuestra pequeña broma. Les dábamos un beso en la mejilla a los santos o les dábamos una pequeña palmada en el trasero al entrar al servicio. Cuando mi padre lo notó, pensé que se enfurecería, pero en cambio solo quiso saber qué demonios estábamos haciendo.

—¿Y se lo dijo usted?

Ella asintió, suspirando con nostalgia.

—Sí, y el domingo siguiente hizo una reverencia a Santa Catalina y le besó la mano.

Su alegría ante este recuerdo era contagiosa. Aunque él no podía evitar sonreír, Alex tampoco podía dejar de imaginar a su propio padre haciendo algo así. Quizás lo habría hecho, de no haber sido un hombre tan atormentado y dado a la bebida. La forma en que Gloriana se suavizaba al recordar aquel pequeño acto de tontería le hacía sentir un nudo de envidia en el pecho.

—Tiene usted mucha suerte —le dijo él— de tener una familia así.

—La tengo —convino ella, aunque al hacerlo, su sonrisa se desvaneció en una mueca. Se mordió el labio, bajando la mirada al libro en su regazo y suspirando—. Me sorprendería mucho que mi papá me tratara tan dulcemente otra vez. Está muy molesto conmigo, ¿sabe? Es por eso por lo que estoy en Yorkshire en lugar de estar en casa en Devon. Fui desterrada.

Alex alzó las cejas, resistiendo el impulso de bromear sobre cuál travesura habría enfurecido a un padre tan cariñoso contra una jovencita tan encantadora. Ella parecía ser todo lo que la Sociedad deseaba de una debutante. Era hermosa y talentosa, excepcionalmente hábil en las gracias sociales, y sorprendentemente bien conectada para una joven soltera. La curiosidad le quemaba, pero no se atrevió a preguntar qué pecado había cometido para ser desterrada al Norte mientras los vientos se volvían fríos.

En su lugar, respiró hondo, preparándose, y esperó hasta que sus fríos ojos azules bajaron para encontrarse con los suyos.

—Debería explicarle —dijo suavemente— lo que pasó anoche en el baile y por qué me comporté como lo hice. No sé qué ha ocurrido para crear una brecha entre sus padres y usted, pero tal vez escuchar sobre los enredos que complican la Casa Somers alivie su preocupación.

—No tiene que hacer eso —murmuró ella—. Lamento haberlo perseguido y regañado. No era mi lugar.

Él le dedicó una sonrisa irónica, sacudiendo la cabeza.

—Estaba usted completamente en su derecho. Ha pasado semanas planeando esta reunión, y nos avergoncé a ambos al actuar como lo hice. He estado evitando a mi madre durante tres años, sabe. Ella regresó de Filadelfia más o menos cuando Gideon se fugó con Rose, y he logrado no enfrentarme a ella cara a cara en todo ese tiempo. No puedo decirle cuán aliviado estoy de que

haya evitado los festejos esta noche.

—¿Es muy cruel? —murmuró Gloriana, entrelazando las manos con preocupación—. ¿Qué le hizo?

—Se fue —suspiró él—. Nos abandonó aquí con nuestro padre borracho y nunca se lo he perdonado. Ni siquiera volvió cuando él murió. ¿Sabe cómo murió mi padre?

Ella negó con la cabeza, con el brillo de la luz de las velas destellando en el borde de sus pestañas mientras lo miraba con atención cautivadora.

—Murió congelado en un banco de un parque, frente a un garito en Clapham Common. Sus bolsillos estaban vacíos cuando recogieron su cadáver, aunque no sabemos si perdió su dinero en cartas o si lo robaron mientras sucumbía a la intemperie. Fue un escándalo mayúsculo. Humillante.

—Oh, Alex —exclamó ella, lanzándose hacia adelante para poner su mano sobre la de él, a través de la valija abierta—. Oh, qué terrible. Lo siento tanto.

—Gracias —dijo él, bajando la vista hacia esa mano pálida que cubría la suya, ambas descansando sobre su rodilla. Giró la palma hacia arriba y entrelazó sus dedos con los de ella, maravillado de lo bien que se complementaban.

Ella no retiró la mano, a pesar de inclinarse incómodamente sobre la valija. Parecía preocupada solo por la expresión en su rostro y la confesión de su dolor.

—Fue un alivio —dijo en voz baja, con la mirada fija en sus manos entrelazadas—. No más gritos borrachos ni deudas inesperadas. No más estallidos nocturnos que nos sacaban de la cama. Gideon es un verdadero mojigato, pero es bueno y paciente. Justo, aunque irritante. Tener a Gideon como vizconde Somers significaba paz, y siempre me he preguntado si era malvado sentir una chispa de felicidad por la muerte de mi progenitor.

Ella guardó silencio, permitiendo que el peso de lo que él había dicho se asentara entre ambos. Él no sabía si había esperado que ella le asegurara de inmediato que no era malvado y que cualquiera habría sentido alivio, o que susurrara frases vacías sobre el plan de Dios para todos. No había anticipado el silencio.

Si ella estuviera disgustada, seguramente habría retirado la mano. Quizás se iría de la habitación, dejándolo solo con su dilema.

No hizo ninguna de estas cosas. En lugar de ello, se tomó un momento para absorber la historia y reflexionar. Finalmente, respiró hondo y dijo con voz temblorosa por la emoción:

—Su madre huyó de un esposo peligroso y volátil. Por eso, no puedo culparla.

Levantó la mirada para encontrarse con sus ojos, con el ceño fruncido en una expresión pensativa.

—Pero ¿cómo pudo dejar a sus hijos atrás? ¿Qué clase de madre hace eso?

—Nos ofreció llevarnos con ella. Nos dio muy poco tiempo para decidir y nos dijo que no regresaría. Éramos apenas unos críos. La idea de dejar Somerton era inconcebible, y mucho más abandonar Inglaterra misma por una tierra extraña y desconocida.

Su mano se tensó dentro de la de él, como si esta información la hubiera sacudido. Entrecerró los ojos mientras se inclinaba un poco más, casi inspeccionando su rostro.

—¿Les escribía?

Él se encogió de hombros.

—No tenía interés en recibir cartas de una madre que nos había abandonado. Hel es la única que mantuvo correspondencia.

—¿Y su hermano? —insistió ella—. ¿Lord Somers?

—Gideon hace lo que es apropiado y racional —dijo Alex con un giro de ojos—. ¿Quién sabe cómo se siente realmente sobre su regreso? Si hubiera vuelto cuando padre murió, eso habría sido una cosa, pero esperó hasta... —Se detuvo abruptamente, apretando los labios.

¿Cuán cerca había estado de traicionar a su hermana?

—Hasta años después —terminó torpemente, desviando la mirada de sus ojos azules intensos. *Maldición.*

—Es difícil —concluyó ella— cuando comprende uno las razones de sus padres, pero aun así se siente herido por sus acciones.

Él asintió, sintiendo una extraña oleada de emoción atravesarle el pecho. En realidad, las razones de sus padres nunca le habían parecido importantes. Nunca había pasado mucho tiempo preguntándose cómo se sentía Ruthie Somers o por qué había hecho lo que hizo. No le importaba. Lo único que le había importado era lo que había dejado atrás en Somerton.

Suspiró profundamente, soltando la mano de Glory con la mayor delicadeza posible y acompañado de lo que esperaba fuera una sonrisa convincente de despreocupación.

—Debí haber traído una botella de vino —dijo—. Quizás habría mantenido un poco más alegre el ambiente aquí.

Ella resopló, retrocediendo y frotándose las mejillas con las palmas de las manos. Santo Dios, ¿había estado llorando mientras él hablaba? ¿Había hecho llorar a esta encantadora criatura? La idea lo horrorizaba.

Ella le sonrió débilmente y negó con la cabeza, soltando una pequeña risa.

—No se preocupe, Lord Alex —dijo—. Solo estoy siendo una chica tonta.

—Es usted dulce —respondió él en voz baja, lamentando ya no tener su mano entre las suyas—. La sinceridad nunca puede ser una tontería. No merezco tanta consideración.

—Quizás ese vino no hubiera sido una mala idea —suspiró ella, recostándose nuevamente contra el pie de su cama, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes por la emoción—. Aunque lo habría lamentado en la cacería de mañana.

—Oh, la maldita cacería —gruñó él—. ¿Es que realmente debo ir?

—Sí —respondió ella con un perezoso gesto de la mano—. Ya sabe por qué.

—¿No ha encontrado acaso el paquete oculto en mis libros de la escuela? —preguntó él con esperanza, tomando uno de ellos y sacudiendo las páginas—. ¿Quizás un mapa a las joyas de la corona o una alianza secreta con un general extranjero?

—A menos que la Corona otorgue algún valor especial a los garabatos de mujeres desnudas en los márgenes de un texto de filosofía, me temo que no —respondió ella con una pequeña sonrisa—. Debió ser un verdadero terror como estudiante.

—Oh, ¡Cristo y maldición! —murmuró él, sintiendo cómo el calor inundaba su rostro—. Lo había olvidado por completo.

Ella rió, con las mejillas redondeándose de una manera encantadora, enmarcadas por su abundante cabello.

—Confieso que encuentro sus ilustraciones de lo más encantadoras. Ojalá tuviera yo una figura como las damas que adornan las palabras de David Hume.

Podía sentir el calor en sus mejillas subiendo hasta las puntas de las orejas. Ciertamente, en algún tiempo se había entretenido dibujando mujeres con proporciones bastante generosas.

Gloriana debía de pensar que él solo se interesaba en mujeres con bustos exuberantes, barrigas con hoyuelos y caderas redondeadas. Para ser justo, ese tipo en particular siempre había sido el que llamaba su atención. Un cuerpo abundante y con un saludable vaivén le aceleraba el pulso a cualquier hombre, ¿no? Sin embargo, sabía que la exquisita mujer sentada frente a él no encajaba en esa descripción en absoluto, y aun así su figura lo había atormentado en sueños durante semanas.

Ella lo observaba divertida, probablemente disfrutando de haberlo tomado tan completamente desprevenido. Esto era, de algún modo, aún más embarazoso que su primer encuentro, cuando ella casi lo había dejado inconsciente con... bueno, con otro libro.

Estaba comenzando a formarse un patrón preocupante aquí.

—Quizás —dijo ella, ahogando un pequeño bostezo tras sus dedos—. Quizás mañana pueda encontrar alguna excusa para permanecer en mis habitaciones. Si estoy arriba todo el día, quizá logre sorprender a quienquiera que planea venir a registrar sus aposentos.

—¿Cómo planea lograr eso, a menos que esté dispuesta a quedarse en el pasillo durante varias horas? —murmuró él, esforzándose al máximo por no comparar los pechos de sus dibujos juveniles con los que tenía enfrente, moldeados bajo una tela vaporosa.

Ella arqueó la espalda, estirando los brazos sobre su cabeza, con su cuerpo en plena exhibición bajo el delicado vestido que llevaba. Se estiraba con los ojos cerrados, lo que le permitió a él un momento de absoluta admiración de su figura. La tensión que lo había dejado inmóvil cuando ella entró se había disipado por un momento, reemplazada por una sorprendente mezcla de emociones que lo confundían mientras se miraban desde lados opuestos. Pero allí estaba de nuevo, esa tensión, enraizándolo al suelo y despertando toda clase de instintos que sabía bien que debía mantener bajo control.

Sus ilustraciones de fantasías atrevidas palidecían ante la figura esbelta y elegante de la mujer frente a él. No pudo evitar recordar cómo ella se había aferrado a él mientras exploraba la dulzura de sus labios, la sensación de su cuerpo en sus manos, ambos tan juntos en aquel armario.

—Es una lástima —se oyó decir— que la intriga y el peligro interrumpieran un primer beso tan singular, ¿no le parece?

Los ojos de ella se abrieron de golpe, sus pestañas temblando al enfocarse en él con sorpresa. Bajó los brazos al regazo y ladeó la cabeza para examinarlo. —¿Lo encontró singular en calidad? —preguntó con ese tono frío y refinado que había aprendido en la escuela de señoritas.

Él sonrió. —¿Se supone que debo asumir que usted no?

—No he dicho tal cosa —replicó ella—. En general, es algo difícil de recordar, con todas las cosas terribles que ocurrieron después.

—¿Difícil de recordar? —repitió él con tono de indignación fingida—. Señora, me hiere.

—Parece que he tomado la costumbre de herirlo —dijo ella con una media sonrisa—. Quizá no sea usted mi igual en el campo de batalla.

—¡Oh, qué arrogancia! Todo eso de una señorita que ha venido, sin compañía, a mi guarida —chasqueó la lengua, deslizando el maletín que los separaba hacia un lado, como si desmontara un escudo ante una doncella guerrera—. ¿No pensó que podría exigir satisfacción?

—Puede exigir cuanto desee —respondió ella con altivez, levantando la nariz y cuadrando los hombros como una reina en su trono—. He desafiado a muchos hombres.

Él reprimió la risa, encantado por su habilidad para igualar lo absurdo de sus bromas. En cambio, se inclinó hacia adelante, apoyándose en manos y rodillas, y avanzó un paso hacia ella, esperando parecer más un león que un mendigo.

Ella soltó una risita, manteniendo el mentón en alto, pero no se movió ni intentó escapar mientras él se acercaba más.

—¿Se supone que debe ser una bestia en lugar de un hombre? —lo provocó—. ¿Para que yo no pueda desafiarlo?

Él se detuvo a un respiro de distancia, inclinándose sobre sus talones y estirando una mano para enredar entre sus dedos uno de los mechones sueltos de su cabello cenizo. —¿Le parezco bestial? —susurró, deslizando el pulgar por la curva de su mejilla.

Ella tembló, susurrando suavemente: —Me parece usted de muchas maneras, Alex Somers.

—Mmm —asintió él, sintiendo cómo su cuerpo vibraba de deseo mientras sus dedos se hundían en su cabello suelto, deleitándose en su textura sedosa—. Y, aun así, debo refrescarle la memoria sobre la calidad de nuestro beso robado.

—Sí —susurró ella, extendiendo la mano para rozar con los dedos el cuello de su camisa—. Me temo que sí. Soy tan, tan olvidadiza.

—Entonces, no tengo opción —murmuró él, tomando su rostro con la otra mano mientras descendía sobre esos labios hermosos y tentadores, satisfaciendo un deseo que llevaba sintiendo desde hacía lo que parecían cien años.

La pura decadencia del momento lo inundó hasta las yemas de los dedos, como si hubiera estado hambriento, ansiando aquello y sufriendo en su ausencia. Ella sabía a menta y flores, y el aroma de su piel era un delicioso ramillete de perfume femenino. Hundió las manos en su cabello, soltando ese lazo tonto y frágil en la base de su cuello. Mordisqueó suavemente su labio inferior, esparciendo su cabello suelto sobre sus hombros como una capa.

Él se inclinó hacia atrás solo para contemplarla, para verla sin su armadura de la Sociedad, libre y natural, recostada en el suelo de su habitación.

Pero a ella no le interesaba ser observada en ese momento; se inclinó hacia adelante, rodeando su cuello con los brazos y devolviéndole el beso con sus labios rosados y firmes. Todo el largo de su cuerpo ágil y felino se moldeó contra su pecho. Él reaccionó por instinto, atrayéndola a su regazo con un firme agarre en sus muslos, respondiendo a la intensidad de su beso con una pasión que confirmaba que era mutua.

Soltó un leve gemido, muy consciente de lo fácil que sería en ese momento tomarla, con ella sentada sobre él con ese vestido tan liviano. No pudo resistir enredar sus manos en su cabello, envolviendo los largos mechones cenizos entre sus dedos con posesividad mientras la besaba. Al deslizar la mano libre por su espalda, descubrió que no llevaba corsé bajo aquel provocador vestido, lo que significaba que con un par de tirones estratégicos podría desnudarla por completo. Dios, cómo deseaba verla desnuda, llevarla a su cama y grabar cada centímetro de su piel suave en su memoria.

Ella imitó sus movimientos, deslizándole los dedos por el cuello hasta hundirlos en su cabello corto. Tiró suavemente de él, como si estuviera reclamando propiedad, y tocó su lengua contra la de él con satisfacción mientras lo hacía.

Él sabía que debía ser consciente de su excitación, palpitando contra los pantalones de gamuza,

presionándose contra la suave piel de su muslo mientras ella se aferraba a él desde arriba.

Ella se apartó de su boca, besando a lo largo de su mandíbula, con los dedos deslizándose por sus mejillas y su cuello, metiéndose en el cuello de su camisa con un suave rasguño de sus uñas. — Te vi —susurró ella, su aliento cálido y dulce en su oído— antes de entrar esta noche. Te vi sin camisa.

—¿Ah, sí? —dijo él, con voz oscura y entrecortada. Permitió que sus dedos trazaran suavemente los costados de su cuerpo, disfrutando el contorno de su cintura y las líneas elegantes de sus costillas. No deseaba otra cosa que abarcar sus pechos, pero se contuvo, no queriendo arriesgarse a romper el hechizo que los envolvía—. ¿Te gustaría que me la quitara de nuevo?

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior, con los ojos brillando de deseo.

Sin dudar, él se levantó la camisa, deslizándola por su torso y sus hombros, y la arrojó despreocupadamente a un lado.

Ella suspiró satisfecha, extendiendo las manos para tocarlo, mordiéndose el labio mientras lo recorría con la mirada. Sus dedos se deslizaron por sus brazos desnudos, siguiendo las líneas de los músculos hasta sus manos, y luego volvieron a subir por su abdomen, extendiéndose sobre su pecho con un empujón repentino.

Él cayó hacia atrás sobre la alfombra con una risa, alzando las manos para atraparla cuando ella descendió para otro beso, su cabello oscureciendo la luz de la habitación a su alrededor. Fue demasiado tentador no rodarla y aprisionarla contra el suelo, tomando más de aquel dulce afecto de esa hermosa boca.

—¿Recuerdas cuando dijiste que podría haberte dominado? —susurró él en su oído, trazando suavemente la longitud de sus brazos mientras los estiraba sobre su cabeza y entrelazaba sus dedos alrededor de sus muñecas—. Parecía como si quisieras que lo hiciera.

—Yo... oh —jadeó ella, arqueando la espalda contra él mientras la sostenía—. Oh, sí. Quizás sí quiero.

—Disfrutaría eso muchísimo —respondió él en voz baja, recorriendo con sus labios la delgada línea de su cuello y bajando hasta donde aquellos pequeños y dulces pechos se mostraban bajo el vestido. Soltó sus brazos y deslizó las manos por el mismo camino. Sus besos continuaron hacia el sur, pasando por el contorno de sus costillas y el hundimiento de su cintura, su cálido aliento impregnando la tela.

Cuando él tocó sus pechos, se preparó para un posible rechazo, temiendo que su incapacidad para resistirse a la tentación arruinara el momento. Sin embargo, lejos de protestar, ella dejó escapar un suave gemido, moviéndose bajo su agarre como una gatita bien domada que disfrutaba de las caricias de su amo.

Fue suficiente para nublarse la visión, para desatar completamente sus impulsos. Se deslizó de nuevo sobre ella, hundiéndose en su boca, consciente de que su beso era rudo y exigente. Pasó los dedos sobre sus pezones endurecidos, acariciándolos a través de la tela mientras llenaba sus

palmas con la deliciosa curva de su busto.

Presionó su excitación contra ella, queriendo que supiera cuánto lo enloquecía, cómo afectaba su cuerpo. No se dio cuenta de cuánto hasta que estaban así, entrelazados, medio desnudos y jadeantes en el suelo de su habitación.

—Te deseo —le susurró contra sus labios—. Mucho.

—Oh, Dios —gimió ella, deslizándole un pequeño pie descalzo a lo largo de sus pantorrillas—. Oh, no podemos. No podemos. Oh, Alex, no te detengas.

Él se obligó a respirar, a detenerse, aunque era lo último que deseaba hacer en el mundo.

—¿Eres doncella? —preguntó, levantándose para mirarla a los ojos, sus manos todavía acariciando aquellos deliciosos pechos.

Ella asintió, logrando sonrojarse ante aquella confesión, a pesar de todo lo que acababan de hacer.

Él suspiró. Por mucho que lo deseara, no podía arrebatarse la virginidad, especialmente cuando ella estaba tan dominada por el deseo que su juicio estaba nublado. Por eso evitaba a las debutantes, después de todo. Arruinar a una muchacha era simplemente una línea que no cruzaba. Que no había cruzado. Todavía.

Maldita sea.

—Lo siento —susurró ella, levantando la mano para acariciarle suavemente las mejillas—. ¿Estás muy decepcionado?

—¿De ti? —Sonrió—. Nunca. Pero será mejor que nos detengamos aquí, antes de cruzar a un lugar del que no haya retorno.

Ella suspiró al unísono mientras él se apartaba. Se quedó acostada de espaldas, mirando al techo. No fue hasta que él se levantó y le ofreció su mano que ella se movió, aceptándola y poniéndose de pie. Alzó la cabeza para mirarlo a los ojos, con sus narices casi tocándose.

—Hemos hecho un pésimo trabajo buscando entre tus cosas —dijo suavemente, con la mirada bajando a sus labios.

—No importa —dijo él, incapaz de resistirse a robarle un último beso, suave y gentil, mientras rodeaba su cintura con los brazos—. Al fin y al cabo, alguien más lo hará por nosotros mañana.

Ella suspiró, apoyando la cabeza en su hombro desnudo.

—Ojalá pudiera quedarme, pero debo regresar a mi habitación antes de que los hombres comiencen a levantarse para la cacería. ¡Me temo que no habrás dormido nada!

Él apoyó la barbilla en su cabeza, inhalando el dulce aroma a lavanda de sus salvajes rizos rubios.

—No importa —le aseguró—, mis sueños solo habrían sido contigo, de todos modos.

Capítulo Quince

Ya era bien pasado el mediodía cuando finalmente lograron sacar a Gloriana de la cama.

Si hubiera sido por ella, habría seguido envuelta en sus sábanas, reviviendo las horas de la noche anterior una y otra vez hasta el fin de los tiempos. Evidentemente, sus excusas de sentirse indispuesta solo le dieron un respiro de las festividades hasta la hora del almuerzo.

Al menos, podía disfrutar de una satisfactoria sensación de victoria al saber que Nero había elegido su cama esta noche en lugar de atender a Heloise. Estaba acurrucado a sus pies, con su pálido estómago al aire, mientras sus pequeñas patas se movían al ritmo de lo que fuera que soñaba tan tarde en el día.

Pensó que esa parecía una manera bastante agradable de pasar una tarde gris, especialmente con las nubes bajas y neblinosas cubriendo el césped afuera en el frío cada vez más oscuro de la temporada. Sin embargo, Nell tenía otras ideas.

Entró en la habitación sin tocar, lo cual Gloriana supuso que al menos estaba bien sincronizado, ya que acababa de salir de su más reciente fantasía sobre Alex Somers sin camisa. Nell llevaba una bandeja y se movía como si no acabara de cometer la más grave intrusión en una mujer que estaba—o más bien afirmaba estar—enferma.

—Vete —gimió Gloriana, cubriéndose la cara con la almohada—. Estoy muriendo.

—Entonces será mejor que aprovechemos el tiempo que te queda —canturreó Nell, colocando la bandeja en la mesita de noche y comenzando a preparar dos tazas de té—. Estoy aburrida hasta el hastío. No puedo creer que Peter haya ido a esa maldita cacería de urogallos. ¿Realmente a alguien le gusta comer urogallo, Gloriana? Mucho menos agazaparse en tweeds pesados bajo la lluvia fría y asesinarlos en línea desde los setos. Te lo digo, es repugnante.

Gloriana abrió una rendija de su escudo de almohada, entrecerrando los ojos hacia su amiga mientras terminaba su perorata.

—¿Por qué no vas a molestar a Heloise, ya que la quieres tanto? —preguntó, bien consciente de lo infantil que sonaba.

—Porque —respondió Nell, dejándose caer en la esquina de la cama de Glory, tan campante. Usó la rodilla para empujar a Gloriana un poco más hacia atrás en el colchón—. Está en el pueblo hoy con ese médico tan apuesto, atendiendo su clínica. ¡Siéntate! El té está justo como te gusta.

—Oh, muy bien —se quejó, incorporándose y lanzando la almohada a un lado.

Esto tuvo el efecto de ofender profundamente a Nero, quien había logrado dormir cómodamente

a pesar de la intrusión de Nell, pero ahora maulló y saltó de la cama como si lo hubieran quemado.

Claro, el gato había salido del saco, por así decirlo. Solo había elegido pasar el día en su habitación porque Heloise estaba ocupada en otro lugar. El pequeño traidor. ¡No le importó haberlo despertado!

Nell la miraba, con la taza de té detenida a mitad de camino hacia sus labios.

—¿Qué? —espetó Glory, inclinándose para tomar su propia taza de té de la bandeja. Un pequeño sorbo le confirmó que, en efecto, estaba tal y como le gustaba. Ah, bendita Nell.

—Nada, es solo que... ¡te ves bastante desaliñada, Glory! No creo haberte visto nunca así.

—Tonterías —replicó Gloriana, aspirando el glorioso líquido frente a ella—. Me viste muchas mañanas temprano, antes de vestiros, en la escuela.

—Sí, claro —respondió Nell con seriedad—, y de alguna manera siempre parecías estar peinada, incluso entonces. ¡Hoy pareces un verdadero desastre!

Gloriana entrecerró los ojos.

—¿No me escuchaste antes cuando te dije que te fueras?

Nell la ignoró, mirando alrededor de la habitación con curiosidad. Era bastante más elegante que la que compartía con Tatiana, pero Gloriana dudaba que estuviera experimentando alguna clase de envidia. El interés de Nell siempre se centraba en algún aspecto aburrido de la construcción o lo que fuera, en lugar de simplemente apreciar una habitación bien decorada.

—Esta casa es enorme —dijo—. ¿Te preguntas quién se habrá quedado en esta habitación antes que tú? ¿Cuántas veces la habrán redecorado? Me pregunto cuán antigua será esta finca, cuántos habrán recorrido estos pasillos antes que nosotras.

—¿Acaso Tía está intentando invocar espíritus en tus aposentos? —respondió Gloriana—. ¿Es por eso por lo que vienes a molestarme en vez de a ella?

—Uf —dijo Nell, rodando los ojos—. ¡Ojalá lo hiciera! Se pasa el tiempo quejándose de ese tipo escocés con el perro. ¡No consigo entender qué ha hecho para ofenderla tanto! Sea lo que sea, la ha convertido en alguien muy aburrida. ¿Te acuerdas de Elizabeth Parrish y cómo se obsesionaba, y obsesionaba, y obsesionaba con cada chico que miraba?

—Desafortunadamente, sí —Glory rió—. Y luego se casó con ese viejo abogado tan desagradable. ¡Qué tragedia! Apuesto a que nunca volvió a suspirar por un joven atractivo.

—Bueno, iba a decir que es exactamente igual —contestó Nell, haciendo una mueca—, pero ahora has hecho que suene tan trágico que me siento culpable por pensarlo.

—Ah, eso explica tu ominosa predicción de anoche —anunció Gloriana, recostándose contra el

cabecero mientras el calor del té se extendía por sus dedos y pies—. ¡Las cartas quieren que abracés tu lado chismoso y digas las cosas más terribles sobre otras chicas!

—Ay, cielos —murmuró Nell, sacudiendo la cabeza como para ahuyentar el pensamiento—. Eso no sería un vicio muy divertido, ¿o sí?

—Yo estoy en total desacuerdo, y también lo estaría Elizabeth Parrish, si a eso vamos —dijo Gloriana mientras observaba a Nero saltar al cojín bajo la ventana, enrollándose en una bola como si no hubiera sido echado de la cama hace apenas un momento—. Oye —añadió, volviéndose hacia su amiga—, ¿qué le pareció ese libro a Heloise?

—Oh. —Nell se sonrojó, apartando la mirada—. Todavía no se lo he dado. No he encontrado el momento adecuado.

—¿Necesitas un momento especial? —Gloriana se burló, inspeccionando las otras opciones en la bandeja que Nell había traído. Agarró un croissant particularmente tentador, dándose cuenta por primera vez de cuánta hambre tenía—. Solo dile: “Heloise, querida amiga, siento haberme demorado años en devolvértelo. ¡Espero que no hayas rechazado al tipo ya!” y escápate antes de que pueda lanzarte un hechizo.

—¿Cómo es posible que odies tanto a Heloise y, a la vez, seas tan amiga del hermano? —preguntó Nell, su carita enrojecida de frustración.

—¿Quién dijo que soy amiga del hermano? —replicó Gloriana, sintiendo una fría inquietud recorrerle las venas—. Pensé que no participabas en chismes.

—¿Por qué, si no, harías tanto esfuerzo en organizar este evento? —dijo Nell, levantando las manos en un gesto de exasperación—. ¿Por qué más fingirías estar enferma cuando los hombres no están y evitarías a todas las damas?

—Hay más hombres aquí que Alex Somers —bufó Gloriana—. ¿Quién dice que no estoy simplemente esperando el regreso del señor Atlas? ¿O es que ya olvidaste tan rápido que estamos cortejando?

—¿Realmente? —replicó Nell, con un brillo extraño en los ojos—. Uno no lo diría, viéndote estos días. ¿Estás tan segura de que el señor Atlas es el hombre adecuado para alguien como tú?

—¿Alguien como yo? —repitió Gloriana, irguiéndose—. ¿Qué insinúas exactamente?

—Solo que parece carecer de ese lado calculador y frío que convierte al señor Atlas en un político tan experimentado —dijo Nell, encogiéndose ante la chispa de ira en los ojos de su amiga—. ¿No preferirías a alguien cuya sangre sea un poco más caliente?

—Tonterías —resopló Gloriana—. Nathaniel es la pareja perfecta para mí. Juntos dominaremos Londres durante la Temporada y viviremos las aventuras más emocionantes a lo largo del año. Él mismo me ha dicho que habría sido una excelente política, si hubiera nacido hombre.

—Oh —dijo Nell, bajando la vista hacia sus manos—. Quizás él sabe más que yo, entonces.

—Oh, Nell, basta ya —suspiró Gloriana, inclinándose para darle una palmada en las manos—. Después de todo, él es el que realmente es tanto político como hombre, ¿verdad? Te aseguro que he reflexionado mucho sobre este compromiso. Estoy segura de que es el adecuado.

—Entonces, ¿por qué...? —Nell frunció el ceño, soltando un pequeño suspiro de arrepentimiento por haber hablado.

—¿Por qué qué?

Ella apretó los labios, claramente deseando no haber dicho nada. Finalmente murmuró:

—¿Por qué miras a Lord Alex tan atentamente y ríes con él, inclinando las cabezas juntos como si fueran conspiradores?

—¿Realmente? —dijo Gloriana, genuinamente sorprendida. La idea no le resultaba desagradable—. ¿Crees que Alex Somers es mejor pareja para mí que Nathaniel Atlas?

Nell dudó, como si la pregunta la hubiera dejado momentáneamente sin palabras.

Gloriana encontró la vacilación algo decepcionante. No estaba segura de qué quería oír. Sabía muy bien que el señor Atlas era un partido mucho más adecuado para ella, después de todo. Además, ¿acaso no sería cualquier hombre cálido al tacto y perturbador para los sentidos cuando está medio desnudo y usa sus manos y boca tan descaradamente?

Trató de imaginar, por un momento, al frío y refinado señor Atlas tocándola de esa manera, despojándose de la camisa y rodando con ella en la alfombra. La imagen no le llegaba.

—Por el amor de Dios, Nell —exclamó irritada, echando las sábanas hacia atrás y levantándose de un empujón—. ¡Cualquiera diría que me consideras inadecuada para cualquier hombre! ¡Quizás piensas que debí aceptar la última propuesta!

—¡Desde luego que no! —exclamó Nell, la sorpresa afirmando su sinceridad—. Me habría horrorizado que lo hicieras.

—De acuerdo, ¿entonces tal vez soy otra Elizabeth Parrish? —se dirigió al armario sin volverse y lo abrió de un tirón, presa de su disgusto—. Solo soy tonta y esperanzada, pero destinada a un viejo despreciable. Por lo que, bien podría ponerme un vestido, peinarme y regresar antes de que me vendan al próximo asqueroso lascivo que ponga sus ojos en mí. ¡Claramente, debería estar agradecida por el privilegio!

—¡Glory, yo no he dicho tal cosa! —protestó Nell, ofendida. El tintineo de la porcelana sugería que había comenzado a ordenar tras la salida de Gloriana—. Simplemente no veo por qué debes elegir entre un libertino deshonesto y un hombre enmascarado.

—Dices eso como si nosotras mismas no lleváramos máscaras cada vez que nos aventuramos en la sociedad —murmuró Gloriana—. Mi verdadero rostro solo te sorprende porque mi máscara se ha deslizado esta mañana en las horas de ocio. ¿Quién sabe qué se esconde verdaderamente detrás del diplomático frío y compuesto que el señor Atlas muestra?

—Sí, Glory —dijo Nell con el ceño fruncido—. Esa es exactamente mi preocupación.

Capítulo Dieciséis

Había una horrible especie de ironía en contagiarse de la gripe después de haber decidido, en primer lugar, no fingir que la tenías. Tras diez miserables horas en los fríos y húmedos páramos, viendo a los demás matar una cantidad verdaderamente excesiva de urogallos, Alex pensaba que ya era hora de que su sufrimiento terminara.

Por supuesto, el médico real de su grupo había escogido justo ese día para excusarse de las festividades. Por lo que, en su lugar, Gideon lo subió a su dormitorio y llamó a Rose y a la señora Laughlin para que presenciaran su miseria y la discutieran entre ellas de forma casual.

—Debe haber algo contagioso —había dicho Rose, frunciendo el ceño mientras le tocaba la frente con la frescura de sus dedos—. Gloriana también ha estado en cama la mayor parte del día.

—¿Realmente? —había dicho Alex con una sonrisa irónica, seguida de un estornudo—. Quizás lo contraje de ella en lugar de la cacería.

—Hmm —Gideon había fruncido el ceño, casi con desaprobación—. Y ¿cómo es que te contagiarías de algo de la señorita Blakely, Alex?

—Estamos todos en la misma fiesta, ¿no? —había respondido bruscamente, devolviéndose a una tos ligeramente más dramática de lo estrictamente necesario mientras miraba rápidamente la alfombra al pie de su cama para asegurarse de que no hubiera ninguna evidencia comprometida de sus cuerpos entrelazados de la noche anterior.

—Tiene razón —había suspirado Rose—. Lo mejor será que te mantengas apartado de los demás hasta que esto pase, no sea que todos tomemos un turno en la rueda de la miseria. En especial no quisiera que Reggie o Caroline se contagiaran a su delicada edad.

—La verdadera miseria fue la cacería de urogallos. Eviten que los niños experimenten algo así y todo estará bien —les había informado Alex antes de darse la vuelta y caer en el olvido hasta bien entrado el día siguiente.

El único resultado verdaderamente positivo, según él, fue que no tendría que comer ninguno de los urogallos que había visto caer a tiros desde el cielo y amontonarse en sacos empapados en sangre. Jamás podría volver a comer uno sin pensar en tragedia y plumas.

Supuso que la cacería debía ser una oportunidad para relacionarse con los poderosos caballeros que Gloriana había reunido para la ocasión, con la esperanza de aprovechar esas relaciones para construir un futuro. Incluso el vicario mostraba un asombroso fervor sangriento hacia las desafortunadas aves de los páramos, y a pesar del clima miserable, todos parecían estar de mucho mejor humor que él.

La señora Laughlin le había impuesto una variedad de remedios populares de lo más

repugnantes, pero estaba razonablemente seguro de que lo que realmente lo había sanado al final fue la posibilidad de pasar tres días medio dormido entre pañuelos. No fue hasta el tercer día que tuvo la lucidez suficiente para mirar a su alrededor con curiosidad, preguntándose si algo había desaparecido mientras él estaba fuera en la cacería.

Quizás no estaba tomando la amenaza a su persona con la seriedad que merecía, pensó. Por otro lado, tomárselo más en serio solo le acarrearía las mismas experiencias con una dosis adicional de incomodidad, por lo que, ¿para qué molestarse?

Había planeado, sinceramente, observar a los otros hombres mientras estaban armados en el maldito páramo. Seguramente, si uno de ellos era el tipo violento de la biblioteca, estaría constantemente frunciendo el ceño y luchando por no dispararle a Alex directamente donde estuviera. Sin embargo, bastaron un tweed mojado y una brisa fría para hacerle olvidar por completo aquella misión y dedicarse simplemente a desear una y otra vez que el día o su vida terminaran rápidamente, con tal de no prolongar su sufrimiento.

Por supuesto, entre las diversas características desagradables de cualquier gripe digna de su nombre estaban los sueños febriles y sin sentido que le impedían disfrutar siquiera de unas horas de descanso.

Al principio, la cosa iba bien, con algunas recreaciones creativas y embellecimientos de Gloriana en su suelo, el cabello desparramado sobre sus hombros, y todas las deliciosas formas en que esa noche podría haber continuado en un mundo más amable. Pero, como era de esperarse, el malestar latente de haber pasado tres días en cama en lugar de continuar coqueteando con esa gloriosa criatura se colaba en su subconsciente, presentándole escenarios nada agradables en los que el tiempo perdido la había arrojado directamente a los brazos de ese Nathaniel Atlas, sospechosamente bien arreglado.

Había oído el nombre, claro está, antes de dejar Oxford. Era un exalumno ejemplar que había causado revuelo en la alta sociedad unos años antes, cuando regresó de las Indias Occidentales tras llevar a cabo algunos acuerdos comerciales especialmente complicados. A Alex no le parecían los negocios comerciales dignos de mucho interés, y por eso, eso era todo lo que sabía del hombre.

De acuerdo. Ahora sabía que Gloriana Blakely lo consideraba su futuro esposo, y que, evidentemente, estaban en *cortejo*. También sabía que, a pesar de la impresionante habilidad del hombre para no hacer nada que pudiera resultar objetable, era lo bastante atractivo como para que incluso él, Alex, pudiera haber sido tentado con suficiente alcohol y en una noche suficientemente oscura.

Maldito sea el hombre.

—¿Crees que ese tal Atlas le va a proponer matrimonio a tu prima? —le había preguntado a Rosie durante una de sus visitas a su habitación con caldo caliente y pañuelos frescos.

—Sí —le había respondido ella, alzando una ceja dorada—. ¿Por qué? ¿Estás celoso, Alex?

—Naturalmente —había respondido él con una sonrisa—. Es todo un partido.

Ella había puesto los ojos en blanco y sacudido la cabeza.

—Si te gusta tanto, deberías pasar más tiempo en su compañía una vez que te recuperes. Creo que no te he visto ni cruzar palabra con la mayoría de nuestros invitados. Aparte de Lord Benton, el señor Atlas es el hombre mejor conectado aquí. ¿Tienes interés en una vida como la suya?

—¿Navegar al Caribe y ser adulado? ¿Tener un cabello sobrenaturalmente brillante? Sí, creo que sí.

Ella lo había observado un momento, con una especie de sonrisa extraña en el rostro.

—Estás celoso, ¿verdad?

—¿Y por qué no habría de estarlo? —había respondido, haciendo una pantomima de alargar la mano temblorosa hacia el caldo—. El hombre lo tiene todo resuelto, ¿no?

—No lo sé —había respondido Rose, con una expresión como si hubiese descubierto algún chiste secreto—. Diré esto, Alex: si codicias algo que Atlas tiene en la mira, más vale que actúes rápido para asegurarlo. He organizado una sorpresa en los próximos días que probablemente le eche un poco a perder los planes a Glory para esta fiesta.

—¿Una sorpresa, dices? Pues, me encantan los secretos.

—¿No es gracioso? —había dicho ella con cariño—. A mí también.

No es que Alex estuviera precisamente *nervioso* por reincorporarse a la fiesta. Simplemente, no podía prever qué podría haber cambiado mientras estuvo en cama. Había revisado su apariencia demasiadas veces antes de aventurarse fuera de su habitación, frunciendo el ceño ante los remolinos de su cabello y la forma en que la corbata se rehusaba a quedar tan bien como la de Gideon alrededor de su cuello.

Era solo una cena, en su propia maldita casa de infancia, pero de algún modo sentía que no alcanzaba los nuevos y exigentes estándares de presentación personal.

Finalmente, se armó de valor y salió al pasillo, en dirección a la escalera, solo para llevarse un susto monumental cuando una mano surgió de una esquina oscura, agarrándole el brazo y tirando de él con insistencia hacia la pequeña biblioteca, que en otros tiempos había sido tan fácil de ignorar.

Si hubiera tenido la mente clara, sin duda habría notado que la atacante tenía manos delicadas, propias del sexo femenino, enfundadas en guantes de satén que brillaban casi como si reflejaran intenciones honestas. No tuvo tiempo de hacer estas observaciones, sin embargo, pues apenas se hallaba dentro de la oscura biblioteca, ella ya había comenzado a despotricar.

—¿Cómo te atreves a no enviarme palabra de que no habías sido envenenado ni herido por uno de esos tres villanos! —exclamó Glory, dándole un leve empujón en el hombro—. ¡He estado

fuera de mí de preocupación, y nadie quería decirme nada!

Él levantó las manos en un gesto de disculpa defensiva.

—¡Solo era la gripe! —dijo—. ¡Seguro Rosie te lo dijo!

—Oh, nunca es solo la gripe —bufó Gloriana, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Yo misma dije que la tenía hace apenas unas horas. Es la excusa más endeble del mundo.

—Ay, querida —rió él—, de vez en cuando, la gripe hace su aparición. En mi caso, bastante violentamente.

—¿Y no podías escribir una breve nota? —demandó ella, golpeando la alfombra con su pequeño pie.

Él no pudo evitar reír de nuevo. Allí en la oscuridad, su cabello brillaba como la plata, sus ojos centelleaban entre las sombras. Jamás podría volver a estar en esa habitación sin pensar en Gloriana Blakely.

—No estoy seguro de cómo podría haber hecho eso sin despertar algunas preguntas incómodas por el método de entrega —señaló—. Además, siempre podrías haber venido a mi habitación, ¿no es así? Sabes perfectamente dónde está.

—Oh, no me atreví. —Suspiró, dejando escapar su frustración como un cambio repentino de viento. Retrocedió un paso y llevó una de sus manos enguantadas a la frente—. Nunca sabía cuándo te estaban atendiendo ni en qué estado te encontrabas. ¡Estaba muriendo por saber si algo había desaparecido mientras estabas fuera! ¡Oh, Alex, estaba tan preocupada!

—¿Realmente? —preguntó él suavemente, extendiendo la mano para acercarla y tomando la que ella mantenía en la frente entre las suyas—. ¿Me vigilabas en el horizonte, lamentando mi ausencia como la mítica Penélope?

—Mmm— replicó, aunque las comisuras de sus labios se alzaban en una sonrisa—. ¿No es Penélope la que nunca pensó en ningún hombre que no fuera su marido?

—No tienes marido —dijo Alex, quizás con un poco más de dureza de la necesaria. Al fin y al cabo, Atlas no la había reclamado aún. Si alguien tenía derecho a estar celoso, era quien la había sostenido en sus brazos como era debido.

—Para desdicha de mis padres. —Rió, ajena al pequeño destello de envidia en él—. Entonces, dime, por favor. ¿Faltaba algo en la habitación cuando volviste?

—No que haya notado. Aunque, para ser completamente franco, no he tenido muchas ganas de buscar. ¿Qué probabilidades hay de que la espía encontrara lo que buscaba y haya escapado pacíficamente, sin ser vista nunca más?

—Hmm —consideró ella, acariciando el dorso de su mano con el pulgar enguantado—. Si realmente fuera personal de servicio, es posible. La señora Laughlin ha informado de una

rotación de una docena de sirvientes temporales, incluyendo uno o dos a quienes sorprendieron robando.

—Entonces tal vez esté a salvo —sugirió él, inclinándose para robarle un rápido y dulce beso, y luego colocando otro en la punta de su nariz—. Aunque no permitiré que conduzcas intrigas sin mí. No puedo soportar la idea de que hayas escapado de mi hechizo tan rápidamente.

—Hay que estar bajo un hechizo para poder escapar de él —respondió ella con picardía, enlazando sus brazos alrededor de su cuello—. Tú no eres un hechicero, mi Lord.

—Bueno, bueno, no puedes probar que no lo soy. —Rió él—. Creo que acabo de resucitar de entre los muertos y ejecutar un perfecto truco de desaparición desde el pasillo.

—Oh, demonios —murmuró ella, mordiéndose el labio—. Tienes razón. Será mejor que bajemos antes de que alguien note que ambos estamos desaparecidos. Lamento mi impulsividad, pero simplemente no podía soportar saber que vendrías a cenar sin interceptarte antes. ¡Odio quedarme fuera de los secretos!

—¿Oh? —preguntó él, deslizándose su mano desde la curva de su cintura hasta su espalda baja, acercándola contra su cuerpo. Le robó otro beso, largo y prolongado, respondiendo al sentir de su figura elegante junto a la suya.

Tendría que controlar su deseo antes de bajar las escaleras y unirse a la compañía, pero tenerla en sus brazos nuevamente valía cualquier inconveniente.

—Hay muchas cosas que me gustaría enseñarte, para que estés verdaderamente informada —confesó él contra la dulzura de sus labios.

—Quizás deberías dejar la puerta de tu cuarto abierta para mí otra vez —replicó ella, su voz quedando fina y cálida—, para saber que soy bienvenida.

—Gloriana... —gimió él, su cuerpo reaccionando a esas palabras con una oleada de calor y deseo—. No tienes idea de lo que estás sugiriendo.

Ella se humedeció los labios, dando un paso atrás y alzando esos ojos grandes y brillantes hacia los de él.

—Sabes, muchos canallas han intentado seducirme. No soy completamente inocente.

—Jamás he insinuado que lo fueras —respondió él, cruzando los brazos sobre el pecho—. De hecho, está bastante claro que no soy el primer hombre que besa esos labios de sirena.

Los labios en cuestión se curvaron en una sonrisa, mostrando sus pequeños dientes blancos en la oscuridad.

—No —concordó ella—, ciertamente no lo eres.

—Pero eres una doncella —replicó él—. Tú misma lo has dicho.

—Lo soy —confirmó ella, su sonrisa inalterada—. Escúchame bien, hombre insufrible. Lo que iba a decir es que, en mis encuentros en Londres, muchos hombres conocidos por sus seducciones han intentado hacerme proposiciones. Al rechazarlos, varios de ellos me dijeron la misma cosa críptica.

—¿Ah, sí? —preguntó él, levantando las cejas—. ¿Acaso los hombres son todos tan parecidos?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Solía pensarlo.

—¿Y cuál fue esa reacción al ser rechazados por la exquisita señorita Blakely? —bromeó él, aflojando sus brazos y con los pies inquietos por cerrar el espacio entre ellos—. ¿Lamentos de tristeza y derrota? ¿Una falta de pasión por la vida?

—Mmm, eventualmente. —Ella soltó una risita—. Pero primero, todos insistían en que había muchos placeres que podríamos disfrutar el uno del otro sin comprometer mi virtud. Que la dicha podía alcanzarse por medios ingeniosos que me dejarían completamente intacta. Aunque siempre decliné, como cualquier chica que protege su reputación debe hacer, confieso que siempre he encontrado intrigantes las implicaciones de tales cosas. ¿Es cierto?

Él la miró boquiabierto, seguro de que toda la sangre se le había ido de la cara. Si ella estaba sugiriendo lo que él pensaba... bueno, ni siquiera sabía lo que estaba sugiriendo, ¿verdad? Carraspeó, llevándose una mano a la nuca.

—Eh... sí —logró balbucear—. Sí, hay... otras cosas... que pueden hacerse entre un hombre y una mujer.

No cosas que una joven de buena cuna debería hacer, pensó, mientras la parte menos sofisticada de su mente le ordenaba que se callara de una manera rápida y profana.

—Entonces quizás —dijo ella, sosteniéndole la mirada como si estuviera proponiendo un paseo por los jardines—, quizás pueda visitarte esta noche. Si estás lo suficientemente bien. Quizás puedas ponerme al tanto.

Él no confiaba en sí mismo para hablar. En su lugar, asintió en silencio y luego se quedó inmóvil durante varios minutos. En algún momento, ella había pasado junto a él y salido de la pequeña biblioteca con un beso agradable en su mejilla, aunque él apenas podría decir cuánto tiempo había pasado desde entonces.

Permaneció en la oscuridad, mirando por la ventana imperfecta, con la sangre retumbando en sus oídos, y no pensó en nada que pudiera considerarse coherente durante un buen rato.

Capítulo Diecisiete

A pesar de que su corazón latía tan rápido que temía que podría ser audible, Gloriana hizo su entrada en el comedor con la frialdad y compostura de una dama cuyos problemas eran tan insignificantes que jamás interrumpirían su gracia social.

Rose fue la única persona que pareció notar algo fuera de lo común, y evitaba su mirada de una forma muy extraña. Sin mencionar que esa noche había sido colocada bastante lejos de la cabecera de la mesa. No era la primera vez que sospechaba que su prima tenía el don de leer la mente.

No podía creer que realmente hubiese logrado proponerle eso a Alex Somers con tanta naturalidad. Había estado dándole vueltas durante días, recordando aquellas insinuaciones crípticas de seducción sin consecuencias de los bribones y canallas de la alta sociedad. Nell había descrito a Alex como "algo así como un sinvergüenza", por lo que seguramente él sabría a qué se referían, o eso había razonado.

Todo lo que sabía era que apenas había logrado pasar de una tarea a otra en los últimos días sin que su mente volviera a caer en la suave alfombra al pie de su cama. La imagen de su cuerpo ágil, desnudo bajo sus manos, la perseguía mientras servía el té a las damas y se entretenía en las veladas.

Permitió que el señor Atlas le tomara la mano durante una excursión al pueblo para disfrutar de la sidra fresca, pero sus dedos se sintieron fríos contra su palma, y su corazón no se aceleraba como lo hacía cuando Alex Somers estaba en la misma habitación. Si debía estar destinada a casarse sensatamente, ¿por qué no experimentar un toque de lo prohibido antes de quedar ligada a otro?

No había mentido cuando le dijo que sospechaba de un juego sucio como explicación para su repentina enfermedad. Alex no parecía tomar muy en serio las amenazas que habían escuchado, aunque, para su crédito, no había surgido ninguna intriga respecto a su supuesto estatus de agente extranjero en la semana siguiente al incidente en la biblioteca.

Aun así, ellos nunca debieron enterarse. Todo había ocurrido en las sombras. Y al menos uno de los jugadores en este juego secreto no dudaría en cometer un asesinato en sangre fría por nada más que una sospecha mal dirigida. Gloriana sabía que debería haber sido la voz de la razón, detener los besos y enfocarse en resolver el misterio, pero era tan difícil en la bruma de placer que descendía sobre ella tan rápidamente cuando él la tocaba.

No había sido irracional ni exagerado sospechar que algo le había sucedido a Alex en los últimos días, especialmente considerando el momento. ¿Qué probabilidades había de que enfermara justo el día en que sabían que su habitación iba a ser registrada? El hecho de que realmente hubiera contraído la gripe era casi absurdo en su ironía.

¿Por qué cuando el miedo se convertía en alivio, uno siempre sentía el impulso de reír?

Sonrió delicadamente, acomodándose en su lugar en la mesa y sorbiendo un poco de su vino. Hizo las preguntas adecuadas para iniciar una conversación animada entre los que la rodeaban mientras esperaban el primer plato, ninguno de ellos consciente del modo en que su pequeño corazón retumbaba bajo la seda prensada de su vestido.

Realmente no sabía los detalles de lo que había propuesto, solo que le daría más de lo que había sentido durante aquel encuentro embriagador y delicioso algunas noches atrás. Era como si hubiera comido nada más que gachas toda su vida y de repente hubiera probado el pastel. ¿Qué chica no quería más?

Volvió a pensar en la frialdad de la mano del señor Atlas sosteniendo la suya. Era una tontería juzgarlo por eso, considerando que la temperatura había caído bastante en las últimas semanas y estaban al aire libre. Aun así, no podía imaginar esos dedos educados y correctos acariciando su cabello y explorando su piel, no podía creer realmente que despertaran el mismo calor eléctrico y placer. No podía imaginar que alguna vez fueran otra cosa que fríos.

Alex fue el último en llegar, lo cual no despertó sospechas. Después de todo, acababa de recuperarse de una enfermedad. Muchos de los invitados se levantaron para recibirlo, estrechando su mano y felicitándolo por su recuperación.

Parecía irradiar salud, pensó, mientras la luz de las velas creaba hilos dorados en su cabello y su mano firme estrechaba las de quienes lo saludaban. Cuando sonreía, su rostro se iluminaba. Sonreía mostrando los dientes, sin preocuparse en absoluto por mantener un aire de misterio, y al sentarse para disfrutar de la cena, se tomaba el tiempo de hablar con todos a su alrededor, sin considerar a nadie ni demasiado alto ni demasiado bajo para él.

Era pura suerte que Ruthie Somers hubiese decidido no asistir a la cena de esa noche. Había aparecido dos veces en los últimos días para unirse a las festividades, aparentemente indiferente tanto a la recepción inicial que había tenido en los eventos como a la notoria ausencia de su hijo del medio. Como Heloise, parecía tener muchas ocupaciones que la mantenían ocupada día a día y solo aparecía de vez en cuando, cuando el tiempo lo permitía.

Si Alex iba a reincorporarse a las reuniones seriamente, no podría evitar a su madre para siempre.

Él atrapó su mirada mientras le servían el vino, con un destello secreto en su mirada y una sonrisa apenas perceptible y cómplice en sus labios. Ella no pudo resistirse a devolverle la sonrisa, inclinando la cabeza para ocultar el rubor que ascendía por sus mejillas mientras su corazón daba otro golpe acelerado.

Lo habían sentado entre la sombría Lady Benton y el erudito Peter Applegate. Era verdaderamente increíble para Gloriana ver la rapidez con que logró que ambos sonrieran y se involucraran en la conversación en su extremo de la mesa. ¡Qué improbable era que surgiera una risa entre esos dos invitados en particular durante la charla de la cena!

Ella tenía sus propios dones para socializar, pero se acercaba a la gente desde una posición de halago y (a menudo fingido) interés compartido. Alex, en cambio, parecía simplemente tejer una red alrededor de quien estuviera cerca y atraerlos directamente a su propio mundo de humor y

despreocupación. Era realmente impresionante, pensó, aun sin su notable parcialidad a su favor.

Parpadeó para salir de su ensimismamiento y regresó a su propio extremo de la mesa y a las demandas de la socialité de mantener una conversación entretenida. Aunque era imposible resistirse a intercambiar alguna que otra mirada o sonrisa secreta con Alex Somers, ambos representaron sus papeles, creía ella, a la perfección, hasta bien pasado el postre.

Se había preguntado si debía cambiarse a algo más formal que su bata y camisón para llevar a cabo su negocio secreto esa noche. De algún modo, a pesar de la naturaleza atrevida de lo que estaba a punto de hacer y a pesar de que ella misma lo había sugerido, Gloriana se sentía extremadamente cohibida de aparecer en compañía mixta vistiendo tan poco.

Había tenido que recordarse firmemente que no se trataba de socialización educada, ¡ni un poco! Ponerse un vestido solo retrasaría el progreso de esta experiencia, y el manto de la noche no era infinito, después de todo.

No se molestó en trenzarse el cabello ni en recogerse como la vez anterior. Bien sabía ella que él solo desearía deshacer cualquier peinado a la primera oportunidad. Rara vez llevaba el cabello completamente suelto sobre los hombros de este modo, incluso en su casa de infancia. El efecto combinado de su escasa ropa y su cabello suelto era suficiente para hacerla sentir a la vez atrevida y dubitativa. Era una sensación extraña y no menos agradable.

Avanzó por los pasillos lentamente, cuidando que cada paso fuera silencioso y manteniendo sus sentidos atentos a cualquier movimiento en los pasillos. No sería apropiado que la atraparan, pero mientras detectara a otro paseante nocturno primero, siempre podría inventar una excusa en su defensa para deambular en plena noche.

En el instante en que la tenue luz que salía de la puerta entreabierta del dormitorio de Alex apareció a la vista, se quedó sin aliento. Se animó a sí misma a avanzar, decidida a vivir esta noche, a atesorarla en su memoria para siempre. Había sido cortejada y perseguida por todo tipo de hombres en Londres, había girado en los salones de baile más exquisitamente decorados del mundo, pero de algún modo este hombre absurdo y entrañable, en una finca fría en medio del campo, era el primero que realmente había deseado, el único que había hecho que sintiera la tentación de dejar de lado la cautela y la planificación para entregarse a los impulsos de la carne.

Solo pensar en su propio deseo hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo, despertando una hiperconciencia de la forma en que la suave tela de su bata se deslizaba contra sus pantorrillas desnudas y rozaba dulcemente sus muñecas.

No pudo resistirse a asomarse a la habitación antes de hacerse notar, curiosa por saber si lo sorprendería en un momento de inesperada vulnerabilidad otra vez. Tristemente, no pudo distinguir nada más que su sombra, justo fuera de su campo de visión. No era exactamente el adelanto que había esperado, aunque de todos modos fue placentero.

Ella empujó la puerta para abrirla más, haciendo una mueca al escuchar cómo chirriaban las bisagras, con el sonido pareciendo gritar a lo largo del pasillo vacío. Se deslizó en la habitación

tan rápido como pudo, cerrando la traicionera puerta tras de sí con el peso de su cuerpo, aliviada al oír el clic de la cerradura encajarse en su lugar.

La repentina aparición pareció sobresaltarlo, por la manera en que se giró bruscamente para ver quién había alterado el movimiento de su puerta.

Su respiración se detuvo al verlo, como si se hubiera materializado en carne y hueso por obra de sus fantasías juveniles.

No llevaba nada de la cintura para arriba, tal y como ella había imaginado, su torso lucía desnudo delgado y ágil a la luz de las velas. No dudó ni un segundo en recibirla; en lugar de eso, dio tres largas zancadas a lo largo de la habitación y hundió los dedos en su cabello, descendiendo sobre sus labios en un beso hambriento de bienvenida. El calor de su cuerpo atravesó las finas prendas que ella llevaba, enviándole un escalofrío que subió a sus mejillas y bajó directamente hasta la punta de sus pies.

Había esperado que se rodearan incómodamente al llegar, quizá discutiendo a qué habían venido antes de empezar. Jamás habría imaginado saltarse las formalidades de manera tan total e inmediata. Simplemente no era algo que hubiera encontrado antes, ni siquiera entre íntimos o familiares.

Debía admitir que esto era significativamente más placentero que el proceso que había imaginado, o más bien asumido.

Se apartó antes de que ella sintiera que había tenido oportunidad de reaccionar adecuadamente. Sus manos descansaban en sus hombros, pero aparte de eso, estaba bien atrapada contra la puerta, nuevamente a su merced.

—No podía convencerme de que realmente vendrías —susurró él, sus ojos absorbiendo los detalles de su rostro—. Realmente empezaba a pensar que lo había fantaseado todo y que, quizás, seguía enfermo y dormido en mi cama, y que la lasciva Gloriana Blakely que había propuesto este encuentro no era más que el sueño febril de un hombre desesperado.

—Si esto fuera un sueño —le susurró ella de vuelta, dejando que sus uñas se deslizaran por las líneas de su garganta para rodearlo por el cuello—, las bisagras de tu puerta no harían tanto ruido al moverse.

Su repentina carcajada fue contagiosa, y ella no pudo evitar sonreír en respuesta, incluso mientras lo mandaba callar.

—Quizá sería mejor que le pongas seguro a la cosa —añadió, mordiéndose el labio inferior mientras lo miraba a los ojos. ¿Cómo era posible que mirar a un hombre que la sostenía de esta manera, y no por primera vez, aún le hiciera sonrojarse tanto? Podía sentir el calor en sus mejillas y el rubor de emoción que latía bajo sus costillas.

Él arqueó las cejas, con una sonrisa burlona encontrando su camino hacia sus bien formados labios.

—¿Quiere que la encierre en mis aposentos, señorita Blakely?

—Bueno, no con esas palabras precisamente —rió ella, poniéndose de puntillas para probar sus labios otra vez, para entregarse a lo que había deseado durante tantos días seguidos y no había podido tener.

Había algo increíblemente indulgente en besarlo así. No era un momento robado en un rincón oscuro, donde la inminente amenaza de ser descubiertos apresuraba el encuentro, ni era un destello de calor que nublaba la mente, donde los besos, aunque deliciosos, parecían fundirse en un destello frenético de instinto primario. Este era un beso presente. Un beso de decisión, que podía durar tanto como ella quisiera y fijarse en una mente que estaba todavía—casi completamente—clara.

Podía ser juguetona de esta forma, se dio cuenta. Podía tomarse su tiempo, probar cosas distintas y ver qué sucedía. Con una risa nacida de esa sensación de libertad, mordisqueó suavemente su labio y se apartó, deslizándose por debajo de sus brazos con un giro, mientras sus vaporosas prendas de noche se arremolinaban alrededor de su cuerpo esbelto al alejarse de la puerta, dejándolo sin su premio cautivo.

Él no pudo reprimir una sonrisa al verla alejarse con gracia, dirigiéndose a la cama como una ninfa disfrutando de un claro en el bosque.

—Supongo que debo buscar la llave, entonces —suspiró él—, para que no pueda escapar de nuevo.

—Me atrevería a decir, Lord Alex —respondió ella con ligereza, echando la cabeza hacia atrás como si estuviera haciendo conversación en la más engreída de las salas de té—. Un captor que ni siquiera planeó hasta el punto de saber dónde se guarda la llave para evitar la fuga no parece un villano muy formidable.

—Cierto —asintió él, apartándose de la puerta. Se dirigió a un gran armario que estaba en un rincón alejado de su cama. Cuando lo abrió, ella notó que esas bisagras no chirriaban en absoluto.

Por lo que el personal de servicio sabía cómo engrasar las bisagras; simplemente optaron por dificultarle a Alex Somers escabullirse sin ser descubierto. Admitió en silencio que esto probablemente había sido una sabia precaución, especialmente cuando él era un joven bribón, aunque claramente podría salir por una ventana si era necesario. De alguna manera, saber que se había escapado de esa mansión innumerables veces, muchas de ellas probablemente en busca de jóvenes del pueblo, no llenaba a Gloriana de celos. Más bien, sentía un calor como de afecto, e incluso un poco de emoción.

Alex Somers era la persona más auténticamente sincera que ella había conocido en su vida. Se sentía cómodo en su propia piel, despreocupado de su estatus y parecía vivir siempre en el momento, incluso mientras murmuraba maldiciones en italiano para sí mismo mientras buscaba la llave de su habitación en una vieja sombrerera. Era encantador de una forma tan inesperada. Ella había observado cómo eso lograba desarmar y ganarse a los más rígidos de los invitados en la mansión durante las últimas semanas.

Ese cálido resplandor en su pecho, entrelazado con admiración, exasperación y diversión, era algo extraño. Había sentido ese tipo de calidez hacia amigos y familiares antes, suponía, pero nunca con la llama del deseo ardiendo en el centro. ¿Sería simplemente que había llegado a amar lo que le hacía sentir así? ¿Era esto lo que se sentía amar?

—¡Ajá! —exclamó él, lanzando la sombrerera al suelo y sosteniendo una llave de plata lustrada a la luz—. ¡Sabía que estaba aquí en alguna parte!

—Si tienes tanta dificultad para localizar tus propias pertenencias, no me llena de confianza pensar que nuestra espía tuvo éxito en su misión —dijo Gloriana, sus ojos siguiéndolo mientras él regresaba a la puerta y forcejeaba con la llave, obligando al mecanismo a pasar a través de sus escamas de óxido y su largo tiempo sin uso. Le costó un poco, pero finalmente el sonido de la cerradura encajó en su lugar.

—Tonterías —sonrió él, dejando la llave de plata en la cerradura mientras se dirigía rápidamente hacia donde ella estaba, al lado de la cama—. Fue una sirvienta. La ladrona, probablemente, y ya se ha marchado con sus dos cómplices, y estoy perfectamente seguro. No hay nada de qué preocuparse esta noche, salvo por cómo disfrutar mejor el uno del otro.

Ella asintió, sofocando la incertidumbre que tironeaba en su pecho, al menos por ahora. Parecía que su premonición de una charla incómoda podría volverse realidad si se permitía seguir haciendo comentarios y observaciones de este tipo.

—¿Debo sentarme? —comenzó a preguntar, pero apenas las palabras salieron de su boca, él ya la había alzado en brazos, atrapando su grito de sorpresa en un beso, y trepó a la cama con su cuerpo anidado en sus brazos fuertes.

La acomodó en el lujo emplumado de su cama, acunando su mejilla con una mano mientras se arrodillaba sobre ella, besándola lentamente, de la misma manera en que ella lo había hecho cuando se besaron en la puerta. Reflexionó, en algún lugar entre pensamientos nublados por el placer, que quizá él también había comprendido que era la primera vez que no se veían obligados a apresurarse ni frenéticos por una pasión inesperada.

Sus labios se separaron de los de ella mientras la miraba, deslizando los nudillos por el hueco de su hombro y a lo largo de la curva de su cintura.

—Glory —dijo él, con la voz de algún modo más profunda, más seria—, debes decirme si deseas detenerte o si hemos ido demasiado lejos. Solo quiero compartir contigo una noche que te traiga una sonrisa al recordarla, y nunca un atisbo de arrepentimiento.

—Confieso —replicó ella, estremeciéndose de placer mientras sus manos la calentaban a través de las finas capas de su ropa—, que no tengo la menor idea de qué traerá esta noche. Sin embargo, si solo debo avisarte si deseo que te detengas, creo que puedo manejarlo.

Los ojos de él brillaron, las llamas de las velas en las paredes reflejándose en sus iris de un verde esmeralda.

—Muy bien —dijo suavemente, recostándose a su lado y tirando de ella hasta que ambos

quedaron de costado, frente a frente. Continuó acariciándole el costado del cuerpo, sus ojos recorriendo el etéreo material que llevaba puesto—. Para preservar tu virtud —dijo, en un susurro apenas audible—, podemos tocarnos cuanto queramos y besarnos hasta saciarnos. El verdadero placer está en experimentar nuestros cuerpos como uno, y aunque el acto final de amor es quizás la manera más satisfactoria de lograrlo, no es la única. ¿Quieres que te toque, Gloriana?

Ella asintió, tragando con dificultad al sentir cómo su interior se encendía ante esa pregunta.

Sus ojos bajaron hacia la cinta en su cintura, mientras sus dedos rozaban el nudo. Deshizo el lazo de satén y empujó la bata, revelando sus hombros desnudos y el delgado tejido de su camisón, que flotaba sobre su piel de porcelana al verse liberada de su envoltura.

El aire fresco de la noche reavivó el escalofrío de su piel, con sus pezones endureciéndose contra la tela liviana de su camisón mientras él le quitaba suavemente la bata de los brazos, uno a uno. Sus ojos la devoraban, concentrados en las revelaciones de tan poca ropa, pero aún no se movía para despojarla completamente.

Se inclinó hacia adelante para saborear el hueco de su garganta, usando uno de sus pesados muslos para hacer que ella se girara de espaldas mientras él se ubicaba sobre ella.

Ella jadeó ante el peso repentino, ante el calor que surgía donde su lengua se deslizaba por la delicada superficie de su piel. Su muslo musculoso le separaba las piernas, descansando contra el núcleo de su deseo, su lugar más secreto y tierno, con solo un delgado velo de muselina y el suave cuero de sus pantalones separando piel de piel.

No pudo resistirse a tocarlo también, a acariciar la piel ardiente en la nuca y trazar los músculos de sus brazos mientras él mantenía su cuerpo suspendido sobre el de ella. Se retorció bajo él mientras sus besos descendían de su garganta a la clavícula, con su lengua deslizando y rozando la piel que encontraba especialmente placentera, y sus dientes mordisqueando con afecto en lugares que consideraba merecedores de ello.

Sus manos recorrieron sus pechos, sus dedos rozando las endurecidas puntas de sus pezones, deteniéndose allí al escuchar el suspiro que ese toque particular le provocaba.

—He soñado con estos pechos —murmuró contra su piel—, imaginándolos desnudos, expuestos y rogando por mi caricia.

—No tengo mucho pecho —gimió ella, capaz aún de sentirse cohibida en un momento como ese.

—Tienes los pechos perfectos —corrigió él, apretando sus pechos en sus manos mientras sus pulgares rodeaban sus pezones—. Y ya no tengo que soñar con disfrutarte de esta manera.

Ella abrió la boca para responderle, para hacer algún comentario ingenioso, pero el muslo que él presionaba en su centro mientras sus manos le provocaban esos pequeños destellos de electricidad la dejaron en completo silencio. Solo lo observó con asombro mientras él desataba la parte superior de su vestido, deslizando la muselina hacia abajo hasta que la curva de sus pechos salió a la vista, con las coronas rosadas alrededor de sus pezones elevándose sobre el tejido blanco cremoso.

Él se mordió el labio, con sus ojos fijos en una revelación que se desarrollaba lentamente por su propio diseño, como si deseara alargar el momento tanto para su placer como para el de ella.

No podía soportarlo, no podía esperar y dudar y anticipar de esa forma. Se arqueó, hundiendo los hombros en el colchón hasta que sus pechos emergieron sin la ayuda de esas manos habilidosas, desnudos ante su mirada en las sombras de la noche.

Él parpadeó sorprendido, tomando una profunda respiración ante la repentina revelación de esa parte de ella con la que afirmaba haber soñado.

—Traviesa —la reprendió en un susurro juguetón, sus manos regresando a sostener sus pechos mientras su boca descendía una vez más sobre la de ella.

Esta vez no fue paciente ni se detuvo. Su lengua se abrió paso entre sus labios, caliente y exigente, y sus manos tomaron libertades sobre su cuerpo que ella nunca habría imaginado. Repitió el camino que había tomado antes, besando su cuello y descendiendo con besos, mordiscos y caricias hasta su pecho. Solo que esta vez, no se detuvo en su clavícula. Esta vez, usó sus manos para levantar sus pechos como si fueran frutos maduros que deseaba saborear urgentemente.

Sus manos volaron a sus hombros, sus uñas arañaron ligeramente, las yemas de sus dedos siguiendo el movimiento de los músculos bajo la cálida piel de él mientras él giraba su lengua alrededor de sus pezones, atrapándolos en su boca para succionar y lamer a su antojo.

Se encontró instintivamente subiendo una pierna a lo largo del muslo que él mantenía presionándola contra la cama, usando la planta desnuda de su pie para trazar las líneas de sus piernas, aún cubiertas por sus pantalones, mientras él la acariciaba de manera tan descarada, degustándola como si le perteneciera.

Él emitió un sonido, como un ronroneo en su garganta, moviendo las caderas hacia atrás y retirando su muslo de donde lo había mantenido firmemente entre sus piernas. Casi protestó, pues la ausencia de su calor y presión la dejaba deseando.

En cambio, él besó la punta de cada uno de sus pechos, incorporándose para mirarla. Sus ojos se habían oscurecido con el impulso primitivo que los había poseído a ambos algunas noches antes, y sus manos se movieron rápidamente, deslizando la tela de su camisón sobre sus rodillas y subiéndola hasta sus muslos.

—Oh —logró decir, con la voz espesa y aturdida, al comprender lo que él pretendía. ¡Iba a tocarla *allí*, en un lugar que apenas ella misma se había atrevido a explorar!

No se apresuró a hacerlo ni levantó su ropa por completo, revelándola ante él de inmediato. Parecía que a Alex Somers le gustaba una revelación lenta. En lugar de mirarla directamente, fijó su atención en su rostro mientras acariciaba el interior de sus muslos y le abría las rodillas con suavidad.

Uno de sus pies seguía descansando contra la pierna de él, como si se aferrara mientras sus manos la exploraban. Iba acercándose para tocar su lugar más prohibido de una manera

desesperantemente paciente. Cuanto más se aproximaba, más lo deseaba. Cuanto más la tocaba, menos podía preocuparse por esa parte de sí misma y la impresión que pudiera causar.

A pesar de su avance, él parecía mucho más interesado en su rostro que en observar sus propias caricias. Cuando sus pulgares finalmente llegaron al borde, acariciando la piel aterciopelada en el umbral de sus labios inferiores, ella creyó que podría desmayarse en ese instante por la intensidad de la sensación que la recorrió.

Estaba casi segura de que, si él hubiera decidido tocarla ahí de inmediato, no habría sentido nada tan explosivo. Estaba convencida de que hacerlo ella misma no habría tenido ni remotamente el mismo efecto. Entonces, ¿cómo era que esa lenta aproximación había construido las bases de una sensación tan poderosa? ¿Cómo lo había logrado?

No tuvo tiempo de preguntárselo, con su pecho subiendo y bajando a un ritmo acelerado mientras él exploraba cada vez más cerca del centro, tratando cada centímetro de piel bajo sus dedos como igualmente precioso y deseable al tacto.

Ella podía sentir una calidez sedosa y resbaladiza que se deslizaba sobre sus dedos, ayudándole en su exploración. No podía obligarse a mantener los ojos abiertos, por más que deseara fijar esas sensaciones en su memoria, y se encontró con las pestañas revoloteando sobre sus mejillas y sus labios entreabriéndose en un suspiro silencioso mientras él hacía las cosas más maravillosas bajo su falda.

—¿Te gusta cuando hago esto? —murmuró él, tanteando la entrada con la yema de su dedo, deslizando apenas un poco dentro de ella de una manera que jamás había imaginado.

Ella asintió, sin confiar en su voz, con sus caderas arqueándose en silencio contra su mano en una súplica muda de más, de que esto durara para siempre. Escuchó cómo él contenía el aliento y esperó que fuera una señal de aprobación ante su entusiasmo. Y ciertamente parecía serlo, ya que continuó abriéndose paso, muy lentamente, en su lugar más íntimo, usando el pulgar para seguir trazando círculos y provocando las zonas más sensibles en el exterior al mismo tiempo.

Él encontró un ritmo en esto, una forma de tocarla que la hacía respirar con desesperación superficial y encoger los dedos de los pies en las sábanas de seda. En lugar de detenerse, se inclinó, regresando su boca a sus pechos, aparentemente decidido a superponer cada placer decadente que había descubierto hasta ahora hasta hacerla estallar, dejando solo un rastro brillante en su lugar.

Con cierto asombro, se dio cuenta de que estaba jadeando, de que la urgencia creciente que recorría su cuerpo se volvía cada vez más insistente, y no tenía la menor idea de cómo responderle. Si pudiera controlar esa sensación creciente, esa alarma física, no estaba segura de tener la voluntad para hacerlo, pues era tan deliciosa como inquietante, y parecía afilarse aún más con los dedos y la lengua de Alex, su aroma y el peso de su cuerpo, todo combinado en un esfuerzo concentrado para empujarla directamente al borde de la locura y a un lugar del que nunca volvería.

—Alex —jadeó, con sus dedos clavándose en sus hombros, y sus rodillas presionándose contra sus piernas—. Alex, oh, ¿qué es esto?

Él no respondió, ni detuvo ni cambió sus movimientos. Sospechó que sentía la curva de una sonrisa en sus pechos, una tensión en su espalda musculosa, como si estuviera satisfecho con su propio trabajo. No hubo tiempo de pensar en ello, ni de preguntarse qué estaba sucediéndole.

La ola culminante se rompió en un súbito choque de sensaciones, arrasando con sus sentidos y dejándola suspendida en una nada ciega, sorda y muda, donde no existía nada en el mundo salvo su cuerpo interactuando con el de Alex. No había más que un placer tan potente que haría perder el equilibrio a cualquier mujer.

La alcanzó una vez, dos veces, y una vez más, cada ola un poco más débil que la anterior, pero no menos milagrosa. No se dio cuenta de cuándo él retiró la mano de su interior, ni de cuándo besó su camino de regreso hasta su garganta, abrazándola contra él mientras cabalgaba el caos de las reacciones de su cuerpo en cada nuevo pico de descubrimiento.

Cuando finalmente las cosas parecieron aquietarse, en lo posible con el zumbido que parecía envolver su cuerpo en el regocijo del después, permitió que sus músculos se soltaran, relajándose en el cálido abrazo del hombre que la sostenía firme contra él.

—¿Todo está bien? —preguntó suavemente, apartando con ternura el cabello húmedo de su frente.

Ella asintió, tragando con algo de dificultad por la repentina sequedad en su garganta—. Alex —murmuró, con los ojos abiertos de asombro—. ¿Me enseñarás a hacer esas cosas?

—¿A ti misma? —preguntó él, levantando las cejas con un tono de marcado interés en la voz.

—No —respondió, sus respiraciones aún débiles y entrecortadas—, a ti.

Él pareció congelarse, conteniendo el aliento y deteniendo la caricia de su mano en su espalda. Después de un momento, le levantó el mentón hasta que sus ojos se encontraron con los suyos, sus ojos oscurecidos y profundos.

—¿Quieres tocarme así? —preguntó, la profundidad de su voz resonaba en su pecho y atravesando el suyo, fundido con el de él como estaba.

—Por supuesto —respondió, lamiéndose los labios para deshacerse de la sequedad y parpadeando para disipar la bruma de sus ojos. Con suavidad, colocó su mano en el centro de su pecho, sintiendo su latido bajo sus dedos—. Sí, quiero.

Él asintió, sosteniendo su mirada, y tomó esa mano en la suya, frotando círculos con el pulgar en su palma. La guio hacia abajo, sobre la pretina de sus pantalones, hasta el lugar entre sus piernas que lo distinguía como hombre.

Ella contuvo el aliento, con su mano asentándose sobre la rígida protuberancia bajo el suave cuero que él llevaba, el calor de su piel era palpable y embriagador. Él le permitió explorar, trazar la forma de su virilidad a través de la tela mientras trabajaba en los cordones que mantenían sus pantalones atados, con su respiración entrecortada en el pecho.

—No tomará mucho tiempo —dijo con una media sonrisa que parecía casi una disculpa—. Me temo que tienes ese efecto en mí.

—Oh —respondió ella, preguntándose si acaso había tardado demasiado. Esperaba que no. Esperaba que él no pensara que era menos que absolutamente devastadoramente atractivo para ella. Quizás luego le preguntaría cuál era el tiempo usual para estos encuentros.

Él levantó las caderas, enganchando los pulgares bajo la pretina y bajando los pantalones sobre los dos huesos angulados que marcaban sus caderas. Ella no pudo resistirse a mirar hacia abajo, dejando la embriagadora conexión de sus ojos para observar la curiosidad primitiva de su cuerpo.

El vello cobrizo que se extendía en una línea fina desde su pecho hasta su ombligo continuaba más allá del umbral oculto de su ropa. Se enredaba sobre el plano esbelto de su abdomen, llegando a un grupo de rizos dorados que enmarcaban su virilidad.

Había visto esa parte del cuerpo en esculturas y pinturas, y pensaba que estaba preparada para la impresión que causaría en persona. Sin embargo, en lugar de una modesta anatomía que pudiera ocultarse bajo una hoja de higuera, su miembro era imponente, rígido y parecía palpar con deseo propio.

No esperó a que él volviera a tomar su mano. En cambio, deslizó sus dedos sobre el rastro de vello, bajando hasta rodear esa parte extraña y cautivadora de él, que parecía ansiar su toque con desesperación. Al tomarlo de esa forma, sintió que él contenía la respiración y un ligero espasmo recorrió su cuerpo bajo el de ella, un placer inmediato y gratificante.

Pensó que los vestigios primordiales de la bestia en su interior sabían instintivamente que esa parte de él estaba destinada a conquistar la suya, y solo con gran esfuerzo su mente evolucionada y moderna pudo acallar ese deseo abrumador. A pesar de haber experimentado tal placer, de algún modo quería más. Lo quería todo de él.

—Así —murmuró él, rodeando su mano más pequeña con la suya, guiándola a lo largo de su extensión—. No tengas miedo de apretar.

Ella asintió, apretando su agarre mientras él le enseñaba un movimiento suave y deslizante que le proporcionaba placer. Él había predicho que sería algo rápido, y quizá había anticipado que ella aprendería pronto a imitar el toque que él disfrutaba, porque su mano se retiró rápidamente, dejándola en control total, con sus leves jadeos de placer llenándola de un deseo de llevarlo al mismo abismo del que ella acababa de regresar.

Comprendió, al escuchar esos sonidos de placer escapar de su garganta, por qué él había querido observar su rostro. Inclino su rostro hacia arriba, moviéndose para besar la hendidura de su garganta, para saborear la sal en su piel y morder la carne tierna allí. Sabía que una sola noche no sería suficiente.

—Sí —gimió él, sus dedos clavándose en los músculos de su espalda—. Sí, amor mío, solo un momento más. Así, justo así.

Ella no respondió, sus besos subieron por su mandíbula, deteniéndose solo cuando él inclinó su

cabeza para capturar sus labios en un beso, un ancla al mundo mientras él caía en el éxtasis. La besó con fuerza, todo en él pareciendo arder en un instante de necesidad elevada.

Ella se quedó cautiva, aferrada firmemente a su cuerpo mientras su virilidad se flexionaba en su mano, liberando un torrente de líquido ardiente como testamento de su satisfacción. Ella soltó su agarre, permitiéndole mecer las caderas en un último y suave vaivén contra sus dedos.

Su cuerpo pareció relajarse, incluso sus labios sobre los de ella se volvieron suaves y dulces.

Durante algún tiempo después, ambos permanecieron quietos, enredados el uno en el otro, con sus labios rozando la frente de ella mientras sus cuerpos se fundían. Fue solo un momento, pero en él el mundo pareció girar un poco más despacio, preservando su silencio sin aliento en un instante robado de perfecta calma.

Capítulo Dieciocho

Alex se tomó su tiempo para levantarse de la cama, sirviendo dos vasos de agua de la jarra que tenía en la mesita de noche y entregándole uno a una Gloriana aturdida y hermosamente despeinada antes de ir en busca de un pañuelo para limpiarlos. Se abrochó los pantalones con dedos que aún sentía algo entumecidos, su cabeza nadando todavía con la intensidad de su clímax.

Su intención había sido únicamente complacerla esta noche. De hecho, pensaba que eso era todo lo que ella había sugerido antes en la biblioteca. No se había dado cuenta de cuánta tensión acumulada llevaba hasta este momento de reflexión tras el desenlace. No estaba seguro de haber deseado tanto a una sola mujer, ni siquiera cuando era un joven inexperto.

Regresó a la cama y se sentó junto a ella, limpiando sus dedos de su semilla con suaves pasadas del pañuelo en su mano. Ella era dócil así. Confiada. Le permitía hacer ese acto íntimo sin siquiera una palabra de curiosidad o protesta, con su vestido aún desatado y arrugado alrededor de su cuerpo recostado.

Dios, cómo deseaba que pudiera quedarse. Parecía la cosa más natural y correcta del mundo que él pudiera deslizarse en la cama, apagar las velas y quedarse dormido en paz con ella anidada en sus brazos.

Era curioso que normalmente fueran sus amantes quienes le dijeran esas palabras mientras él se apresuraba a salir antes de que el esposo enfurecido llegara a casa. Quizás nunca había tenido el lujo de contemplar pasar una noche entera con una mujer, o quizá simplemente nunca había conocido a una que le hiciera quererlo antes.

A pesar de toda la racionalidad en su cabeza que le decía que debía apresurarla de vuelta a su habitación mientras aún reinaba la calma en la mansión, se metió de nuevo en la cama junto a ella, atrayéndola de nuevo a sus brazos y disfrutando del peso de su cabeza descansando tan contenta en su hombro.

Hubo mil impulsos ansiosos que tuvo que reprimir. El deseo de pedirle que detallara, en un lenguaje amplio y tranquilizador, cuánto había disfrutado de este encuentro era sorprendentemente poderoso. De algún modo lo resistió, eligiendo en cambio inhalar el aroma floral de su cabello enredado, que los envolvía a ambos, como una doncella de un bosque encantado que lo hubiera considerado digno de una visita.

—No sé si debería calificar esta noche como un punto a favor de mi fiesta o una señal de que ya he abandonado todos mis objetivos originales —suspiró ella con felicidad, trazando un dedo sobre su pecho—. Debía asegurar una propuesta para mí y una selección de prometedoras oportunidades laborales para ti. En cambio, hemos terminado atrapados en el espionaje, hemos fallado miserablemente en desentrañarlo, y... bueno, en esto, supongo.

—Yo lo llamaría un éxito rotundo —se rió él, plantando un beso cariñoso en la coronilla de su cabeza—. Y al menos ambos podemos tachar “maestro espía” de cualquier lista de ocupaciones futuras.

Ella resopló.

—Bueno, quizá tú puedas. Yo creo que sería bastante hábil con el entrenamiento y la preparación adecuados.

—Quizá lo serías —coincidió él, sintiéndose reconfortado por la forma en que podía sentir la curva de su sonrisa contra su piel desnuda—. No estoy seguro de en qué sería hábil yo.

Ella se apartó de su abrazo lo suficiente como para poner una mano en su pecho y alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres decir? Claramente has impresionado a nuestros dos burócratas en la fiesta. Serías una elección excelente para algún cargo político.

—¿Yo? —se rió, sacudiendo la cabeza ante lo absurdo de la sugerencia. Se acomodó contra el cabezal para poder sentarse, mirando a esta fascinante mujer que creía tales cosas desconcertantes—. No podría confiar en mí mismo con semejante responsabilidad. Un solo error y habría condenado a un grupo de pobres diablos a la pobreza o mandado a exploradores a su muerte por no haber leído bien un mapa.

Ella sacudió la cabeza, poniendo los ojos en blanco.

—No todos los cargos gubernamentales son tan elevados —dijo—. Conozco a un hombre cuya única labor consiste en revisar los guiones para las obras de teatro de nuestros teatros locales. Elimina cualquier cosa que pueda ser objetable, asiste a una o dos funciones, y recoge su estipendio de la Corona y sus agradecimientos.

—¿Cómo consiguió ese puesto? —Alex abrió los ojos con asombro—. ¡Qué afortunado!

Ella negó con una risa.

—Te sorprendería la cantidad de cargos que son así de simples. Creo que serías un embajador o delegado excelente, Alex, especialmente con aquellos a quienes es difícil encantar. No sería casi trabajo para alguien que claramente disfruta dismantelando las barreras de los demás.

La idea nunca se le había ocurrido. Al principio, le pareció ridícula. Imposible. No podía confiar en sí mismo para tareas sencillas, mucho menos para el éxito de operaciones gubernamentales y su impacto en el futuro de Gran Bretaña. Seguramente no. Pero la forma en que ella lo planteaba lo hizo preguntarse... o tal vez lo que sentía era esperanza.

—Esa suena como una tarea en la que tú misma serías particularmente hábil, mi dulce señorita Blakely —sonrió él—. Una mujer tan hermosa no necesita ser tan absolutamente desarmante en su gracia social, y sin embargo lo eres. Quizá tú merezcas el puesto más que yo.

—Oh, sin duda —ella sonrió, con un brillo travieso en los ojos—. Lamentablemente, solo puedo aspirar a servir en las sombras, detrás de un hombre poderoso, como medio para alcanzar ese sueño. Es por eso por lo que he rechazado tantas propuestas y llevado a mis padres al borde de olvidar por qué alguna vez pensaron con tanto cariño en mí, sabes. No puedo condenarme a una vida tranquila en el campo, donde no hay alegría ni festividades y nunca hay nadie nuevo que conocer. ¿Por qué ese siempre es el destino de las esposas bien casadas?

—¿Y estás segura de que el señor Atlas no te exiliará a una finca en el campo, para que nunca te vuelvan a ver? —preguntó él con escepticismo.

—No lo hará —ella negó con la cabeza, apartando los ojos de su mirada ante esta pregunta. Cuando volvió a hablar, su voz era más suave, casi como una disculpa—. Un hombre en su posición se beneficia de una esposa que lo acompañe para ayudar en sus gestiones diplomáticas. La mayoría de los gobernadores que visita en las Indias tienen esposas, y durante la temporada en Londres, muchos eventos de la élite son a puertas cerradas y solo con familias establecidas. No soy la pareja perfecta para él, ni pretendo serlo, ya que mi padre es solo un caballero y no tenemos gran fortuna ni títulos que ofrecer, pero sería un arreglo mutuamente beneficioso y no me condenaría a una vida solitaria, encerrada lejos del mundo.

El pecho de Alex se tensó al escucharla hablar de esta manera, escuchando cómo había tenido que negociar para asegurar un futuro tolerable. Una mujer como ella debería poder elegir entre reyes y dioses. No estaba seguro de si conocer su razonamiento para elegir al señor Atlas hacía que la intención de casarse con él doliera más o menos. Quizá una parte de él habría podido sobrellevarlo mejor sabiendo que ella sentía pasión por ambos y simplemente deseaba explorar lo que uno tenía para ofrecer antes de comprometerse con el otro.

—No quiero hablar de matrimonio ni de otros hombres —dijo ella, inclinándose hacia él y apoyando su cabeza en su hombro—. Solo quiero estar aquí contigo hasta que deba ser desterrada de vuelta a mi solitaria habitación. Quiero que la magia dure tanto como sea posible.

—¿Magia? —la provocó él, rodeándola con un brazo—. ¿Así que soy un hechicero después de todo, señorita Blakely?

Ella suspiró con fingida rendición.

—Sí —confesó—, el hechicero más peligroso que estas tierras hayan conocido, y he caído voluntariamente en tu hechizo.

—Ah, no temas —dijo él con una risita, apoyando la mejilla en la coronilla de su cabeza—, tu magia me tiene atrapado también.

Alex no pensó que podría dormir después de acompañar a Gloriana de regreso a su habitación antes de que los primeros rayos del amanecer pudieran delatarlos a ambos.

Se deslizó de vuelta en su cama, que de repente parecía demasiado grande, y tiró de las cobijas sobre él, inhalando profundamente los últimos vestigios de su aroma. Tomó la almohada sobre la

que ella se había recostado y la acercó a su lado de la cama, enterrando la nariz en ella e intentando recordar los detalles más finos de la noche que acababan de compartir.

De algún modo, antes de que siquiera hubiera rememorado el hallazgo de aquella llave plateada, las oscuras horas de la noche se le escaparon, arrastrándolo hacia un sueño profundo y satisfecho que solo podía ser el resultado de la liberación física que había disfrutado antes. Despertó sintiéndose inusualmente renovado, emocionado por empezar el día y por buscar otro momento robado o diez con la siempre encantadora señorita Blakely.

La lúgubre neblina que había descendido sobre la mansión parecía haberse disipado un poco, dejando pasar algunos rayos de sol que iluminaban los terrenos. No era precisamente un día hermoso, pero sí una mejoría, y eso bastaba para levantarle el ánimo mientras se dirigía a su guardarropa, reflexionando sobre las opciones que podría encontrar en el desayuno.

Mientras se vestía, echó un vistazo a los dos vasos de agua, colocados uno al lado del otro junto a la jarra. Probablemente ningún sirviente exigiría una explicación de algo tan curioso, pero, aun así, tomó uno de los vasos, vació su contenido en el otro y se dispuso a esconderlo en su guardarropa hasta la noche siguiente. Después de todo, cualquier precaución para proteger la reputación de Gloriana era prudente, por paranoica que pareciera.

Satisfecho de que sus malvados actos quedaran ocultos en la disposición de su habitación, salió al pasillo, ansioso por ver qué le deparaba el día. No fue hasta llegar a las escaleras que una repentina sensación de tensión, como si algo anduviera mal, surgió desde la planta baja.

—No sabía que esperábamos a otros invitados —dijo una voz femenina con entusiasmo, una de las invitadas a la que él había prestado tan poca atención que no podía reconocer por la voz.

—No lo sé —respondió Gloriana, con su voz clara como una campana. Sin embargo, había algo que erizaba la piel en su tono—. No esperábamos a nadie más.

Vaciló, asomándose sobre la barandilla para ver la gran entrada abierta de par en par, dispuesta a recibir a esos visitantes que llegaban tarde. Cuando la carroza crujió al detenerse en el camino de guijarros y los caballos fueron instados a parar, sintió un escalofrío helado recorrerle las venas. Quizás era intuición, o quizá había desarrollado una conexión más profunda con la joven allí abajo, cuya reacción debía ser una versión mucho más intensa de la suya.

Sí, de alguna manera no se sorprendió cuando ella dijo, con una voz rígida y apenas disimulando el horror:

—Mis padres están aquí.

Capítulo Diecinueve

Para Gloriana, era verdaderamente injusto que una mañana tan perfecta pudiera ser destrozada tan completa y rápidamente

Aún no había logrado cruzar el umbral hacia el césped. En su lugar, se quedó en la gran entrada, donde el fresco viento otoñal deshacía algunos mechones de su cuidadosamente peinado cabello y creaba arrugas en su vestido, elegido con tanto esmero. ¿Por qué no destruir de una vez todo lo que había planeado para el día y ahorrarse el dolor de una desesperación gradual y continua?

Rose había pasado a su lado para ir a saludar a la carroza, sin siquiera una mirada de disculpa o una palabra de preocupación. Claro que ella no notaría nada raro, ¿verdad? Pues Gloriana sabía con absoluta certeza que no estaría tan despreocupada y ligera de pies si la madre de Rose fuese la que bajara de esa carroza, sin previo aviso y con rencores a cuestas.

Rose seguramente creía que estaba restaurando la paz. Siempre había sido la favorita de Sir Reginald, tal vez porque no tenía un papá propio que la consintiera. Lo saludó con un abrazo afectuoso, besando ambas mejillas enrojecidas de él mientras su risa alegre se llevaba por el viento.

La señora Polly Blakely, la madre de Gloriana siempre había sido un poco más reservada que su esposo y su hija. Descendió con cuidado, su delgada figura envuelta en abundante piel, como si la falta de relleno en su persona la hiciera mucho más susceptible a los vientos helados del norte.

Tan concentrada estaba en sus padres que Gloriana no notó la llegada de Alex, que apareció silenciosamente a su lado. No fue hasta que tomó su mano entre la suya que ella se sacudió de su ensimismamiento. Aceptó el calor de sus dedos, y su helado temor se vio levemente aliviado por ese pequeño respiro.

Él le dio un apretón clandestino en los dedos, una unión prohibida de manos oculta entre las capas de su falda rosada y los pliegues de la chaqueta de mañana de él. Luego, presionó algo frío y estrecho en su palma y se alejó antes de que alguien pudiera notar que estaban tan sospechosamente cerca el uno del otro.

Ella envolvió el pequeño regalo con los dedos; la forma de una llave se le hizo inmediatamente evidente entre sus dedos. Lo miró curiosa, inclinando sutilmente la cabeza.

—¿Debo guardarla para que no la vuelvas a perder? —susurró.

—Guárdala por muchas razones —respondió él suavemente—. Que te recuerde que eres tu propia dueña, sin importar lo que otros demanden de ti.

Ella se ablandó; algo en el tono de él la reconfortaba a pesar de las circunstancias.

—Solo me recordará a ti, Alex.

—Entonces está bien —respondió, esbozando una media sonrisa—. Tal vez ese era el resultado que quería, de todos modos.

Guardó la llave en la cinta de su cintura, tomando una respiración profunda mientras se preparaba para enfrentar lo que la esperaba afuera. Y pensar que había comenzado la mañana preguntándose únicamente cómo sería entre ella y Alex Somers después de haber compartido tanta intimidad la noche anterior.

Había anticipado todas las variables, los factores que habían cambiado, y se había preparado para comportarse con normalidad en su presencia después de que él la hubiera visto así, la hubiera tocado de esa manera. Si hace solo unos momentos hubiese considerado cuál sería el mayor desafío para el día, habría sido la preocupación de estar en su compañía, algo que, sin embargo, le seguía resultando tan natural como despertarse al amanecer.

Sabía que él estaba detrás de ella mientras daba esos pasos difíciles fuera de la protección de Somerton y hacia el aire fresco de la mañana. Colocó su sonrisa más amable, practicada y perfeccionada bajo la tutela de la señora Arlington, y saludó hacia la carroza justo en el momento en que su mamá giró la cabeza y la vio acercarse.

—Mi querida niña —exclamó Polly, abriendo los brazos para envolver a Gloriana en un abrazo extremadamente bien aislado entre sus pieles—. ¡Te hemos extrañado tanto!

—No ha pasado tanto tiempo —respondió Gloriana, con una despreocupación ligera en el tono que contrastaba con la ansiedad que crecía en su pecho—. ¿Te ha vuelto loco papá?

—¿Yo? —bufó Sir Reginald, balanceándose sobre los talones en anticipación de su turno para abrazar a su hija—. ¡Ni pensarlo!

Polly sonrió indulgente, pero no comentó más sobre el efecto prolongado de su esposo en sus nervios. Gloriana tenía la sospecha de que quizás estaban disfrutando de su tiempo a solas, a pesar de su aparición repentina en Yorkshire. Aun así, era encantador sentir nuevamente el calor del abrazo de su padre, estar en su presencia sin necesidad de llorar o disculparse.

Mientras llevaban el equipaje al interior de la mansión y los invitados que se habían reunido en el césped decidieron que los acogedores interiores eran mucho más interesantes que los recién llegados, todos regresaron al cómodo abrazo de Somerton.

Gloriana permaneció en el vestíbulo, ignorando deliberadamente la penetrante mirada del retrato de Heloise Somers mientras sus padres eran escoltados escaleras arriba hacia sus habitaciones. Solo entonces se volvió hacia Rose, quien mantenía las manos unidas al frente, con una sonrisa incierta en el rostro.

—¿No estás contenta? —preguntó.

—¿Por qué piensas que no lo estoy? —respondió Gloriana con calma, cuidando de no revelar el torbellino que sentía en su interior.

Rose dio un paso adelante, con el ceño fruncido.

—Es solo el tono que usaste al ver que habían llegado. Pensé que estarías muy aliviada de tener un reencuentro agradable, considerando lo angustiada que estabas cuando salimos de Londres.

—Pero sigo siendo culpable de los mismos crímenes de hace seis semanas, Rose —suspiró Gloriana—. Esperaba escribirles solo una vez asegurado el compromiso, como una forma de disculpa.

—De acuerdo —respondió Rose, con un brillo secreto en los ojos—, según entiendo, Nathaniel Atlas es un hombre tradicional. Me preguntó cuándo y si tus padres llegarían, ya que tenía un asunto importante que discutir con Sir Reginald.

Gloriana se congeló, segura de que en ese momento sus zapatillas habían echado raíces y la anclaban al suelo. Durante un instante, realmente no pudo moverse, una extraña tensión la inundaba de pies a cabeza, una mezcla de alivio y temor. ¡Qué extraño experimentar una emoción que no podía nombrar!

—¿Glory? —dijo Rose, extendiendo la mano para tocar su brazo—. ¿Estás bien? Pensé que estarías eufórica. Por eso permití que fuera una sorpresa.

—Estoy bien —dijo Gloriana con una voz que sonaba mucho más frágil de lo que habría querido. Esbozó una sonrisa débil de disculpa—. Es solo un choque repentino, varios choques repentinos a la vez. Quizás mi fortaleza no es tan firme como me gustaría.

—Tonterías —bufó Rose, atrayendo a su prima hacia un abrazo propio.

No pareció molestarle cuando Gloriana la abrazó con todas sus fuerzas, enterrando el rostro en el cuello de su prima. Por este momento, Glory era una niña pequeña otra vez, confiando en que su valiente, fuerte y maravillosa prima mayor la rescataría de cualquier cosa aterradora o desagradable. Inhaló profundamente, cerrando los ojos mientras saboreaba la seguridad de ese abrazo, y luego se retiró con solo un par de lágrimas asomando en las esquinas de sus ojos.

Había mil cosas que deseaba poder contarle a Rose. Mil monstruos que serían mucho menos feroces si su prima los venciera por ella. Pero parecía que esa etapa de su vida realmente había pasado, y ahora le tocaba a ella empuñar la espada y enfrentar todos los terrores de la adultez.

—Voy a vestirme para el almuerzo —le dijo a Rose, esperando que sus labios no temblaran, ni sus manos a sus costados—. Te quiero mucho, ¿sabes?

—Lo sé —respondió Rose suavemente—. Yo también te quiero, querida mía.

De todas las sorpresas que el día le había traído, quizás la que más peculiar le resultó a Gloriana fue el entusiasmo con el que su madre saludó a la vizcondesa viuda en el almuerzo. Las dos se abrazaron con gritos de alegría, hablando tan rápido que el resto de la mesa simplemente observó con interés divertido.

—Mira eso —murmuró Tatiana detrás de su copa—, somos nosotras en una fiesta de cena dentro de unos treinta años.

—Si tenemos suerte —replicó Nell con una risita.

Se hicieron las presentaciones en la mesa para quienes lo requerían, aunque Sheldon Bywater, el marqués de Moorvale, saludó a los padres de Glory con el entusiasmo de un viejo amigo. De hecho, él había asistido al baile de presentación de Glory, según recordaba, y hasta había bailado con su madre una o dos veces.

Observó a Tia de reojo mientras este reencuentro tenía lugar y notó que, en lugar de hacer un comentario jovial, su amiga se había recluso en una abierta expresión de desagrado. Entonces, Nell tenía razón. Tia tenía algún conflicto con el marqués, a quien Glory solo había visto comportarse de manera exageradamente amable. ¡Qué curioso!

Alex llegó con una puntualidad que parecía hecha para destacar, su entrada le quitó el aliento en un repentino y cálido rubor. Sus ojos encontraron los de ella de inmediato, y con una leve curva de sus labios la saludó en secreto antes de volverse para hacer una reverencia y presentarse como un caballero a su madre y a su padre.

Él notó la presencia de su propia madre con una inclinación de cabeza silenciosa, que quizás no era exactamente el saludo cortés que se consideraría estrictamente apropiado, pero era una mejora tan notable que las cejas de Gideon se alzaron mientras se volvía para intercambiar una mirada significativa de sorpresa con su esposa.

Por quizás la primera vez desde que habían comenzado los festejos, Gloriana no encontraba nada que decir para iniciar una conversación con los que la rodeaban. Sin embargo, pensó que esto pasó mayormente desapercibido, ya que su padre y Gideon estaban inmersos en una animada ronda de preguntas y respuestas con el señor Atlas sobre su fascinante carrera diplomática y sus próximas aventuras.

Podía ver el futuro tan claramente como si el Loco de las cartas adivinatorias de Tatiana hubiera saltado y comenzado a representarlo en pantomima. Todos en la mesa también podían verlo. Imaginaba que esa misma noche, su padre y el señor Atlas discutirían los detalles de su futuro en una habitación impregnada de humo de cigarros y el suave murmullo del oporto fino en copas de cristal costoso.

¿Acaso no era esto lo que siempre había querido? Este era el primer paso para construir una vida propia. El señor Atlas era apuesto, emocionante y respetable. No hacía bromas indebidas ni llevaba el cabello cortado indebidamente corto. No tenía la piel pecosa ni una inclinación por las travesuras. Sus ojos no eran de un verde cálido y chispeante, y su contacto era siempre estrictamente adecuado, nunca escandaloso.

Por segunda vez en unas pocas horas, Gloriana Blakely sintió el extraño impulso de llorar.

Capítulo Veinte

Alex murmuraba para sí mismo mientras caminaba, apretando su abrigo contra sus costillas para protegerse del viento vespertino, que parecía volverse más cortante e implacable cada día. Ya había llegado esa época desoladora del año en que cada día era más corto que el anterior. Aunque el invierno aún estaba lejos, ya estaba completamente oscuro mucho antes de que sonara la campana para la cena.

Esos atardeceres tempranos siempre le daban la sensación de que llegaba tarde, aunque no tuviera compromisos particulares o estuviera perfectamente en hora. Si fuera por Alex, sería verano todo el año y cada noche habría una luna grande y brillante para iluminar el camino, sin importar los actos que uno llevara a cabo.

Quizás por eso no estaba a cargo de nada.

Llevaba horas ensayando en su mente el discurso que planeaba. En realidad, su origen se remontaba a semanas atrás, cuando se había sentado frente a Gloriana Blakely en el suelo de su dormitorio y le había contado todo sobre el lamentable estado de su crianza.

Heloise siempre decía que Alex era el que más se parecía a su madre de entre todos, y por mucho que él se burlara o la rechazara, siempre había sabido que era cierto. Cuando era niño, estaban tan unidos como pueden estarlo una madre y su hijo, quizás más de lo que Ruthie había estado jamás con sus otros dos hijos en sus primeros años. Lo que Heloise no comprendía era que la intensidad de su amor por ella era la razón por la que su traición lo había herido tan profundamente, le había dolido tanto. Heridas así nunca sanaban por completo.

No estaba seguro de cuál había sido exactamente la ruptura entre Gloriana y sus padres, pero el mensaje que recibió al verlos llegar lo dejó anonadado. Los tres se habían abrazado. Sonreían. Realmente estaban felices de verse, a pesar del tono de sorpresa y miedo en la voz de Glory cuando vio llegar su carruaje.

Sabía que ella estaba molesta con ellos. Se lo había dicho. Y, sin embargo, se había comportado con gracia y cariño en presencia de su familia. Sorprendentemente, parecía que ninguna disputa o pelea era lo suficientemente grave como para crear una división permanente.

La casa de la viuda apareció frente a él tan de repente que estaba seguro de que lo habían transportado por arte de magia desde el camino de la mansión, en lugar de haber caminado todo el trayecto. La caminata había sido mucho más larga la última vez, ¿no? Quizás, pensó, debería dar media vuelta y comenzar de nuevo desde el principio. Al fin y al cabo, le daría más tiempo para practicar lo que quería decir.

Emitió un sonido de irritación y giró sobre sus talones, caminando de un lado a otro mientras soplabla aire caliente en sus manos ahuecadas para calentar su rostro. Su corazón latía con fuerza contra sus costillas y todas las palabras que había organizado tan cuidadosamente en su cabeza se esparcían por su lengua como un sinsentido incoherente mientras intentaba recitarlas en voz baja.

—¿Alex?

Levantó la cabeza de golpe, con su pulso subiendo directamente a su garganta. La visión de su hermana, y no de otra persona, tuvo el efecto benévolo de solo un momento de alarma. Verla ahí, con los brazos cruzados impacientemente, golpeando el pie mientras esperaba una explicación, hizo que su ansiedad descendiera tranquilamente de regreso a su garganta y bajara hasta su estómago.

—Buenas noches, Hel.

—Buenas noches —respondió ella cautelosamente—. ¿Sucedó algo? Si Rosie te mandó a buscar a Reggie, ya se ha acostado, y creo que sería mejor que se quedara hasta la mañana.

—No, es... —Carraspeó, sacudiendo la cabeza para sacudirse el absurdo pánico que lo sacudía—. Quería hablar con Madre.

Tuvo la impresión de que no podría haber sorprendido más a Heloise ni aunque hubiera aparecido con un vestido y anunciado su intención de fugarse con Sheldon Bywater. No se molestó en disimular su sorpresa, con los ojos abiertos y la boca entreabierta.

—¿Has dicho qué? ¿Te importaría repetirlo?

—Oh, Hel, no lo hagas más difícil de lo que ya es —gimió, enterrando los dedos en su cabello y reanudando su caminar nervioso—. Quizás fue una idea tonta. Debería irme y regresar más tarde, cuando no esté tan fuera de mí.

—No, no —dijo rápidamente, dando un paso adelante y colocando una mano en su brazo para detener su movimiento—. No, por favor no te vayas. Había perdido la esperanza de que algún día quisieras hablar con ella. Me alegra verte aquí, Alex. Realmente.

La miró con los ojos entrecerrados, tratando de calcular qué tan probable era que lo estuviera preparando para algún tipo de broma, pero ella lo miraba con ojos claros y esperanzados, y la mano que descansaba en su codo era suave y dulce. Ver a Heloise comportarse de una manera tan razonable chocaba en su mente con todas las demás tonterías que había allí, y no estaba seguro de si eso le daba consuelo o lo exacerbaba, en todo caso.

—Ven adentro —dijo, dándole un tirón en el codo—. Te traeré un vaso de whisky para calmar los nervios y te dejaré calentarte junto al fuego. ¿Qué te parece?

Él asintió, dejándose guiar hacia la casa como un escolar descarriado siendo persuadido por una institutriz astuta. Antes de darse cuenta, ella lo había colocado junto a una chimenea, le había puesto un vaso de líquido ámbar en las manos, y había traído a un sirviente para que le quitara el abrigo.

La miró abiertamente admirado. ¿La maternidad otorgaba tal competencia? ¿O Heloise había decidido dejar a su pobre hermano mayor atrás y deslizarse hacia la adultez por delante de él?

Ella le dio una especie de sonrisa irónica y se encogió de hombros.

–Parecía que necesitabas esto más que un buen regaño.

Él soltó una risa hueca y asintió en acuerdo, llevándose el whisky a la boca. Fue un logro impresionante no atragantarse ni escupirlo, pues en cuanto lo hizo, las puertas de la sala se abrieron, permitiendo la entrada de Ruthie Somers y Polly Blakely, riendo juntas como un par de debutantes.

Ruthie se detuvo de golpe, con las mejillas sonrojadas por la jovialidad que compartía con su vieja amiga, sus ojos fijos en su hijo.

–Hola, Madre –dijo con dificultad, mientras el whisky ardía a lo largo de su cuerpo, y sus ojos lagrimeaban por el esfuerzo de contenerlo. Intentó tragar de nuevo para no caer en un ataque de tos, y dijo en voz ronca–: Esperaba que pudiéramos hablar.

–Por supuesto –respondió ella en un susurro, sin atreverse a moverse de su posición junto a la puerta–. Estaba entreteniéndome a la señora Blakely. ¿Ya se conocieron?

–Oh, sí, nos conocimos en el almuerzo –Polly Blakely sonrió, haciendo una reverencia cortés–. Es un caballero muy divertido, Ruthie. ¡Debes estar tan orgullosa!

–Oh, lo estoy –respondió ella con una pequeña sonrisa tensa.

Miró a su hermana, preguntándose si ella había sabido durante todos estos años que la madre de su némesis era una íntima de su propia madre. Por la tensión en sus labios, supuso que no lo sabía.

–Debo irme –dijo Heloise abruptamente, su intento de una sonrisa cortés tambaleándose entre la ironía y el sarcasmo–. Debo atender a una de las futuras madres en el pueblo, me temo. Ya sabes que el tiempo de estas cosas nunca es del todo conveniente.

–Por supuesto, querida –Ruthie asintió–. Mi hija ha tomado un puesto filantrópico en nuestro municipio local, formándose con una partera y nuestro muy apuesto médico local –explicó a su amiga–. Se ha convertido en una especie de heroína local para los aldeanos.

–Oh, mamá, por favor, detente –Heloise suspiró sacudiendo la cabeza–. Sra. Blakely, mi caballo está amarrado cerca. Si aceptara compartir la montura, podría llevarla de regreso a la casa de la mansión de camino.

–¿No llevarás un carruaje? –preguntó la señora Blakely con sorpresa.

–Jamás lo hace –murmuraron al unísono Alex y Ruthie. Los dos se miran con incomodidad ante esa sincronización involuntaria.

–Qué curioso –respondió Polly, evidentemente sin ver nada raro en un poco de telepatía madre-hijo–. Sin duda lo agradecería, si Ruthie tardará un poco más. Me temo que no soy muy buena para montar a caballo.

–No se preocupe –sonrió Heloise, tomando del brazo a la otra mujer y guiándola fuera del

salón—. Boudicea es tan mansa como un cordero.

Alex observó impotente cómo la puerta se cerraba detrás de su hermana, mientras su voz se desvanecía al alejarse de la casa. El fuego crepitaba alegremente, y los frescos relieves del cristal en sus dedos le incitaban a tomar otro trago. Al menos, el primero había logrado calmar un poco su corazón.

—Heloise se ha convertido en una mujer singular —comentó Ruthie, cruzando la sala para servirse una copa del mismo whisky. Dio un largo trago, sin asomo de incomodidad, y suspiró, llenando de nuevo su copa—. Apenas puedo creer que esa sea mi pequeña rebelde, hablando a las madres expectantes sobre partos, colocando huesos rotos y cosas así. ¿Qué pasó con mi pequeña diablilla? ¿Adónde se ha ido el tiempo?

Alex contuvo el impulso de responder con sarcasmo, de señalar que el tiempo había pasado exactamente al ritmo de siempre, pero que uno debía estar presente físicamente para experimentarlo. La verdad era que, durante estos últimos tres años, Ruthie había pasado mucho más tiempo con Heloise que él mismo, y si era honesto, la mayor parte de esa maduración había ocurrido en ese tiempo.

Lástima que no pudiera decir lo mismo de sí mismo.

Sin embargo, Ruthie no parecía esperar que él respondiera. Golpeaba su uña pensativamente contra su copa, llevándola a sus labios para dar un sorbo mucho más conservador, y luego se giró hacia él, con los ojos abiertos y cautelosos, del mismo verde claro que tenían antes de que todo se torciera.

—He esperado contra toda esperanza que finalmente me perdones —dijo con cautela—. ¿Debo creer que ese momento realmente ha llegado?

—No lo sé —respondió con sinceridad—. El perdón me parece más un proceso que un evento en sí. Al menos, creo que estoy dispuesto a considerar ese proceso ahora, cosa que no hacía antes.

Ella asintió, tomando una profunda bocanada de aire y levantando la mirada, como si intentara evitar que le brotaran las lágrimas.

—He tenido pesadillas sobre la última vez que te vi hace más de una década, Alexander. Había tanta rabia en tu joven rostro, tanta frustración y confusión. Durante mucho tiempo pensé que, si solo pudieras entender la posición en la que estaba, me perdonarías, pero claro, tú sí entendías, incluso entonces, porque también vivías con él.

Él asintió brevemente.

—No tengo particular deseo de retroceder en el tiempo esta noche, Madre. En cambio, pensé en simplemente extender una rama de olivo y trabajar hacia un futuro mejor.

—Por supuesto —dijo ella, sujetando el vaso de licor con ambas manos, delgadas y delicadas—. ¿No te sientas? ¿Quizás podamos hablar un rato en lugar de asistir a la cena en la finca esta noche?

—De acuerdo —dijo él, aunque en realidad sentía como si alguien más guiara sus movimientos y sus palabras en ese momento. Todo era bastante surrealista, estar ahí, hablando con ella tan tranquilamente.

La siguió hasta un par de sillones y se sentó frente a ella, desviando la mirada de la expresión de esperanza que iluminaba su rostro. No sabía qué esperaba, pero ciertamente había pensado que sería más difícil y tenso que una simple charla para ponerse al día.

—Fue una sorpresa —dijo, cambiando incómodamente en su asiento— ver que eras tan cercana a la señora Blakely. Qué coincidencia tan extraña.

Ella alzó las cejas, aún de color castaño, aunque él sospechaba que había comenzado a teñir su cabello para mantener el color.

—Sí, supongo que es curioso cómo la vida nos recuerda constantemente quiénes fuimos alguna vez. Polly y yo éramos buenas amigas en nuestra primera temporada, y seguimos en correspondencia durante algunos años después. Cuando finalmente tuvo un hijo propio, esperábamos que algún día su hija se casara con mi hijo y así nos convirtiéramos en una especie de hermanas.

Alex parpadeó, sintiendo la garganta repentinamente seca, y levantó el vaso hacia sus labios para evitar responder. ¿Estaba su madre diciendo que deseaban que él se casara con Gloriana? ¿Era siquiera posible?

—Por supuesto, tu padre redactó una especie de contrato a medias, nunca se lo entregó a Sir Reginald, y finalmente, Gideon se fugó con la prima. Me tomó casi un año darme cuenta de que Rose estaba emparentada con mi vieja amiga. Qué extraño pensar que, si las cosas hubieran sido distintas, tu hermano podría estar casado con la otra chica.

—Estás... erm, ¿consciente —empezó Alex— de la tensa relación de esa chica con Heloise?

—Oh, sí —Ruthie se encogió de hombros, como si no tuviera importancia—. ¿Pero con quién no tuvo Hel una relación tensa en sus años salvajes? No creo que sea una marca condenatoria en el carácter de la señorita Blakely. Después de todo, ha sido muy agradable durante el curso de esta pequeña reunión campestre.

Alex logró asentir en señal de acuerdo. No confiaba del todo en su voz; no estaba en absoluto preparado para que surgiera el tema de Gloriana en esta reunión tan delicada con su madre.

Ella lo observaba atentamente, aparentemente indiferente al impresionante trago de whisky que había dado, como si realmente esperara que él hablara. Quizá había notado una amistad entre él y Gloriana, pero seguramente no podría saber nada más allá de eso.

—Entiendo que esta noche es importante para Polly —continuó Ruthie, con esa mirada astuta y penetrante que no dejaba escapar nada—. Su esposo ha estado en conferencia con uno de nuestros invitados, que busca la mano de su hija.

—Atlas —dijo Alex, ignorando el nudo que se le formó en el pecho al pensarlo—. Había escuchado

rumores.

—Mmm —asintió Ruthie—. Polly y yo encontramos a nuestros maridos en esa primera temporada, ¿sabes? Yo pensaba que ella cometía un terrible error, y ella pensaba lo mismo de mí. Claro que Reginald Blakely aún no era caballero, ni era el tipo de hombre que hacía suspirar a las chicas mientras esperaban invitaciones para bailar. Siempre ha sido como es ahora: un poco blando en la cintura, un poco escaso de cabello en la cabeza, pero infinitamente alegre y optimista. No entendía por qué una chica con la posición y la belleza de Polly no esperaba una mejor oferta.

—¿Como tú?

Suspiró con un asentimiento resignado.

—Sí, como yo. Tu padre era todo lo que Reginald no era. Era increíblemente apuesto, rico y con título, y aun así Polly estaba tan preocupada por mí como yo lo estaba por ella. Sabía que en nuestro matrimonio no había más que cuestiones prácticas.

—Me atrevería a decir que así es más a menudo de lo que no —respondió Alex. — No le causaba sorpresa ni dolor saber que sus padres jamás se habían molestado en el asunto de enamorarse.

—Parece tan feliz de que su hija finalmente haya encontrado el partido adecuado —continuó Ruthie, frunciendo el ceño—. Cuando le pregunté si era un matrimonio por amor, como el suyo, sus mejillas se ruborizaron y se rió de la pregunta, diciendo que no podía saber con certeza cuáles eran los sentimientos más profundos de su hija, solo que Gloriana había rechazado a tantos hombres que era un alivio que finalmente se hubiera decidido por uno.

—Bueno, no tengo hijas —dijo Alex—, pero imagino que el miedo de no ver a una asentada debe ser algo desconcertante.

—Quizás —concedió Ruthie, aunque la expresión preocupada en su rostro no se suavizó—. Solo que, ver a Polly después de tantos años ha sido como reavivar viejas llamas. Recuerdo tan claramente cómo miraba a Reg en los bailes, cómo le brillaban los ojos cuando se acercaba. Sus ojos son de ese mismo azul claro que los de su hija, si te has fijado.

—No me había fijado —admitió Alex, sintiendo una extraña sensación de haber sido atrapado en alguna travesura que se alojaba en su estómago.

Ruthie dejó su copa en la mesa entre ellos, extendió las manos frente a ella por un momento, y luego se quitó un anillo de perlas y zafiros que llevaba en el dedo medio.

—Era el anillo de mi abuela —explicó, extendiéndoselo a Alex—. Quizá la única otra mujer que conozco que se casó por amor.

Él lo tomó, aún sin saber exactamente qué estaba pasando ni por qué, y lo sostuvo con cuidado entre dos dedos.

—Es hermoso —le dijo, extendiéndoselo de vuelta.

–Sí –asintió ella, recostándose en su silla en lugar de tomarlo de regreso–. Y está destinado a una mujer que se vaya a casar por amor. Quizás puedas dárselo a una mujer así antes de que cometa un terrible error.

Alex la miró parpadeando, sintiendo una incomodidad en el pecho.

–Madre, yo...

–Calla –sonrió ella, con esos ojos llenos de un conocimiento no dicho–. Ahora, ¿qué te parece quedarte a cenar en privado, en lugar de regresar a la finca enseguida? Hay tantas cosas que quiero preguntarte ahora que estás aquí.

Él estudió el pequeño anillo con joyas, observando cómo las gemas atrapaban la luz. El azul complementaría sus ojos a la perfección, pensó.

Volvió a mirar a su madre, deslizando el anillo en el bolsillo de su chaleco.

–Sí –decidió–, cenar suena bien.

Alex se encontró caminando de regreso a la finca con un discurso completamente distinto repitiéndose en su mente. Si el destino era amable, no sería demasiado tarde. Al diablo, incluso si Atlas ya había hecho su reclamo, él intentaría su suerte de todos modos.

No tenía nada que ofrecerle todavía. Sabía eso. Peor aún, había desperdiciado el trabajo que ella había hecho para presentarle un campo fértil para sus futuros planes durante el transcurso de esta reunión, más enfocado en encontrar maneras de pasar tiempo en su compañía que en cualquier esfuerzo serio por asegurar una vocación.

Por supuesto, siempre podía recurrir a la excusa de temer por su vida. Era válida, ¿verdad? *Sonaba* válida, aunque fuera una mentira descarada.

Soltó una risita para sí mismo, con su aliento empañando el aire fresco de la noche mientras la finca surgía frente a él. Al menos, había hecho un buen descubrimiento esa noche. Si uno tenía tareas intimidantes en las que reflexionar, las largas y aburridas caminatas se desvanecían en meros segundos, dejando solo el misterio de cómo uno podía ser transportado tan rápidamente.

La casa ya estaba a oscuras. Se había perdido un pequeño concierto que los músicos del pueblo habían dado esa noche, después de la cena, pero parecía que esta tarea festiva no se había extendido hasta altas horas para los invitados.

Quizá, después de tantas noches consecutivas de celebración, era el sueño temprano en una cama blanda lo que empezaba a parecer exótico. Él mismo estaba deseando una noche de descanso, aunque, ciertamente, había tenido últimamente noches mucho más entretenidas y placenteras en su dormitorio que las dedicadas únicamente al sueño.

Subió las escaleras con cuidado, con las articulaciones rígidas por la ventosa caminata, y sacudió la cabeza, maravillado por la velada que acababa de vivir, cenando y riendo con su madre, una mujer cuya sola presencia le había hecho huir por instinto en los últimos años.

Se palpó el anillo en su chaleco, preguntándose qué clase de mujer había sido esta bisabuela suya y cómo había llegado a casarse por amor, allá en las Américas.

Quizás le pediría a Ruthie que le contara la historia algún día, pronto. En este momento, el futuro parecía estar lleno hasta el borde de posibilidades.

Notó, con el corazón acelerado, que la puerta de su alcoba estaba entreabierta, solo una rendija, pero suficiente para permitir que un rayo de luz de luna entrara al pasillo. ¿Podría tener tanta suerte? ¿Lo estaría esperando esa noche?

Aceleró el paso, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho ante la idea de verla de manera tan inesperada y tan pronto. Al diablo con el discurso, de todos modos. No necesitaba fingir con alguien que lo conocía tan bien. Simplemente entraría en la habitación, se arrodillaría y le pediría que fuera su esposa.

Extrañamente, cuando empujó la puerta y entró, todo estaba aún muy oscuro, salvo por una vela de tenue llama junto a su cama. Frunció el ceño, sin saber adónde podría haber ido ella, y se giró para dirigirse hacia su caja de yesca y proporcionar algo de luz como comienzo.

Fue solo cuando intentó moverse que notó un punto muy afilado presionado en su espalda. De repente, el mundo se volvió nítido, y el sonido de otra persona respirando detrás de él era tan evidente como el funcionamiento de sus propios pulmones.

—No quiero hacerte daño —gruñó un hombre, con una voz rasposa y áspera—, pero lo haré si haces ruido.

Alex asintió, levantando las manos para indicar su cumplimiento ante las demandas de ese hombre. Quizás debería haberse preocupado por su mortalidad, pensó. Si Gloriana realmente había venido a esta habitación esa noche, con algún criminal merodeando, podría haberse encontrado en grave peligro.

Ese pensamiento hizo que el pánico se le atorara en la garganta como un trozo de hielo áspero e implacable.

—Te llevaste de Oxford algo que no te pertenece —dijo el hombre, con un aliento agrio que parecía inundar toda la habitación—. Dime dónde está y me iré.

—Todo lo que traje de regreso está en ese maletín —dijo Alex, señalando al otro lado de la habitación, hacia la pequeña maleta que él y Gloriana habían buscado en vano—. Llévatelo.

—Oh, claro que lo haré —el hombre se rió—. Muy amable de tu parte.

Hubo un dolor repentino y cegador en la parte posterior de la cabeza de Alex, y luego no hubo nada más que oscuridad.

Capítulo Veintiuno

Lo primero de lo que Alex fue consciente fue del sonido de un perro ladrando, seguido rápidamente por un dolor punzante justo por encima de su oreja izquierda. Hizo una mueca, pero eso solo empeoró las cosas. El dolor se extendió por su cuero cabelludo, mientras destellos de luz atravesaban sus pestañas en puntos agudos y pequeños, y luego no hubo nada de nuevo por un tiempo.

Luego, se percató del murmullo de voces a su alrededor y de unas manos suaves y delicadas que le examinaban la cabeza, que al parecer ahora descansaba sobre la falda de una mujer.

—¿Gloriana? —murmuró, con la voz pesada en su garganta.

—¡Perdón! —respondió la voz de su hermana, seguida por una rara carcajada de su hermano.

—No debería reírme —suspiró Gideon—, pero supongo que eso responde a la pregunta de si el golpe en la cabeza lo afectó.

—¿Debo traer al doctor? —preguntó Sheldon Bywater, con su acento escocés más marcado de lo habitual, quizás acentuado por el pánico.

—No —respondió Heloise, inclinando la cabeza de Alex hacia un lado y presionando un paño en el lugar donde lo habían golpeado—. Siempre hay mucha sangre con las heridas en la cabeza. No es tan grave como parece.

Alex abrió la boca para discutirlo, pero descubrió que intentar hablar solo hacía que su cabeza diera vueltas. En su lugar, emitió un sonido de queja indefinido. A través de su visión borrosa, notó que Echo, la sabueso, estaba sentada justo frente a él, rígida como un palo, como si lo estuviera protegiendo de más daño.

Era ciertamente entrañable, aunque el gesto llegara un poco tarde.

—No te duermas —le espetó Heloise, dándole un suave golpe en la mejilla—. Solo te estoy limpiando, y luego nos contarás qué sucedió.

—¿No puedo contártelo mañana? —murmuró—. ¿Qué hora es?

—Son las dos de la madrugada —respondió Rose desde algún lugar detrás de él—. Aquí lord Moorvale estaba aparentemente sacando a su sabueso para que se aliviara cuando ella salió corriendo por el pasillo al oler tu sangre. Despertó a toda la casa, ¿sabes? Seguro todos piensan que te han asesinado a estas alturas.

—Hmm —el ceño de Gideon era audible, de alguna manera—. Quizás alguien debería salir y tranquilizarlos.

—No podemos hacer eso hasta saber qué sucedió —señaló Sheldon—. Lo mejor es que todos estén encerrados en sus habitaciones hasta que encontremos al intruso.

—Atlas y Benton están registrando la propiedad —dijo Gideon—. Con suerte, atraparán al bribón. Alex, ¿estás lo suficientemente bien para contarnos qué pasó?

Heloise hizo un chasquido de disgusto con la lengua.

—Bien. Siéntate si puedes. No creo que necesites vendajes. Solo no te rasques la herida, ¿de acuerdo?

Le dio un empujón suave, ayudándolo a levantarse de su regazo para sentarse de manera torpe en el suelo, con la espalda apoyada en su armario. El dolor en su cabeza era intenso, y la habitación parecía dar vueltas y sacudirse ante él, pero les dedicó una sonrisa temblorosa, sin querer preocuparlos demasiado.

A medida que se enfocaban, le inquietaba profundamente ver lo preocupados que todos parecían. Incluso la perra parecía terriblemente angustiada. Extendió la mano, llamándola, y ella se acercó con un gemido, dejando caer su cálida cabeza en su regazo con lo que sonaba notablemente como un suspiro de alivio.

—Mi maletín —comenzó Alex, notando que bastantes de sus pertenencias estaban esparcidas por la habitación, tal vez derribadas durante la búsqueda del elusivo paquete de espías—. Era un espía enemigo y se llevó mi maletín.

—Vaya —Heloise frunció el ceño—. Quizás sí esté afectado.

Alex cerró los ojos con fuerza. ¿Cómo explicarlo?

—Tenía un cuchillo. Fuerte acento. Quería el paquete.

—¿Qué maldito paquete? —bufó Gideon—. Heloise, creo que el doctor...

—¡No! —dijo Alex, con los ojos muy abiertos. Intentó inclinarse hacia adelante para dar énfasis, pero fue detenido tanto por la ola de náusea que lo invadió como por la pata suave que Echo colocó en su muslo, como si lo desalentara de hacer alguna tontería. Suspiró, intentando ordenar sus pensamientos confusos, y volvió a intentarlo—. ¡El doctor podría ser uno de ellos! Hay espías en la fiesta, buscando un paquete entre mis cosas. ¡Piensan que yo también soy un espía!

—Cristo —murmuró Gideon, pasándose una mano por los ojos.

—¡Gloriana! —exclamó Alex de repente, mirando de su hermano y a Rose—. Gloriana lo sabe. ¡Tráiganla!

—De acuerdo, al menos sus delirios son consistentes —dijo Heloise con sarcasmo, recogiendo un montón de trapos ensangrentados de donde había atendido su herida—. Alex, ¿estás diciendo que Gloriana es una espía?

—¡No! ¡Escúchame! —gimió Alex, consciente de cómo sonaba, pero incapaz de hacer nada al respecto—. Los escuchamos. La noche del baile. Estoy todo confundido, por favor ve a buscarla. Ella puede explicarlo.

Rose intervino antes de que cualquiera de sus hermanos pudiera reaccionar ante esta extraña petición.

—La traeré yo —dijo Rose suavemente—. Si está tan confundida como nosotros, quizás llamemos al médico después de todo.

—Sí, bien —suspiró Alex, el alivio siendo un pequeño consuelo contra cómo se sentía en ese momento. ¿Con qué demonios lo habría golpeado ese hombre, en todo caso? —. Trae a Gloriana.

—Por el amor de Dios —murmuró Heloise con un movimiento de cabeza.

Gloriana saltó de la cama en el momento en que escuchó los golpes en la puerta. Se apresuró a abrir, girando la llave en la cerradura y tirando de la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó de inmediato, con el rostro de su prima inescrutable—. ¿Está herido?

—¿Él? —respondió Rose—. ¿A quién te refieres?

Se mordió la lengua, dándose cuenta de su error al instante. Cuando salió al pasillo al escuchar los ladridos frenéticos hacía menos de una hora, supo de inmediato que el alboroto provenía de la habitación de Alex.

—Me refiero a lord Moorvale —mintió, parpadeando con inocencia hacia su prima—. Supongo que solo hay un perro en el lugar, ¿no?

—Sheldon está perfectamente bien —dijo Rose en un tono que sugería que había visto a través de la mentira de Glory—. Fue Alex quien fue atacado, y está pidiendo verte.

—¿A mí? —dijo Gloriana en un susurro, con el corazón saltándole en el pecho—. Oh, Rosie, ¿está muy herido? Déjame ponerme mi bata.

Dejó que Rose sostuviera la puerta, observándola mientras se apresuraba a envolverse en la bata de gasa que Alex le había quitado solo la noche anterior. Sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse en sus ojos y se obligó a respirar.

¿La llamaría si no estuviera gravemente herido? ¿Simplemente deseaba despedirse antes de sucumbir a sus heridas? ¡Oh, su pobre Alex!

Se deslizó en un par de pantuflas y salió corriendo detrás de Rose, sin molestarse en cerrar la puerta tras de sí. Ni siquiera se revisó la apariencia, aunque estaba segura de que la gruesa trenza que llevaba enroscada alrededor de la cabeza para la noche seguramente estaba en un desorden

espectacular a estas alturas.

Oh, no importaba, ¡no cuando él podría estar muriendo!

—Está un poco alterado —explicó Rose, llevándola por el pasillo oscuro—. Estaba intentando explicarnos quién lo atacó y afirma que tú puedes dar más detalles de su historia, la cual tiene problemas para contar en este momento debido al golpe en la cabeza.

—¿Alterado? —dijo Glory, sin aliento—. ¿Eso es todo? ¿No está gravemente herido?

—Heloise no lo cree —respondió Rose—, aunque había una cantidad de sangre bastante alarmante.

—Oh —dijo ella, llevándose una mano al pecho—. Debió ser uno de los espías, entonces, quien lo atacó.

Rose se detuvo en seco, girándose para enfrentar a su prima con una expresión que parecía balancearse entre la diversión y el asombro.

—¿O... alguien más? —sugirió Gloriana, insegura de cómo interpretar esa expresión.

—Espías —Rose soltó una risita, negando con la cabeza—. Sí, aparentemente fueron esos espías que, de hecho, existen. Vamos, Glory. Ustedes dos tienen algunas explicaciones que dar.

Capítulo Veintidós

Había sido indescriptiblemente difícil mantener la compostura al entrar en la habitación de Alex. Requirió toda su fortaleza para resistir la tentación de correr hacia él y examinarlo en busca de heridas. Ahora era veinte veces peor. Estaba sentada en una silla junto a su guardarropa, con las manos entrelazadas en el regazo y la mirada apartada hacia un rincón vacío de la habitación, mientras los demás miembros de la familia Somers la miraban con la boca abierta, incrédulos ante la historia que acababa de relatar.

Por supuesto, no les había contado *todo*. La historia de la conversación que habían escuchado y algunos detalles escasos de sus conversaciones sobre el incidente eran suficientes para dar una idea de la situación. En lo que a ella incumbía, ella y Alex Somers habían enfrentado una situación aterradora con gracia y prudencia, y ninguno de los Somers presentes tenía derecho a decir lo contrario.

—Eh... —comenzó a decir el marqués de Moorvale, aclarándose la garganta con cierta torpeza. Estaba junto a la ventana, con una bata rojo oscuro ceñida a la cintura, y parecía profundamente incómodo con todo lo que acababa de suceder—. Quizá debería ir a ver cómo están Benton y Atlas. Les informaré sobre el maletín y esas cosas. Ven, Echo.

—Auu —respondió Echo, lastimeramente, su cola golpeando el muslo de Alex mientras permanecía decididamente frente a él. Clavó sus ojos marrones en su amo, con una inclinación significativa de la cabeza.

Sheldon suspiró y asintió.

—Sí, tienes razón. Sigue vigilando al tonto de tu amo. Volveré en breve.

Gloriana observó su salida de la habitación. Tras confesar los detalles de la conspiración que rodeaba a Alex Somers, había decidido que fijar la vista en aquella maldita esquina de la alfombra al otro lado de la habitación era lo más prudente, al menos hasta que alguien la obligara a hablar de nuevo. Suponía que sería Rose, mientras no fuera...

—Entonces, lo que estás diciendo —comenzó Heloise, su voz cortando el silencio como una bofetada—, es que ambos han sabido de una amenaza mortal dentro de las paredes de Somerton durante *semanas* —una casa *con dos niños pequeños*—, ¿y no se les ocurrió informar a *nadie* del peligro?

—Hel —suspiró Alex—, ¿qué querrían los espías con los niños?

—Alex, te lo juro... —silbó Heloise, levantándose de donde estaba sentada con un susurro de sus faldas.

—Basta —intervino Gideon con un suspiro, el cansancio en su voz provocando una punzada de

culpa en el pecho de Glory—. Heloise está confundida, como todos nosotros, respecto a por qué no se nos confió esta información ni se pidió nuestra ayuda.

—¡Porque suena ridículo! —espetó Alex—. Y porque de algún modo terminaría siendo mi culpa, como siempre, aunque no tengo la menor idea de qué creen esos bandidos que tengo que sea tan valioso. Con suerte está en ese maletín, o imagino que toda esta situación se pondrá aún más complicada.

—¿Qué estaban haciendo ustedes dos en la biblioteca la noche del baile? —inquirió Rose. Estaba examinando sus uñas mientras hablaba, manteniendo cuidadosamente su voz serena e impassible, aunque las implicaciones de la pregunta eran evidentes.

—¿Recuerdas esa mañana, lo enojada que estaba porque lord Alex no apareció para la llegada de los invitados? —preguntó Gloriana, obligándose a parpadear para apartar su distracción y mirar a su prima—. Por razones que no comprendía, también desapareció del baile en cuanto llegó. Estaba extremadamente molesta por esto, y fui tras él para insistirle en que regresara a las festividades que tanto me había esforzado en organizar.

—Es cierto —suspiró Alex—. Me estaba comportando como un niño, evitando a madre, y Glory me siguió. Cuando escuchamos que otros venían, nos escondimos en el armario de la ropa blanca para no ser descubiertos en una situación comprometedor.

—Oh, sí —se burló Heloise—, el armario de la ropa blanca es mucho menos sugerente que una habitación grande y abierta.

—¿Ahora estamos hablando de proteger reputaciones? —replicó Alex, entornando los ojos—. Hablemos de la tuya, Heloise.

—Basta —dijo Gideon nuevamente, con un tono más cansado que enfadado. Tomó aire, frotándose el puente de la nariz antes de hablar nuevamente—. Supongo que el hombre que te atacó era uno de los que oíste en la biblioteca, ¿verdad?

—No —respondió Alex, con la firmeza suficiente para que Gloriana le creyera de inmediato. Aún estaba apoyado contra la pared, una mano en la espalda de Echo, pero sus ojos se veían más claros ahora, y su voz era más estable también—. El intruso de esta noche tenía un fuerte acento extranjero. Los tres conspiradores de la noche del baile eran tan ingleses como el té.

—¿Qué tipo de extranjero? —preguntó Heloise.

Alex se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Solo sé que no era uno de los tres de la noche del baile.

—Pensamos que los que escuchamos podrían haber sido miembros del personal de servicio, tal vez algunas de las contrataciones temporales que trajo la señora Laughlin para la fiesta —añadió Gloriana—. Esperábamos que, después de la caza de urogallos, cuando planeaban registrar la habitación de Lord Alex, quizás hubieran encontrado lo que buscaban y se hubieran marchado. Si ese fuera el caso, no tendríamos que haber molestado a ninguno de ustedes.

—¿Y no tienes idea de qué podría haber sido? —preguntó Rose a Alex, con una voz terriblemente calmada que no revelaba nada de sus sentimientos.

—Ni la menor pista —contestó él—. Revisé todas mis cosas. Dos veces. No encontré nada interesante, y ahora he enviado a algún otro peligroso lunático al mundo con una maleta llena de textos de filosofía con dibujos vulgares en los márgenes.

—¿Cómo has sobrevivido hasta la adultez? —murmuró Heloise, poniendo los ojos en blanco.

Un golpe fuerte en la puerta captó la atención de todos mientras Sheldon Bywater intentaba meterse en la habitación de la forma más discreta posible, a pesar de su corpulenta figura. Su presencia hizo que la cola de Echo golpeará con entusiasmo la pierna de Alex.

—Los caballeros no han encontrado nada —dijo encogiéndose de hombros—, y no falta ningún caballo en los establos. Insinuar que algún caballo podría haberse perdido bajo su vigilancia hizo que Graham se enfureciera tanto que me fui antes de intentar disculparme.

—Entonces probablemente sea una causa perdida —dijo Rose, levantándose de su asiento—. Sea quien sea el villano, ya se ha ido. Sugiero que todos volvamos a nuestras camas y contactemos a la policía por la mañana.

—Oh, sí, dormiré maravillosamente después de todo esto —bufó Heloise, cruzando la habitación para inclinarse sobre Alex y revisar el costado de su cabeza otra vez.

—Vamos, Glory —dijo Rose, ofreciéndole la mano para que se levantara de la silla. Sus ojos marrones, claros y agudos a pesar de la hora, parecían notar claramente la forma en que Gloriana miraba con preocupación mientras Heloise inspeccionaba las heridas de su hermano.

—¿Estará bien? —preguntó Gloriana en voz baja, aceptando la mano y siguiendo a su prima hacia la puerta—. ¿Qué tan grave fue?

—Según Heloise, estará sensible, pero por lo demás bien —respondió Rose—. Tiene suerte de que su más reciente coqueteo con decisiones cuestionables no haya llevado a un resultado más oscuro.

—Estás enfadada —susurró Gloriana, con el corazón encogido.

—Estoy perpleja —corrigió Rose, con la espalda recta y el paso rápido—. Pensaba que confiabas en mí lo suficiente como para contarme cualquier cosa, y que yo sería tu primera confidente en algo tan perturbador y peligroso.

—Quería decírtelo —insistió Gloriana, parpadeando para contener unas lágrimas irritantes y tratando de reprimir el sonido de ellas en su voz—. Pero Alex no quería que Gideon lo supiera, y decírtelo te habría puesto en una posición de traicionar mi confianza o de guardar un secreto para tu esposo.

Rose negó con la cabeza.

—Alex no estaba pensando con claridad, y un hombre como él ocasionalmente necesita una mente más fría que lo guíe hacia la sensatez.

—No me parecía que fuera mi lugar —respondió débilmente Gloriana.

En verdad, estaba de acuerdo con Rose. La motivación honesta para su secreto no había sido una cuestión de claridad mental, sino más bien la embriagadora emoción de estar envuelta en semejante intriga con el apuesto y encantador hombre que parecía ocupar todos sus pensamientos.

¿Quizás era su última incursión en la niñez antes de comprometerse con la vida respetable junto al señor Atlas?

Dieron la vuelta a la esquina hacia la habitación de Gloriana y encontraron a muchos de sus invitados, todavía en ropa de dormir, reunidos en el pasillo y murmurando entre ellos. Su padre, con los dedos de los pies asomando bajo la camisa de dormir, había inflado el pecho con indignación e insistía en que habría sido *muy útil* durante la búsqueda en los terrenos, mientras Lord Benton lo escuchaba con aburrimiento.

Rose suspiró, dejándola a su lado para acercarse a los caballeros y apaciguar las tensiones que pudieran haber surgido tras el incidente.

Gloriana se vio rápidamente rodeada por Nell y Tatiana, quienes la tomaron del brazo y la arrastraron hacia las sombras, con los ojos muy abiertos bajo sus gorros de encaje, y sus rostros pálidos en la tenue luz de las lámparas de mano.

—¿Qué demonios está pasando? —susurró Tia—. ¡Nunca pensé que un perro ladrando pudiera causar tal caos!

—¿Alguien está herido? —preguntó Nell, mordiéndose el labio—. ¿Estamos en peligro?

—¿Es Lord Moorvale? —Tia jadeó—. ¡Debe haber sido su perra la que escuchamos! Oh, Glory, ¿está herido?

Gloriana miró por encima del hombro hacia donde Rose dirigía a los diversos invitados de vuelta a sus habitaciones y señaló con un movimiento de cabeza hacia la suya, tomando a cada chica de la mano y llevándolas hacia la privacidad de una alcoba. Una vez dentro, soltó un profundo suspiro y cruzó la habitación para lanzarse de inmediato sobre su cama.

Se giró sobre su espalda, invadida por una extraña sensación de alivio, y miró hacia donde sus amigas permanecían de pie junto a la puerta.

—Vamos, vengan, hay espacio para todas —dijo.

Tia y Nell intercambiaron una mirada, una resignación tácita ante la situación pasó entre ellas, y se acercaron a la gran cama en el centro de la habitación, subiendo para sentarse a cada lado de Gloriana, quien permanecía tumbada.

Nell empujó el costado de Glory con su pie descalzo y dijo:

—¡Vamos, entonces!

—No me van a creer —dijo Gloriana, mirando el techo—. Suenan absurdos.

—Yo creo en muchas cosas que otros consideran absurdas —apuntó Tatiana—. ¡Cuéntanos, por favor!

—Era un espía extranjero —dijo con voz serena y calmada, como si solo estuviera comentando el clima—. Lord Alex Somers se ha convertido en el objeto de interés tanto del Ministerio del Interior como del enemigo, aunque él está completamente desconcertado respecto a por qué se han interesado en él.

—¿Él te dijo esto? —preguntó Nell, con escepticismo evidente en su tono—. ¿Estás segura de que no intentaba simplemente seducirte?

Gloriana rió, girándose sobre su costado para mirar a su amiga.

—Lo escuchamos juntos, la noche del baile. Estábamos conversando en la biblioteca y escuchamos a unas personas acercarse, por lo que nos escondimos en el armario de ropa blanca para evitar cualquier rumor. Él estaba tan sorprendido como yo al oír que aparentemente era un enemigo de la Corona, transportando contrabando valioso para las tropas enemigas.

Las cejas de Nell se alzaron, el asombro claro en su rostro.

—¿Identificaron a los que escucharon?

—Lamentablemente, no —suspiró—. Y quienquiera que lo atacó esta noche no era uno de los espías en medio de nosotros como invitados o sirvientes. El hombre de esta noche era extranjero.

—¿Entonces fue atacado? —gimió Tatiana—. ¿Está muy herido?

—No. Recibió un golpe en la cabeza, pero parece estar bien. Le dio al villano su maletín, lleno de sus cosas de Oxford, y el hombre aparentemente quedó satisfecho con el intercambio.

Hubo una pausa de silencio, aunque Gloriana estaba segura de que podía sentir las preguntas de sus amigas flotando en el aire a su alrededor. ¿Por qué había estado sola con Lord Alex? ¿Cómo se había involucrado en este misterio? ¿Qué sucedería ahora?

En verdad, había imaginado a sus amigas reunidas emocionadamente en su dormitorio por razones muy distintas esta noche. Pensó que quizás se agruparían en la cama, justo como ahora, para reír y suspirar por la propuesta que aceptaría, al día siguiente, de Nathaniel Atlas. Lo había visto perfectamente, había imaginado la manera en que sonreiría y se sonrojaría mientras apartaba con coquetería las preguntas entusiastas sobre su futuro.

En cambio, las tres estaban desplomadas de diversas formas, en silencio aturdido y con el rostro ceniciento, tras un desagradable y espantoso incidente que se había desarrollado a su alrededor.

Nell fruncía el ceño con particular intensidad.

Gloriana extendió la mano para tocar el tobillo de Nell, esperando que fuera una palmada tranquilizadora.

—Ahora deben tener lo que querían —dijo—. Quizá esto sea el fin de todo.

—Pero, Glory —dijo Nell—, si había algo valioso para Gran Bretaña en ese maletín, parece que ha caído en manos enemigas. ¡Podría ser una tragedia! ¡Un gran peligro para nuestros valientes soldados en la guerra!

—Creo que todo debe ser un malentendido —respondió Gloriana, con total sinceridad—. Alex no tiene idea de lo que estaban buscando ni de dónde podría estar. Cuando el intruso llegue ante su jefe con una maleta llena de textos de filosofía y calcetines viejos, quizá se den cuenta de su error.

—O vuelvan a matar a Lord Alex —murmuró Tatiana sombríamente.

—Si Lord Alex realmente ignora lo que tenía de valor, entonces no se puede decir si está o no en ese maletín —insistió Nell—. De hecho, parece casi garantizado que lo esté, ¡si todos los espías involucrados en este asunto mencionaron su origen en Oxford!

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Gloriana, incorporándose sobre su codo—. Rose dijo que mañana llamará al alguacil del pueblo y quizá pase el asunto a quienes estén mejor equipados para manejarlo.

—Oh, claro —dijo Tatiana, rodando los ojos—, un alguacil de Yorkshire ciertamente está a la altura de desentrañar una red de espionaje relacionada con la guerra.

Nell se mordía el labio con tanta fuerza que se le había puesto rojo. Parecía que su mente barajaba una solución tras otra, intentando en vano encontrar una forma de impedir que los enemigos de Inglaterra se hicieran con ese misterioso objeto de tan gran importancia.

—Debo hablar con Peter —decidió de repente, alzando la cabeza—. ¡Él sabrá qué hacer!

—¿Peter? —repitieron Tia y Glory al unísono.

—Mi hermano es la persona más inteligente que conozco —respondió Nell a la defensiva, apretando la mandíbula—. Y es un hombre, lo que significa que la gente lo escuchará si encontramos una solución.

—¿No crees que a tu hermano le molestará que aparezcas en su puerta antes de que salga el sol? —rió Tia—. Lo puedo ver, con los ojos entrecerrados y bostezando mientras lo abrumas con información sobre espionaje y tragedias.

—¡Ríanse todo lo que quieran! —resopló Nell, levantándose de la cama de un salto—. ¡Será más útil que ustedes dos!

Marchó fuera de la habitación, con los puños cerrados a los costados, y dejó que la puerta se cerrara tras ella.

Las otras dos chicas suspiraron, sabiendo que era inútil intentar calmarla cuando se ponía así.

—¿Puedo dormir aquí esta noche? —preguntó Tia, ya acomodándose bajo las mantas y esponjando una almohada que le resultó especialmente atractiva.

Glory solo asintió, observando cómo los párpados de Tia comenzaban a cerrarse mientras se acomodaba para un sueño agitado. La miró con un toque de envidia al ver cómo su respiración se volvía uniforme, y su mente era llevada al placer de los sueños.

Gloriana sabía que ella no dormiría en absoluto.

Capítulo Veintitrés

Esperó hasta que el reloj de pie en el pasillo dio las tres campanadas antes de deslizarse fuera de la cama. Seguramente había pasado tiempo suficiente para que todos hubieran regresado a sus habitaciones y la mansión volviera a sumirse en el apacible silencio de la noche.

Había sido una tortura, estar acostada junto a su amiga, profundamente dormida, con los ojos fijos en la reluciente llave de plata que reposaba en su mesita de noche. Se había impuesto la tarea de deshacer la trenza enredada de su cabello, y luego de contar los tictacs de la manecilla del reloj, aunque ninguna de estas distracciones aceleró el paso del tiempo.

Al principio, le molestaba que Tia se hubiera quedado, pensando que, sin ella allí, ya podría haberse escapado para hablar en privado con Alex. Sin embargo, verse obligada a permanecer quieta y a contemplar la situación la había llevado a confesar a regañadientes que, de todas formas, era más seguro esperar un largo rato.

Sostuvo la llave contra la palma de su mano, imaginando que podía sentir algún tipo de poder sobrenatural emanando de ella, dándole el valor para seguir sus instintos y calmar sus nervios. Necesitaba saber con certeza, sin la presencia de su familia, que él estaba bien y que había contado todo lo que realmente había sucedido. Sabía, en lo más profundo de su ser, que no podría resistir el impulso de verlo de nuevo, sin importar el riesgo.

Cuando dejara Somerton y este tiempo mágico terminara, pensó que tal vez llevaría esa llave alrededor de su cuello con un lazo. Sería un talismán secreto de quién había sido antes de convertirse en esposa. Era un símbolo de los últimos días de su juventud. Le dolía el corazón al pensarlo, pero sabía que era verdad.

No llamó a la puerta; en su lugar, giró la perilla y se deslizó dentro, mucho más grácilmente que Sheldon Bywater una hora antes.

—¡Solo soy yo! —susurró, tan alto como podía dentro de un susurro, al entrar en la habitación, y deslizó la llave en la cerradura detrás de ella, asegurando su privacidad en la habitación.

Él estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y una luz aún encendida en su lámpara. Respondió con una sonrisa a su entrada, y sus ojos parecían cobrar vida desde la contemplación que lo había mantenido despierto tras el incidente.

No pudo evitar devolverle la sonrisa; sus pies la llevaron por el espacio entre ellos y la impulsaron hacia sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho mientras lo rodeaba con fuerza.

—¿Estás realmente bien? —preguntó, con la voz amortiguada contra su pecho—. ¡Estaba tan preocupada!

—¿Realmente? —Alex rió suavemente, rodeándola con sus brazos—. Eso casi hace que todo el

episodio haya valido la pena.

Ella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, parpadeando para contener las lágrimas de alivio al verlo bien y completo.

—Me siento tan tonta —confesó—. Rose prácticamente dijo que debí haber sido más sensata y que, si te hubieran herido gravemente, habría sido al menos en parte culpa mía. Lo peor es que veo la verdad en lo que dice, y sé que no habría podido soportarlo si algo terrible te hubiera sucedido.

—Solo un golpe leve en la cabeza y un maletín robado —le aseguró, acariciando la línea de su espalda a través de la ropa—. Quizás ahora la preocupación por fin haya terminado, y podamos dejar atrás este asunto de espías y asesinatos.

—Eso espero —respondió ella, apoyando su mejilla contra la calidez de su hombro—. Espero que lo que buscaban estuviera en ese maletín y que tú y yo simplemente no fuéramos lo suficientemente hábiles para identificarlo. Oh, Alex, todo ha salido tan terriblemente mal y tan rápido. Por favor, Dios, que esto termine ya.

Él apoyó su barbilla en la cima de su cabeza, mientras sus dedos se deslizaban absortos por la curva de su cuerpo. Ella se acurrucó más contra él.

—No todo ha sido malo —dijo tras un momento—. Sin la intriga, es posible que tú y yo nunca hubiéramos tenido motivo para pasar tanto tiempo juntos.

—Es cierto —respondió ella, con un leve sollozo—. Y atesoraré los recuerdos de nuestro tiempo juntos el resto de mi vida, aunque sean agridulces en tu ausencia.

Él permaneció en silencio, sin dejar de abrazarla ni de tocarla. Sus respiraciones constantes comunicaban que reflexionaba sobre lo que ella había dicho y, con la voluntad de Dios, que tal vez también atesoraría esos recuerdos mientras construía la vida que eligiera para sí mismo.

—¿Por qué habría de estar ausente? —dijo finalmente.

—Porque cuando me case con Nathaniel, estaré unida a su destino —respondió ella en voz baja—. Ya no seré la joven prima de la vizcondesa Somers, enviada a Yorkshire para reflexionar sobre sus malas decisiones y su futuro incierto. Tendré que seguirlo, tomar su apellido, convertirme en su esposa.

—¿Entonces te ha propuesto matrimonio? —preguntó Alex con calma—. ¿Esta noche?

—No, aún no. Hablé largo y tendido con mi padre esta noche, por lo que espero que la propuesta llegue mañana, si las emociones de la congregación se calman lo suficiente para permitirlo. Aceptaré, y entonces mis padres me amarán de nuevo, completamente, sin esos pequeños destellos de decepción cada vez que hablamos.

—¿Estás diciendo que tus padres están molestos contigo porque no estás casada? —preguntó incrédulo—. ¡Qué cosa tan absurda castigar a tu hija por eso!

—No era solo porque no estoy casada —rió, aunque con un suspiro después—. He rechazado varias propuestas. Más de las que mis padres siquiera saben, para ser honesta. La última, me temo, avergonzó mucho a mi padre y su posición en White's, ya que había acordado el negocio con el hombre antes de que la oferta me fuera conocida, y yo absolutamente me negué a aceptarlo. Alex, era repugnante. No soportaba ni estar en la misma habitación, pero ellos estaban tan, tan enojados conmigo. Me llamaron caprichosa, consentida y miope. Si Rosie no hubiera estado de visita y no hubiera ofrecido llevarme con ella, no sé qué habría pasado.

—¿Es tu derecho rechazar una propuesta! —declaró Alex, apretándola contra él con fuerza—. Si tus padres te aman, no deberían obligarte a casarte con alguien que te repugna.

—Oh, Alex —suspiró ella con afecto—. No sabes cómo es la vida para una mujer, especialmente para una que no proviene de una familia con título o una gran riqueza. La sociedad es un laberinto traicionero, que requiere navegación cuidadosa y previsión. Honestamente, soy afortunada de que el señor Atlas siga interesado en mí, ya que estoy acercándome a mi cuarta temporada y al borde de convertirme en una solterona y en una carga permanente para mis padres.

—Nunca podrías convertirte en una solterona —dijo él con seriedad—. ¿Estás segura de Atlas? ¿Confías en que él te hará feliz?

—¿Feliz? No podría decirlo —frunció el ceño—. Satisfecha, sí, supongo. Segura. No miserable.

Se abrazaron en silencio durante un largo instante, mientras la vela en la mesilla de Alex bailaba más alegremente de lo que parecía apropiado, considerando el tono de la conversación.

—¿Y si te casaras conmigo en su lugar? —dijo él, con una voz tan baja que rozaba el susurro—. ¿Podría hacerte feliz?

Su corazón dio un vuelco, y su visión se nubló momentáneamente con luces y colores.

—Alex, no bromees así —dijo ella con voz ahogada, inclinando la cabeza para mirarlo con severidad—. ¡Es cruel!

Él tragó con dificultad.

—No estoy bromeando —dijo—. Creo que estoy enamorado de ti.

—¿Crees? —repitió ella, apartándose de su pecho para sentarse y mirarlo con los ojos muy abiertos—. ¿Crees que estás enamorado de mí?

Él esbozó una sonrisa avergonzada, el color subió por sus mejillas.

—Bueno, acabo de recibir un buen sacudón en la cabeza. Estoy bastante seguro de que lo estoy. Lo sabía con certeza justo antes de todo este asunto con el intruso. Tengo un anillo que quería darte.

—¿Un anillo? —repitió ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, si me das un momento —dijo, moviéndose para levantarse de la cama y buscar el anillo que, al parecer, había conseguido para ella.

—¡Idiota! —gritó, empujándolo de vuelta al colchón—. ¡Necio! ¡Es demasiado tarde para anillos y propuestas! ¿No podías haber llegado a esta brillante conclusión un día antes? ¡Incluso unas pocas horas antes de tu encontronazo con el peligro!

Él parecía aturdido, abrió la boca intentando responder, pero no pudo encontrar palabras adecuadas.

Ella dejó escapar un sollozo ahogado de frustración y se desplomó en la cama, abrazando una almohada contra su rostro para evitar deshacerse por completo en lágrimas.

—No es demasiado tarde, ¿verdad? —preguntó él, vacilante, colocando una mano en la parte baja de su espalda—. Aún no has aceptado la propuesta de Atlas.

—No, pero él habló con mi padre, Alex —dijo ella, la voz amortiguada por la almohada. Dio un gran suspiro y giró su rostro de lado, parpadeando para despejar las lágrimas mientras buscaba su mirada—. ¿No lo entiendes? ¡Mi padre finalmente me ha perdonado! Tiene a Atlas en muy alta estima, y al negociar este acuerdo puede regresar a White's la próxima temporada con la cabeza en alto, sin chismes sobre su esposa mandona y su hija consentida. Ya está hecho, y temo que humillarlo una vez más destruiría mi relación con mis padres para siempre.

Él frunció el ceño, considerando sus palabras mientras le acariciaba la espalda.

—¿Y si hablo con tu padre a primera hora de la mañana, antes de que Atlas tenga la oportunidad de proponerte matrimonio?

Ella tragó el nudo en su garganta, casi cediendo ante la mirada de esperanza y entusiasmo en su rostro. Estuvo a punto de volver a enterrar su cara en la almohada y llorar hasta no tener más lágrimas.

—¿Qué le dirías? —preguntó suavemente, sin querer insultar a un hombre que acababa de confesarle su amor. No sería ella quien señalara la evidente brecha entre la prosperidad y posición de Alex Somers y Nathaniel Atlas. No podía, porque, contra todo su planeamiento cuidadoso y sus pensamientos sensatos, ella también lo amaba.

Extendió su mano para rozar su rodilla, queriendo devolverle el gesto, incluso estando tan patéticamente tendida boca abajo en medio de su frustración.

—Con tu apoyo, podría ser tan próspero como Atlas —dijo él en voz baja—. Tienes la habilidad de navegar la sociedad, de colocarnos frente a las personas correctas, de encontrar la vocación perfecta. Soy dócil y estoy dispuesto a seguir tu guía. Seríamos imparables juntos, ¿no? Como esposo y esposa.

Ella asintió, obligándose a reprimir la tristeza que se agitaba en su interior.

—¿Pero cómo convencerías a papá de que vea un futuro que aún no existe y que lo prefiera por

encima de una certeza establecida? Si tan solo hubieras pedido mi mano primero, Alex. Quizás habría sido posible.

—¡Pues has estado diciendo todo el tiempo que te casarías con ese exageradamente peinado señor Atlas desde nuestra primera conversación! —espetó él, con los ojos chispeantes—. Siempre he sabido que no soy suficiente para alguien como tú. Solo después de que me sacudieran la cabeza se me ocurrió esta absurda idea de ir más allá de mi posición.

Ella suspiró, alzando la mano para aferrar los pliegues de su camisa y tirarlo hacia ella. Él no resistió, aunque mantenía la expresión de un niño reprendido, avergonzado por su imprudencia y a la defensiva por su comportamiento, sin captar el verdadero punto de lo que ella estaba diciendo.

Lo besó primero, antes de hablar, cuando él se inclinó lo suficiente para que ella alzara los labios hasta los suyos. Lo besó hasta que las líneas duras de frustración se desvanecieron, sus labios suavizándose contra los de ella y sus músculos relajándose de la tensión. Cuando se apartó, aun sujetando su camisa, lo miró como si fuera la última vez que pudiera verlo de esa manera, con sus ojos hambrientos y desesperados, intentando congelar ese momento en el tiempo para no perderlo nunca.

Él suspiró y se acomodó en la cama junto a ella, rodeándola con un brazo y apoyando su cabeza contra la de ella.

—¿Me habrías aceptado? —preguntó—. Si este asunto con Atlas se hubiera evitado, ¿lo habrías considerado?

Ella asintió, presionando su rostro contra su hombro a pesar de sentir cómo sus lágrimas empapaban su camisa.

—¡Por supuesto que lo habría hecho! No seas absurdo. Seguramente sabes que también estoy enamorada de ti.

Él la apretó contra sí, levantando la otra mano para acariciar su cabello.

—Bueno, entonces —dijo, con una sonrisa resignada teñida en sus palabras—, supongo que eso tendrá que ser suficiente.

—No. —Negó con la cabeza, aferrándose a él con fuerza—. No es suficiente. Nunca será suficiente. He esperado tanto tiempo por sentirme segura en mi futuro, y ahora, en la víspera de un camino decisivo, no quiero otra cosa más que pertenecer solo a mí misma un poco más de tiempo, libre para entregarme a quien yo elija.

—Glory, seguiré existiendo después de que te cases —le aseguró él—. No tenemos que separarnos para siempre ni dejar de hablarnos. Odiaría perderte por completo.

—¿Quieres decir que seré tu amiga? —preguntó, aflojando su agarre mientras retrocedía un poco para mirarlo a los ojos—. ¿O una adúltera?

Él dejó escapar una risa sorprendida, llevándose la mano a los labios para no volver a alarmar a nadie.

—No había considerado que estuvieras dispuesta a cometer adulterio, pero no seré yo quien te desanime de ello.

Ella frunció el ceño; la idea no le ofrecía ningún consuelo. De hecho, la mera posibilidad de tener que andar a escondidas el resto de su vida, bajo el pretexto de visitar a Rose, le causaba un peso punzante en el pecho. No le agradaba en absoluto.

—El mundo suele ser injusto con las mujeres —continuó Alex, limpiando sus lágrimas con una ternura desgarradora—. Suena sórdido, pero no serías la primera mujer en buscar consuelo fuera de los límites de un matrimonio de conveniencia. No es el gran pecado que el clero nos hace creer, encontrar consuelo en nuestras vidas, en los pequeños lugares donde podamos.

Ella consideró sus palabras, su ceño fruncido en una incomodidad creciente. Sus padres eran tan obviamente felices juntos, pese a sus ocasionales disputas, que no podía imaginar que su madre sufriera algún descontento por ese matrimonio. Incluso Rose, que había huido con Gideon para salvarla a ella misma de un matrimonio precipitado y sin consentimiento, parecía en paz con su destino, feliz y tranquila. No podía imaginarse a ninguna de las mujeres casadas de su vida considerando algo así.

Y se dio cuenta, mientras yacía en los brazos de un hombre al que había llegado a amar, que estaba a punto de entregar los últimos vestigios de su inocencia y juventud a alguien que había elegido estratégicamente, y no por emoción. Incluso si en los años posteriores a su boda encontrara el camino de regreso a los brazos y al lecho de Alex, habría perdido la parte de sí misma que había comenzado a florecer en Somerton este otoño.

—Si no rompiera el corazón de mis padres —murmuró—, insistiría en que siguiéramos los pasos de Rose y Gideon y huyéramos esta misma noche hacia la frontera. Siento que estoy atrapada en la miseria, haga lo que haga.

—Probablemente estás tomando la decisión sabia —dijo él, tal vez con más amabilidad de la que ella merecía—. Incluso si nos fugáramos esta noche, no tendríamos dónde vivir más que bajo el techo de mi hermano, y seguiría teniendo las mismas pocas perspectivas que siempre he tenido.

Ella negó con la cabeza.

—Eres mucho más capaz de lo que crees, Alex.

—Solo bromeaba. —Él sonrió, inclinándose para besar sus párpados, la punta de su nariz y finalmente sus labios—. Si solo tenemos un tiempo corto juntos, no lo pasemos tristes.

—¿Cómo sugiere que pasemos este tiempo juntos, señor? —preguntó ella con una pequeña sonrisa—. Porque ya estamos en su cama, entrelazados como amantes.

Él soltó una risita, besándola nuevamente mientras sus manos se deslizaban por su cuello y sobre la parte superior de sus brazos.

—Somos amantes, ¿no?

—No del todo —respondió ella suavemente—. Solo hemos jugado.

Él dudó, y el verde de sus ojos pareció oscurecerse ante sus palabras.

—¿Está tratando de tentarme, señorita Blakely?

—Sí —susurró ella, su corazón latiendo con fuerza en su pecho—. Esta noche sigo siendo solo una doncella, sin prometido ni esposo. Mi cuerpo es mío para entregarlo solo por unas horas más, y deseo entregártelo a ti.

Él se quedó inmóvil, sus ojos abriéndose mientras sus manos se tensaban contra su piel suave.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó, con las palabras cuidadosas y un tanto estranguladas en su garganta.

—Quiero que me hagas el amor —respondió ella, humedeciéndose los labios con incertidumbre. ¿Sonaba ridícula? ¿Acaso esa no era la manera de proponerle algo a un hombre? —. Quiero experimentar el acto del amor contigo antes de que alguien más tenga la ocasión de tocarme —añadió, esperando sonar decidida y madura—. Quiero que seas tú.

Solo hubo un momento de silencio tras sus palabras, sus ojos oscuros y fijamente clavados en su rostro. Una vez que comprendió el significado de lo que ella decía, pareció que había sido lo suficientemente clara, porque él descendió sobre ella con el beso más apasionado y ardiente que jamás había experimentado, como si quisiera consumir su alma entera si pudiera.

Ella llevó una mano a su rostro, atrayéndolo más hacia ella, devolviendo el puro deseo comunicado en aquel beso mientras él acercaba su cuerpo al suyo. ¿Lo estaba imaginando, o eran lágrimas lo que humedecía sus mejillas? ¿Los hombres lloraban, y por amor, además? ¿Había hecho ella que Alex Somers derramara lágrimas?

Su corazón pareció estallar y romperse al mismo tiempo en su pecho, la devastación y la crueldad de su situación tejidas estrechamente con el desafiante placer de aquel abrazo prohibido. Rasgó su camisa con desesperación, ansiosa por deshacerse de ella, por tocar su piel, sentir su cuerpo cálido, vivo y completamente suyo, en esa hora robada de la noche.

Él cumplió con su petición no dicha, despojándose de la camisa y empujando el batín de ella hacia atrás, exponiendo sus hombros. Sus labios viajaron por su cuello mientras sus manos trabajaban para librarla del peso de la ropa.

Guiada por instinto, o tal vez por el puro y pecaminoso deseo de provocarle placer, ella siguió su ejemplo, dejando que sus manos recorrieran las líneas y los surcos de su magnífico cuerpo, hasta llegar a los tiradores que sujetaban sus pantalones en las caderas y, finalmente, al firme indicio de su deseo por ella, oculto bajo la tela.

Él inhaló profundamente, sus caderas avanzaron hacia su toque, llenando su mano con aquella parte prohibida de sí mismo. Su boca descendió sobre la piel delicada de su cuello, con sus

dientes rozándola mientras saboreaba su esencia. Sus manos bajaron, acariciando y apretando con indulgencia su trasero mientras recogía la tela de su camión, levantándola cada vez más, siguiendo las curvas de sus pantorrillas y muslos.

Ella dobló las piernas, arqueando la espalda y apuntando los dedos de los pies hacia la suavidad del colchón mientras levantaba las caderas, las costillas y finalmente los brazos, permitiendo que Alex Somers la desnudara completamente, quitando cualquier cosa que podría haberle proporcionado un último vestigio de modestia.

Se alejó de ella, sus ojos brillaban a la luz de las velas, y se arrodilló sobre su cuerpo mientras colgaba cuidadosamente el camión sobre el poste de la cama. Parecía acariciarla con nada más que su mirada, admirando esta vista de ella, sin las restricciones de la propiedad—física o asumida.

Pasó una de sus manos sobre su garganta, entre sus senos, y sobre la curva modesta de su cintura y cadera. La tocó suavemente, como si fuera un tesoro valioso que debía ser admirado con el mayor cuidado. Ella pensó para sí misma que la forma en que la estaba besando antes destrozaría a una chica que solo podía ser tocada con tanta suavidad.

Se apoyó en sus codos, con su cabello cayendo por su espalda, y los ojos fijos intensamente en los suyos. Se sentó y se inclinó hacia adelante para desatar las cuerdas en la cintura de sus pantalones, sus dedos rápidos y ágiles, fácilmente destruyeron el nudo y desataron la sujeción sobre su modestia.

No la detuvo, quieto y observando atentamente mientras ella se deslizaba hacia la parte posterior de su cinturón y hundía sus manos en los recovecos ocultos de su carne, disfrutando del tacto de su trasero musculoso contra sus dedos. Se tomó su tiempo aquí, instando a los pantalones a bajar sobre sus caderas, mordiendo su labio mientras sacaba su impresionante órgano, que no había tenido ocasión de explorar en forma tan cercana la última vez que habían sido íntimos.

Podía ver los músculos de su abdomen tensándose, y hasta, sorprendentemente, un movimiento de contracción en su virilidad misma mientras envolvía sus manos alrededor de su longitud suave y sedosa, explorando la forma en que se sentía bajo sus dedos, la forma en que reaccionaba a su toque.

Miró hacia arriba hacia él, preguntándose si la detendría de esta tarea, tal vez bajo el pretexto de tirar de sus pantalones el resto del camino desde sus piernas y derribarla de nuevo en una posición sumisa. Parecía no tener intención de hacer eso, y en su lugar se inclinó hacia adelante para empujar suavemente su cabello detrás de su oreja, todavía mirándola como si fuera la cosa más preciosa que había visto jamás.

Por impulso, se inclinó hacia adelante y besó la parte superior de su virilidad, con una pequeña emoción chispeando en su estómago por la forma en que jadeó. Frotó sus labios alrededor de la parte superior de esta parte de él que le daba placer, el sabor de él era suave y agradable en sus labios. Deslizó sus dedos sobre la punta de él, que parecía volverse húmeda de la misma manera que ella cuando se inspiraba en el placer, permitiendo que el líquido opalescente cubriera sus dedos antes de deslizarlos hacia abajo por la longitud de nuevo.

Con curiosidad, permitió que una gota de este líquido misterioso se formara y la llevó a su lengua, queriendo experimentar su sabor.

—Podemos intentarlo de nuevo más tarde —dijo Alex, su voz ronca—. Te necesito ahora.

Asintió, permitiendo que él la inclinara sobre su espalda, tirando sus pantalones descuidadamente y descendiendo sobre ella, carne con carne, con más de ese beso voraz y exigente.

Empujó sus piernas apartándolas con su muslo, como había hecho aquellas noches anteriores, y sin vacilación ni juegos, deslizó su mano entre sus piernas, acariciándola suavemente, como si estuviera instando a sus deseos más secretos a salir de su escondite.

Ella echó su cabeza hacia atrás en la almohada, con su cuerpo en llamas con deseo y asombro, y sus rodillas abiertas para que él explorara su cuerpo a su gusto. Él presionó su mejilla contra la de ella y dijo con aliento caliente que le hacía cosquillas en la oreja: —Quiero saborearte también.

Ella tembló, con sus pezones endureciéndose en pequeños picos mientras él se deslizaba por la longitud de su cuerpo, con sus dedos demorándose en sus senos mientras se dirigía hacia abajo para explorarla de la misma manera que ella lo había hecho con él. Luchó contra el impulso de tensarse o de apretar sus piernas, desterró el repentino surgimiento de pensamientos preocupados que inundaron su mente ante la presentación de esta parte de ella.

Parecía no encontrar defecto en la riqueza entre sus piernas, mirándola como si fuera la perfección misma. Se inclinó hacia adelante y usó la parte plana de su lengua para saborear toda la superficie de su feminidad, una y otra vez, demorándose en ella. Movié la punta de su lengua sobre un punto que cantaba con placer y hundió sus dedos en ella mientras lo hacía, empujándolos suavemente hacia adelante de la manera que imaginaba que pronto haría con todo su cuerpo.

—Mmm, Alex —logró decir, retorciéndose bajo su toque, desesperada por lo que venía a continuación—. Alex, ¿va a doler?

—No —dijo él con firmeza, levantándose sobre sus rodillas—. No, estás resbaladiza y lista. Fuiste creada para mi pene.

—Yo... yo fui —jadeó, sus mejillas se calentaron absurdamente al sonido de esta palabra desconocida, aunque obviamente obscena.

Se inclinó hacia adelante, deslizando sus manos hacia arriba a lo largo de sus brazos y asegurando su agarre alrededor de sus muñecas, que yacían a ambos lados de su cabeza. —¿Es esto lo que imaginaste que sucedería cuando entré por la ventana? —preguntó con una sonrisa traviesa—. ¿La *diversión* que pensaste que podría ocurrir?

Asintió, con su boca seca, desesperada por besos. —Sí, oh sí —jadeó, sus piernas deslizándose hacia arriba alrededor de las suyas mientras él se arrodillaba—. Sí, quería que me devoraras.

—Bien —gruñó, instando a sus caderas hacia adelante mientras la cálida y sólida realidad de su

deseo comenzaba a hacer su camino dentro de ella—. Porque eso es lo que voy a hacer.

Pensó que se congelaría, tal vez gimotearía o cerraría los ojos cuando este momento finalmente llegara a su vida. Sabía, en general, lo que los hombres esperaban de sus esposas. Lo que su madre nunca la había preparado para cómo se sentía glorioso, ser llenada en un lugar que rogaba por invasión, ser completamente superada por alguien tan hermoso y fuerte.

En lugar de congelarse o tensarse o apretar los ojos, se encontró levantando la cabeza de la almohada para encontrar los deliciosos besos de Alex Somers, con sus caderas balanceándose hacia adelante, instándolo a entrar completamente en ella, instándolo a reclamar de ella lo que había elegido libremente dar.

Tenía razón en que no había dolor, nada más que un ajuste dentro de ella a esta nueva y deliciosa presencia. Sostuvo sus caderas firmes, pulsando dentro y fuera de ella con golpes gradualmente más rápidos mientras su órgano recogía el calor y la humedad compartidos que ambos estaban produciendo, con su virilidad volviéndose resbaladiza con la excitación.

—Oh, Cristo —murmuró, una mano enterrada en su cabello, la otra guiando sus caderas—. Eres perfecta.

Tal vez solo eran perfectos el uno para el otro, pensó. No podía imaginar a ningún otro hombre haciéndola sentir de esta manera o convirtiéndose tan fácilmente en una parte de su propio cuerpo, como si hubiera sido creado exactamente para esta tarea. Se encontró deslizándose sus piernas a lo largo de su cuerpo, probando la sensación de envolver una alrededor de su cintura, o presionando contra el empuje de su trasero con el arco de su pie.

Cada vez que entraba en ella, era una nueva sensación. Su cuerpo se sacudió bajo los empujones, cada uno un poco más brusco y desesperado que el anterior. Envolvió sus brazos alrededor de su cuello y fusionó su cuerpo con el suyo, enterrando su rostro en su cuello mientras parecía caer por el borde del autocontrol.

Mientras aumentaba la velocidad, sintió que esa increíble sensación se estaba construyendo de nuevo, esa milagrosa liberación que solo había sentido una vez antes. La sostuvo cerca, sus cuerpos estaban enredados en un baile primitivo de placer y satisfacción. Abrió la boca para decirle que lo amaba, pero descubrió que no podía hablar. En su lugar, su boca solo se abrió para liberar dulces gemidos mientras se encontraba en el ápice de su placer, y la explosión de sensaciones que siguió.

Se retiró de ella, aparentemente con prisa. Fijó sus ojos en ella, con su virilidad en su mano, y derramó una riqueza de ese líquido perlado sobre su estómago desnudo con un estremecimiento de satisfacción impotente.

Se miraron el uno al otro en un asombro congelado, ambos jadeando por aire, ambos brillando con un brillo de sudor por la intensidad de sus esfuerzos. Finalmente, Alex pareció derrumbarse, con sus rodillas doblándose mientras atrapaba su propio colapso en el colchón junto a ella, permitiendo que su cuerpo se volviera flácido y lánguido, como el suyo había hecho.

Permanecieron allí juntos durante algún tiempo, mirando al mundo con asombro atónito.

Capítulo Veinticuatro

Se deslizó fuera de la cama una vez que sintió que el mundo volvía a quedarse en calma, buscando un paño para limpiar su semilla del vientre de ella y un vaso de agua, esta vez para compartirlo entre los dos.

La había besado más veces de las que podía contar en cada paso de este proceso, incapaz de pasar más de un breve momento sin tocarla. Cuando volvió a meterse en la cama, tiró del gran edredón para cubrirlos a ambos, acomodándola en el arco de su cuerpo, con su rostro enterrado en su cabello y los brazos envueltos alrededor de su figura. Se permitió imaginar que esta era la vida que podría haber tenido, si hubiera actuado antes. Se permitió la fantasía, al menos por un momento, de que podrían quedarse dormidos juntos así por la noche y despertar aún entrelazados por la mañana.

—He yacido con mujeres casadas —dijo él, con voz contemplativa y suave—. De hecho, siempre ha sido mi preferencia, para no arruinar la reputación de una joven antes de que pudiera encontrar su lugar en la vida.

—A... lex —gimió ella, claramente sin interés en escuchar relatos de sus aventuras.

Él soltó una risa baja y dejó un beso en la nuca de ella.

—Lo que quiero decir es que la idea de una mujer casada nunca me ha molestado. Nunca sentí celos hacia sus maridos ni las deseé como mi propia esposa... hasta ahora. Hasta ti, Glory.

Ella guardó silencio por un momento, quizá permitiendo que sus palabras calaran. Se acurrucó contra él, el calor de su cuerpo calmando el dolor en su corazón al pensar en perderla.

Respiró profundamente y se giró dentro de sus brazos, apoyando las palmas planas contra su pecho mientras inclinaba la nariz hacia arriba, casi tocando la de él.

—Siempre he pensado que es algo romántico y delicioso poner celoso a un hombre, especialmente si es apuesto —susurró—. Pero no deseo inspirarte celos. La idea me duele.

—Entonces haré todo lo posible para no cargarte con eso, mi amor —prometió él, pasando los dedos por la columna desnuda de su espalda, bajo las mantas—. Ni tampoco intentaré inspirarte celos a ti. De hecho, no puedo imaginar retomar mis asuntos con otras mujeres después de haber estado contigo. No puedo imaginar disfrutarlo.

Ella se apartó un poco, lo suficiente como para dedicarle una mirada escéptica.

—He oído que sus aventuras son bastante prolíficas, Lord Alex. Es probable que, con el tiempo, tu entusiasmo por el comportamiento pícaro regrese.

Él sonrió, sorprendiéndose de que pudiera reír en un momento como este, de que ella pudiera hacer que tantas emociones cobraran vida a la vez. Entretejió las puntas de sus dedos en los mechones de su cabello que flotaban a lo largo de su espalda, abrumado por tantas cosas que deseaba expresar con elocuencia.

—La noche que dejé Oxford se siente como si hubiera ocurrido hace mil años —le contó—. Me escapé por la ventana de la casa de una mujer casada justo cuando su poderoso marido llegaba a casa. Fui tan descuidado, tan relajado e indiferente, que me di cuenta en el camino de regreso de que me había puesto los zapatos del marido en lugar de los míos. Unos días después, entré por otra ventana, solo para que me derribaras tú, quizás algo confundido esa noche y ahora también esta noche. Ha sido un torbellino de paralelismos extraños y lecciones crípticas, pero todo a lo que puedo volver es a lo agradecido que estoy de haberte conocido, de haberte tenido en mis brazos, incluso si no puedo conservarte para siempre.

Ella sonrió, negando con la cabeza incrédula.

—¿Qué crees que pensó ese hombre cuando buscó sus zapatos y encontró un par extraño? Espero que su esposa fuera lo suficientemente rápida para deshacerse de ellos antes de que él pudiera notarlo.

—Bess es muy ingeniosa —le aseguró él—, y su esposo es lo suficientemente mayor como para imaginar que extravía cosas todo el tiempo. Por lo que, al final, el que terminó con un par de zapatos demasiado grandes fui yo, guardados en el... —se detuvo, con los ojos abiertos de par en par— ... en el fondo de mi guardarropa.

—¿Alex? —Ella lo siguió cuando se incorporó de repente, una chispa de eureka encendiéndose en su mente.

—¡Los zapatos! —dijo, volviéndose hacia ella con los ojos brillantes—. Me llevé algo de Oxford que no me pertenecía, pero no estaba en mi maleta.

Le dio un rápido y firme beso antes de lanzarse fuera de la cama, apresurándose hacia su armario y abriéndolo de golpe. La luz de la luna y las velas parpadeantes eran una pobre iluminación, y ciertamente se sentía algo ridículo llevando a cabo esta tarea desnudo. Pero tras un momento, emergió del revoltijo de ropa sosteniendo en alto un par de grandes y bastante comunes zapatos de cuero.

Gloriana había arrojado las mantas a un lado, alcanzando su bata, que ofrecía poca o ninguna modestia sobre su cuerpo sin un camisón debajo, y corrió para encontrarse con él, donde estaba arrodillado en el suelo con los zapatos del engañado entre ellos.

Le entregó uno de los zapatos y tomó el otro, inspeccionando el interior, tirando de la suela, intentando encontrar algún lugar donde pudiera esconderse contrabando. Le llenó de un extraño orgullo ver a la mujer que amaba haciendo lo mismo, sin necesidad de instrucción.

—¡Ah! —exclamó, blandiendo el zapato hacia adelante con su descubrimiento. El tacón, que *era* un poco más alto de lo que Alex consideraba estrictamente necesario, parecía girar hacia un lado sobre una bisagra, revelando un pequeño compartimento en su interior.

¡Ese compartimento estaba repleto de documentos cuidadosamente doblados!

El otro zapato, el que Alex sostenía, también tenía un compartimento, pero en su interior había algunas monedas de oro, quizás un pago para un mensajero a lo largo de la ruta de los espías.

—¡Lo encontramos! —exhaló Gloriana, con las mejillas de un rosa intenso por la emoción, su cabello alborotado alrededor de sus hombros—. ¡Alex, lo resolvimos!

Él desdoblaba los documentos, escaneándolos con curiosidad por descubrir qué había causado tanto alboroto, al punto de casi costarle la vida. Para su sorpresa, encontró que eran misivas bastante personales, escritas entre un general y la esposa de algún poderoso funcionario del gobierno. Había varias de ellas, aparentemente redactadas por ambas partes en esta aventura, y eran lecturas adecuadamente salaces para una pareja de amantes que acababa de consumir su propia pasión.

Olvidando lo efímero de su aventura, Alex recitó algunos de los pasajes en voz alta, sugiriendo que tal vez podrían intentar algunas de las maniobras y actos más gráficamente descritos por ellos mismos. A pesar de la improbabilidad de tener la oportunidad, Gloriana parecía dispuesta a considerar la sugerencia.

Leyeron cada palabra de estos documentos secretos, ambos energizados por el descubrimiento de esta aventura prohibida, a pesar de no tener la más mínima idea de quiénes eran las dos partes involucradas en este escándalo en particular. La emoción era una electricidad contagiosa, chispeando entre ellos mientras compartían esta victoria.

—¿Era el hombre que poseía estos zapatos alguien de gran importancia? —preguntó ella, sentándose sobre sus talones mientras terminaba la última de las cartas—. ¿Un espía en una red de espías?

—Quizás. Era un abogado, más recientemente ascendido a juez —respondió Alex, tocándose el mentón pensativamente—. Es ciertamente una posición en la que se roza con los poderosos y los peligrosos, pero encuentro extremadamente improbable que supiera que fui yo quien se llevó sus zapatos, a menos que Bess revelara mi identidad en algún momento.

—Podría haberlo hecho, si estaban involucrados en algo peligroso —replicó Gloriana, las misivas en un desordenado montón sobre su regazo.

Él negó con la cabeza, algo en ese escenario no terminaba de cuadrarle.

—Es un hombre viejo, y Bessie insiste en que está perdiendo la memoria, y que es completamente inadecuado para las tareas de su posición. No tiene sentido que estuviera involucrado en algo como esto.

—Bessie —repitió Gloriana, y el sonido del nombre en sus labios le provocó a Alex una extraña punzada de inquietud—. En Oxford, casada con un abogado que ahora es juez, ¿dices?

Él asintió, teniendo la decencia de ruborizarse un poco al hacer la revelación.

—¿Elizabeth Corden, de soltera Parrish, por casualidad? —preguntó Gloriana sin pestañear.

—Eh... sí, en realidad —balbuceó él, con las mejillas ya completamente encendidas—. ¿Se conocen?

—Sí, la conocí en la escuela —dijo Gloriana con una risa irónica—. Qué extraño, justo estaba hablando de ella con Nell.

Se puso de pie, mordiéndose el labio y tamborileando con los dedos sobre la pila de papeles. Se volvió hacia Alex, con el rostro iluminado por una repentina comprensión.

—Elizabeth—Bess, supongo—es hija de un general. Es mucho más probable que sea nuestra espía que su esposo, ¿no crees? Especialmente porque es la única persona que sabía con certeza cómo este par de zapatos desapareció.

Alex lo consideró, rascándose la barbilla mientras la observaba pasearse frente a él con ese alucinante camión translúcido.

—Asistiría a muchas funciones con su marido —dijo pensativamente—, lo que le daría la oportunidad de pasar documentos importantes. Esconderlos en un viejo despistado e inofensivo es, de hecho, una genialidad.

Gloriana asintió con entusiasmo.

—¡Exacto! Tenemos que avisarle a tu hermano antes de que llamen al alguacil. Sería mucho más sensato discutirlo entre un grupo de confianza para decidir cómo manejar estos documentos con delicadeza.

—Se lo diré por la mañana —suspiró Alex, levantándose de su asiento. Miró por encima del hombro hacia las cortinas abiertas que enmarcaban sus ventanas y volvió a suspirar—. Supongo que ya casi es de día. El cielo está tomando un tono bastante púrpura.

Ella rió suavemente, dejando caer las cartas al suelo y rodeando su cuello con los brazos.

—Ninguno de los dos ha dormido en dos noches —susurró—. Y si me quedara, ¿quién sabe cuánto más tardaríamos?

—Ojalá pudieras quedarte —dijo él, besándola con un suspiro lleno de pesar—. Para siempre, si fuera posible.

Ella asintió, soltando un suspiro propio.

—Debo regresar a mis habitaciones antes de que los criados se despierten y me vean saliendo de la tuya. Me quedaré con la llave, si no te importa, como recuerdo.

—Podrías llevarte el anillo en su lugar —propuso él, acariciándole la oreja con la nariz—. Es para la mujer que amo.

—Quizá algún día ames a alguien más —dijo ella, con una triste sonrisa en los labios, pero una

nota de esperanza en la voz—. El juez Corden ciertamente no tiene muchos años por delante, después de todo. Elizabeth es una joven atractiva y, al parecer, una espía capaz.

Él rió, aunque el recuerdo de Bessie se le antojaba ahora opaco y deslucido en comparación con lo que había vivido con Gloriana Blakely. No lograba evocar su rostro, no con el rostro angelical de Gloriana frente a él.

—Es curioso —dijo ella mientras se alejaba, flotando hacia el otro extremo de la habitación para recoger su camisón—. Solía burlarme de Elizabeth Parrish por ser una simplona que se derretía ante cualquier joven apuesto, y aquí estamos las dos, enamoradas del mismo hombre.

—Y ambas causaron que me golpearan en la cabeza —añadió él, reprimiendo la oleada de tristeza que amenazaba con surgir en su pecho—. Eso también cuenta para algo.

—Sí —dijo Gloriana, sacando la llave plateada de la cerradura y llevándola junto a su corazón—. Cuenta para todo, mi amor.

Alex consideró brevemente intentar dormir una hora, aunque solo fuera por necesidad primordial. Sin embargo, sus pensamientos acelerados dejaban claro que cualquier intento sería inútil, así que recogió los zapatos, volvió a colocar los documentos ocultos en los tacones y se puso una bata para salir en busca del dormitorio principal.

Si algo podía animarlo, sería molestar a Gideon al amanecer.

Lamentablemente, al acercarse al final del pasillo donde el vizconde Somers tenía su habitación, Alex encontró la puerta entreabierta. Allí estaba la señora Laughlin, retorciéndose las manos con evidente angustia. Ver a Alex no pareció calmar su ansiedad; más bien dejó escapar un gemido y comenzó a golpetear el suelo con el pie sobre la alfombra.

Rose salió de la habitación poco después, ya vestida para el día. Se detuvo en seco al verlo, con sus ojos ensanchándose con lo que parecía más exasperación que sorpresa. Su mirada descendió a los zapatos que Alex llevaba en las manos, y en lugar de expresar confusión, simplemente suspiró. Le susurró algo a la señora Laughlin mientras recogía las faldas de su vestido y hacía un gesto para que ambas se marcharan hacia lo que fuera que requería su atención urgente.

—Será mejor que entres de una vez —le dijo a Alex al pasar junto a él—. Ya está despierto y molesto, así que no tiene sentido prolongar el mal trago.

Pasó de largo sin esperar respuesta, girando en la esquina con la ama de llaves. Su conversación era lo suficientemente baja y rápida como para que Alex solo pudiera intuir que lo que fuera que ocurría era tanto escandaloso como secreto.

Una pequeña parte de él se sintió decepcionada por tener que compartir el protagonismo, especialmente cuando se trataba de hacer hervir el gélido exterior de Gideon con emociones. En fin, pensó, estas recientes lecciones de vida parecían girar todas en torno a las pequeñas concesiones.

Esperaba, quizás contra su sentido moral, que el villano aún no hubiera sido capturado. No le gustaría que otro revelara los secretos que él y Gloriana habían logrado descubrir. Sentía un cierto deseo de recibir crédito por este hallazgo, tan arduamente conseguido, aunque no se entusiasmaba particularmente con la idea de explicar a su hermano cómo había terminado con los zapatos en sus manos.

La idea de que Gideon se quedara atrás para que Rose y la señora Laughlin castigaran al hombre que casi lo apuñala era una fantasía lo suficientemente divertida como para darle ánimo mientras tocaba a la puerta del dormitorio de su hermano y entraba sin esperar invitación.

—¿Qué sucede ahora? —gruñó Gideon, congelado a medio camino de ponerse una de sus botas. Estaba sentado en el alféizar acolchado de la ventana de su dormitorio, con el cabello aún alborotado y sin peinar desde la noche, la camisa desabrochada y sin corbata.

Si Alex no estuviera completamente seguro de que esta era la habitación correcta, y esa voz irritable no fuera la de Gideon, podría no haber reconocido a su hermano en tal estado de desarreglo matutino.

—Te ves extraño —anunció, sonriendo como un idiota con un par de zapatos apretados contra el pecho.

—No he dormido mucho —suspiró Gideon, llevándose una mano al revoltijo de cabello castaño rojizo sobre su cabeza—. Ha sido una cosa tras otra estos últimos días, ¿no?

—Lo ha sido —coincidió Alex, dejándose caer en el lado opuesto de la cama—. ¿Quieres contarme por qué Rosie y la señora Laughlin marchan hacia la guerra?

—No lo sé del todo —confesó Gideon, dejando caer la bota al suelo con un golpe cuando finalmente la abrochó bien—. Rose solo dijo que había algo urgente que atender y se fue, pero deduje que debía estar vestido y listo para involucrarme cuando regresara.

—Quizás no —dijo Alex con un encogimiento de hombros—. Rose es bastante buena resolviendo problemas por sí sola, ¿no crees?

—Hmm. —Su hermano hizo una mueca—. Cuando eres demasiado competente, los problemas empiezan a buscarte, creo.

—¿Problemas como un lord mojigato con una hermana soltera y embarazada? —sugirió Alex, reprimiendo la risa al ver cómo los ojos de su hermano se entrecerraban—. Creo que Rose es lo suficientemente competente.

—¿Hay alguna razón por la que me traes un par de zapatos viejos? —gruñó Gideon, levantándose para cruzar la habitación hacia su espejo, ajeno a cómo la parte trasera de su camisa sobresalía de su posición mal metida en los pantalones—. Quizás todavía estés aturdido por el golpe en la cabeza.

—¡Quizás! —concedió Alex—. Te traigo los zapatos porque no me pertenecen.

—Estupendo —refunfuñó Gideon, pasándose un peine por el cabello.

—Verás —continuó Alex con tono agradable—, los tomé por accidente al salir de Oxford y he notado, recientemente, que hay documentos ocultos y dinero en los tacones de estos zapatos, lo cual probablemente tendría algún valor para un granuja armado con un cuchillo.

Gideon bajó el peine, colocándolo cuidadosamente sobre la mesa frente a él con un sonido seco y resonante. Se giró sobre sus talones para mirar a su hermano menor, sus ojos se fijaron en los zapatos que Alex tenía en el regazo, y soltó un gran suspiro de cansancio.

—¿De quién son los zapatos?

—Del juez Corden —respondió Alex, tan neutralmente como pudo—. Los tomé por error, ya que se parecían bastante a los míos, y para cuando me di cuenta del error, ya era demasiado tarde para cambiarlos.

—¿Debería preguntar por qué estabas sin zapatos en la casa del juez?

—Preferiría que no lo hicieras.

Los dos hombres se miraron en un instante de silencio matutino, compartiendo una comprensión perfecta de lo no dicho. Gideon negó con la cabeza y volvió a mirar al espejo, recuperando su peine y reanudando su tarea de acicalarse. Sin apartar la vista de su reflejo, preguntó:

—¿Qué quieres hacer con el tesoro ahora que lo has descubierto?

—Bueno, creo que sería un grave error entregarlo al comisario. Su puesto es ocuparse de disputas sobre tierras agrícolas y delitos menores. No imagino que esté capacitado para manejar un caso de espionaje en tiempos de guerra.

—Ese es un punto válido —respondió Gideon con el ceño fruncido—. ¿Lograste descifrar el contenido de los documentos?

—Sí —asintió Alex—. Es una serie de cartas salaces entre la esposa de un hombre importante y otro hombre importante, con quien no está casada. Son extremadamente descriptivas.

—Por supuesto que lo son —suspiró Gideon, sacudiendo gotas de agua de su peine mientras obligaba a su cabello a tomar su acostumbrada perfección—. Quizás Sheldon sepa a quién pasarle esta información, aunque tengo la impresión de que está destinada a ser utilizada como un arma de presión.

—Sin duda lo está —confirmó Alex—. También está el asunto del dinero. Hay una suma considerable en el zapato izquierdo. Honestamente, me sorprende no haber notado la diferencia de peso en el corto tiempo que los llevé puestos.

Gideon asintió satisfecho con su apariencia, aparentemente complacido con el resultado de su aseo minucioso, y se giró hacia su hermano mientras terminaba de meter la camisa en los pantalones.

—Creo que no necesitamos actuar con prisa —dijo—. Averigüemos qué caos ha descubierto Rose, y cuando eso esté resuelto, nos reuniremos como familia para decidir qué hacer.

—Con Gloriana también —añadió rápidamente Alex—. Ella está tan implicada en esto como yo.

—De acuerdo, sí —dijo Gideon con una inclinación de cabeza—. Gloriana es familia, ¿recuerdas? Es prima de Rose.

Alex sintió el calor subiendo a sus mejillas. Maldita sea su tez perfecta, siempre delatando sus emociones.

—Sí, claro —dijo, aclarándose la garganta—. Eso quería decir.

Gideon negó con la cabeza, exhalando profundamente por la nariz, y en lugar de continuar vistiéndose, cruzó el espacio entre ambos y se sentó junto a Alex en la cama, colocando una firme mano en su hombro. No necesitaba decirlo, se dio cuenta Alex. La verdad del asunto era tan obvia como los rayos de sol que se asomaban por el horizonte.

—Si vas a proponerle matrimonio —dijo Gideon—, tengo buenas fuentes que aseguran que deberías hacerlo cuanto antes.

—Ya lo hice —confesó Alex con una sonrisa irónica—. Ella cree que sus padres nunca la perdonarían si volviera a humillar a su padre, quien ya ha llegado a un acuerdo con Nathaniel Atlas.

—Rose pensaba que los Blakely nunca la perdonarían por huir con el prometido de su hija —replicó Gideon—. Parecen un par bastante indulgente, especialmente con las jóvenes de la familia.

Alex, a pesar de todo, sintió una chispa de esperanza encenderse en su pecho.

—¿Debería decirle eso? ¿Aunque ya me haya rechazado?

—Sí —afirmó Gideon sin titubear—. Haz lo que tengas que hacer, Alex. Nunca te había visto tan concentrado y sincero.

—¿Qué hay de aquella primavera cuando Heloise era del tamaño de un caballo?

—Fue parecido, pero no del todo igual —concedió Gideon con una pequeña sonrisa—. No bromees para cambiar de tema, por favor. Escucha mis palabras, hermano.

—Estoy escuchando —dijo Alex, reprendido—. Simplemente me falta optimismo para cambiar los caprichos del destino.

Gideon le dio una palmada en el hombro, asintiendo con comprensión.

—Mi propia necedad y pesimismo casi me hicieron perder a Rose. Es la única mujer que me ha hecho sentir completamente pleno, y estuve a punto de resignarme a la derrota, no una, sino dos veces. Podría haber perdido mis oportunidades con ella para siempre. No desperdicies años en

una esperanza pasiva o en la desesperación y el arrepentimiento. Te aseguro que lo que sientes por ella no es algo que se presente a menudo en la vida, y su futuro aún no está escrito en piedra.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Alex, incapaz de sofocar esa maldita chispa en su pecho, incapaz de apagar la repentina esperanza de que no todo estuviera perdido—. No soy un vizconde. No tengo nada que ofrecerle.

—Haz lo que sea necesario —respondió Gideon con un encogimiento de hombros. Luego, al parecer considerando sus palabras, añadió—: Dentro de lo razonable, por supuesto, Alex.

Capítulo Veinticinco

Con un torbellino de emociones encontradas, Gloriana finalmente se deslizó en su cama, justo cuando los primeros rayos del sol asomaban sobre los páramos de Yorkshire.

Siempre había sido muy hábil para contener las lágrimas hasta estar sola o con aquellas personas frente a las cuales era aceptable derrumbarse. Esa noche, Alex la había visto llorar, pero no había presenciado el torrente de dolor que rugía y se agitaba dentro de ella al verse obligada a rechazar su propuesta de matrimonio. Él no podía saber cómo su corazón se partía en dos mientras sugería con aparente despreocupación que Elizabeth Parrish quizá se convirtiera en una viuda disponible con quien él pudiera sanar su corazón algún día.

La señora Arlington le había enseñado demasiado bien.

Casi como si lo sintiera, Tatiana se giró en su sueño, lanzando un brazo sobre la cintura de Glory mientras se acomodaba boca abajo. No era necesariamente un abrazo, ni siquiera intencionado, pero Gloriana encontró consuelo en ello de todos modos. Respiró temblorosamente y tragó las lágrimas que amenazaban con desbordarse, diciéndose que debía dormir, porque hoy era el día en que recuperaría el amor de sus padres.

Permitió que sus ojos se cerraran mientras evocaba pensamientos de hacer el amor con Alex. Guardó en lo más profundo de su corazón la perfección de lo vivido en su cama esa noche, además de todo lo demás que había ocurrido. Tantas cosas habían sucedido, se dio cuenta, en tan poco tiempo.

Cuando dejara Somerton, en no mucho tiempo, probablemente en el carruaje de sus padres rumbo a Devonshire para planear su boda con Nathaniel Atlas, necesitaría que esos recuerdos permanecieran cristalinos. Para mantenerse cuerda y feliz, tendría que invocar el sabor de un beso de Alex Somers, la calidez de sus manos sobre su piel. Necesitaba memorizar el timbre particular de su voz y la manera en que le provocaba un agradable escalofrío de calor por la espalda.

Presionó sus labios con fuerza, obligando al grito de angustia a hundirse más profundamente en su interior. Había tomado la única decisión posible. Había hecho lo correcto, aunque eso la matara un poco por dentro. Siempre tendría ese preciado recuerdo de su primera experiencia de amor, elegida libre y felizmente, con alguien a quien realmente amaba. Si no tenía nada más, al menos tendría eso.

De alguna manera, a pesar del torbellino de pensamientos y sentimientos que revoloteaban dentro de ella, comenzó a quedarse dormida. Nunca antes en su vida había sentido un alivio mayor que entregarse al sueño.

—¡Glory! —La voz de Tia resonó, mientras le daba un fuerte sacudón al hombro de Gloriana—. ¡Glory, por favor, despierta! Oh, Glory, se ha ido. ¡Se ha ido!

—¿Qué? —murmuró, con la cabeza aturdida mientras intentaba arrancarse del sueño que tanto necesitaba. Parpadeó, enfocando su mirada en el rostro alarmado de su amiga. Entrecerró los ojos ante la luz del sol, tratando de sacudirse el manto de somnolencia. Algunas horas debían haber pasado desde que fue consciente del mundo a su alrededor.

Levantó una mano para protegerse de la luz, entrecerrando los ojos hacia Tatiana. —¿Qué estás diciendo?

—Huyó en la noche, el sinvergüenza —sollozó Tia, con los ojos llenos de lágrimas—. Te ha abandonado.

Como si una ola de agua helada la hubiera empapado, los sentidos de Gloriana se activaron de golpe, su cuerpo se incorporó de la cama para quedar de pie, sujetando los hombros de su amiga con los ojos abiertos de par en par. —¿Adónde se fue?

—Oh, se ha fugado —se lamentó Tia—. Se escapó con... ¡con Nell!

Por un momento histérico, Gloriana pensó que podría desmayarse. Se tambaleó sobre sus pies, con la cabeza de repente llena de confusión. —¿Qué ha hecho? —logró decir, hundiéndose de nuevo en el colchón mientras se llevaba los dedos a la frente—. ¿Con Nell? ¿Nuestra Nell?

—Lo sé, lo sé. Es terrible —respondió Tia, sentándose junto a ella con la tragedia grabada en su hermoso rostro—. ¿Quién hubiera pensado que él era capaz de algo así, y solo horas después de pedirle tu mano a tu padre?

Gloriana negó con la cabeza, con los pensamientos girando mientras el mundo se negaba a estabilizarse a su alrededor. —Espera. Tatiana, espera. ¿Estás diciendo que Nell se fugó con...?

—¡Con el señor Atlas! —gritó Tatiana, al borde de romper en llanto—. Oh, asumo toda la responsabilidad, Glory. Le dije que abrazara sus impulsos lujuriosos, ¿recuerdas? Aquella noche con las cartas, se lo dije, pero nunca imaginé que haría esto. No puedo creerlo. ¡Y él! Oh, no sé cuál traición es peor, Glory. ¿Podrás perdonarme?

—Tia —dijo, incapaz de reprimir una risa aliviada que le brotó del pecho. Alcanzó el hombro de su amiga para darle unas palmaditas, todavía mareada por el impacto de todo—. Tia, ¿cómo podría ser tu culpa? ¿Puedes imaginar a Nell organizando una fuga? Estoy... ¿me atrevo a decirlo? Estoy orgullosa de ella.

—¿Estás... qué? —Tatiana quedó boquiabierta, con los ojos oscuros abiertos de par en par por el asombro—. Querida, creo que no entiendes. ¡Nuestra Eleanor se fugó con tu prometido! ¡Él se ha ido!

—Oh, Peter debe estar fuera de sí —suspiró Glory, negando con la cabeza—. Nunca hubiera sospechado que tuviera semejante escándalo en ella.

—¡Gloriana!

—¿Qué? Oh, ya lo sé. —Suspiró—. Atlas se ha ido, y qué bueno. ¿Por qué debería querer a un hombre que se escapa con una de mis amigas más queridas?

Tia parpadeó sorprendida, tal vez todavía sospechando que Gloriana estaba en estado de shock, sin entender del todo que acababa de ser abandonada, de cierta forma.

—Ni siquiera me había propuesto matrimonio aún —continuó Gloriana—. Es solo una traición en el sentido más amplio de la palabra. Y ahora... —Sus ojos se abrieron, una sonrisa floreció en sus labios—. ¡Ahora puedo casarme con quien desee!

La expresión preocupada de Tatiana pareció profundizarse. Alcanzó las mejillas de Glory, sosteniéndolas mientras la miraba fijamente a los ojos. —¿Deseabas a Atlas, no es así? —dijo despacio—. ¡Has estado planeando un compromiso con él durante casi un año!

—Lo hice —rió, una alegría estallando en su pecho que no sabía posible mientras alcanzaba las muñecas de Tia—. Pero ahora me he enamorado de alguien más. ¿No es una locura?

Se levantó, dejando caer los brazos de Tia a sus costados mientras volaba hacia el armario y abría las puertas de golpe. —¡Debo vestirme! Debo... debo encontrar la manera de decírselo. ¡Espero que todavía lo desee!

Tatiana no respondió. Observó a su amiga en silencio, su expresión una mezcla de asombro divertido, mientras Gloriana revoloteaba por la habitación, preparándose para esta increíble e inesperada oportunidad de tal vez alcanzar la vida que deseaba y aferrarse a ella para siempre.

Capítulo Veintiséis

Tal vez tres tazas de café habían cruzado el umbral de lo razonable, reflexionó Gloriana, mientras llevaba el revitalizante líquido a sus labios. Tal vez, en unos minutos, se arrepentiría de haber cedido a la tentación, pues su corazón ya latía más rápido de lo que le parecía prudente.

Si alguien hubiera viajado al pasado y le hubiera dicho, al inicio de esta empresa hace unos meses, que su fiesta se convertiría en un grupo de insomnes y alarmados chismosos rondando el comedor mientras ella bebía con calma una bebida cuyo sabor no le agradaba, probablemente habría considerado la noticia devastadora. Y si le hubieran dado el contexto completo —que se alegraría de la huida de Nathaniel Atlas porque se había enamorado del joven Somers, sin título ni tierras; que esperaba casarse con él y convertirse, después de todo, en cuñada de la temible Heloise—, seguramente habría estallado en lágrimas histéricas.

Con todo, y a pesar del (¿preocupante?) aumento de su presión arterial mientras avanzaba con esta bebida que aparentemente eliminaba la necesidad de dormir, se consideraba manejando todo bastante bien. Lo más difícil aquella mañana era esperar a Alex, que probablemente seguía profundamente dormido en su cama, creyendo aún que para cuando despertara, ella pertenecería a otro hombre.

Había demasiadas personas recorriendo los pasillos ese día como para simplemente arriesgarse y despertarlo ella misma. ¡Santo cielo, cuánto deseaba que eso fuera aceptable! Incluso había considerado pasar junto a su puerta y "tropezar" con ella lo suficientemente fuerte como para despertarlo, aunque sospechaba que ejecutar esa maniobra de manera convincente sería complicado.

—¿Entonces eso causó el caos anoche? ¿La perra de Lord Moorvale los atrapó fugándose? —preguntó una de las hijas de Lord Benton a su padre, quien negó con la cabeza, murmurando algo vago sobre una invasión a una casa sin relación alguna.

—¡Por Dios! —exclamó la otra, con los ojos brillando de curiosidad—. ¿Alguien salió herido?

Debería irritarle, lo sabía, que la chica Benton pareciera tan ansiosa por escuchar que alguien había derramado sangre, pero no podía molestarse mucho con sus tonterías, con todo lo que había ocurrido.

Ni siquiera sintió que su ira aumentara cuando Heloise Somers entró en la habitación, luciendo fresca y descansada en un favorecedor conjunto de brocado marfil, con sus ardientes cabellos rojos recogidos en un digno moño.

Sus miradas se cruzaron en medio del bullicio y las voces apresuradas, y Heloise, por alguna razón, decidió acercarse a la silla junto a Gloriana, sentarse y servirse su propia taza de café, llenándola casi hasta el borde, sin dejar espacio para leche ni azúcar.

Ambas permanecieron en silencio por un momento, sorbiendo sus respectivas bebidas, mientras

los invitados iban y venían, susurrando y lanzando miradas nerviosas hacia Gloriana. Las dos observaban la puerta, desde donde Alex Somers no se dignaba a aparecer.

—Supongo que piensas que estoy experimentando algo parecido al *schadenfreude* ahora mismo —dijo Heloise con un tono casual y tranquilo, pero lo suficientemente bajo como para que solo ambas lo escucharan.

—Naturalmente —respondió Gloriana con un encogimiento de hombros—. No te culparía por ello. Dios sabe que sentiría lo mismo en tu lugar.

Heloise rió suavemente para sí misma, bebiendo de su taza mientras giraba para enfrentar a su antigua némesis.

—Sabes, no creo que lo harías. Creo que te decepcionaría si caigo directamente en el papel que predijiste para mí en la escuela. Ser una flor mustia o una tragedia sería demasiado aburrido para mí, porque no sería una sorpresa.

Gloriana lo consideró con un ligero movimiento de cabeza.

—Es cierto —admitió, dejando su taza y volviéndose hacia Heloise, con la luz del sol que entraba por las ventanas casi enfrentándose a su antigua atormentadora de la infancia—. ¿Es extraño que me sienta orgullosa de Nell? Nunca habría imaginado que haría algo así.

—Ni yo —confesó Heloise—. De hecho, pensaba pedirle que considerara ser institutriz para nosotros. Asumí que simplemente nunca se casaría.

—De acuerdo, eso es bastante cruel. No es poco atractiva, solo... peculiar.

Heloise reprimió una sonrisa culpable.

—Ah, al final soy tan mala como tú. Aun así, yo también estoy orgullosa de ella. Que sigamos sorprendiéndonos unas a otras mientras vivamos.

—Mmm. —Gloriana asintió, notando que esta conversación en sí misma era algo sorprendente—. ¿Te dio ese libro antes de irse, por casualidad?

Heloise negó con la cabeza, una ligera diversión en sus pecosas facciones mientras disfrutaba de su café.

—No que recuerde. ¿Qué libro es ese?

—Oh, solo otra sorpresa, creo —respondió Glory con un suspiro—. Tal vez sea mejor buscarlo mientras lo recuerdo. Es lo suficientemente tarde como para que me sienta mal si sigue olvidado.

—De acuerdo, ahora estoy intrigada —decidió Heloise, empujando su silla hacia atrás, aunque sin soltar su taza de café—. Guíame.

Ambas salieron del comedor, pasando junto a Rose y Gideon, quienes las miraron desconcertados mientras avanzaban, lado a lado, por los pasillos de Somerton. A Gloriana le pareció una reacción exagerada. No era como si ella y Heloise hubieran enlazado los brazos y estuvieran riendo con las cabezas juntas. No, esto era simplemente un encargo formal y algo con qué ocupar el tiempo mientras esperaba que Alex apareciera esa mañana.

La espera la estaba volviendo loca.

—Parece un mausoleo aquí dentro —comentó Heloise cuando ambas entraron en la habitación de huéspedes que Tatiana y Nell habían compartido.

El interior estaba oscuro y lúgubre; las cortinas seguían cerradas, y un montón de ropa de dormir yacía abandonado en una esquina, donde Tia se había vestido apresuradamente esa mañana antes de regresar al cuarto de Gloriana para despertarla. Heloise cruzó la habitación y abrió las cortinas, permitiendo que un rayo de sol iluminara el lugar, aportando algo de visibilidad, si no precisamente una atmósfera más alegre.

El lado de la habitación que pertenecía a Nell estaba perfectamente ordenado. Al parecer, se había marchado con solo una bolsa de cosas esenciales, dejando el resto para que su hermano lo recogiera. Gloriana se preguntó si habría dejado una nota para Peter informándole de sus planes o si él ya sabía de antemano lo que pretendía.

Se arrodilló y levantó la tapa del baúl a los pies de la cama, con preguntas llenándole la mente. Nell había ido en busca de su hermano la noche anterior, ¿no? Y para la mañana ya había huido hacia lo desconocido con Nathaniel Atlas. ¿Había llegado siquiera al cuarto de Peter? ¿Qué había pasado entre su partida del dormitorio de Gloriana y su huida de Somerton?

—Ah, aquí está —dijo Gloriana suavemente, sacando un libro de la pila cuidadosamente dispuesta de pertenencias de Nell—. Me temo que llegó para ti hace años, poco después de que te marcharas de la casa de la señora Arlington, y Nell lo ha guardado para ti todo este tiempo.

—De acuerdo, sí que es un retraso considerable —comentó Heloise, curiosa, extendiendo la mano hacia el libro por encima del hombro de Gloriana—. ¿Qué diablos?

Gloriana se puso de pie, alisándose la falda y cerrando la tapa del baúl, aún absorta en lo que habría ocurrido en las sombras la noche anterior para resultar en este desenlace tan extraño e impredecible.

Se giró hacia Heloise, decidida a simplemente preguntarle su opinión sobre el asunto, pero se quedó paralizada al ver la expresión en el rostro de Heloise.

Estaba de pie, bañada por la luz de la mañana tardía, con el libro abierto en sus manos y los ojos, para horror de Gloriana, llenos de lágrimas.

—¿Heloise? —aventuró, insegura de si debía dar un paso adelante o, ¡por Dios!, considerar siquiera tocarle el brazo.

—Oh —parpadeó Heloise, dejando escapar una lágrima que rodó por su pecosa mejilla mientras levantaba la vista. Por un breve momento, parecía haber olvidado que no estaba sola en la habitación. Esbozó una sonrisa tenue, se secó la lágrima y cerró el libro de golpe—. Estoy sorprendida, eso es todo. Pensé que se había marchado a la guerra sin una sola mirada atrás, y ahora...

—No tenía idea —comenzó Gloriana, mordiéndose la lengua para contener la pulla que le salió

tan naturalmente. Lo que había estado a punto de decir era que no tenía idea de que Heloise fuera capaz de llorar, ni que supiera cómo hacerlo si se daba el caso. De repente, pensó que tal vez Rosie tenía razón aquel día en el carruaje, al dejar Londres; ambas habían cambiado mucho desde que salieron de la casa de la señora Arlington.

—¿De que tenía un pretendiente? —replicó Heloise con una tímida sonrisa. Parecía desmoronarse suavemente mientras se sentaba al borde de la cama, sosteniendo el libro entre sus manos como si pudiera desintegrarse con cualquier movimiento brusco—. Oh, nadie lo sabía. Excepto, supongo, Nell, ya que ha tenido este libro todos estos años. No podía saber que esta era la única carta que él me envió desde que dejó Inglaterra. No puedo explicarte lo... bueno, honestamente, lo *confuso* que es descubrir que he estado equivocada todo este tiempo. ¡Estaba tan enfadada con él!

—Yo también me habría enfadado —dijo Gloriana, dudando solo un momento antes de cruzar el espacio entre ambas y sentarse junto a su antigua enemiga—. De hecho, creo que aún tienes derecho a estarlo. Un regalo en tres años no es suficiente, y menos con un mensaje tan breve dentro.

Heloise sonrió, dejando escapar otra lágrima que se apresuró a secar.

—Tiene buenas razones para no escribirme aquí, en Somerton. Además, sin respuesta por mi parte en todo este tiempo, es muy probable que piense que seguí adelante con mi vida. De hecho, supongo que lo hice.

—¿Vas a casarte con ese apuesto médico? —preguntó Gloriana con curiosidad, recordando los rumores del baile.

—¿*Tú* vas a casarte con mi hermano? —replicó Heloise, con ese viejo brillo de desafío en la mirada—. Creo que quizá esa sea una pregunta más pertinente para el día de hoy.

—¿Te molestaría mucho si lo hiciera? —preguntó Gloriana, con una repentina chispa de preocupación encendiéndose en su mente. No había jugado bromas crueles a Heloise, pero ciertamente no había sido amable con ella. La había molestado y provocado por sus pecas y su cabello brillante, por su falta de modales elegantes y su inapropiado conocimiento de cosas masculinas. De repente, lamentó mucho, muchísimo, haberlo hecho.

Heloise inhaló profundamente y soltó un largo suspiro.

—Creo que, después de todo, puedo ser franca contigo, Gloriana. Al fin y al cabo, acabas de verme en un momento de vulnerabilidad bastante embarazosa.

—Agradecería la sinceridad —respondió Glory.

—Amo mucho a Alex —dijo, bajando la mirada al libro en su regazo—. Lo suficiente como para desearle felicidad y estabilidad. A pesar de todas las tonterías que ocurrieron entre nosotras hace años, creo que tú sacas lo mejor de él, que suele quedar enterrado bajo su inclinación a reducir todo en la vida a una broma o a un obstáculo que evitar. Incluso si no hubiera visto la esperanza en su rostro anoche, cuando despertó de su ataque y preguntó inmediatamente por ti, habría sabido que está enamorado. Así que, si me permites la libertad de burlarme un poco de ambos

por el compromiso en los días venideros, te daré, en confianza, mi bendición. Es más, de lo que jamás esperé para él, sin duda.

Gloriana se sintió curiosamente conmovida, con un nudo en el pecho por este apoyo de la persona menos probable.

—Yo también lo amo —dijo, sin saber cómo responder a un discurso tan hermoso—. Realmente.

Heloise asintió, levantándose.

—Lo sé. Una hermana sabe estas cosas.

—¿Realmente? —se preguntó Glory, mientras algo relacionado con Nell seguía rondando en su mente—. ¿Crees que Peter Applegate sabía que su hermana planeaba fugarse?

—Lo dudo —respondió Heloise—. Aunque probablemente sospechaba de su atracción por el tipo, si es a eso a lo que te refieres.

—Es tan extraño. Anoche, Tia y Nell vinieron a mi habitación para averiguar qué había pasado con el alboroto. Les di una versión muy abreviada de los hechos, y Nell insistió en tomar alguna medida para recuperar la información perdida o lo que fuera del agente. Cuando Tia y yo nos mostramos renuentes a unirnos a su fantasía, salió furiosa, diciendo que iba a hablar con su hermano.

Heloise puso los ojos en blanco, sin poder reprimir una sonrisa.

—Sí, porque si alguien va a intimidar a un agente extranjero armado con un cuchillo, ese es Peter Applegate.

Gloriana soltó una risita a pesar de sí misma, provocando la risa de Heloise también. Quizá era un poco cruel, pero Peter realmente era un tipo intelectual, de constitución ligera y disposición amable.

—¿Tal vez se dio cuenta de camino a la habitación de Peter que Atlas era mucho más el tipo que podría enfrentarse a un villano? —sugirió.

—¿Y, en un fervor por restaurar el honor de la Corona, no solo salió tras el ladrón, sino que llevó a Eleanor con él? —continuó Heloise, con escepticismo escrito en el rostro—. Ni siquiera sabía que tenían trato entre ellos. Es un salto muy extraño, ¿no crees?

—Sí. ¡No tiene ningún sentido! —Gloriana chasqueó la lengua con fastidio, levantándose para caminar de un lado a otro—. Incluso si lo encontró mientras volvía de la búsqueda, ¿cómo habría terminado en una fuga juntos? ¡Es tan descabellado!

—Aquella noche en la biblioteca —dijo Heloise lentamente, con pensamientos claramente girando en su cabeza—. Dijiste que oíste a una mujer y dos hombres, ¿no es así?

—Sí...

—Uno de ellos tendría que haber venido de Oxford, donde fue robado el objeto que Alex supuestamente recuperó. Peter Applegate estaba en Oxford, ¿verdad?

—¿Crees que dos de esas voces eran Peter y Nell? —dijo Gloriana, congelada momentáneamente por la sorpresa.

—Y la otra, Atlas —dijo Heloise emocionada—. Sí, tiene sentido, ¿no? Dijiste que un hombre discutía con los otros dos, y ¿quién mejor para unirse en un tema que unos hermanos, y más si son gemelos?

—Lo llamó frío —recordó Gloriana, sintiendo un escalofrío recorrerle la piel—. Estaba preocupada porque considerara casarme con un hombre al que no conocía realmente. ¡Sí, encaja!

Y, pensó para sí misma, Nell mencionó a Elizabeth Parrish. No era mera coincidencia. Bess debía de ser el contacto de Peter en Oxford.

—Tenemos que decírselo a Alex —decidió Heloise, girándose sobre sus talones y apresurándose hacia la puerta—. ¡Vamos! ¡No te quedes atrás!

Gloriana no necesitó que se lo repitieran. Recogió sus faldas con las manos y corrió tras Heloise Somers, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Ya fuera por la expectativa de ver finalmente a Alex, la emoción de resolver otro elemento de su rompecabezas, o tal vez simplemente por haber tomado demasiadas tazas de café, nunca lo sabría con certeza. Lo que sí sabía era que era el momento más emocionante que había vivido en su vida.

Capítulo Veintisiete

Alex Somers no tenía intención de quedarse dormido. De hecho, había estado trabajando arduamente en una lista de argumentos para convencer a los tres Blakely de que era una mejor opción para Gloriana que ese amanerado de Nathaniel Atlas. La lista no era, todavía, muy extensa.

Cuando el golpeo en la puerta de su habitación lo sobresaltó de su sueño, su cuerpo se sacudió alertándose en medio de un nido de papeles desechados y manchas de tinta. Por un momento, sintió que el corazón le daba tal vuelco en el pecho que estaba seguro de que saldría por su boca. El sol ya estaba bien avanzado en su recorrido por el cielo, y sus planes de interceptar a Sir Reginald antes de que desayunara ya no eran viables.

¡Maldición! ¿Por qué tenía esa necesidad constante de dormir? ¿No podía, solo por una vez, ignorar esa inconveniente necesidad biológica?

—¡Sí, sí, voy! —gritó, apartando las mantas al suelo mientras se tambaleaba al ponerse de pie. Una ola de mareo lo hizo desplomarse de nuevo sobre la cama, llevando una mano a la cabeza magullada. En segunda instancia, gritó—: ¡La condenada puerta está abierta! ¡Entre!

El picaporte giró, y por la rendija se coló su hermana, luciendo como si estuviera a punto de soltarle encima algún nuevo horror. Abrió la boca para decirle que regresara al infierno del que más disfrutara estos días, pero cerró los dientes al ver que Gloriana entraba detrás de ella, deslizándose por la rendija y cerrando con cuidado la puerta.

¿Qué demonios era esto?

—Buenos días, Alex —dijo Gloriana suavemente, quedándose junto a la puerta.

—Tardes —corrigió Heloise—. Alex, mientras dormías aquí como un lirón, te perdiste mucha emoción. ¡Glory y yo hemos resuelto las identidades de los espías que escuchaste!

—¿Ustedes... lo hicieron? —se quejó, llevándose una mano al punto palpitante en la parte posterior de su cabeza. Tal vez estaba alucinando—. ¿No tenía usted asuntos más urgentes esta mañana, señorita Blakely?

Ella enrojeció, bajando la mirada al suelo de una manera que le hizo arrepentirse de inmediato de preguntar con tanta aspereza sobre algo que sabía que ella ya no deseaba realmente. Deseó que su condenada hermana desapareciera para poder llamarla a su lado y disculparse como realmente quería, pero no había caso.

—Atlas se ha fugado con Eleanor Applegate —soltó Heloise, sus palabras fueron tan efectivas como una bofetada para despejarle la mente adormilada—. Se ha ido, ella también, y solo queda una persona que tiene sentido como el tercero.

—Por el amor de Dios —gruñó Alex—. ¿Es demasiado temprano para un trago?

Era difícil priorizar qué hacer primero, especialmente con el martilleo en su cabeza. No puso ni la mitad del empeño en arreglar su aspecto que Gideon había puesto mucho más temprano ese día, y como resultado aún tenía un aire desaliñado, con el cabello alborotado en varias direcciones mientras se dirigía a la pequeña biblioteca donde habían acordado reunirse.

Heloise se había quedado en su habitación tras la partida de Gloriana, con una sonrisa burlona en el rostro mientras lo veía avanzar penosamente en busca de ropa para el día.

—¿Qué demonios estabas escribiendo aquí? —preguntó, levantando uno de los papeles de la cama con una risita—. En este escribiste “¡duelo a muerte!” y luego lo tachaste varias veces. Con razón, es una idea terrible.

—Eso llegué a entender —murmuró, agarrando el chaleco que había usado el día anterior de una silla. Seguramente nadie notaría un chaleco repetido.

—Atlas se ha ido —repitió ella, recalcando la información que ya había escuchado perfectamente la primera vez—, pero si te demoras, se te escapará otra vez.

—¿Acaso te importa? —soltó, peleándose con los botones del condenado chaleco—. ¿No la detestas?

—No seas idiota, hermano —suspiró ella, acercándose para ayudarlo con los botones—. Voy a prepararte una infusión de corteza de sauce para el dolor de cabeza, pero creo que, fuera de eso, será mejor que me dejes fuera de tus asuntos con los agentes de la Corona. Ya tengo bastante con lo mío.

—Sí, de acuerdo —dijo, pero ella ya se había ido.

Tuvo el extraño impulso de llamar a la puerta de la biblioteca, aunque era una habitación pública y, además, en su propia casa. Tuvo un fugaz remordimiento por no haberse quedado unos minutos más arreglando su aspecto para lucir más elegante y presentable, pero ya no había remedio. Ya estaba allí.

Empujó la puerta para abrirla, mientras destellos de aquella noche en que había hablado con Gloriana en esa misma habitación cruzaban por su mente, con su figura recortada contra la chimenea. ¿Cómo había llegado a convertirse una habitación tan sencilla en el eje central del universo?

Ella estaba allí, sentada con aire impecable en el sofá donde él había estado tumbado con una compresa en la mejilla después de que lo golpeará con aquel libro de cuentas. Lucía elegante y serena, con la espalda recta y el rostro vuelto hacia la ventana, donde por un breve instante pareció estar perdida en sus pensamientos.

Sin embargo, su entrada captó de inmediato su atención. Gloriana se levantó, y las líneas

elegantes de su vestido azul celeste cayeron en suaves pliegues alrededor de sus caderas. Lucía tan divinamente compuesta, tan absolutamente perfecta, que Alex pensó que su corazón podría romperse en ese instante, sobre todo al notar su propia apariencia descuidada.

—Alex —dijo ella suavemente, alzando las manos entrelazadas hacia su pecho. Los zapatos que había tomado de la habitación de Alex descansaban junto al otomán, de manera similar a cómo lo habían hecho sus propias zapatillas la noche en que se conocieron.

Un pensamiento surgió en su mente, no invitado y completamente indeseado: tal vez nunca había querido decir realmente que lo aceptaría como esposo. Sí, tal vez lo amaba, pero eso no significaba que él fuera un cónyuge adecuado. Después de todo, seguía siendo alguien sin importancia, con un futuro incierto. Tragó con dificultad, incapaz de moverse mientras ese nuevo y terrible temor resonaba en su cabeza como el estruendo de platillos en una sinfonía.

—Heloise te trajo una bebida —dijo Gloriana, su rostro reflejando una incertidumbre similar ante la falta de un saludo por parte de Alex. Levantó una taza de té llena de un líquido blanquecino y cruzó la habitación para entregársela—. Dice que ayudará con el dolor de tus heridas.

—Gracias —logró decir, dolorosamente consciente de lo distante y fría que sonaba su voz al salir de sus labios.

—¿Es muy terrible? —preguntó ella, con esos hermosos ojos grandes levantados hacia él, llenos de curiosidad ansiosa. La luz del sol brillaba en las pestañas rubias que los enmarcaban, y su propio reflejo en las profundidades azul hielo de su mirada era suficiente para que deseara desaparecer en ese mismo momento.

—Es peor esta mañana, sin duda —confesó, aceptando la infusión de sus suaves y gráciles manos—. Aunque tal vez mi siesta improvisada haya aliviado algo aún más grave.

—Yo dormí muy poco —dijo ella en voz baja, quedándose a un suspiro de distancia, mientras el dulce aroma a lavanda florecía a su alrededor—. Han ocurrido muchas cosas. Muchas cosas han cambiado.

—Sin duda —respondió él con cautela.

Ella tomó una respiración temblorosa, retorciendo las manos frente a ella.

—Alex, ¿hablabas seriamente anoche? Sé que se dice a menudo que un hombre bajo el influjo del deseo tiende a decir cosas que no necesariamente siente, a profesar cosas que no necesariamente...

—¿Yo? —interrumpió él, antes de que pudiera terminar la frase. Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par, presionando los labios en un silencio sorprendido por la interrupción—. ¡Pensé que quizá eras tú quien decía dulces palabras sin consecuencias!

—Jamás he hecho tal cosa —susurró ella, con una agudeza que se coló en sus palabras—. De hecho, *Lord Alex*, la luz del día me ha hecho ver con claridad cuánto deseo...

Fue interrumpida de nuevo, esta vez por la puerta que se abrió de golpe, revelando a un Peter Applegate demacrado, quien parpadeó sorprendido al verlos y al notar cómo rápidamente daban unos pasos para apartarse el uno del otro.

—¿Lady Heloise dijo que deseaban verme? —preguntó con torpeza, aparentemente inseguro de si debía quedarse en el umbral o retroceder. Sus ojos se movieron rápidamente entre Alex y Gloriana, sin saber a quién dirigirse directamente. Finalmente, optó por hablar al espacio vacío entre ambos—. Señorita Blakely, ¿quizá tenga alguna noticia sobre mi hermana?

Gloriana enderezó los hombros, adoptando aparentemente la postura de una hábil jugadora social, y señaló el sofá del que acababa de levantarse.

—Por favor, pase, Peter. Si no le importa cerrar la puerta al entrar, creo que sería mejor llevar a cabo esta conversación con un poco de privacidad.

—Oh, sí, claro —respondió él, frunciendo el ceño mientras se apresuraba a encajar la puerta en su marco.

Alex cruzó la habitación y tomó asiento, cruzando un tobillo sobre la rodilla opuesta y recostándose en el mullido respaldo del sofá. No es que estuviera deseando un enfrentamiento, pero descubrir un oscuro secreto tras la fachada de académico intachable de Peter Applegate, después de tantos años intentando arrastrarlo hacia placeres simples, despertaba cierta anticipación en su interior.

Peter se sentó a su lado, con las manos entrelazadas y apoyadas entre las rodillas, mirando nervioso mientras Gloriana tomaba asiento en un sillón frente al sofá. Su porte regio estaba a la altura de una reina de cuento de hadas.

Alex aprovechó para beberse de un trago el resto de la amarga infusión que Heloise le había preparado. Ya estaba fría y era lo suficientemente desagradable en pequeños sorbos, por lo que el trago grande le hizo fruncir el rostro, arrepentido por un instante.

—¿Fue Nell a sus habitaciones anoche? —comenzó Gloriana, con un tono tan uniforme y contenido que a Alex le recordó bastante la manera en que había sonado Rose la noche anterior durante su confesión.

Peter negó con la cabeza, claramente angustiado por todo este asunto de la fuga. Se quitó las gafas con el pretexto de limpiarlas del polvo, pero Alex sospechaba que estaba luchando por contener las lágrimas.

—No la he visto desde la cena, y en ese momento estaba seguro de que nada andaba mal.

—Entonces fue directamente con Atlas —dijo Gloriana a Alex—, o quizá se encontró con él en el camino. Creo que estaba recorriendo la finca buscando al intruso.

—¿Intruso? —repitió Peter mientras se colocaba de nuevo las lentes—. ¿Qué intruso?

—Lo tenemos, Applegate —suspiró Alex, agachándose para tomar los zapatos y colocarlos en su

regazo, intentando no disfrutar demasiado de la expresión de desconcierto en el rostro de Peter—. Sabemos que usted y su hermana estaban en el baile esa noche, hablando casualmente de asesinarme.

Los ojos de Peter se abrieron de par en par y su boca se quedó entreabierta mientras intentaba balbucear una respuesta.

—Alex —lo reprendió Gloriana—, vamos, sabemos que Peter se opuso a esa sugerencia, aunque quizá no con la suficiente vehemencia.

—Un agente extranjero se infiltró anoche en Somerton —continuó Alex con calma, sonriendo a su viejo compañero de clase—. Me apuntó con un cuchillo y exigió el paquete que saqué de la casa de los Corden. Al final, se fugó con mi maleta, y creemos que tu hermana y Atlas han ido tras él para recuperar los bienes robados.

—¡Santo Dios! —gimió Peter Applegate, dejándose caer con la frente en las manos, su cuerpo estremeciéndose de incredulidad y conmoción—. ¡Nell puede ser tan imprudente!

—De acuerdo, ha asegurado un partido bastante elegible con esta maniobra —señaló Gloriana—. Porque Atlas no tendrá más remedio que casarse con ella, sin importar el verdadero propósito de su partida.

—La buena noticia —dijo Alex, dándole una palmada en la espalda a Peter—, es que el villano se fue sin los bienes reales, que tenemos aquí mismo en esta habitación.

—Peter, debe comprender que entregarle el dinero y las cartas debe ir acompañado de una garantía de que no quedará ni un atisbo de sospecha sobre la lealtad de Alex Somers a la Corona. Arriesgó su vida para engañar al agente extranjero y hacerle tomar los objetos equivocados, y sospecho que su vida estará aún más en peligro cuando el hombre se dé cuenta de que fue engañado.

—¡Siempre he defendido su inocencia! —respondió Peter con una ferocidad repentina que los sobresaltó a ambos. Alzó la cabeza, con las mejillas encendidas por el fervor o quizá por pura frustración ante la situación—. Fue una estupidez lo que hizo —le dijo a Alex—. ¡Usted y Nell! ¿Qué les pasa a todos?

—No pretendía robar los zapatos del juez Corden, Peter —se defendió Alex—. Fue... eh... un momento de necesidad inmediata, y simplemente los tomé por error. ¿Quizá si se hubiera acercado a mí para hablarlo podríamos haber evitado todo este lío?

—Ah, claro, sí —replicó Peter con sarcasmo—, simplemente acercarme a usted de la nada con el conocimiento de que había estado relacionándose con la señora Corden y había robado las pertenencias de su esposo, las cuales, por alguna razón, yo necesitaba urgentemente recuperar. ¡Seguro que eso no habría generado preguntas incómodas!

—Habría ahorrado muchos problemas a todos —respondió Gloriana con calma—. Pero lo hecho, hecho está, Lord Applegate, y estoy segura de que un hombre de su intelecto puede apreciar que no hay vuelta atrás en nuestras decisiones.

—Atlas es peligroso —dijo Peter, cada palabra cargada de frustración—. Y Nell está sola con él, Dios sabe dónde, en una misión absurda. ¡Quién sabe cómo reaccionará cuando descubran que su fuga fue en vano!

—Nell es valiente e inteligente —dijo Gloriana levantando la barbilla—, y Atlas podrá ser muchas cosas, pero imprudente no es una de ellas. Debe confiar en que su hermana sabrá manejar su vida con astucia y cuidado. Me atrevería a decir que acaba de ejecutar una jugada maestra para mejorar su situación.

—A su costa, señorita Blakely —dijo Peter con amargura.

Gloriana sonrió, volviendo la mirada hacia la figura desaliñada e irreverente de Alex Somers al otro extremo del sofá.

—Se equivoca, señor —dijo suavemente—. Ha sido para mi gran beneficio.

Era realmente exquisita, pensó Alex, sintiendo cómo sus entrañas se encendían ante lo que sus palabras implicaban. Estaba completamente hechizado, incapaz de apartar la mirada de sus ojos. De repente recordó que el anillo que su madre le había dado seguía en el bolsillo de su chaleco, justo sobre su corazón.

—Encontraré los documentos y las monedas en ese par de zapatos que está ahí —continuó Gloriana, obligándose a dirigir su atención a Peter, su voz adquiriendo un aire de entusiasmo—, y con su victoria, esperamos que llegue la noticia del valor de Alex frente al peligro a su contacto en la Corona. Es un hombre educado y leal, dispuesto a dedicar su vida al progreso de Gran Bretaña, y semejante talento y devoción no deben pasarse por alto.

Peter asintió, levantando los zapatos con la punta de los dedos y una ligera expresión de desagrado.

—¿Los documentos están en unos zapatos? —preguntó con el labio curvado.

—Mmm, en los tacones —respondió Alex con facilidad—. Un escondite bastante ingenioso, ¿no le parece?

—Una recomendación sería una recompensa adecuada —continuó Gloriana, como si tal cosa ya estuviera acordada—, y quizá una oferta de posiciones acordes al talento y la devoción de Lord Alex hacia la Corona.

—Sí, de acuerdo —dijo Peter, poniéndose de pie—. Debo ir a escribir una serie de cartas. Lord Alex, señorita Blakely, acepten por favor mis disculpas y mi agradecimiento.

—No se preocupe, Peter —rió Alex, poniéndose de pie para extenderle la mano al otro hombre—. Nunca creí realmente que permitiría que me mataran.

Capítulo Veintiocho

Los miembros de la familia Blakely siempre se habían enorgullecido de su capacidad para mantenerse serenos ante cualquier tormenta. Gloriana, con su inclinación a llorar fácilmente, había sido durante mucho tiempo motivo de preocupación, ya que sentía que no estaba a la altura del ejemplo de la digna y firme compostura británica de sus padres. Si necesitaba más pruebas para preocuparse, su nervioso ir y venir por los pasillos de Somerton ofrecía una amplia evidencia de que había llegado a su punto de quiebre.

Quizás la culpa era del café, después de todo. ¿O del enfrentamiento con un espía real, auténtico? ¿O tal vez de su futuro prometido huyendo con Nell Applegate? No, sabía que no se trataba de ninguna de esas cosas.

La llave plateada se clavaba en la palma de su mano mientras la apretaba con fuerza en el puño, sus pasos la llevaban de un extremo al otro del pasillo, una y otra vez, mientras Alex y su padre se ocultaban tras la puerta del salón. ¡Por el amor de Dios! Al menos podrían haber tenido la decencia de dejar la puerta entreabierta para que pudiera escuchar esa discusión sobre su futuro.

Rose no estaba por ninguna parte; había salido con Peter Applegate para ayudarlo a empacar sus cosas antes de su regreso a Oxford y las explicaciones que tendría que dar a su familia por perder a su hermana en una fiesta campestre. Dependiendo del tipo de personas que fueran los padres Applegate, era igualmente probable que se sintieran encantados u horrorizados. Dado el resto de los asuntos que Peter tenía entre manos, y ese par de zapatos que de algún modo habían acabado entre sus pertenencias, Gloriana pensó que era mejor no indagar en asuntos tan delicados.

Por supuesto, había intentado encontrar a Tia, quien siempre había sido su confidente y cómplice en asuntos del corazón. Sin embargo, al abrir la puerta de la habitación que compartía con Nell, estuvo a punto de interrumpir lo que parecía ser un apasionado abrazo entre Tatiana y nada menos que el marqués de Moorvale, ¡quien la besaba con verdadero entusiasmo!

Dada su actual simpatía por los encuentros furtivos tras puertas cerradas, no quiso interrumpir ni interferir con lo que parecía ser un desenlace satisfactorio al extraño desagrado de Tatiana hacia el hombre. ¿Quizá todo había sido simplemente atracción encubierta? O mejor aún, ¿el desdén habría sido una farsa para disfrazar un apasionado romance? Con Tatiana, nunca se podía estar segura.

Por primera vez desde su partida, Gloriana sintió una pizca de molestia por la ausencia de Nell, pues esto ciertamente habría sido una conversación jugosa y divertida.

Debería escribirle a Nell en cuanto supiera dónde estaba y asegurarle que no guardaba ningún rencor por lo que había hecho. De hecho, estaba más bien agradecida y deseosa de escuchar la historia de cómo había sucedido, especialmente en lo relacionado con su trabajo conjunto como agentes de la Corona. Si Peter cumplía su promesa de hacer las presentaciones adecuadas, y si su

padre era razonable respecto a esta última propuesta de matrimonio, quizá pronto ella también se encontraría en un mundo de intrigas y secretos.

Por fin, la puerta que ocultaba a su amado y a su padre se abrió, revelando a un Sir Reginald desaliñado, que salió murmurando para sí mismo. Alex no apareció tras él, probablemente aún en la habitación, poniendo en orden sus pensamientos.

—¿Papá? —dijo Glory, corriendo hacia él—. ¿Todo está bien?

Él se volvió hacia ella con una pequeña y misteriosa sonrisa, y le dio una palmadita en la mano.

—Mi Gloriana —suspiró—, he llegado a la conclusión de que, pase lo que pase, las ofertas por tu mano en matrimonio nunca cesarán. El joven Somers ha decidido que quiere hacer una propuesta, aunque tú rechazaste a su hermano mayor, lo cual mencioné como un asunto necesario.

—Oh, papá, eso no era necesario —susurró, quizá un poco más severamente de lo que pretendía.

Sir Reginald se encogió de hombros, dejando escapar una risa que sonó ligeramente histérica.

—Mi punto, querida Glory, es que ya no me preocupa que debas aceptar la próxima oferta que te hagan o enfrentarte a un futuro incierto. Las ofertas seguirán llegando, incluso en tu vejez, y dependerá de ti asegurarte de elegir la correcta. Eso le dije al joven. Puede intentarlo, pero solo aceptaré al que ella decida que vale la pena.

—¡Espero que lo hayas dicho de manera más diplomática que eso! —lo reprendió, sin saber si quería fruncir el ceño o sonreír.

—No puedo asegurar que fui diplomático —confesó—, solo que no lo disuadí de su propósito. Espero con ansias oír tu decisión, mi amor.

Y con eso se alejó por el pasillo, silbando para sí mismo.

Su hija se quedó atrás, observándolo marcharse con una expresión de desconcierto que sospechaba que le duraría bastante tiempo.

Quizá había sido una locura arriesgarse a andar a hurtadillas en plena noche otra vez, aunque, en el peor de los casos, los atraparían y los obligarían a casarse, lo cual ya era bastante redundante a estas alturas, ¿no?

Gloriana yacía sobre el pecho desnudo de Alex, con su propia ropa esparcida por la habitación de él, mientras admiraba el brillo y destello del anillo antiguo en su dedo. Su cabeza aún se sentía ligera por el abundante champán que habían disfrutado durante la cena, servido quizá en exceso para aliviar un poco a los invitados y a la familia Somers tras la vertiginosa sucesión de eventos perturbadores.

Él le había propuesto matrimonio primero en privado, con un extraño aire de nerviosismo, como si temiera que ella hubiera cambiado de opinión en cuestión de horas. En lugar de responder, Gloriana lo había besado, esperando que su entusiasmo por estar entre sus brazos fuera respuesta suficiente.

Durante la cena, los habían sentado juntos y celebrado, mientras Rose estaba al borde de las lágrimas y Tatiana oscilaba entre desconcertada y jubilosa, al tiempo que evitaba cuidadosamente la mirada de un Sheldon Bywater particularmente satisfecho consigo mismo.

La llave plateada reposaba en la mesita de noche de Alex, reflejando la luz de la única vela mientras se abrazaban bajo el resplandor de la esperanza en el futuro. Ahora llevaba la llave colgada de una cinta, pues Gloriana había decidido que, de allí en adelante, la usaría alrededor del cuello, escondiendo ese pequeño símbolo de su amor junto a su corazón.

—Mañana dormiré todo el día —declaró Gloriana, sofocando un bostezo contra el calor del pecho de Alex.

Él atrapó el bostezo, girando el cuello hacia un lado con un suspiro.

—Eso suena maravilloso —respondió—, aunque desearía que pudiéramos pasar el día juntos sin hacer nada.

—Pronto. —Ella sonrió, extendiendo la mano para admirar el anillo en su dedo junto con su prometido—. ¿Una boda en Navidad, tal vez? Si comenzamos a planear ahora, no debería llevarnos más de un mes, y podremos casarnos mientras la nieve cae afuera.

—Mmm, y así tendremos la excusa perfecta para mantenernos calientes el uno al otro —concordó él, atrayéndola hacia sí—. ¿Y después qué?

—Oh, Alex —suspiró ella—. Tendremos una temporada en Londres y cumpliremos con la promesa de Peter. Predigo que, para el final del próximo verano, nuestras vidas estarán llenas de posibilidades y potencial sin explorar. Seremos inmensamente felices.

—Eso suena encantador. —Él rió suavemente—. Espero poder seguirte el ritmo en la sociedad.

—Lo harás —afirmó ella con certeza, levantando el rostro para pedir un beso. Se acurrucó a su lado, sabiendo que solo le quedaban unos minutos antes de tener que vestirse y regresar a sus habitaciones bajo la apariencia de la decencia. Al fin y al cabo, era un buen ejercicio para sumergirse en un mundo de discreción.

—¿Estás absolutamente segura de que deseas casarte conmigo? —bromeó Alex, enrollando un mechón de los rizos platinos de ella alrededor de su dedo—. Después de todo, parece que tú harás la mayor parte del trabajo para que seamos respetables.

Ella rió, resplandeciente con la perfección del momento.

—Serás maravilloso, mi amor, y tendremos el mundo a nuestros pies. Estoy segura de que encontraremos muchas puertas abiertas para nosotros. Después de todo, los espías conocen a

toda la gente importante.

—De acuerdo —decidió él, dejando un beso en la punta de su nariz—, pronto será así, sin duda.

Nota de la Autora

¡Muchas gracias por leer! Este libro fue muy divertido de escribir, y fue difícil dar por terminada la historia y despedirme de Alex y Glory.

El próximo en Los escándalos de Somerton será el reencuentro de Heloise con Callum Laughlin en [*El Héroe y la Rebelde*](#), donde finalmente se resolverán los secretos escandalosos que comenzaron en la precuela gratuita (disponible al final de este libro).

La aventura de Nell con el señor Atlas también está disponible ahora, [*Desenmascarando a la Heredera de Plata*](#) es el primero de una nueva serie titulada Las Seducciones de la Hoja de Plata.

Como autora independiente de romance en ascenso, las reseñas pueden marcar la diferencia en mi futuro como escritora. Si tienes un momento, considera dejarme una reseña en Amazon, Bookbub o Goodreads. ¡Significaría el mundo para mí!

¡Me encanta saber de mis lectores! Si tienes comentarios, preguntas o simplemente deseas saludar, puedes contactarme en Ava@AvaDevlin.com
